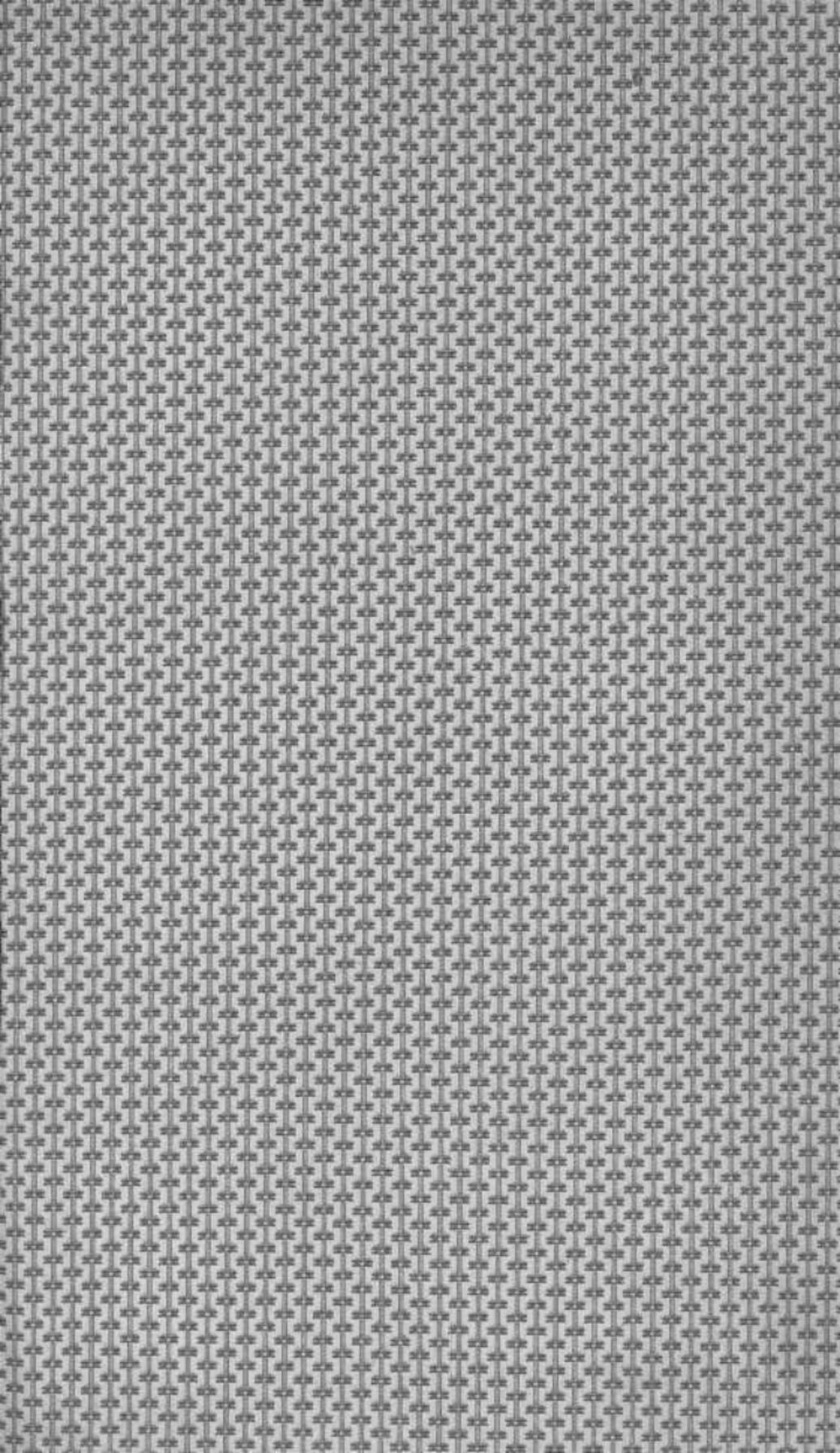


5878



OBRAS

DE

D. SEVERO CATALINA

OBRAS

DE

D. SEVERO CATALINA

—
TOMO III
—

ROMA



MADRID

IMPRESA Y FUNDICION DE MANUEL TELLO

Isabel la Católica, 23

1877

ROMA

FOR

D. SEVERO CATALINA

—
SEGUNDA EDICION
—

TOMO II

ROMA

POR

D. SEVERO CATALINA

SEGUNDA EDICION

TOMO II

EL VATICANO.

LA ESCULTURA EN ROMA.

Es propiedad.

Hemos salido en el Vaticano a los principios de la pintura italiana; hemos recorrido con la posible rapidez sus obras maestras, emitiendo algunas de las consideraciones que se presta el atento examen de los frescos y de los lienzos en que Miguel Ángel y Rafael han dejado el vestigio luminoso de su inspiración. Nuestros humildes raciocinios han debido verse principalmente sobre un período y sobre una escuela: la restauración clásica, el Renacimiento, como dicen otros: bien se comprende que el asunto, aunque interesante por su fondo, era bien limitado por su alcance histórico. No así la parte que nos falta en la excursión artística que supone necesariamente la visita al Vaticano. La belleza es una reina que tiene

EL VATICANO.

LA ESCULTURA EN ROMA.

I.

Hemos saludado en el Vaticano á los príncipes de la pintura italiana; hemos recorrido con la posible rapidez sus obras maestras, emitiendo algunas de las consideraciones á que se presta el atento exámen de los frescos y de los lienzos en que Miguel Angel y Rafael han dejado el vestigio luminoso de su inspiracion. Nuestros humildes raciocinios han debido versar principalmente sobre un período y sobre una escuela: la restauracion clásica, el Renacimiento, como dicen otros: bien se comprende que el asunto, aunque interesante por su fondo, era bien limitado por su alcance histórico. No así la parte que nos falta en la excursion artística que supone forzosamente la visita al Vaticano. La belleza es una reina que tiene

muchos estados; acabamos de pasar por los de la pintura, acerquémonos á los de la escultura, que le son fronterizos.

Estamos en el primer museo de escultura del mundo. Aquí no es un siglo ni dos ni tres lo que sale á nuestro encuentro, nos aguarda toda una edad histórica, toda una civilización: ya no se trata de una escuela italiana, cuyos orígenes hemos de perseguir en Florencia ó en Perugia ó en Pisa; se trata del genio de la Grecia, cautivo, que no emigrado en Roma, y de declarar sencillamente la impresión de este viaje á través de los siglos, y de esta mirada, (aunque fugaz, que lanzamos á la nueva región del arte que se nos ofrece: no es acometer un tratado de estética ni de arqueología, ni pedir á Cicognara ó á Winkelman capítulos y noticias con que aparecer muy versados en la historia de la escultura y de las artes en general; es cumplir, hasta donde las fuerzas alcanzaren, el propósito más modesto y limitado de este libro.

La escultura es una hermosa flor que se cria y se desarrolla en el jardín amenísimo de Grecia; trasplantada á las Siete Colinas ofrece todavía lujo en los pétalos y brillo en los colores, pero ha perdido gran parte del aroma: en los pueblos que se levantan sobre las ruinas del imperio romano, la escultura es ya una

verdadera flor de estufa; en la edad presente, casi casi es una flor artificial.

La erudicion aplicada á las bellas artes es una de las más peligrosas ocasiones próximas de desvarío: el tema de la prioridad *tam tempore quam dignitate* de la escultura sobre la pintura, ó viceversa, es uno de los más graciosos laberintos en que haya podido entrar á sabiendas la razón humana. De los pueblos que aparecen más allá de la Grecia en el camino de la historia, pocas noticias exactas han logrado reunir los infatigables cronistas del ingenio y de sus obras. Algo parecido á objetos de escultura deberían ser aquellos ídolos (*Theraphim*) que la hermosa Raquel se llevaba consigo, y que su padre Laban buscaba con tanto anhelo: objetos de escultura ofrece y describe el inspirado legislador del pueblo hebreo en aquellos admirables querubines del arca y en aquel candelabro misterioso: escultura fué el becerro de oro, y prohibida en absoluto quedó la escultura para el pueblo de Israel en el código del Sinai: la exaltacion de la materia no decia bien con el monoteismo austero: en las regiones donde impere el politeismo será donde la forma tenga su culto. Allí donde á la templanza del clima y á la hermosura de los campos y á la suavidad de la luz se unan la exaltacion de la mente herida por fábulas maravillosas

y el amor á los combates y la admiracion á los héroes y el entusiasmo por la belleza, que eleva lo más bello á la categoría de lo más adorable, allí es donde hay que buscar el gran desenvolvimiento de la escultura. Ni en Egipto ni en otro pueblo alguno de la antigüedad llegó aquel arte al apogeo en que lo vieron Atenas y Corinto y Délfos y Rodas.

La Grecia es la patria de la escultura: al transmitir á Roma y á los pueblos que sobre las ruinas del imperio romano se forman, el caudal de sus tesoros literarios y artísticos, tanto como en las obras insignes de Homero y de Demóstenes, perpetúa su propia gloria en las obras de Fidias y de Praxitéles. Pasarán los años y los siglos; se aniquilarán las conquistas de Alejandro; desaparecerán como sombras las glorias de las repúblicas más poderosas de Oriente y de Occidente; la noble tierra de Pericles será una provincia y más tarde un campo de soledad, y los mármoles del Partenon, y las estatuas de Apolo y de Minerva y de Juno sobrevivirán largas centurias al culto de las divinidades que representan, y con ser moles de piedra, flotarán sobre el torrente de los tiempos para traer noticia exacta de una civilizacion, cuyo cuerpo murió ya muchos siglos hace, pero cuyo espíritu hace inmortal el aliento soberano de la belleza.

Para estudiar el genio de la Grecia y su carácter y sus vicisitudes, no bastan los libros salvados á la voracidad de las llamas y á la accion devastadora de los años y de las guerras; hay que estudiar los monumentos de piedra, testigos incorruptibles, páginas infalsificables de la historia y de la religion y de las costumbres de la gran familia helénica. Los mármoles completan á los libros; los escultores facilitan la inteligencia de los poetas y de los filósofos; un friso roto, un bajo-relieve ó una estatua dan acaso luz para iluminar todo un período, descubren tal vez el verdadero sentido de un poema. Diríase que la Grecia llegó á prestar forma con el cincel á los racionios más profundos y á las ideas más abstractas y á los afectos más delicados; supo discurrir y cantar con el mármol, y sus discursos y sus fábulas y sus cantares han llegado hasta nosotros. Los museos de Roma, y en especial el Vaticano, ofrecen la magnífica demostracion de esta verdad.

Si fuera dable reunir en un solo depósito todas las obras antiguas de escultura que posee la Ciudad Eterna en sus palacios y en sus villas, podria, sin duda, ofrecerse un grandioso cuadro, por edades y aún por autores, del cincel griego, abrirse una escuela de escultura que recordára los dias más venturosos del arte,

y escribirse, por último, su historia, de la cual no parecen sino hojas sueltas ó capítulos ya formados, los ejemplares preciosísimos que ya en unos ya en otros museos se conservan.

Del estilo antiguo, de aquel que se pierde entre las nebulosidades mitológicas del Dédalo, los productos arcáicos de los buenos tiempos de Roma dan abundante razon.

Del período que media entre la escultura griega primitiva, seca y fria y monótona, y la época de Fídias, suministran datos luminosos ciertos bajo-relieves del Museo Capitolino; y en el Vaticano el *Apolo Filesio*, copia del de Canacho, y la *jóven victoriosa en la carrera* que recuerda aquella jóven esparciata, descrita por Sófocles, la de la falda virginal ceñida al muslo; y la *cabeza colosal de Júpiter*, que tal vez sirvió á Fídias de modelo para la del Dios Olímpico como para la actitud imitó al *Júpiter Verospi*; y la *Palas Justiniani*, que sirvió de tipo á las Minervas famosas, sin excluir la del Partenon. Del genio de Fídias se perciben los resplandores en alguno que otro fragmento de las esculturas del Partenon, y acaso en la estatua sin cabeza del Museo Chiara-

monti, imágen de una Céres que persigue á Proserpina, ó de una Diana que va en pos de Endimion, y aquella *Cibéles*, que se sienta majestuosa entre dos leones.

De Policleto, contemporáneo y rival de Fídias, puede formarse idea por las *Amazonas* del Capitolio y del Vaticano; por las *Junos*, señaladamente aquella de la galería Ludovisi, ante la cual, en un arrebató de entusiasmo pagánico, hizo oracion pagana el autor de *Fausto* y de *Werther*, y por otras obras tan egregias como el *Diadomenos*, jóven que se ciñe á la cabeza la banda de vencedor, y el *rapazuelo que juega á las tabas*.

El genio de Miron, el escultor de la naturaleza y de la verdad, brilla en el *Discobolo* ó tirador de disco, en la *vieja ébria* del Capitolio, en alguno de los *Hércules*, y en la sala de los *Animales del Vaticano*.

Escopas, el escultor dramático, el primero que hace expresar al mármol los sentimientos íntimos del alma, el autor del grupo de las *Nióbides*, puede ser estudiado en los restos dispersos de aquella familia desventurada, recogidos con amor en los museos de Europa, y en los del gran grupo de divinidades marinas, que estuvo en el Templo de Neptuno, y cuyos fragmentos, nereidas, delfines, tritones y toros son objeto de admiracion y de especial re-

verencia artística. El *Apolo*, que preside la sala de las Musas en el Vaticano, copia del de Filisco ó de Timarchides, procede acaso de aquel otro Apolo de Escopas, traduccion en oro y marfil de los versos de Homero, Hesiodo y Píndaro, puesto por Augusto en el templo suntuoso del Palatino.

Casi todos los tipos creados por Praxitéles, cuyo cincel llega al ápice de la sublimidad, como Fídias llegó al de la gracia y Miron al de la expresion, viven todavía en Roma y pueden ser admirados en sus museos: el inimitable *Sátiro*, recostado en un árbol, el *Amor*, esculpido para el Templo de Téspis, el *Apolo* con el lagarto, la *Vénus* del Vaticano y la del Capitolio, procedentes de la de Gnido, los *Bacos*, los *Mercurios*, las *Céres* y las *Dianas*. Pasan de doscientas las estatuas antiguas que recuerdan el superior talento de Praxitéles.

De Lisipo, el escultor fecundo de los dias de Alejandro, que prefiere las expresiones de fuerza á la suavidad y dulzura de las formas, viven todavía el *Hércules* y el *Atleta* que se enjuga el sudor, una de las joyas de arte más estimadas en Roma en los tiempos de Augusto y de Tiberio, y más admirables siempre.

Fraccionado el imperio de Alejandro, cambiada la faz de aquel pueblo, que tan altos destinos realizára en el desenvolvimiento del

espíritu humano, las nuevas repúblicas conservaron la tradición artística, señaladamente la de Ródas; y gloria es del nombre griego que á esta época de decaimiento político, que determina ya como el crepúsculo de la noche que se avecina, correspondan las obras más insignes que hoy honran los museos de escultura; á la manera que ciertas avecillas de los bosques guardan sus cantos más dulces para la caída de la tarde, así el arte griego parece que reservó sus más bellos conceptos para las últimas horas del día esplendoroso de su grandeza.

III.

Eran los últimos tiempos de la república romana; aquellos tiempos felices en que las conquistas se multiplicaban, los confines del territorio romano se extendían, y avanzaba majestuosa sobre las Siete Colinas, sin ser vista por nadie, la imágen del imperio. El pueblo romano se entregaba un día, como tantos otros del año, á los goces del Circo. El espectáculo estaba á punto de empezar, las cárceves iban á abrirse, el rugido de las fieras avivaba el interés y la impaciencia del pueblo. En aquel instante el cónsul Licinio, que presidía los juegos, recibe una carta orlada de laurel: es el aviso de

una victoria insigne. Paulo Emilio ha vencido á Perseo y sometido la Macedonia.

Pocas veces los aplausos de un circo pudieron tener más feliz cambio de objeto: aquella fué una especie de anticipacion del triunfo que despues obtuvo y celebró Paulo Emilio; triunfo que duró tres dias, y que Plutarco describe con admirable colorido. Desde el Campo de Marte, atravesando el Circo Flaminió, se entraba en Roma por la Puerta Triunfal, y recorriendo el valle que separa el Palatino del Celio se tomaba la Via Sacra y el Foro y se ascendia al Capitolio: éste era el camino de la gloria para los romanos: desde el Campo de Marte al Capitolio no es grande la distancia; pero el salvarla suponía, en los buenos tiempos, grandes servicios á la patria y grandes muestras de valor y de pericia militar. En el primero de los tres dias del triunfo, que ahora recordamos, vió Roma rodar por sus estrechas vias doscientos cincuenta carros cargados con los preciosos despojos artísticos de la ciudad vencida: este dato es el que mayormente nos interesa; el resto del triunfo de Paulo Emilio es muy curioso, pero no se relaciona tan directamente con la escultura.

No pasará mucho tiempo sin que, llevando á feliz término un soldado de fortuna, Mummio, la guerra emprendida por Metelo contra

las provincias aliadas, que representan el último esfuerzo de la decadente Grecia, sucumba la bella Corinto al empuje de las legiones romanas, exhalando así su postrer suspiro en la vida de la independendencia y de la libertad aquella nacion privilegiada, que habia cantado con la musa de Homero y discurrido con la razon de Aristóteles y peleado con la espada de Alejandro.

Roma ha invadido á Grecia con la fuerza de sus armas; pero Grecia invade á Roma con el influjo apacible de las artes; Horacio lo ha dicho:

*Gracia capta ferum victorem cepit, et artes
Intulit agresti Latio.*

La flor trasplantada no tardará en crecer y en multiplicarse de una manera asombrosa. Las obras maestras del Siglo de Oro de las artes adornarán pronto los templos y los pórticos y las casas de la Roma de los cónsules: más tarde llenarán los palacios de los emperadores y las termas y los jardines: la moda de las estatuas llegará á tal extremo, que casi iguale al número de los séres vivientes el de los simulacros de piedra: Roma va á ser una ciudad de mármol en toda la acepcion de la palabra. Los escultores romanos agrandaron el estilo griego: bien pronto, para la Roma del imperio, la idea

de lo grandioso fué la principal generadora de la belleza, desviacion estética que en las obras de la escultura se deja ver con perfecta claridad.

El gusto por las colecciones toma el carácter de una verdadera manía: Clodio y Vérres compran con su propia honra la celebridad de *amateurs* con que han pasado á la historia. Lúculo ofrece al pueblo romano un verdadero tesoro de estatuas y de cuadros. Pompeyo deposita en el Capitolio una multitud de estatuas y una coleccion de piedras grabadas, que habian pertenecido á Mitridates. César ofreció igualmente magníficos dones de objetos artísticos á la Ciudad y á los dioses. Las expoliaciones de la Grecia hicieron subir en Roma, segun Müller, á centenares de millares el número de estatuas que llenaban los templos, los pórticos, las *villas* y las casas opulentas de aristócratas y ciudadanos: faltaba materialmente el espacio donde colocar aquella asombrosa multitud de mármoles, y los edificios públicos, en especial los templos, fueron convertidos en museos. El Templo de la Paz, en los dias de Vespasiano, era, puede decirse, una magnífica exposicion permanente del arte griego y romano, sobre todo del arte griego: los dioses se iban, y el arte quedaba. La belleza tomaba posesion de aquellos alcázares, donde nunca habia residido la verdad.

IV.

De tal modo la influencia helénica invadió las regiones del arte romano, que hasta nombre griego adoptaron los escultores del Lacio, y asuntos griegos más de una vez escogieron para sus obras, y en imitaciones griegas se emplearon, rindiendo con esta última afición un verdadero, un importantísimo servicio á la historia del arte, que en verdad hoy no podría formarse idea de lo que fué la escultura en los tiempos que precedieron á Fídias, á no existir estatuas y bajo-relieves de escultores greco-romanos que, complaciéndose en esa especie de arcaísmo del arte, reprodujeron tipos y estilos muertos ya en sus días, á la manera que hoy se imitan por algunos las pinturas del siglo xv, ó las letras iluminadas de nuestros códices del xiii.

A partir de Fídias, y aún ántes de Fídias, la historia del arte griego hállase escrita en mármoles, en los museos de Italia, especialmente en los de Roma, y sobre todos los de Roma en el del Vaticano. Allí constan á su vez la historia y las vicisitudes del arte romano. Para estudiar uno y otro no hay escuela que pueda competir con ésta en que nos hallamos.

Aunque en el fondo pueda asegurarse que la escultura de Roma es griega por la imitacion, por los artistas, por los procedimientos, por los tipos, por el principio pagánico que la alimenta, por los fines á que se dirige, hay que convenir, sin embargo, en que el arte no era absolutamente desconocido en la Ciudad del Palatino y del Capitolio, y que en el tesoro de sus riquezas esculturales no todas las joyas llevan la marca y sello de Grecia, por más que en griego aparezca casi siempre la firma del autor.

El caudal artístico, que al peculio de Roma corresponde, se distingue fácilmente del inmenso caudal que del otro lado de los mares vino. Aún prescindiendo de que muchos escultores romanos se emplearon, como queda dicho, en asuntos puramente griegos, el buen sentido enseña que no pueden atribuirse á antiguos escultores griegos los asuntos que sean puramente romanos, y de estos hay muy estimables testimonios en el museo de los Papas.

V.

La teogonía romana no se ajustó exactamente á la griega. Roma tiene sus dioses y su culto, que corresponden á un diverso orden de ideas, á una distinta filiacion de fábulas. Sa-

turno, Vesta, Mercurio y Príapo, romanizados, digámoslo así, difieren no poco de las divinidades griegas: son dos civilizaciones, dos literaturas, dos Olimpos. La leyenda y el mito producen nuevos tipos, crean nuevos sucesos, que Grecia no conoció: las tradiciones de pelagos y sabinos y ligures, y tantas otras, introducen un elemento de que Aténas no pudo tener noticia: la loba de que se amamantan Rómulo y Remo, los amores de Dido y Enéas, son, por ejemplo, asuntos que pertenecen á Roma, á sus dioses, á sus héroes, á sus poetas,

Las ceremonias del culto, las escenas que se refieren á la vida religiosa, guerrera, doméstica ó campestre de los romanos, aparecen en bajo-relieves, de escultura tambien romana. Éste, que representa sacrificios; el otro, que figura funerales; aquél, que nos ofrece la tierna ceremonia del matrimonio alumbrada por la antorcha famosa de Himeneo; aquel otro, en cuyo fondo yace un moribundo que testa *per æs et libram*; los varios en que hay escenas campestres, que no parecen sino páginas de piedra de las *Geórgicas*, ó paisajes y ganados que recuerdan las *Bucólicas*, ¿de qué época han de ser ni á qué civilizacion se han de adaptar, sino á la época en que aquellos ritos se practicaban, y á la civilizacion que producía las obras didácticas de Virgilio y sus *Églogas* inmortales?

Las estatuas y bustos de los emperadores, el lujo de los arcos triunfales, las personificaciones de rios, de ciudades y montañas, todo esto es propio del arte romano, todo esto debe aparecer, de justicia, en su carta de capital, y bien lo declaran las obras mismas: su propia fisonomía artística es su más fiel ejecutoria.

VI.

Á la sencillez griega, á la pureza rigurosa de las formas y de los perfiles, á la inspiracion suave y tranquila, que tan bien se acomodaban á la manera de ser de la sociedad ateniense, y á la manera de sentir de los discípulos de Platon, sucede la grandiosidad avasalladora de un pueblo que con las armas domina ya casi todo el mundo conocido, sucede el afan de lo rico oscureciendo y turbando las regiones serenas de lo bello, sucede el ánsia de multiplicar las obras. El arte ha descendido de su pedestal; vive entre mercenarios y entre esclavos; una buena estatua en Grecia bastaba para la gloria y para la fortuna de un artista; cincuenta estatuas en Roma no aliviaban la pobreza de su autor. El número de las estatuas en Roma llegó á ser incontable; tres mil adornaban el teatro en las fiestas de un edil; ¿cómo habian de

ser buenas, cuando eran infinitas las estatuas?....

Pero hemos dicho, y es fuerza repetir, que la influencia helénica nunca desaparece, ni aún en las obras de asunto puramente romano; un griego, Arcesilao, era el escultor de moda en los tiempos de Lúculo y de César; griegos eran, ó por griegos estaban educados, y lengua griega hablaban, los que en la época de Trajano elevaban la escultura romana á un grado de perfeccion que determina, por cierto, la decadencia; decadencia súbita, sin período intermedio, sin crepúsculo, como viene la noche en los países tropicales: el eclipse de la escultura en Italia dura muchos siglos: primero que en Florencia forme su escuela el magnífico Lorenzo de Médicis, y que en Roma dé vida á los mármoles el cincel de Miguel Angel, han de realizarse grandes sucesos históricos, y han de venir sobre la raza latina y sobre el orbe todo transformaciones profundas y cataclismos horribles.

¿Ni cómo habia de perderse en Roma la influencia helénica en los últimos tiempos de la república y en los primeros del imperio, si á la sazón estaban ya allí todas, ó casi todas las obras maestras de la Grecia?

VII.

El período que precedió á Fídias, la edad de oro que este artista inaugura, la escuela que le sucede, todo está representado en Roma, de todo hay modelos, ejemplares, reproducciones ó copias por lo ménos; está el arte, y está con su historia. El Museo Vaticano ha sido y seguirá siendo la gran escuela donde los maestros de la antigüedad puedan ser consultados, el archivo donde se guardan las memorias más auténticas y preciosas de la escultura griega y romana.

No es posible discurrir sobre todos y cada uno de los objetos que encierra: quizá se acercan á dos mil: cada galería hiciera preciso un volúmen: tal estatua ó tal bajo-relieve exigiría un capítulo no corto. La árida noticia de aquel tesoro está en todas las guías y en multitud de catálogos; su estudio es obra de años, que no de meses. Hay, sin embargo, un gran trabajo literario por hacer en los ámbitos de aquellas salas, que á toda hora recorren con asombro los recién llegados de todas las naciones: hay allí medios de fijar muchos puntos oscuros ó dudosos en la literatura de los dos pueblos griego y romano; ensayos felizmente

emprendidos permiten augurar mayores esclarecimientos; ya del asunto de ciertos bajo-relieves, que forman el lado de un sarcófago, guardado en uno ú otro museo, se deduce el argumento de una tragedia perdida de Sófocles ó de Eurípides: de la observacion atenta de un grupo ó de un detalle resulta acaso la inteligencia de un texto de Hesiodo ó de Virgilio. ¡Admirable armonía de las artes! ¡Feliz aplicacion del ingenio humano y de la bien entendida crítica, que allí donde la generalidad sólo encuentra un estimable, pero mudo y apagado monumento de remotas edades, saben descubrir tesoros de enseñanzas y raudales de luz, que alumbran los espacios de la historia y las esferas de la literatura!

VIII.

Bajo este punto de vista, la importancia del Museo Vaticano nunca será encarecida cual merece, ni cual merece será nunca exaltado el celo de los Papas, que así salvando de las convulsiones de la Edad Media y de los trastornos de todas las épocas, los restos preciosos de la antigüedad clásica, como promoviendo sin descanso la exhumacion y restauraciones de tantas verdaderas joyas del arte, que yacian entre los escombros de la Roma antigua, han

prestado un altísimo servicio á la general ilustracion y á la cultura del mundo.

Los Clementes XIII y XIV y Pío VI dejaron insigne muestra de ese amor á las artes en el museo que lleva y perpetúa sus dos nombres, llamándose Pío-Clementino. Pío VII, no ménos celoso por la conservacion y acrecentamiento de los tesoros de la antigüedad, añadió nuevas salas y galerías, fundando otro verdadero museo, que del apellido de aquel valeroso Pontífice se denomina *Museo Chiaramonte*. Leon XII y Pío VIII dejaron tambien sentir su solicitud en favor de estos magníficos depósitos del arte: Gregorio XVI formó otros dos museos el *Etrusco* y el *Egipcio*. Pío IX ha enriquecido todas las colecciones con objetos muy notables, y favorece con perseverante generosidad las obras de excavacion y descubrimientos en Roma y en sus contornos.

Resulta, pues, que como el Palacio del Vaticano es un conjunto de palacios, así el Museo de escultura es un conjunto de museos. En San Juan de Letran, en el Capitolio y en muchas residencias de príncipes ó familias ilustres, hay estatuas y relieves de gran mérito, depósitos muy estimables de obras de escultura, vecinos casi siempre de no ménos ricas galerías de cuadros: en Florencia se guardan tambien numerosas y preciadísimas joyas del arte, pero el

estudio del arte mismo, de sus orígenes, épocas y caracteres, de las vicisitudes porque ha pasado, así en Grecia como en Roma, sólo puede proporcionarlo este pueblo de mármoles y de pórfidos, que se llama Museo Vaticano.

IX.

Las obras maestras que habían embellecido las ciudades sujetas á Alejandro, ya lo hemos dicho, vinieron á Roma: los escritores de aquella época no podían pasar en silencio suceso de tanta trascendencia: Plinio nos ha dejado tan abundantes noticias sobre este punto, que merced á ellas puede formarse cabal juicio de la riqueza artística que la Roma de los emperadores atesoraba.

De Fídias, de Praxitéles, de Ceficodoro, de Escopas, de Policleto, de Filisco, de Miron, de Lisipo, de Briaxis, de Eufanore, de Nicestrato, de Apolodoro y de otros muchos artistas egregios, hubo estatuas y grupos en el Capitolio, en el Pórtico y lógia de Octavia, en los Jardines de Servilio, en el Templo de Apolo Palatino, en el de la Concordia, en los circos, en las termas, sobre todo en la Casa de Oro, donde Neron se propuso resumir las maravillas del lujo.

Al Templo de la Paz hemos visto que

destinó Vespasiano gran número de aquellas obras maestras, y en el Templo de la Paz se conservaban la *Minerva* de Fídias, una *Vénus* de Praxitéles y aquel *Cupido*, que figura en la famosa oracion de Ciceron contra Vérres: el *Apolo* de Briaxis; *Latona* y *Esculapio* y *Diana* de Ceficodoro; *Vénus*, *Cupido* y *Apolo* de Escopas; *Diana* de Timoteo; el *Hércules* y multitud de animales, de Miron; la *Niobe* con sus hijos, el *Jano* que Augusto trajo de Egipto, y tantas y tantas otras obras de primer orden llenaban, como hemos dicho, los templos y los pórticos y los jardines de la Roma imperial. ¿Qué producía, en tanto, la escultura propiamente romana? ¿Qué se ha salvado, y hay en los museos de Roma, señaladamente en el Vaticano, de este inmenso tesoro de la antigüedad?

El arte romano, ejercido, puede decirse, por griegos, produjo dos clases de obras: abundantes imitaciones del repertorio helénico, y un caudal propio, debido á la inspiracion de las creencias y al influjo de las costumbres romanas. La estatua ecuestre de Marco Aurelio, y ántes el Coloso de Neron, y ántes la estatua semi-colosal de Octavio Augusto, descubierta seis años hace, y hoy precioso ornamento de la galería llamada *Braccio nuovo*, en el Museo Chiaramonte, la hermosísima colosal estatua yacente del Nilo, la estatua ecuestre de Neron,

que se conserva en el Museo Borbónico de Nápoles, dan testimonio insigne de que, si bien enriquecida por extranjeros la escultura, no fué en realidad extranjera de las Siete Colinas.

X.

Prescindiendo por un instante de estas manifestaciones del genio latino, inferiores, sin duda, á las del genio helénico, apresurémonos á indicar que en efecto se han salvado de los incendios y de las guerras, y de la acción asoladora de los barbaros, muchas obras, que si no proceden directamente de los grandes maestros de la Grecia, que ántes hemos citado, ofrecen todos los caracteres de sus escuelas respectivas, y pueden considerarse como genuina muestra de sus adelantos. ¿Habia en la escultura de los tiempos de Pericles y de Alejandro algo más bello que las obras que nosotros hoy reputamos por más bellas? ¿Son el *Torso* y el *Meleagro* y el *Laocoonte* y el *Apolo* y la *Vénus* del Capitolio, y la de Florencia, y la de París, la última expresión de la belleza, humanamente hablando? Nos guardaremos de afirmarlo. La *Vénus de Gnido*, y el *Júpiter* y la *Minerva* de marfil de Praxitéles y Fídias, no han llegado hasta nosotros. Los artistas y los

críticos, que han agotado las fuerzas de la admiración y del elogio ante estas obras que hoy por juicio unánime aparecen formando la primera fila, no han previsto, sin duda, el caso de que pudiera descubrirse alguna de aquellas otras maravillas.

Y sin pensar hemos nombrado las joyas del arte antiguo, que principalmente avaloran el Museo Vaticano.

XI.

Al poner la planta en el vestíbulo cuadrado, que alegra y hermosea la luz del *Belvedere*, lo primero que llama la atención y sorprende el ánimo es el fragmento de escultura griega que sobre una masa cuadrada de piedra (no puede ni debe llamarse pedestal) descansa como un inválido cargado de laureles, que representa por sí solo la gloria artística de un pueblo: es el tronco de la que fué una estatua de Hércules en reposo, modelo de grandeza y sencillez, donde estudian los artistas desde fines del siglo xv, en que fué hallado en el *Campo di Fiore*, cerca del Teatro de Pompeyo; pedazo de mármol ante el cual pasaba inmóvil las horas Rafael, y cuyos contornos palpaba decrepito y casi ciego Miguel Ángel.

Parece imposible que en página tan rota

puedan contenerse tan elocuentes lecciones; sin cabeza, sin brazos, casi sin piernas, aquélla es una de las obras más admirables que han llegado hasta nosotros: ¿qué extraño es que así mutilada no acierte á dar razon precisa de su origen? ¿Qué extraño es que aparezca como un problema de difícil resolucion, si no están á la vista los términos de que debiera constar? Una inscripcion griega que dice: *Apollonios Nestoros Athenaios epoici* (Apolonio, hijo de Nestor Ateniense, hacia) es el único dato fijo de que la crítica puede disponer; y aun la crítica misma, inquieta de ordinario y ansiosa de novedad más de lo justo, ha llegado á sospechar que la leyenda griega pertenece á los últimos tiempos de la República romana, con lo cual y con no hacerse mencion en la edad de oro del arte helénico, del escultor Apolonio, que debió ser, á juicio de Visconti, el mayor estatuario de la antigüedad, la confusion ha crecido y las conjeturas se han multiplicado.

¿Pertenece á una época anterior á Lisipo y anterior al emperador Alejandro? Así parece revelarlo la tranquila grandiosidad que reina en la figura, el estilo fuerte y varonil y al mismo tiempo sereno que en ella resalta, que precedió al bello y al expresivo y al gracioso, dada la acepcion que en el lenguaje estético tienen generalmente estas palabras.

¿Cuál era la actitud de este Hércules? ¿Cuál la disposición de sus manos? ¿Había junto á él otra figura? En tal caso, ¿estaba en el Olimpo, y era Hebe, ó estaba en la tierra, y era Jole? ¿Era Minerva, por ventura, la figura que lo acompañaba? Sobre todos estos temas han discurrido largamente anticuarios é historiadores del arte. Inútil es decir que nada han resuelto, pues debatían sobre la nada: del ruido de sus polémicas y del fondo de sus investigaciones, lo único que se traduce como seguro es que la obra no tiene superior en los mejores tiempos de la escultura romana: que no hay razón para negar la existencia de Apolonio, por el hecho de que Plinio no lo cite: que hubo un famosísimo Hércules con Minerva, obra de Alcámenes, discípulo de Fídias, llevada al templo de Tébas por Trasíbulo, y que es muy probable que del mismo *estudio* como hoy diríamos, de aquel insigne escultor saliese, por ingenio de Apolonio, la reproducción ó copia, cuya ruina hoy nos merece tan justa admiración y reverencia. Si todo este cálculo de probabilidades pareciere prolijo y complicado, la noticia del *Torso del Belvedere* puede reducirse á muy pocas palabras: es la mejor muestra de escultura griega, que ha llegado hasta nosotros.

XII.

A muy poca distancia del vestíbulo redondo, dos pasos más allá, está la Cámara del *Meleagro*: no está más léjos de lo sublime lo bello. El *Meleagro* es, en efecto, una estatua griega llena de belleza heróica: la distinguiremos así de otra belleza humana y de otra belleza ideal, que hemos de contemplar muy pronto. El héroe reposaba con majestad sobre la lanza que habia dado muerte al jabalí, cuya cabeza se ve á sus piés: la lanza no existe: la mano que la empuñaba ha perecido tambien: cuentan que Miguel Angel, que se atrevia á todo, no se atrevió á completar esta hermosa figura que pertenece al arte griego puro: quizá su original no fué otra estatua, sino una pintura de Polignoto ó de Parrasio. Nada positivo puede decirse acerca del autor: otro enigma para los anticuarios y los profesores.

XIII.

Atravesando el pórtico que rodea un patio octógono sostenido por diez y seis columnas de granito, y sin detenernos ante estatuas y sarcófagos, que merecerian exámen por su importancia artística é histórica, llegamos al ga-

binete donde se guarda otra joya de la escultura griega: la estatua de *Mercurio*, llamada generalmente, aunque sin razon, el *Antinoo del Belvedere*.

De la belleza heróica hemos pasado á la belleza humana: el *Mercurio*, bajo este punto de vista, puede ofrecerse como un modelo, y como su modelo predilecto lo estudiaba el pintor frances Poussin, en cuyo sentir la armonía y las proporciones de la figura humana no pueden hallar más perfecta representacion: la plácida quietud del semblante, la suavidad sin afeminacion de todos los rasgos, el ambiente que parece rodear aquel mármol, bien declaran que es obra de los buenos tiempos de la escultura y de egrégio escultor: quién fuera éste, difícil será ya averiguarlo: los grandes maestros de la antigüedad cuidaban más de perpetuar sus obras por el mérito, que de perpetuar sus nombres por la fama. Una estatua muy celebrada de Mercurio, hecha por Policeto, vino á Roma. ¿Será esta misma, ó una reproduccion suya, la del Belvedere, hallada tres siglos hace entre las ruinas del Esquilino?

El exámen de las obras capitales de la escultura griega y romana va dando de sí una especie de interrogatorio: no hemos acabado la visita: no se han concluido, por tanto, las preguntas.

XIV.

Estamos en otro gabinete: hemos llegado al grupo de *Laocoonte*: tres figuras humanas y dos culebras lo forman; Laocoonte castigado por Minerva sufre y lucha entre sus dos hijos, atormentado fieramente por los reptiles venenosos, que cual lazada de hierro sujetan y quebrantan aquellos cuerpos próximos ya á sucumbir. El momento no puede estar mejor escogido: la expresion, el asunto es una verdadera tragedia. El hijo de Príamo se ha opuesto á la introduccion del caballo de Troya: temeroso por los destinos de su patria ha hecho ó dicho algo que provoca el enojo de poderosas deidades, y en el templo, al pié del ara, es castigado con el suplicio espantoso de las serpientes.

Tiénese por apasionado el juicio de Visconti acerca de esta obra de escultura; el entusiasmo que le inspira lo induce en efecto á afirmaciones arriesgadas: examinando una por una todas las partes del grupo, descendiendo á los más pequeños pormenores de las figuras, todo lo encuentra sabio y admirable y perfecto. Verdad es que casi del mismo modo la describen y ensalzan muchos de los críticos y artistas de los tres últimos siglos. Plinio, en los antiguos,

la llamaba *opus omnibus et picturæ et statuariæ artis præponendum*. Desde luégo es gran fortuna para el *Laocoonte* del Vaticano ser la única estatua de la cual con entera seguridad sepamos que, colocada en la Casa de los Césares, escitaba la admiracion, en medio de tantas y tantas otras obras de la escultura griega como adornaban y enriquecian la residencia imperial de Tito y sus sucesores.

Que el *Laocoonte* es una obra griega, túvose por indudable desde el año 1506, en que fué hallada en una viña inmediata á las Termas de Tito: que sus autores fueron los rodios Agesandro, Polidoro y Atenodoro, lo testifica Plinio, ya citado, en el libro xxxvi de su *Historia natural*: que no todos los escritores modernos le reconocen la calidad y caracteres de obra griega, tambien es cierto; pero sus razones, contestadas victoriosamente, sólo han servido para poner más en claro la autenticidad helénica del grupo famoso de Agesandro y sus hijos; que hasta esa coincidencia parece que hay entre el asunto y los autores de la obra. Nuestro insigne Pacheco no pudo convencerse nunca de que el cincel griego produjese aquella expresion viva, aquel movimiento muscular, aquella anatomía del dolor, que se percibe en la cabeza del padre y en el gesto de los hijos: el purismo ateniense de las líneas, el clásico

dominio de los afectos, la nunca interrumpida ni afeada tranquilidad de las formas, no son, á juicio de aquel docto académico, los rasgos que distinguen el grupo del *Laocoonte*, obra que supone inspirada por los inmortales versos de la *Eneida*, producto, á su juicio, de un tiempo de decadencia, que difiere mucho del siglo de Pericles.

Veamos lo que hay de exacto en todo este raciocinio. Si el *Laocoonte* es un reflejo en mármol de los hermosos versos de Virgilio, el *Laocoonte* es una escultura romana de los primeros tiempos del imperio. ¿Se hacian en Roma por aquellos tiempos obras de escultura parecidas al *Laocoonte*?

Plinio da noticias del célebre grupo y fija el nombre de sus autores: éstos son griegos, de la Isla de Ródas: lo natural es acudir á esta region y examinar si en ella se cultivaron las bellas artes en los siglos que precedieron á la fundacion del imperio romano; y el resultado de estas investigaciones artístico-históricas no puede ser más satisfactorio. En Ródas se habia continuado la tradicion de los más egregios escultores de los dias de Pericles y de Alejandro. Un discípulo de Lisipo, Kares, habia esculpido el Coloso de treinta y cinco varas, que fué contado entre las maravillas del mundo; otro centenar de simulacros colosales y sobre

tres mil estatuas daban testimonio del gusto que prevalecía en la república de Ródas, durante la que puede considerarse su edad de oro, es decir, durante el período que precede á su alianza con el partido de César. Al sucumbir bajo las armas de Casio, Ródas perdió con su independencia sus insignes obras de arte, los adornos de sus templos, que fueron, como los de Aténas y los de Corinto, á enriquecer otros templos y otros palacios en Roma: en aquella especie de cautividad, en aquel despojo á nombre del derecho de la guerra, pudo hallarse comprendido el mármol que examinamos.

Distinguíase el estilo de los escritores y artistas rodios del estilo puro ateniense, en cierta propension á la grandiosidad, ó mejor dicho, á la pompa asiática, en cierta vivacidad pintoresca y expresiva, aire provincial, en la buena acepción de la palabra, que es fuerza reconocer en multitud de obras del ingenio humano, sin que por eso su mérito decaiga, ni se oscurezca su hermosura primitiva. El *Laocoonte* no habla la lengua ática pura; pero habla uno de sus más espléndidos dialectos.

Por otra parte, basta dirigir alternativamente la mirada á los versos de Virgilio y al grupo de *Laocoonte*, para convencerse de que no reside en los primeros la fuente de la inspiración, la idea generadora del segundo. Sentémonos

un instante en el gabinete del Belvedere frente al grupo famoso de los escultores rodios, y abramos la *Eneida* de Virgilio por el segundo de sus libros, versos 198 al 296.

Dice el poeta: «En esto un nuevo y más tremendo accidente viene de improviso á conturbar los corazones. Laocoonte, sacerdote de Neptuno, por designacion de la suerte hallábase sacrificando un magnífico toro ante las aras del númen, cuando hé aquí que desde la Isla de Ténedo se precipitan en el seno tranquilo del mar dos serpientes (me estremezco de referirlo), que extendiendo en el ancho piélago sus inmensos anillos, se dirigen con igual celeridad hácia la orilla: írquense sus pechos entre las olas, y sus crestas ensangrentadas sobresalen y dominan la superficie de las aguas: el resto de sus cuerpos fluctúa en el abismo y su cola monstruosa se curva y se recurva en horribles sinuosidades: su estrépito levanta montañas de espuma. Ya tocan la tierra, relucen sus ojos inyectados de sangre y fuego, y con sus lenguas vibrantes lamen una y otra vez los labios silbadores. A su vista huimos consternados: las serpientes con ímpetu certero se lanzan hácia Laocoonte, y desde luégo una y otra con feroz lazada se rodean á los cuerpos de los dos hijos y despedazan á mordiscos los miserables miembros. Despues se precipitan

sobre Laocoonte, que armado de un dardo corría en auxilio de los mancebos, y lo sujetan con fieras ligaduras espirales: con doble vuelta ciñen su cuerpo los cuerpos escamosos de las serpientes; y con otras dos vueltas oprimen su cuello, y todavía sobresalen y lo dominan todo las cabezas y las cervices arqueadas. Pugna Laocoonte por deshacer con sus manos aquellos terribles nudos; y sangre y negro veneno chorrean las vendas de su frente, y eleva hasta los cielos un horrendo clamor, semejante al mugido del toro, que herido con torpeza huye del ara arrojando con furia de su cuello la mal clavada segur.»

El poeta épico presenta la tragedia del sacerdote de Neptuno de una manera distinta de como la ofrecen los artistas griegos. Según Virgilio, las serpientes acometieron y despedazaron á los hijos, y el padre, armado con dardo, ansioso de defenderlos, corrió hacia los monstruos, entre cuyos anillos, más duros que el hierro, vióse pronto aprisionado con cuatro vueltas, y bañado en sangre y en veneno. Según la *Eneida*, el destrozo de los hijos precedió al del padre. En el mármol el suceso aparece de otro modo. Padre é hijos son acometidos en el acto mismo; los tres cuerpos son á la vez misma comprimidos y atarazados por los dragones: el gran movimiento dramático de la

composicion está precisamente en el dolor del padre, á quien más que las propias heridas, atormentan las heridas de los hijos. Los escultores no hubieran omitido las vueltas del cuello, si hubieran tenido por original de su obra los versos de Virgilio, ni aquellas cabezas erguidas de las serpientes, que en el decir del poeta sobresalian y dominaban el espantoso cuadro:

Superant capite et cervicibus altis.

El pecho de Laocoonte se agita en un pié-lago de dolores y de desesperacion: sus facciones revelan espanto, su boca gime, todo ello consta en el mármol con caracteres que acusan la degeneracion de la inalterable suavidad del estilo puro de Aténas; pero el rugido del toro escapado con el hierro en la cerviz no se percibe en el grupo del Belvedere. Digan cuanto quieran Lessing y otros críticos insignes, el Laocoonte de Virgilio no ha podido inspirar el Laocoonte de mármol. La fábula, pues, habia llegado por otros originales, mucho ántes de que la cantára Virgilio, á los escultores rodios, que tan admirablemente le dieron vida. Quizá Virgilio á su vez no conoció la estatua: su musa la hubiera descrito con fidelidad y la hubiera embellecido con nuevos y perdurables encantos. ¿Vendria á Roma el grupo famoso en

la época que media entre Augusto y Vespasiano, en los días de las últimas expoliaciones de la Grecia, cuando Ródas queda definitivamente convertida en provincia romana? ¿Sería su verdadero original y tipo matriz una tragedia de Sófocles, que se ha perdido en el camino de los siglos? ¿Sería una leyenda, una historia, una tradición? A todas estas preguntas sólo se puede ya responder con otra pregunta. ¿Es fuerza que no hemos de contentarnos con ver el admirable grupo, con saber que existió en el palacio de los emperadores Flavios, que ante él se recreaba Tito, que Plinio lo ensalzaba como obra de primer orden, sino que hemos de empeñarnos en averiguar cuándo y cómo y en dónde aprendieron sus autores el mitológico asunto que recuerda?.....

El hallazgo del *Laocoonte* fué un gran acontecimiento artístico del Pontificado de Julio II. Amanecía ya el período del gran entusiasmo por la restauracion del clasicismo en sus várias manifestaciones: una obra griega entónces, en pergamino ó en mármol, tenía un valor que ni á la luz de la cultura presente podemos apreciar.

En la Iglesia de Santa María de Araceli, sobre el Capitolio, hay una sepultura muy próxima al altar mayor, y sobre ella un epitafio que no pertenece á ningun príncipe ni perso-

naje del órden eclesiástico ó civil: recuerdan á Félix Freddi, el afortunado desenterrador del *Laocoonte*: así se recompensaban entónces, no sólo en vida, sino en muerte, los servicios prestados al acrecentamiento y al esplendor de las artes.

XV.

Un cortísimo tránsito por delante de sarcófagos, urnas cinerarias, aras y labros de granito blanco y negro, nos acerca al gabinete del *Apolo*; llegamos á la estatua famosa, donde tiene su más perfecta representacion la belleza ideal; despues de la imágen contraida del dolor, la imágen apacible de la alegría; despues de la tragedia, el poema; despues de *Laocoonte*, *Apolo*. Aquél es un mármol que solloza; éste es un mármol que sonrie. El arte antiguo no ha dejado obra alguna que le exceda en idealidad. Winckelman tiene para el *Apolo del Belvedere* elogios tan excesivos, que tocan en el extremo de la adoracion; quizá este mismo entusiasmo, de que han participado á su vez innumérables escritores, haya podido traer en algun tiempo la exageracion contraria, llegándose por algunos á sostener que el *Apolo* es una estatua romana del tiempo de Adriano, ó cuando más de Neron; una de aquellas obras

de escultura que adornaban la famosa *Villa* de los Césares en la antigua *Antium*.

Dió fundamento y crédito á esta opinion, el haber algunos inteligentes mineralogistas calificado de italiano el mármol de que la estatua se compone; pero los partidarios de la autenticidad griega, intransigentes con todo otro propósito y tendencia, apuraron la cuestion mineralógica, y Visconti en el tomo primero del *Museo Pío-Clementino* aduce una certificacion de dos peritos artistas de Carrara, en que declaran bajo juramento que consideran el mármol de la estatua de calidad absolutamente diversa de la de aquel en cuya labor se ocupan de continuo. La procedencia del mármol es, pues, el primer problema del *Apolo*: si en efecto es italiano, la obra se hizo en Roma por escultor griego.

¿Es acaso una copia de Praxitéles? Siguen los problemas: ¿puede ser una reproduccion del Apolo de Escopas, disparando sus flechas contra la prole infeliz de Niobe, como opinaba el erudito Azara? Aquel simulacro era de mármol; el original del *Apolo* debió ser, en concepto de Canova, una estatua en bronce; el Apolo de Escopas está parado, el del Belvedere en movimiento. Que no procede del Apolo Palatino, se puede asegurar recordando que aquél estaba cubierto con larga

veste; que no está representado por el artista en el instante de haber lanzado su flecha sobre la serpiente Piton, como asentó Winckelmann, se aprende con sólo observar que la mirada del númen no se dirige al suelo, única esfera de los reptiles, sino á objetos que por lo ménos estaban á su altura. ¿A quién, pues, acaba de herir Apolo? ¿A las huestes que llenaban el campo de los Aqueos? ¿A las Nióbides? ¿A los galos del templo? ¿A las furias perseguidoras de Orétes? Contra todos estos grupos han lanzado la invisible y nunca vista flecha del *Apolo del Belvedere* los críticos y los amadores, que á porfía lo describieron y analizaron, desde que Julio II enriqueció con tan insigne joya las salas del Vaticano.

Graciosa discusion la de la flecha, si despues de todo llega á confirmarse la novísima creencia de que la estatua no tuvo arco ni lira; una obra de arte descubierta en Grecia y admirada hoy en Rusia, da una nueva idea acerca de la actitud en que pudieron estar los brazos del *Apolo del Belvedere*, restaurados en gran parte por Montarsoli, discípulo de Miguel Angel, sobre la suposicion del reciente disparo contra la serpiente. La semejanza del pequeño Apolo de bronce que posee el Conde Strogonoff con el del Vaticano, aseguran que es tan notable, que no puede vacilarse en

atribuirles una misma procedencia: ahora bien, el Apolo de Rusia muestra en las manos la egida, la piel de cabra y la cabeza de Medusa, exactamente lo mismo que Homero lo describe. Hé aquí un buen tema para los arqueólogos. En tanto que lo discuten y esclarecen, los que no hemos visto la estatua de Rusia, ni acertamos á ver claro en la imaginacion el efecto de la egida, de la piel y de la cabeza, admitimos sin el menor enojo la pretérita existencia del arco, y nos embelesamos con la hermosura de la estatua.

El ánimo se siente inclinado á deferir con gusto á la declaracion jurada de los artistas de Carrara para alejar hasta la sospecha de que pudiera no ser griega, y puramente griega, una obra en que se compendian y brillan todas las condiciones y calidades de la belleza á que rendia culto el pueblo griego.

En Roma hubo una estatua de Apolo de Filisco, célebre escultor rodio: era uno de los más bellos ornamentos del templo de aquel dios, cerca del Pórtico de Octavia. Otro Apolo, debido al cincel de Praxitéles, cita Plinio en los tiempos de la Roma imperial. Al señalar procedencia al *Apolo del Belvedere*, Visconti vacila entre Praxitéles y Calamides. La duda de tan insigne anticuario forma el mejor elogio de la estatua: Mr. Ampère cree ver en

esta obra el resultado misterioso del trabajo de los siglos, como una flor cuya simiente desconocida llevan y esparcen todos los vientos: los grandes maestros de la antigüedad griega pudieron concurrir, en su concepto, á preparar de léjos el Apolo del Vaticano: lo mejor y más selecto de Onatai, Calamides, Fídias, Miron, Pittágoras, Leokares, Praxitéles y Lisipo se encuentra, en efecto, en esta singular estatua, como término extremo de la mayor posible inmaterialidad, en un arte que sobre la materia se funda, como tipo acabado de suavidad y de gracia.

XVI.

Por las obras que rápidamente hemos descrito, se puede formar idea de la riqueza que guardan los museos de escultura del Vaticano. El arte de Grecia y de Roma no tienen palacio más espléndido: allí están todas las épocas, todos los estilos.

Algo, muy poco, hay de la escultura moderna: cerca de los gabinetes que hemos recorrido, se encuentran, sin embargo, tres estatuas de un autor que ha muerto en nuestro siglo. El *Perseo* y los *Pugiladores* del italiano Canova están á cortísima distancia en el es-

pacio del *Laocoonte* y del *Apolo*; pero bien los separan en el mérito los veinte y más siglos que median entre unas y otras obras.

Las estatuas de Canova están ejecutadas con gran inteligencia: en las líneas, en las proporciones, en la ordenanza, como si dijéramos del arte, no hay reparo ni objecion que oponer; y sin embargo, examinadas despues de aquellas otras que le son vecinas, queda en el ánimo la misma impresion que produce un retórico recitando una arenga despues de haber oido á un orador espontáneo y elocuente.

Para dar vida á un Perseo, lo primero es conocer el personaje, más que conocerlo amarlo, identificarse en el órden de ideas y de creencias á que pertenece: para acertar con el anhelado efecto en la más feliz disposicion de la materia, que esto, y no otra cosa es la forma, segun la definian los peripatéticos, es preciso trasladarse á sabiendas á las regiones exclusivas de la forma, prescindiendo de otras esferas de que ya no es posible prescindir, despues de la esplendorosa revolucion estética obrada por el cristianismo: la escultura brotó en edad y en tierras paganas, y en aquella edad y en aquellas tierras tuvo su rápido desenvolvimiento.

XVII.

El politeísmo, deificando hombres y animales, hizo de la materia y de la forma el principio de su culto y la fuente de su inspiración: desde la primera informe columna con ojos hasta el *Apolo del Belvedere*, se ve la marcha de una gran parte de la humanidad por el camino de la adoración al hombre corpóreo, de la apoteosis de la materia. Por eso la escultura sufrirá una grave mudanza cuando otro orden de ideas y de sentimientos se posesione de las inteligencias y de los corazones. A medida que la exaltación del espíritu oscurezca y eclipse el brillo de la materia; á medida que se difunda y arraigue la doctrina del cielo que en vez de hacer dioses á los hombres, hace hombre al verdadero Dios, los manantiales de la belleza serán más puros, la forma descenderá de ser esencia á ser accidente: sobre el hombre corpóreo habrá otro hombre de más soberana hermosura, de más resplandeciente majestad.

Si la caída del imperio romano no hubiera sido á su vez la ruina de las grandezas artísticas de Roma; si las guerras y los trastornos de todo género no hubieran mantenido por

muchos siglos el estado de abatimiento en que la historia nos ofrece las bellas artes, es de presumir que la de la escultura, como más identificada con el paganismo, con él hubiera languidecido, y aún con él hubiera muerto; adherida, sin embargo, á la nueva idea, inspirándose en más altos principios que el principio de la forma, atravesó el largo período de la Edad Media, y al salir á la claridad de la época que se llama del Renacimiento, soñó en la resurreccion de antiguas glorias, y deliró nuevamente con los dioses del Olimpo.

De la historia, y como inventario de las obras de arte que todavía ostentaba la Ciudad de las Siete Colinas á mediados del siglo vi imperando Justiniano (interesantísimas noticias restauradas recientemente por la sábia diligencia del cardenal Mai), resulta que en Roma se veían en aquella época ochenta estatuas áureas y sesenta y seis ebúrneas, todas de divinidades mitológicas; tres mil setecientas ochenta y cinco estatuas de bronce, correspondientes á emperadores y caudillos; veinte y cinco que representaban personajes del Antiguo Testamento, traídas de Jerusalem despues de la destruccion por Tito; dos colosos; veinte y dos grandes caballos de bronce, sin contar el gran número de objetos preciosos que se guardaban en los templos, en las basílicas, y

en los mil y setecientos palacios de la Ciudad, y los que adornaban las termas, los jardines, los arcos, las fuentes y los sepulcros.

Las sucesivas invasiones de godos y longobardos, las horribles inundaciones del siglo VIII, las pestes, los terremotos, los incendios, la traslación á Bizancio de gran parte de aquellos mismos objetos preciosos, cambiaron el aspecto de Roma, lúgubre y miserable al espirar el siglo XI, bajo la planta asoladora de Guiscardo. No preguntemos por el arte en aquel triste período. Sin el interés y celo de los Papas, que habían arrancado á los furiosos de la destrucción monumentos como la Rotonda, y erigido otros sobre las ruinas del paganismo, apenas se conocieran hoy en el ámbito de las Siete Colinas vestigios por donde estudiar la Roma, no ya de los reyes y de la república, pero ni siquiera la de los emperadores.

A las guerras exteriores sucedieron crueles guerras intestinas que hicieron, puede decirse, de los grandes edificios de Roma otras tantas fortalezas: abandonadas las termas, desiertos los anfiteatros y los circos y los pórticos, cortados los acueductos, solitaria la casa de los Césares y solitarios los foros, convertidos en campo los jardines, los altos monumentos se coronaron de almenas, y el Anfiteatro Flavio, el Mausoleo de Adriano y tantas otras ma-

ravillas de la arquitectura, fueron ciudadelas, en que defendian sus ambiciones respectivas Frangipannis y Pierlonis, Colonnas, Contis, Savellis, Annibaldis, Orsinis y Gaetanis.

Nuevas inundaciones y terremotos, el establecimiento de la Santa Sede en Aviñon y las insensatas luchas de los soñadores en la república antigua y en la muerta tribuna, redujeron á Roma á tan lamentable estado, que da pena leer las historias y las crónicas que á tal época se refieren.

Algunos destellos del arte iluminan de vez en cuando el horizonte de la revuelta Italia, precursores de aquella gran luz que han de derramar sobre el orbe todo el Doctor Angélico y el autor inspirado de la *Divina Comedia*: pronto las catedrales góticas se levantarán en otras regiones como símbolo grandioso del pensamiento cristiano: no tardará esta misma idea en tomar expresion y vida bajo el pincel de Cimabue y de Giotto: la escultura, arte ménos necesario en el austero reinado del espíritu, hace su aparicion en el mundo cristiano con mayor lentitud y timidez, por lo mismo que en el mundo pagano habia sido tan influyente y poderosa. «Esta nuestra edad, decia Petrarca en una de sus cartas familiares, en que cita con gran elogio á Giotto, ciudadano florentino, y á Simon de Siena, se precia de haber res-

taurado, ó lo que es casi lo mismo, de haber mejorado y perfeccionado la pintura; pero es lo cierto que en la escultura y en todo género de vasos no puede negar que es muy inferior á las otras.» Un gran movimiento artístico déjase, en efecto, sentir por toda Italia, ya en obras de arquitectura, como las catedrales de Florencia, de Milan, de Siena y de Orvietto, el Campo Santo de Pisa, la torre de Santa María de las Flores, la Cartuja de Pavía, San Petronio de Bolonia y tantas otras que fuera prolijo enumerar; ya en primores de pintura y de mosaicos, con que ornaban aquellos mismos templos artistas, no bizantinos, sino italianos, fundadores de una escuela, que habia de ser no tarde la más famosa y respetada de todas.

Tímida hemos llamado ántes á la aparicion de la escultura en este período, y bien nos autoriza para calificarla así el verla como sencillo y humilde adorno de la arquitectura, buscando hospitalidad en los frisos, en los sepulcros, en los arcos ó en las puertas. Insignes pintores habian ya decorado los muros de las basílicas romanas, cuando Ghiberti y Donatello terminaban en Florencia aquellas exquisitas labores de escultura, que son y serán admiracion y embeleso de todos los amantes de la belleza: obras menudas del cincel, pero más

insignes ypreciadas que grandes estatuas y moles de piedra, presagian la época muy vecina en que las moles de piedra y las estatuas hagan su nueva exhibicion en el mundo, traídas por la corriente del gusto greco-romano.

Antes de que Fídias elevára la escultura en Atenas al grado que no admitia ni tuvo superior, habian preparado los caminos Agelada, Policleto y algunos otros verdaderos padres de la pintura y la escultura helénicas: de la misma suerte los autores de los frescos del Campo Santo de Pisa y de las Puertas del Bautisterio de San Juan de Florencia formaban como la vanguardia del genio, que habia de trazar en los muros de la Capilla Sixtina la historia del último momento de la existencia universal, y en un pedazo de mármol los rasgos y la majestad del caudillo y legislador de Israel, del que escribió la historia de los cielos y la tierra.

Masacci y Ghiberti anuncian á Miguel Angel. Con el siglo xvi se inaugura una época de resurreccion galvánica para la escultura: ya no será el bajo-relieve ni la diminuta labor en marfil, acero ó plata lo que produzcan los cinceles italianos: la estatua y el grupo han renacido, si no con caractéres griegos, como diez y seis siglos ántes en Roma, con caractéres romanos, más arcáicos en la Europa de entón-

ces, que los griegos en la Roma de Augusto. El culto de la antigüedad toca en los confines de la idolatría: se habla y se piensa y se siente en latín: no es de extrañar si, empapada en paganismo la literatura latina, con el amor immoderado hácia esa literatura, se infiltró también el gusto por la mitología, creándose un neo-paganismo insípido y artificial, incapaz de realizar la belleza tal como podían y debían concebirla ya las sociedades redimidas del cautiverio de la materia y de la forma: cuando la escultura se inspiró en la idea cristiana y quiso representar algo más perfecto y sublime que los contornos del cuerpo y la hermosura del rostro, produjo el grupo de la *Piedad*, en que Buonarroti, muy joven todavía, supo esculpir un poema de dolor, de ternura y de santidad, que nunca hubiera adivinado el genio de Praxitéles. Los Cristos crucificados de nuestro Montañés bastarían por sí solos para hacer simpática y digna de respeto la escultura de los últimos siglos, por más que con frecuencia se dejara ésta llevar por la corriente del mal gusto hácia la imitación de tipos irremisiblemente derogados.

Ocasiones tendríamos de volver sobre el mismo tema de la escultura en los monumentos que Roma nos ofrece. Quizá peca de importuna la digresión á que nos ha conducido la vi-

sita del Museo Vaticano; pero se relaciona tanto la historia de la escultura en los tiempos modernos con el exámen de las obras que nos han legado los antiguos y en aquel gran depósito se hallan, que bien merecen disculpa las rápidas indicaciones que preceden.

XVIII.

No es posible, ántes lo hemos dicho, presentar ni áun en compendio la noticia de los sarcófagos, de las urnas, de las estatuas, bajo relieves, que en los museos Chiaramonte y Pío-Clementino se conservan. Magníficos son los depósitos de mármoles que en Florencia y en Nápoles se guardan, procedentes en gran parte de Roma: rica es, sin duda, la Glyptoteca de Munick, y muchas obras egregias de arte son de admirar en los salones del Louvre; pero la coleccion del Vaticano y la del Capitolio y la de San Juan de Letran y la de ciertas *villas* como la Borghese y la Albani y la Ludovisi, representan, no ya una muestra de la antigua magnificencia del arte, sino el legado más opulento del caudal de la Grecia civilizadora y de las Siete Colinas dominantes sobre el mundo. Muchas de las obras recogidas en aquellos salones, que son por sí solos verdadero portento de riqueza, señaladamente los

sarcófagos con sus relieves, ofrecen un campo dilatadísimo y ameno á estudios históricos y de costumbres; que de estas páginas muertas, mejor que de la multitud de libros y del choque de las opiniones y del ruido de las disputas, reciben seguro esclarecimiento y auténtica comprobacion.

No es posible penetrar en la sala del Museo Vaticano, llamada de los *Animales*, sin que la imaginacion se sienta herida por el recuerdo de aquel lujo del imperio romano que, descrito por los autores de la época, parece delirios de la fantasía, otras mil y una noches del mundo occidental. Y sin embargo, al penetrar en aquel salon sostenido y decorado por ocho columnas jónicas de granito rojo oriental y de granito amarillo (*orgio*); al poner la planta vacilante sobre aquellos mosaicos antiguos, y al dirigir la mirada hácia aquella multitud de figuras, el mundo romano se deja ver un momento con toda la profusion de sus adornos y con el esplendor maravilloso de su lujo.

Los artistas griegos y romanos, señaladamente los de la escuela de Miron, habíanse ejercitado en la reproduccion marmórea de los animales, llegando á tal extremo la propiedad de las figuras, que los poetas hablan de vacas de piedra, que sólo porque estaban atadas no corrian, y de los caballos de Escopas, á cuya

vista relinchaban los caballos verdaderos. Los ricos del Palatino y de la Suburra y de las Carmas y del Campo de Marte no se contentaron con tener en sus pórticos y en sus cámaras estatuas de dioses y de héroes y de mujeres amadas y de amigos y de poetas, sino que acumularon también en sus moradas preciosos mármoles que representaban sus animales favoritos, grupos interesantes, tipos bizarros, pajarera, fieras, animales mansos, peces, insectos, todo el sistema zoológico en mármol y en alabastro y hasta en coral.

Aquel ciervo asaltado por un mastín, grupo asombroso que campea sobre una pilastra, adornó quizá las salas de Neron ó de Popea: aquel otro grupo de los dos lebreles que juegan, perteneció á un palacio de la Ciudad Lavinia: aquel ciervo de alabastro florido con los cuernos de alabastro oriental fué joya de alguna opulenta familia del Monte de Quirino: el león esculpido en mármol de los propios colores del rey de las selvas, como si la piedra se hubiera anticipado á su destino, estuvo un día en el Templo de la Paz: quizá Vespasiano y Tito fijaron muchas veces su mirada en aquella cabeza singular, donde la naturaleza y el arte se alian para realizar la belleza: la cara es del color del ámbar; los dientes de mármol blanquísimo; la lengua de mármol coralino.

Para el pez-leon, Carrara dió mármol verde del propio verde de los mares. Para el lobo hubo mármol amarillo oscuro; para la pantera alabastro florido con manchas negras, imitacion tan perfecta de la piel de la fiera, que en vano aspiraria á tanto la pintura. Aquella vaca con el ternerillo que mama, procede, sin duda alguna, de los originales griegos, tan admirados hace más de veinte siglos. El tigre con su presa y el pavo real estuvieron en la *villa* de Tívoli, en la mansion encantada de Adriano: la multitud de otros animales que llenan aquella estancia, fueron quizá parte de aquellas célebres colecciones de Vérres y de Lúculo; exornaron los pórticos y los triclinios de las cortesanas, asistieron mudas y frias, como hoy las vemos, á las orgías y á los dolores, á las glorias y á la muerte de una sociedad, que fué grande hasta en sus crímenes. ¡Qué pequeño y miserable aparece el lujo artístico de nuestros dias, cuando el pensamiento se pasea por las salas de mármol del Vaticano!

Hoy se cotizan las academias y las provincias y aún los reinos enteros para levantar una estatua, y se levanta trabajosamente: mezquinas rapsodias de yeso ó de *biscuit*, ó cuando más algun bronce repetido á máquina por miles y miles de ejemplares, adornan nuestros palacios y nuestras casas: en Roma habia es-

tatuas de mármol hasta para los gladiadores y los aurigas, y áun para los seres irracionales, y cada vivienda era un museo, y cada *villa* una ciudad, y los sepulcros eran templos, y las termas provincias, y Roma, en fin, el resúmen de todas las grandezas del universo.

XIX.

Despues de la Sala de los Animales merecen visita y reiteradas visitas la Sala de los Bustos, que contiene una curiosísima coleccion, y la Galería de las Estatuas, exornadas con pinturas de Mantegna y Pinturicchio, la de los soberbios arcos sostenidos por columnas de mármol amarillo; en ella están el *Cupido* famoso, que se considera copia del Amor de Praxitéles, y el *Triton* sobre el (*cipo*) arca sepulcral de Pletoria Antiochides, que vivió veinte y seis años, y fué, segun reza el epitafio, piadosísima y castísima mujer de Flavio Capiton, á quien no dió otra pesadumbre que la de morir: son de admirar igualmente la *Arianna* dormida, tenida y cantada tres siglos hace por una Cleopatra, escultura griega de los mejores tiempos: la *Juno* hallada en Otrícolis; el *Apolo* que persigue al lagarto, copia de Praxitéles; las dos estatuas sedentes de los poetas cómicos griegos Posidipo y Menandro, procedentes de las

Termas de Olimpias, sobre el Viminal; el *Fauno* ébrio, y la hermosísima *Amazona*, que estuvo en *Villa Mattei*, sobre el Celio.

En un gabinete especial, sostenido por ocho columnas de rarísimo alabastro de Montecirceo, cubierto de mármoles y adornado con un pavimento de mosaicos arrancados de la *Villa Adriana*, guárdanse como joyas de mayor precio la *Vénus* que sale del baño, la *Diana Lucifera*, y el inestimable *Fauno* de mármol rojo antiguo, y la *danzatriz* y la *Minerva* y el *Ganimédes* y el *Adónis*, obra griega que á pocas cede en mérito.

XX.

Atravesando de nuevo la Sala de los Animales, se llega á la de las Musas, soberbia estancia, sostenida con diez y seis columnas monolíticas de mármol vetado, con la cúpula pintada al fresco y los muros cubiertos de mármoles de varios colores, enriquecida de mosaicos antiguos, que llenan el pavimento, formando varios casetones cuadrangulares ó exágonos, en que se ven figuras teatrales y máscaras y arabescos: en esta sala, presidida por el *Apolo Musagete* ó *Citaredo*, reproduccion directa de aquel Apolo famoso de Timarchides, que Plinio celebró tanto en el Pórtico de Octavia, há-

llanse las estatuas de las *Musas*, copias de aquellas de Filisco, que en el mismo pórtico eran encanto de Roma, y junto á ellas las imágenes de Safo y de Aspasia y de Pericles y de Licurgo.

XXI.

La Sala Redonda, construida por Pío VI sobre el modelo del Panteon, es la sala de los bustos y de las estatuas colosales: en su centro se alza, sobre piés de bronce dorado, el gran vaso de pórvido rojo, de 65 palmos de circunferencia, procedentè de las Termas de Diocleciano: lo grandioso, lo enorme sucediendo á lo bello, determina la decadencia de las artes, del buen gusto, y hasta del imperio. Entre los nichos de las diez pilastras estriadas de mármol, que soportan la ancha bóveda, están las estatuas: delante, sobre trozos de columnas de pórvido, se ven los bustos: el pavimento es todo un mosaico de asunto mitológico, el mayor que se conoce; fué descubierto en Otricoli y adaptado á esta inmensa rotonda, como si para ella lo hubiesen hecho los mosaistas del tiempo de los emperadores.

En las estatuas son de notar el *Antinoo* colosal, la más espléndida muestra del arte greco-latino en los dias de Adriano; la *Junio* de la

casa Barberini, quizá la misma de Praxitéles, que estuvo en el Templo de Platea; la *Céres*, ornamento tambien un dia de los edificios pompeyanos en el Campo de Marte: entre los bustos colosales descuellan el de la Emperatriz Faustina Mayor; el de Adriano, que perteneció á una estatua del vestíbulo de su mausoleo; el de Plotina, la ilustre mujer de nuestro gran Trajano, y el de Plubio Elío Pertinaz, fugaz sucesor de Cómmodo.

Hoy, el objeto más curioso y más rico de la Sala Redonda, es el gran *Hércules* en bronce dorado, descubierto en 1864 en el ángulo de la plaza llamada Campo de Fiori, en aquella region de Roma, que un dia llenaron los monumentos de Pompeyo. El *Hércules* colosal fué sin duda personificacion de algun emperador, de Maximino probablemente; y escondido por sus partidarios en dias de agitacion, ha permanecido diez siglos en las entrañas de la tierra para salir, en buen hora, á dar testimonio del arte romano de la decadencia; su tamaño de cuatro metros de altura, la propia rudeza de sus proporciones, su carácter verdaderamente sombrío, como la época á que pertenece, todo contribuye á dar á este singular monumento de la estatuaria antigua una importancia especial para la historia del arte, y aún para la historia misma del imperio.

La Roma de Pío IX no ha consentido que el *Hércules* vaya á adornar un museo de Lóndres ó de Berlin. El erario pontificio, que despues de la pérdida de las Marcas y de las Legaciones, vive de la caridad del mundo, ha pagado 60.000 escudos, bastante más de 1.000.000 de reales, porque la estatua se quede en el Vaticano, y pertenezca al mundo, en vez de pertenecer á la Inglaterra ó á la Prusia.

XXII.

Al salir de la magnífica rotonda de Pío VI, el viajero se detiene ante una puerta de granito rojo, de 20 piés de altura, á cuyos lados se levantan dos enormes estatuas antiguas de la misma piedra: aquella puerta proviene de las Termas de Neron: hace mil ochocientos años que daba entrada y salida á la multitud ávida de goces: ¡cuántas veces pisó Marcial sus umbrales, Marcial, el abonado diario y cantor de aquellas Termas! Hoy sirve para dar comunicacion á la sala llamada Cruz griega, tambien cubierta de mosáicos, en la cual son dignos de especial admiracion y reverencia los dos sarcófagos de pórfido rojo, en que estuvieron los restos mortales de Santa Elena y Santa Constanza, madre é hija del emperador Constantino (quizá tambien los de la otra Constanza,

hermana del mismo Emperador), monumentos preciosos del arte, de la historia y de la religión: el primero proviene del mausoleo redondo erigido por Constantino á su madre en la Via Labicana, en el lugar, fuera de Puerta Mayor, que ahora se llama *Tor pignatara*. Veinte y cinco artistas se ocuparon por espacio de nueve años en su restauracion, y no bajó de 100.000. escudos la suma que Pío VI empleó al efecto: los altos relieves, de un mérito extraordinario, dada la dureza de la piedra, representan la batalla contra Maxencio; la cubierta en forma piramidal, está adornada con preciosas labores de niños, flores y arabescos. El otro sarcófago, que estuvo en las cercanías de Santa Inés en la Via Nomentana, donde aún se ve el Bautisterio de Santa Constanza, es de una sola pieza, y lo adornan relieves que representan vendimias y animales, y aquellos dibujos de fantasía tan de moda en los días del imperio.

XXIII.

La vista se sorprende y se recrea ante una escalera de mármol de cuatro ramales, con balaustradas de bronce macizo, y treinta y dos columnas antiguas de granito rojo oriental, de las cuales las dos de pórfido negro son tenidas

por únicas en el mundo: á un lado está la Sala de los Candelabros, llena de objetos de diversa índole, piezas sueltas de mármol de todas épocas y estilos enfrente: la Sala de la *Biga*, así llamada por la *biga* ó carro de dos caballos que se ve en su centro, perfectamente restaurado, y que há muchos siglos servia de silla episcopal en el coro de la Iglesia de San Márkos: al rededor de la *biga*, en esta lindísima estancia, tambien redonda, se ven sarcófagos interesantes por sus esculturas, y entre otras estatuas el *Discobolo* famoso, que lleva escrito con caracteres griegos el nombre de Miron; la *Diana cazadora*, que estuvo en el Templo de la Paz; el *Baco indio*, vestido con larga túnica; la estatua de mujer, tenida por la musa *Polimnia*, modelo de paños y de pliegues; el *Alcibiades guerrero*, y el *auriga victorioso*.

Tales són, citadas así al vuelo, las salas que forman el gran palacio de mármol, que contiene á su vez las mayores obras que en el mármol haya producido el arte. Con verdadera pena pasamos así, como simples narradores, por delante de tantos y tan insignes monumentos, de los cuales no pocos figuran en las descripciones de Plinio, y eran joyas de primer orden en la Roma, que contaba por cientos de miles las estatuas, y que acogia en su recinto á los profesores más ilustres de la Grecia. Los

objetos, de que por su mayor mérito queda hecha mencion, bastarian para llenar muchas páginas, y aún volúmenes, que en efecto les han consagrado escritores peritos en el arte, arqueólogos infatigables que Roma produce, como produce filósofos Alemania, y poetas y pintores nuestra risueña Andalucía.

En este libro, que tiene más modestas aspiraciones, no cabe sino el recuerdo muy somero de las maravillas que aquellos museos encieran, y aún así es de temer que, fatigado el lector de tantos colores, de tantos mármoles y de tanta variedad de artistas, aún dentro de la unidad artística, sienta ya impulso y deseo de cambiar de materia y de impresiones.

XXIV.

Pasaremos por alto, no sin injusticia, la descripción de los museos Etrusco y Egipcio, dos grandes secciones de antigüedades, que por sí solas podrian constituir el caudal arqueológico de la capital de un reino, y que, recogidas y ordenadas en Roma y en el Vaticano, sirven admirablemente para completar la historia del arte. En cualquier otro punto, fuera de Italia, los museos Etrusco y Egipcio podrian considerarse como extranjeros, como una apreciable curiosidad; aquí, por el contrario, son parte

integrante del capital propio: están en su casa.

El Papa Gregorio XVI ordenó la formación de un depósito de antigüedades etruscas, donde se recogieran todos los objetos hallados en el territorio de la antigua Etruria, comprendido entónces en los Estados Pontificios: la necrópolis de los Vulcos, la de los Tarquinos, la de Agilla, la de Cere y las excavaciones hechas en Toscanella, Bomarzo, Orte y otros lugares vecinos, dieron pronto tan abundante y preciosa colección de monumentos, que apenas es ya bastante para contenerlos la parte del Vaticano que fué vivienda del Cardenal bibliotecario.

El Museo Borbónico de Nápoles es rico verdaderamente en vasos italo-grecos y en tierras cocidas: pasan de seis mil los objetos que posee; pero no llegan en importancia á los que guarda el Vaticano. Urnas cinerarias; sarcófagos adornados con bajo-relieves curiosísimos; vasos pintados, de la más remota antigüedad, sobre todos el llamado de *Baco*, cuyos dibujos y colores lo constituyen en un monumento artístico singular; el de *Apolo*, que revela el primitivo estilo etrusco, anterior á toda influencia griega; la preciosa colección de objetos de bronce, no tan vasta ciertamente como la de Nápoles; la de pinturas etruscas halladas en los sepulcros; tales son los objetos que forman

el Museo Etrusco, interesantísimos para la historia del arte romano, que en Roma fué etrusco ántes de ser griego, y que áun despues de helenizarse, no concluyó la antigüedad etrusca: á ella pertenecia, por razon de estilo, la estatua de Apolo, que Augusto puso en su biblioteca del Palatino: más adelante, ya en el tercer siglo, dice Tertuliano que las estatuas etruscas habian inundado la ciudad.

El arcaismo ha sido, pues, achaque de todos los pueblos y de todas las civilizaciones. Los romanos, que amaban la genuina antigüedad etrusca y la multiplicaban contrahaciéndola, procedieron de igual suerte respecto de la antigüedad egipcia; por eso el Museo Egipcio del Vaticano ofrece á su vez un alto interes histórico y artístico.

Consta de dos partes este Museo: una de verdaderas antigüedades egipcias; otra, de esculturas de la Roma imperial, especialmente de la época de Adriano, imitando á las de Egipto.

A la parte genuinamente egipcia corresponden urnas y sarcófagos de basalto cubiertos de jeroglíficos; cajas mortuorias pintadas por dentro con admirable colorido; la estatua colosal en granito negro de la madre de Ramsés III, ó sea el gran Sesostris; un fragmento del trono de este Rey; los dos hermosos leones de gra-

nito negro encontrados en el siglo xv, son procedentes sin duda del Templo de Isis ó Serapides; la estatua colosal de la diosa Neiht; las de Tolomeo Filadelfo y su mujer Artinoe, y otra multitud de monumentos notables por su escultura y por los jeroglíficos que los cubren, sin olvidar la coleccion inestimable de *papiros*.

En la sala de las obras de imitacion son de notar con preferencia las que pertenecieron á la *Villa Adriana*, en Tívoli, entre las cuales hay muchas muy bellas de mármol colorado. Preside la estancia un coloso en mármol blanco, que representa á Antinoo vestido á la egipcia, obra en que están compendiados los primores del arte egipcio y del greco-romano, que seguramente florecia en aquella época del imperio.

Los museos Etrusco y Egipcio, añadidos en buen hora al Pío-Clementino y Chiaramonte, completan de un modo admirable el cuadro histórico de la escultura. Sin salir de aquellas vastas galerías, de aquellas salas y gabinetes, pueden recorrerse épocas y pueblos, y descubrirse grandes verdades estéticas, que interesan no poco á la ciencia y á la humanidad. ¡Dichoso el que sin preocupaciones arqueológicas y sin preferencias de razas ni de siglos, se proponga y lleve á feliz término tarea tan importante!

XXV.

Abandonemos ya la ciudad de mármoles del Vaticano, donde un año de muda lección diaria proporcionaría quizá más enseñanza que muchos cursos académicos de insustancial erudita declamación. Salgamos del Museo, atravesando nuevamente el Patio del Belvedere, en cuyos gabinetes se conservan las obras de primer orden, y desde cuyo balcon se disfruta el espléndido panorama de Roma y sus colinas, y ántes de pasar el cancel que da entrada á las galerías Chiaramonte, penetremos un instante en la magnífica de la derecha, que se llama *Braccio nuovo*: es un salon de más de 70 varas de longitud por 14 de anchura, con un hemiciclo en el centro, bajo una cúpula, que recibe luz de doce ventanas, y que está sostenida por igual número de columnas de riquísimos y variados mármoles: en el pavimento, que es tambien de mármol de colores, hay incrustados diez grandes cuadros de mosaico antiguo, vestigios preciosos de la opulencia imperial.

Entre la muchedumbre de estatuas, que esta galería contiene, llaman desde luégo la atención el admirable *César Augusto* encontrado en 1863 fuera de la Puerta del Pópolo, produc-

to genuino del cincel romano en días de apogeo para el arte, en los días en que viene á reflejar sobre Roma el sol que se pone en Grecia. La coraza del héroe ofrece en exquisitos bajo-relieves una alegoría de la estrella de la mañana, y la aurora con el vaso de rocío, precediendo al astro del día, que bien declara que es la apoteosis anticipada del fundador del imperio. El *Fauno con el viño*, ó sea *Sileno* llevando en sus brazos á Baco infante, uno de los mármoles más célebres del arte antiguo, cuya copia en París figura entre los objetos más estimados. La *Amazona herida*, reproduccion acaso de la de Ctsilao, tan ponderada por Plinio; una excelente copia antigua del *Fauno* de Praxitéles; la *Canefora*, quizá la misma de Escopas que Roma admiró en los monumentos de Asinio Polion, sobre el Aventino; el *atleta* que se enjuga el sudor del brazo, obra egregia de Lisipo, tal vez la misma que Tiberio trasladó á su palacio desde las Termas de Agripa, y hubo de restituir por tumultuosa reclamacion del pueblo; la estatua de *Demóstenes* que Pausanias describió; una *cariátide* de las que adornaron el Templo de Pandros en Atenas; *Eurípides* con la máscara trágica en la mano; la lindísima y elegante figura del *Pudor*; la famosa *Palas Justiniani*, llamada la Minerva médica, copia griega y única de la Minerva del

Partenon, hecha por Fídias; y la *Céres* encontrada en Ostia; y la *Fortuna* ornada de diadema; y los retratos de Julia y de Tito y de Domiciano; y por último, la estatua colosal del *Nilo*, de que hay una mediana copia en el jardín de Tullerías, en París procedente del Templo de Isis, que estuvo en la que hoy es Plaza de la Minerva.

Talesson, con otras hasta el número de ciento treinta y seis, las obras de escultura que guarda esta sola galería del *Braccio nuovo*, en cuyo centro hay un enorme y singular vaso de basalto negro, esculpido con tanto gusto y riqueza, que fué una de las obras que á fines del siglo pasado mereció la honra de ser trasportada á París, con otras joyas artísticas, que luégo fueron devueltas en 1815. ¡Ojalá pudiéramos decir otro tanto de nuestros cuadros de Murillo y de Velazquez!

XXVI.

Sin salir todavía de los dominios de la escultura, estamos en el corredor de las inscripciones: quinientos pasos mide de longitud: sus paredes tienen una clase de adorno, que excede en mérito al de los frescos más admirados, y al de los mármoles más ricos y al de los mosaicos más perfectos: están cubiertas de senci-

llas y variadas losas traídas de los cementerios, y señaladamente de las Catacumbas: es una especie de gran registro de una gran ciudad de muertos: pero ¡qué fechas, qué nombres, y qué recuerdos!

Al lado derecho están todos los epígrafes de los cristianos, breves como el suspiro de los tristes, sencillos como la vida de los santos; al lado izquierdo los epígrafes de gentiles, vanidosos como el artificio de la retórica, frios como el dolor sin esperanza, duros como la muerte sin resurrección: unos y otros son tesoro para el estudio de la antigüedad: el lienzo de la derecha es, además, un libro, siempre abierto, de altísimas enseñanzas para toda alma agradecida y creyente: los humildes símbolos cristianos junto á un nombre querido, la cruz del Redentor, el monograma de Cristo, el ramo de vid, el racimo de uvas, el pez, el Arca de Noé, la paloma con la hoja de laurel, el *alfa* y el *omega*; tales son los signos que la mano piadosa de los primeros cristianos esculpía ó pintaba, sin pretensiones de belleza artística, sin luz, quizá, en los escondidos cementerios de la Via Apia y Ardeatina, de la Via Labicana y del Agro Verano, ante la fosa que guardaba los despojos amados del hijo ó del hermano, de la esposa ó de la madre.

El tránsito por la galería de las inscripcio-

nes es una especie de visita anticipada á las Catacumbas, pero que no la excusa; ántes bien enciende más y más el deseo de emprender esa interesante peregrinacion por las estrechas calles subterráneas de la Roma de los mártires, solar glorioso de la familia cristiana.

XXVII.

En esta misma galería hay una puerta pequeña que conduce á otro museo, si cabe, de más precio que el que hemos recorrido: donde tiene un palacio la pintura y otro palacio la escultura, mucho pueden y deben prometerse las ciencias y las letras: los libros y los manuscritos tienen tambien su palacio en el Vaticano. Aquella puerta pequeña es la puerta de la Biblioteca: la puerta es lo único que en ella hay pequeño; que siempre fué modesto y humilde el aspecto de la sabiduría.

La Biblioteca Vaticana corresponde á un gran principio civilizador, enseñado y sostenido constantemente por la Iglesia: como en los tiempos remotos de la ley antigua y de la gente hebrea, los libros se guardaban junto al templo, así en las edades de la Ley de gracia, la Iglesia, imponiendo el estudio como obligacion inherente al sacerdocio, ha sido fiel guar-

dadora de los monumentos escritos de toda sabiduría.

XXVIII.

El origen de la Biblioteca Vaticana se refiere á los primeros siglos. Cuando los Pontífices, dada la paz por Constantino, salieron de las Catacumbas para morar en el Patriarquío de Letran, allí fijaron el primer depósito de santos códices, que aumentado con perseverante celo, en fuerza de disposiciones prolijas y de dispendios cuantiosos, formaba ya en la Edad Media una coleccion notable y única, menoscabada luégo tristemente en la mudanza de Roma á Aviñon, y en la vuelta de Aviñon á Roma.

Al Papa Nicolas V corresponde la gloria del gran impulso dado á la adquisicion de manuscritos para la Biblioteca Vaticana. Causa maravilla y produce regocijo el leer la ingeniosa é infatigable solicitud con que aquel Pontífice no sólo acoge en Roma á los sábios fugitivos de la rendida Constantinopla, sino que despacha hombres de letras para todos los ámbitos de la tierra, con el objeto de que busquen y adquieran manuscritos orientales, griegos, latinos, de todas ciencias y literatura, sin perdonar distancias, ni gastos, ni dificultades. Desde

Tolomeo hasta hoy, escribe un historiador de aquel tiempo, no se ha visto una biblioteca que cuente, no ya igual número, pero ni la mitad de volúmenes que contiene la Vaticana.

El tesoro de Nicolas V fué sucesivamente acrecentado con multitud de obras impresas de la primera edad, que constituyen todavía un fondo de riqueza inestimable. Sixto IV atendió al acrecentamiento del caudal de libros, haciéndolos traer de todas partes, y alentando con generosidad á los sabios que en escribirlos ó buscarlos se ocupaban: dotó con renta fija la Biblioteca Vaticana, y puso á su frente varones insignes en ciencia, como Platina, Manfredi y Lorenzo Veneciano.

En tiempo de Julio II, la Biblioteca Vaticana, á juzgar por una carta de Bembo, «si no cuenta un número prodigioso de volúmenes, es preciosa por el gran valor y la perfecta conservacion de los que encierra, por las bellezas y comodidad del local, y por las estatuas, cuadros y ornamentos que la hermosean.»

Nuevos viajes bibliográficos, nuevas pesquisas por monasterios y por los rincones todos de Europa y de Asia en los tiempos de Leon X, enriquecieron de manuscritos la Biblioteca, ya que á la vez misma aumentaba el número de los impresos el maravilloso invento de Gutenberg, acogido por Paulo II en el palacio de

los Pontífices. Quinientos zequíes mandaba pagar Leon X por un ejemplar manuscrito de Tácito: donde quiera que se vislumbraba la existencia de un códice hebreo, griego ó latino, allí acudía un emisario del Papa con poder ilimitado para adquirir la joya.

San Pío V logró rescatar de Aviñon ciento cincuenta volúmenes en pergamino, pertenecientes á la antigua Biblioteca de Letran, principio y núcleo de la Vaticana.

Sixto V, cuyo nombre llena, puede decirse, la Roma moderna, el constructor de los acueductos y de las fuentes y del Palacio Lateranense y de tantas otras insignes obras en el Vaticano y en el Quirinal, en el Celio y en el Esquilino; el franciscano humilde, que con brazo poderoso levanta las columnas de Trajano y de Marco Aurelio, y los obeliscos, que yacían entre escombros, no podía olvidarse de la Biblioteca; y en efecto, á su iniciativa y á su genio se debe el magnífico local en que hoy se halla, dividiendo para ello en dos el gran patio de Bramante, y constituyendo el antiguo Belvedere en verdadero palacio de las ciencias, las letras y las artes. Salones inmensos, pinturas, adornos, todo parecía poco para honrar los libros á aquel Pontífice, que vestía el mismo sayal y revelaba idéntico carácter que nuestro Cisneros, el fundador egregio de la

Universidad y de la Biblioteca complutenses. La memoria de Sixto V, asegurada en tantos monumentos de piedra, tendrá su más grata perpetuidad en los salones de la Biblioteca Vaticana.

Paulo V añadió los archivos pontificios, que hoy ocupan once cámaras junto á la gran sala de la Biblioteca, y contienen en más de dos mil volúmenes una riqueza incalculable de documentos, verdadero arsenal de la historia eclesiástica y áun de la historia civil de las naciones. Desde el siglo xvii la Biblioteca Vaticana ha recibido considerables aumentos, no ya merced á volúmenes y códices sueltos traídos de aquí y de allí, sino por el ingreso de colecciones enteras, de librerías famosas, que los Papas han adquirido ó que sus dueños han legado.

En tiempo de Gregorio XV se añadió á la Biblioteca Vaticana la riquísima Palatina, que existia en Heidelberg, por generoso dón del elector de Baviera Maximiliano I, á quien llamaban el Salomon de Alemania: cerca de tres mil manuscritos se aumentaron con este motivo á la ya rica coleccion de Roma.

En los dias de Alejandro VII fué comprada para el Vaticano la biblioteca de manuscritos de los Duques de Urbino, cuya riqueza de códices hebreos no puede calcularse.

Alejandro VIII aumentó, con la librería de la reina de Suecia, Cristina Alejandra, y la suya particular, mil nuevecientos códices á los que ya contaba la Biblioteca Vaticana.

A Clemente XI corresponde en gran parte la gloria de haber acumulado en el Vaticano un verdadero tesoro de ciencia oriental, que puede llamarse único por la variedad y el mérito de los códices: en esta época empieza á sonar el nombre de Elías Asseman, enviado á Roma por el patriarca maronita de Antiochía, y á cuya ciencia filológica confió el Pontífice la organizacion de los preciosos manuscritos hebráicos, árabes y siriacos, que en número muy considerable existian en la Biblioteca, y que acrecentaban cada dia los orientalistas enviados á Egipto y á Siria, con el fin de recoger documentos y libros escritos en aquellos idiomas. La *Bibliotheca orientalista* de Asseman, que es un catálogo comenzado de todas estas preciosidades filológicas, consta de tres grandes tomos, y no contiene más que los autores siriacos, árabes y coptos; ménos quizá de una tercera parte de lo que hubiera abarcado la obra, si á uno y otro Asseman, tio y sobrino, hubiese alcanzado la vida para completarla ó no se hubiese perdido el original de los otros tomos, en que estaba la descripcion minuciosa de los interesantísimos códices hebráicos,

formada luégo más sumariamente en los tomos IV y V de la obra magna *Scriptorum veterum collectionis Vaticanae* del Cardenal Mai, digno sucesor en el cargo de prefecto de la Biblioteca Vaticana, de los Catalanes y Fuensalidas (españoles), de los Sirletos, Fornis, Baronios, Casanates, Quirinis, Pasioneis, Zeladas, Consalvis y Lembruschinis.

El Pontífice Benedicto XIV adquirió para la Vaticana la famosa librería del Cardenal Ottoboni, de la familia de Alejandro VIII, formó el Museo Cristiano, y á la coleccion de medallas de los Pontífices, añadió las de los Emperadores, cuya serie completa poseia el Museo del Cardenal Carpegna: al mismo tiempo se agregaban por legado á la Biblioteca Pontificia las librerías del Marqués Capponi y del anticuario florentino Baron Storch: más adelante fueron asimismo á enriquecerla más y más los escogidos libros del sabio Cardenal Zelada y los preciosos y raros del arqueólogo y escritor de bellas artes, Conde de Cicognara.

Gregorio XVI destinó otras diez grandes salas para armarios de libros impresos, é hizo considerables dones de códices y objetos preciosos á la Biblioteca Vaticana, que no menores los ha recibido del Pontífice reinante, siendo muy de recordar la librería del Cardenal

Mai (siete mil impresos y cerca de trescientos códices), los manuscritos del Cardenal Brignole, una magnífica colección de monedas y medallas, y otros objetos de gran mérito, que adornan principalmente el salón de Sixto V.

XXIX.

La Biblioteca Vaticana, no solamente enseña y deleita con los libros, con los *papiros*, con las medallas, con los objetos preciosos de antigüedad cristiana y profana que contiene, sino también con las pinturas que decoran los muros y techos de sus salones, las cuales en vez de representar sucesos fabulosos, ó inverosímiles creaciones de la fantasía, desenvuelven en series ordenadas, ya la historia de los humanos conocimientos, ya la prosecución cronológica de los Concilios, ya los hechos más culminantes de la vida de los Papas. Bajo este punto de vista no puede ser más interesante la decoración de la primera sala grande.

En su parte superior están, de un lado los cuadros al fresco que se refieren á la institución de antiguas bibliotecas, del otro los Concilios ecuménicos. Allí están escritos los anales de la bibliografía, desde el libro de la ley puesto en el tabernáculo por los levitas, y la escuela babilónica en que Daniel y sus com-

pañeros aprenden la ciencia de los caldeos, pasando por Pisístrato, fundador de la primera biblioteca griega, y por Tolomeo, que estableció la famosa Alejandrina, y por Tarquino el Soberbio, que custodió los libros sibilinos, y por Augusto, que abrió al público la Biblioteca Palatina, y recordando la Jerosolimitana debida á San Alejandro, obispo, y la de Cesarea, junto al Monte Carmelo, reunida por el presbítero Pánfilo, se llega á la época en que los Pontífices romanos empiezan á formar tesoro de libros: *Sanctus Petrus sacrorum librorum thesaurum in Rom. Ecclesie perpetua asservari jubet*. En el opuesto lado se resume, con una sentencia al pié de cada cuadro, el hecho culminante, ó la declaracion dogmática de mayor trascendencia que á los respectivos Concilios orientales corresponde: así, por ejemplo, del primero Niceno, se dice:

*S. Silvestro P. P. Fl. Constantino Magno Imp.
Christus Dei F. Patri consubstantialis declaratur,
Arii impietas condemnatur.*

En los siete grandes pilares ó columnas cuadradas que dividen el salon en su longitud de más de trescientas, hay otras pinturas que representan la historia de las letras, á la manera como se entendia y explicaba esta ardua cuestion filológica en los tiempos de Sixto V.

Comiéndase por el alfabeto hebráico primitivo, cuyo origen se fija en el primer hombre: *Adam divinitus e doctus primus scientiarum et litterarum inventor*: ofreciendo como monumento de aquella remota edad las columnas escritas por los hijos de Seth: siguen las letras siriacas y caldeas, cuyo origen se atribuye á Abraham: despues están las mismas hebráicas antiguas restauradas por Moisés y finalmente renovadas por Esdras: en la segunda columna aparecen la reina Isis, á quien corresponden las letras egipcias; Mercurio, tenido por inventor de los jeroglíficos; Hércules, que se dice padre de las letras frigias, y Memnon, autor de otro alfabeto egipcio: la tercera y cuarta columna contiene la genealogía de las letras griegas desde Cecrops Difies, primer rey de los Atenienses, que inventó diez y seis letras, hasta Simonides Melico, que completó el alfabeto actualmente conocido. La quinta columna está destinada á los orígenes latinos: Carmenta, madre del arcade Evandro, aparece como inventora de diez y seis letras: Evandro, maestro de los Aborígenes, añade seis: el emperador Claudio contribuye con la F: por último, Damarato, corintio, saca á luz el alfabeto etrusco. En la sexta columna tenemos ya al obispo Ulfilas, que dota de alfabeto á los godos: á San Juan Crisóstomo, que escogita la escritura ar-

menia: á San Jerónimo, autor de la ilírica: y á San Cirilo, que formó otro alfabeto para los dálmatas. El último pilastre, junto á los arcos, tiene, entre las efigies de San Silvestre y Constantino, esta inscripcion: *Jesus Christus, summus magister, caelestis doctrinae auctor.*

Compréndese bien por las anteriores noticias que á la ornamentacion de la Biblioteca Vaticana presidió hasta en los más pequeños pormenores un espíritu científico acomodado á la grandeza de aquel palacio y á la altura de su destino.

Ocasion tendremos en estos apuntes de hacer alguna referencia á las bibliotecas que en la Roma pagana se conocieron, señaladamente á las del tiempo de Augusto: no hay para qué volver al recuerdo de la Babilónica, de la Alejandrina, ni de la Apamiense, que al decir de Plutarco constaba de más de veinte mil volúmenes: fuera impertinente recorrer ahora la historia de otras bibliotecas famosas de siglos posteriores: la fundada en Italia por Alfonso, rey de Aragon: la de París por Francisco I, rey de Francia: la de Cracovia, acrecentada por Segismundo III: nuestras Complutense y Escurialiense, timbres clarísimos de Cisneros y de Felipe II: las de Venecia, Milan, Florencia, Ferrara, Cesena, Bolonia, Salamanca, Perusa, Sicilia; y otras muchas en Roma,

como la de Araceli, Minerva, Farnese, Angelica y Barberina, que en el siglo xvii eran ya grandiosos arsenales de la ciencia y de las letras, abiertos al estudio de la generalidad: lo que importa aseverar es que á todas las conocidas excede la Biblioteca Vaticana en el número y en la calidad de los códices que posee. Pasan de diez y siete mil los latinos, de tres mil cuatrocientos los griegos y de dos mil los orientales: entre estos los hay verdaderamente peregrinos. Sea lícito á un cultivador de estas letras antiguas recrearse un instante con el recuerdo de alguno de aquellos monumentos.

XXX.

El número I (entre los orientales) de la Biblioteca Palatina, regalada por Maximiliano, es un *volúmen* ó rollo de pergamino de los que sirven á los judíos en las Sinagogas, primorosamente escrito en hebreo cuadrado, cuya fecha es quizá anterior al siglo xi: tiene ciento ochenta y dos piés de largo por dos y medio de ancho: lo forman cincuenta y tres cueros de marroquin cosidos.

Otro volúmen, ó *seohet thoráh*, que tiene el número II, es más largo aún que el anterior: los setenta y tres pergaminos, de que consta, no están cosidos, sino pegados: tiene á los ex-

tremos las dos varas (*hamudim*, columnas), al rededor de las cuales se arrolla la inmensa piel: está escrito á tres y á cuatro columnas en caracteres germánicos.

Procedentes de la Biblioteca de Urbino hay dos códices, que no reconocen superior ni igual: el grande es un inmenso cuerpo en fóllos de pergamino, escritos á tres columnas con carácter cuadrado y puntuacion; tiene tambien el *Thargum* y gran riqueza de anotaciones, su fecha es del año judáico 5055 (de Jesucristo, 1290).

El otro, no tan magnífico, es más curioso por su antigüedad: pues aunque la nota que expresa año 4739 (que sería de nuestra era 979), no sea absolutamente exacta, sin duda alguna la piel, el carácter de letra y la escritura á tres columnas, permiten referir el códice á los principios del siglo xi, si ya no es, en efecto, del siglo x.

Códices bíblicos de los siglos xi al xvi, con anotaciones marginales (*masorah*) y comentarios curiosísimos, son tantos, que bien puede aventurarse la idea de que ni los Assemanni, ni Bartolucci, ni el mismo infatigable De-Rossi, ni los orientalistas de todos los países, que por allí han pasado, más bien para rendir tributos de admiracion y tomar ligeros apuntes, que para consagrarse á estudios profun-

dos, han apurado el contenido de aquella multitud de cementos, en cuyas columnas habrá, de seguro, tratados pertenecientes á todo linaje de conocimientos humanos.

Y si de los códices bíblicos, de los cuales indudablemente no pocos pertenecieron á sinagogas y á judíos de España, se pasa á los profanos, ¡qué tesoros para las ciencias, para la historia y para la literatura! Y sobre todo, ¡cuántos recuerdos de España! Allí hay tratados de astronomía que se remontan á la época de D. Alfonso el Sabio, que fueron tal vez escritos por orden de aquel Rey.

Hay un manuscrito hebreo (*Lujoth*), que comprende cuarenta y cuatro tablas astronómicas hechas de orden de D. Pedro III, rey de Aragon, por el maestro Ghiliberto, y delineadas por el judío español Jacob Karsan, sobre el meridiano de Barcelona, «cuya longitud de la parte extrema del occidente es 33 grados, y la latitud del ecuador 41»; comienzan en el año 1276, primero de aquel Rey. «Otro códice contiene las *Tablas* mandadas formar por D. Alfonso, rey de Castilla, y puestas en hebreo por Moré Kiriath: año 1252 (5012 de los judíos).»

De Rabi Isaac, hijo de Joseph, israelita toledano, hay un códice rabínico, titulado *Fundamento del mundo* (*Fasud Lofám*), que corres-

ponde al año 1310 y comprende cinco tratados de geometría y astronomía; el último es notabilísimo, porque bajo el título de *Salselet akkabalalah* (cadenas de la Cábala), ofrece una serie de autores desde Adan hasta Israel Hai, fijándose especialmente en los españoles.

XXXI.

Después de las joyas orientales, sobre todo de las hebreas, deben citarse los códices griegos, el precioso misal del tiempo del Papa Gelasio, el ejemplar de la obra de Enrique VIII, rey de Inglaterra, *Assertio septem sacramentorum adversus Martinum Lutherum*, en Lóndres, año 1521, con dedicatoria autógrafa al Papa Leon X, que dice: *Anglorum Rex, Henricus, Leoni decimo mittit hoc opus ad fidei testem et amicitiae.*—*Henricus.*—El volúmen ha durado mucho más que el testimonio de la fe y de la amistad: allí cerca pueden verse algunas otras obras manuscritas del mismo autor; cartas dirigidas á Ana Bolena.

Es notabilísimo el códice de Virgilio del siglo v, cuyas iluminaciones interesan, no sólo á la historia del arte, sino al conocimiento exacto de muchos lugares y monumentos de la Roma antigua; otro códice hay de Terencio, que pertenece al siglo iv. Guárdanse, por último,

en la Biblioteca Vaticana autógrafos de Petrarca, de Tasso y de otros autores de gran nota, multitud de antiguos manuscritos latinos con variedad de pinturas y adornos, el célebre Palimpsesto de la *república* de Ciceron, el Dante con las miniaturas de Julio Clovio, el Ritual del Cardenal Ottoboni, y otras mil y mil joyas artísticas y literarias, que embelesan á los bibliófilos eruditos y á los amantes de la clásica antigüedad. Los armarios de manuscritos llenan, puede decirse, el salon de Sixto V, que mide 216 piés de largo por 48 de ancho.

Los libros impresos, entre los cuales hay gran copia de ediciones del siglo xv (*incunables*) están igualmente en armarios cerrados, que ocupan la inmensa galería de 400 pasos, que se extiende á derecha é izquierda de la extremidad del salon.

En las alas de la galería hay varias estancias decoradas con frescos, que recuerdan los hechos principales de los pontificados de Pío VI y Pío VII; algunas de estas cámaras pueden considerarse como pequeños museos de antigüedades cristianas; objetos en bronce y tierra sacados de las catacumbas; papiros en que se contienen donaciones y contratos de los siglos x al xii; pinturas antiguas; frescos salvados de entre las ruinas de la Roma imperial, y que son interesantes, áun despues de la gran colec-

cion formada en Nápoles con los de Pompeya: en el último gabinete, á la izquierda, se ve un gran número de volúmenes (*album*), ricamente encuadernados con variedad de armas y de emblemas; son millones de firmas de adhesion y de ofrenda reverente, enviadas al Soberano Pontífice en estos últimos años por los católicos de todas las naciones.

En los intercolumnios del salon principal hay objetos de altísimo precio, cedidos por Papas, que á su vez los recibieron como dones de los soberanos: tales son los grandes candelabros de porcelana de Sevres, que Napoleon I regaló á Pío VII; un soberbio vaso ofrecido por Carlos X á Leon XII; la taza incrustada en malaquita, que dió á Gregorio XVI el Emperador Nicolas; dos vasos de porcelana, que fueron enviados por el Rey de Prusia á Pío IX; la gran concha, tambien de Sevres, que sirvió de pila bautismal al príncipe imperial de Francia: estos y otros objetos, igualmente dignos de su augusto origen y de su augusto destino, adornan los salones de la Biblioteca Vaticana, como indicando que los dones de las más altas majestades de la tierra en ninguna parte están mejor que contribuyendo al realce y dignidad de los alcázares de la sabiduría.

EL PALATINO.

SU HISTORIA—SUS MONUMENTOS

SUS TURRES

El Palatino es uno de los edificios más importantes de la ciudad de Roma. Su historia es muy interesante y sus monumentos son muy valiosos. En este libro se describe la historia del Palatino, desde su fundación hasta el presente. Se describen también los monumentos que se encuentran en el Palatino, como el Foro de Augusto, el Foro de Trajano, el Foro de Nerón, etc. El libro es muy interesante y recomendable para todos los que se interesen por la historia de Roma.

EL PALATINO.

SU HISTORIA.—SUS MONUMENTOS.
SUS RUINAS.

I.

Visitar el Monte Palatino es visitar la cuna de Roma: recorrer hoy la triste soledad de su recinto, señalando los lugares donde fueron tantos y tantos edificios memorables, humildes unos, gigantescos otros, todos igualados ya por la mano del tiempo, es reducir á un paseo interesante y melancólico de tres millas el viaje en que la humanidad ha empleado treinta y tres siglos; que á esta distancia, y no menor, de nuestros dias, refieren los historiadores la época en que aparecieron sobre la cumbre del Palatino las primeras tribus pastoras, atraídas por la fertilidad del suelo y la abundancia y frescura de las fuentes.

Aunque así no sea, aunque se supriman to-

dos los tiempos que caen al otro lado de Rómulo; y Evandro y su Arcadia, y Sículos y Pelasgos vayan á las regiones de la fábula, formando aquella especie de nube, con que las tradiciones y la poesía suelen coronar la historia de los pueblos, siempre resultará que los primeros hechos ciertos que preparan y originan la existencia de Roma, al Palatino se refieren, y al Palatino hay que ir para buscar sus vestigios, para ver el desenvolvimiento de aquella sociedad, el cambio de sus formas de gobierno, el progresivo crecer de su influencia, el camino, en fin, por donde llega desde la pobre cabaña de sus primeros caudillos hasta la morada suntuosa de sus últimos tiranos, que de la propia colina tomó nombre para imponerlo despues á todas las moradas de todos los magnates de la tierra.

II.

¿Procede *Palatium* de los Pallantes, que vinieron con Evandro, ó de *Pallantium*, ciudad de Arcadia, que el mismo caudillo quiso recordar y reproducir sobre aquel monte sombrío? ¿Será un nombre tomado de los Aborígenes? ¿Será una palabra onomatopéyica por el balido de los rebaños, ó bien á *palatu*, por el vagar incesante, de un lado á otro, propio

de los pueblos pastores? ¿Hubo una mujer de un rey latino que se llamó *Palatia* ó *Palanto*? ¿Podrá venir *Palatium* de la voz *pallam* (*de frente*), porque de todas partes se veía la colina, siendo la central, como verdaderos *palacios* son tan sólo, para algunos puristas, aquellos que no están recostados en otros edificios, sino que ofrecen fachadas ó caras (*pallam*) en distintas direcciones?

Todas estas preguntas suponen otras tantas afirmaciones hechas por eruditos de diversos tiempos, desde Varron y Julio Solino hasta hoy; pero como ninguna de las afirmaciones está probada ni es concluyente, esta tesis filológica queda condenada á vivir en perpétua interrogacion. ¡Cosa notable! La palabra *palacio*, la palabra más afortunada y más orgullosa de la lexicología europea, no tiene origen conocido. Así son casi todos los honores y casi todas las fortunas de la tierra.

III.

Subiendo por la pendiente de las edades, más áspera que la pendiente del Palatino, tras-pasando con la imaginacion aquella horrible frontera de cenizas, formada por el incendio neroniano, se llega al tiempo y se mira el espacio en que fueron el antro Lupercal, el Tem-

plo de Cérés y el de la Victoria; al primero, abierto en la falda del monte, bajo la sombra de corpulentos árboles y al amor de frescos arroyos, se une la leyenda de la loba, que amamantó á Rómulo y á Remo.

Todavía en los tiempos de Dionisio de Halicarnaso se conservaban la cueva y la fuente, y se alzaba el simulacro de la loba en el camino que conduce desde el Foro al Circo Máximo, como si dijéramos, en el terreno que hoy media desde Santa María Liberatriz á San Teodoro, insigne monumento, guardado hoy entre los más estimados de la Roma antigua: en el templo erigido por los Árcades á Cérés, diosa del pan, las mujeres celebraban sacrificios, que por mucho tiempo duraron: en el de la Victoria, que ocupó la parte septentrional del monte, dominando el Foro y la Vía Sacra, empieza bien temprano á darse culto al genio de los combates, culto que no cesará hasta que alumbren los rayos del inmenso Sol, del Sol de justicia, y se renueve la faz del universo.

De tiempos más conocidos históricamente, de aquel período en que por primera vez aparece el nombre de Roma (*fuerte, alta, excelsa*, que todas estas significaciones caben en la palabra), ¡cuántos recuerdos, cuántas leyendas conserva el Palatino! Aquí, sobre esta falda del monte, que domina el Circo, estuvo la ca-

baña de Rómulo y Remo; en este rellano fija la tradicion el punto en que se clavó la flecha disparada por Rómulo desde el opuesto Aventino, y el nacimiento del árbol misterioso; aquí fué la *Roma cuadrada*, especie de fortaleza pelásgica, circunscrita á un rincon del Palatino, que precede á la Roma de los reyes.

Asistimos al nacimiento de la gran Ciudad. Antes que la historia sale á nuestro encuentro la poesía: sobre las cumbres más altas de la tierra están las nubes más bajas del cielo. Aquí, en esta altura del Palatino, más arriba de la cabaña de Rómulo, hay una especie de bruma, que ni es historia ni es poesía; es una corona de tradiciones maravillosas, tejida á la vez por las manos de los dioses y de los héroes: es algo parecido á aquellos pensamientos entre verosímiles é inverosímiles, materiales y etéreos, sublimes y absurdos, que suelen dominar nuestro espíritu en las fronteras del sueño y de la vida, en los momentos misteriosos en que los sentidos despiertan y el alma sigue soñando.

Para que los destinos de universalidad, que acompañan á Roma en todos los períodos de su existencia, se revelen aún más arriba de su cuna, basta observar que á su nacimiento acuden en alborozado tropel la mitología y la leyenda, la tradicion y la historia.

IV.

Pueblos venidos de las vertientes del Asia y del corazon de la Grecia habitaban los bosques y las colinas de este confin de la tierra, que aún no se llama Lacio, ni Roma, ni tal vez Italia. Los sículos y los árcades de Evandro ceden ante la invasion de Enéas y sus compañeros aborígenes, pelascos y frigios: tres embriones de nacionalidades aparecen no tarde, formando á manera de una confederacion en todo el territorio: latinos, etruscos y sabinos. La capital de los primeros era la ciudad de Albalonga.

V.

Los pelascos habian construido una fortaleza en lo alto de esta colina donde ahora nos hallamos, y pusieronle por nombre *Roma*, que en la lengua hebráica, madre de todas las semíticas, tanto vale como *alta, excelsa, eminente*.

A Proca, rey de Albalonga, nacióronle dos hijos: Numitor y Amulio. A la muerte del padre, el menor usurpó el trono del primogénito, sacrificando bárbaramente á Numitor y á sus hijos varones: el fratricida Amulio perdonó la vida á su sobrina Rea, consagrándola

al sacerdocio de Vesta, para precaver el riesgo de toda sucesion legítima de Numitor. Los partidarios de la ley Sálica no podrán alegar un argumento histórico como éste, tan favorable al derecho de las hembras. Pero Rea, que guardó con los hombres la ley inexorable de la castidad que su estado le imponia, cedió á las seducciones del dios Marte; y de aquel amor imprevisto en las ordenanzas de la diosa del fuego, resultaron dos mellizos.

No dicen los autores si sobre la madre recayó el rigor de las leyes albanas en gracia á la divina complicidad del delito; pero recayó, sin duda, sobre los inocentes recién nacidos, que, en virtud de artículo expreso del código de las vestales, vulgarmente pecadoras, fueron arrojados al rio: las aguas del que luégo se llamará Tíber, al sentir el dulce peso de aquellos niños, cambiaron súbitamente de curso y los gemelos quedaron vivos á la orilla, dando vagidos, que conmovieron el corazon de una loba, madre piadosa improvisada por las selvas al desamparo de las pobres criaturas.

Los niños crecieron y fueron hombres. El abuelo, usurpador del trono, reconocióles una parte de los derechos de su estirpe, dándoles, como en feudo y señorío, los montes que pronto serán Palatino y Aventino. Los gemelos, sin-

tiéndose, como es natural, con algo de reyedad dentro de su corazon, y quién sabe si alentados por los enemigos del rey Amulio, partidarios de un cambio de dinastía, es lo cierto que los gemelos, ayudando un poco con el esfuerzo de sus armas al prestigio de su heredada legitimidad, fueron dueños del terreno y comenzaron á disputarse la soberanía á costa de un guerra fratricida. El uno, que habia ocupado el Palatino, tomó el nombre de Rómulo por el de Roma, que llevaba la fortaleza pelásgica; el otro, morador del Aventino, llamóse Remo: caudillos y fronterizos, y con igual derecho, como gemelos, á la sucesion, Rómulo y Remo fiaron primero á la revelacion de los augurios la justicia de su causa: los augurios favorecieron á Rómulo.

Un dia éste, desde el Aventino disparó una flecha para medir el alcance de su brazo; y la flecha, que era una asta de lanza, se clavó en el Palatino y arraigó, produciendo un árbol, á cuya sombra se cobijó el imperio del mundo. Los combates y los hados se deciden por Rómulo. Remo perece, unos dicen que en buena lid, otros dicen que asesinado por su hermano; y Rómulo, victorioso y sin rivales, se consagra á la fundacion de la Ciudad en el propio Palatino, teatro de sus hazañas. Dejemos hablar por un instante á Plutarco.

«Luégo que Rómulo hizo á Remo en la Remoina (el Aventino) los debidos honores de la sepultura, juntamente con sus caudillos, edificó la Ciudad, llamando al efecto hombres de la Etruria, para que con ciertos ritos y letras sagradas dirigiesen y enseñasen todo como en una solemne iniciacion. Comenzaron por abrir una gran fosa circular junto al Comicio de hoy, y allí fueron arrojando las primicias de todas las cosas que, como buenas por ley ó como necesarias por naturaleza, se usaban; y por último, cada uno de los presentes echó un puñado de tierra del suelo de donde venía, de forma que todas las tierras se mezclaran y confundieran. Y á la gran fosa llamaron con el nombre mismo del Olimpo, *Mundus*. Al rededor de este centro trazaron el circuito de la Ciudad en esta forma: asió el fundador, Rómulo, á un arado la reja de bronce, y unciendo un buey y una vaca, puso mano en la esteva, abriendo un surco profundo en la extension de los confines: los que detras marchaban á pié iban remetiéndola tierra en la zanja para que ninguna raíz quedase al descubierto. Aquella línea determinó el muro, y llamóse por síncopa *Pomerium* (detras del muro ó despues del muro.) Donde querian que se abriese una puerta levantaba Rómulo el arado y no hendia la tierra, como para significar que todo

el muro es sagrado, pero las puertas no, por cuanto por ellas han de tener entrada y salida cosas que, aunque necesarias, no sean puras.»

Salva la designacion del Comicio, que nunca estuvo en el Palatino, y que puede ser un yerro de copistas de Plutarco, la descripcion sencilla de sus orígenes de Roma y el surco famoso de Rómulo pueden comprobarse y seguirse todavía en aquel monton de tierra del Palatino, donde 3.000 años hace reina la idea de lo grandioso y de lo universal.

Sin ofensa de Virgilio y de todos los poetas de la Edad de Oro, y sin amenguar un ápice el mérito de los historiadores que han consagrado tantas y tan bellas páginas á la exposicion y recuerdo de estos hechos, séanos lícito traducir á prosa el poema, reducir la leyenda á narracion.

VI.

El pastor Faústulo y su mujer Aca, que se dicen padres adoptivos de los gemelos luégo que á los cuidados de la loba reemplazaron los de la conmiseracion humana, pudieron muy bien ser los verdaderos padres de dos pastores y guerreros que un dia se apoderaron de las colinas y fueron el centro de una poblacion naciente. ¿Cuántas ciudades no se formarían por entónces de la misma manera?

Vesta y Marte, y la exposicion en el Tíber, y la loba, y el asta que arraiga y produce un árbol, son los materiales épicos de que hubo menester la poesía, cuando ya en las esferas de lo humano y lo posible no cabian la grandeza de Roma y de su culto. Aun ántes de que Augusto, dueño del universo, se honrase con la sucesion de Rómulo y quisiera ser el Rómulo de otro *mundus* más ancho que el del Palatino, de otra Roma, de que apénas fué sombra y figura la Roma del surco, en los dias mismos de la república, la poesía no tiene más alto empleo que la gloria del primer rey: y el pastor, el aventurero, el fratricida, deificado con el nombre de Quirino en el antiguo monte de la gente sabina, que por tanto se llamará Quirinal, comienza á ser objeto predilecto de las Musas, y gloria y prez del Lacio ya dilatado.

La filiacion de Rea y de Marte, es decir, de la noble raza de los reyes de Alba y de los dioses del Olimpo, imprimen en el héroe un sello casi divino; el más alto timbre para principio y raíz de la más augusta dinastía. La madre vestal y el padre genio de los combates enlazan en armonía misteriosa el prestigio de la religion y la gloria de las guerras. Una parte de la sangre de la loba circulará sin cesar en las venas de la *feroz gente de Ró-*

mulo, como llama un antiguo escritor á los romanos: la lanza que, arraigando en la tierra, produce el árbol simbólico de los destinos de Roma, determina bien el carácter histórico de un pueblo que ha de pasear sus armas vencedoras por casi todo el universo conocido. Aquellos puñados de tierra traídos de todas partes y arrojados al fondo del subterráneo, preparan y anticipan la centralización política y religiosa de la Ciudad Eterna, la universalidad del Imperio y la universalidad del Pontificado. El *mundus* del Palatino era la expresión abreviada de la Roma de los Césares y de la Roma de Gregorio VII y de Leon X.

VII.

Después del Sinai y del Calvario no existe colina alguna en la tierra que señale más altos sucesos en la vida de la humanidad, que este montón de escombros del Palatino, donde ahora crece la hierba y anidan trabajosamente las golondrinas. ¿Qué historias saben el Himalaya y el Chimborazo? ¿Qué civilizaciones han visto surgir y decaer? ¿Qué tronos sostuvieron en su cumbre? Y ¿qué otras tempestades, sino las del cielo y los torrentes, han calcinado su cabeza y conmovido sus entrañas? En cambio, esta humilde colina del Palatino ha sido du-

rante diez y seis siglos el teatro de los acontecimientos más trascendentales para la suerte de los pueblos: ocho siglos duró su apogeo; otros ocho necesitó la contraria suerte para consumir su ruina: en este largo espacio de tiempo, ya lo hemos dicho, la historia del Palatino es la historia de Roma, y la historia de Roma es casi casi la historia del mundo.

VIII.

El arado, símbolo de la agricultura, fundó la ciudad guerrera por excelencia; la lanza, símbolo de la guerra, fructifica y cobija bajo su sombra la cabaña de los pastores. Rómulo, hombre de guerra, rey de conquista, instituye la confraternidad de los Arvales, asociación pacífica, cuyos individuos, vestidos de blanco, coronados de pámpanos y hiedra, representan la exaltación de las tranquilas tareas del campo, los goces venturosos de la paz: el sucesor de Rómulo, Numa, inspirándose en ideal más bélico, crea los sacerdotes Salios, institución puramente militar, los depositarios de las armas sagradas: las cofradías de labradores y la milicia ciudadana, no pueden buscar más antiguo precedente que este de los primitivos tiempos históricos de Roma.

IX.

Era el día 21 de Abril del año 3231 del mundo, 753 ántes de la venida de Jesucristo, cuando Rómulo trazó y consagró el área de la Ciudad. Roma va, pues, á cumplir en 31 de Abril próximo la edad de 2.624 años. El 21 de Abril, cumpleaños de la Ciudad, se ha celebrado en Roma constantemente, y la Academia de los Arcades lo celebra todavía. No hay en el mundo de la materia anciano más respetable que este suelo del Palatino. Las violetas que cada año en Abril ofrecen los Jardines Farnesianos, se han engendrado en el polvo de treinta siglos, y renuevan el ambiente perfumado en que se meció la tosca cuna de Rómulo y de Remo.

El arado de Rómulo describió su curva irregular, comenzando en el Foro Boario junto á la Iglesia actual de Santa Anastasia, prosiguiendo siempre en la falda del monte al opuesto valle, que miraba al Circo Máximo, y volviendo hácia el lado en que estuvo el Sestazonio y adonde hoy está el Arco de Tito, pasando por la que luégo fué Via Sacra, á oriente del recinto del futuro Foro Romano, iba á terminar al punto de arranque: poco más de una milla comprendian los ámbitos de la Ciudad de

Rómulo: la sexta parte del Palatino, es decir, de la más pequeña de las Siete Colinas.

El nombre de Roma, aplicado á la Ciudad, era el nombre público y oficial, el nombre del vulgo; otra denominacion tenía misteriosa y recóndita, cuya sola pronunciacion era delito de muerte; unos dicen que era la palabra latina *Valencia*, otros que la palabra *Virtus*; una y otra son simplemente la traduccion de la semítica Roma.

X.

Reflexionando un poco acerca de estas fábulas y leyendas, que forman como el follaje del árbol histórico de la raza latina, luégo al punto se descubre la influencia de la doctrina oriental monoteista.

Las magníficas verdades de la *Biblia* no alumbraban en aquella remota edad las regiones de la Grecia y las habitadas por sus increpados viajeros; pero tampoco eran totalmente desconocidas: la lluvia de aquella sabiduría celestial no habia caido sobre el suelo de Occidente; pero entre los principios filosóficos y entre las ficciones poéticas de los pueblos más antiguos brillan alguna vez destellos de la verdad revelada, como gotas de rocío que el viento trae de lejanas tierras.

Así la exposicion de Rómulo y Remo en la corriente del Tíber corresponde á la historia de Moisés, expuesto en el Nilo, y la *inefabilidad* del nombre de Roma se parece por completo á la inefabilidad del nombre de Dios para los hijos de Israel; y es que, subiendo por entre las capas de nubes de la mitología, se llega, allá en alturas inconmensurables, á un espacio clarísimo, coronado de perpétua luz, recorrido por escritores y poetas, que han dado y dan al mundo la norma de la historia y la inspiracion de la poesía desde el principio de las edades hasta la consumacion de los siglos.

XI.

Rómulo, valiéndose de operarios etruscos, levanta un muro al rededor de su ciudad: un gran fragmento de esta obra, descubierto no há muchos años en el Palatino, ha traído á la historia de la arquitectura y de las construcciones una noticia interesantísima de la manera como se empleaba la piedra y se atrincheraban los campos siete siglos ántes de Augusto y de Tiberio. La parte que aún se conserva de la muralla de Rómulo, es, pues, el monumento histórico más antiguo de cuantos en piedra conservan las venerables ruinas de Roma.

La santidad de las fronteras, primer funda-

mento de lo que, andando los siglos, se llamará derecho internacional, violado por los hombres de Remo, habitantes del Aventino, produjo, al decir de las historias, la guerra sangrienta en que el hermano de Rómulo pereció, y como sucede que

Siempre en contiendas tales,
Los vencidos son traidores,
Los vencedores leales.

el Aventino comenzó á tener en aquellos tiempos el aire sombrío y nefasto, que conserva en los días de la república y se percibe aún en los del imperio: la colina de las rebeliones de la plebe y de los motines de la libertad recibió con el fratricidio una especie de bautismo fúnebre de sangre, que influye, puede decirse, en todos los períodos de su vida.

No así el Palatino: su caudillo Rómulo, al fortificarlo, le ha construido tres grandes puertas, que dan á otros tantos caminos, y que han de ser como las arterias que un día lleven la vida de la gran ciudad, corazón de gigante, á los confines de la tierra, lejanas extremidades del coloso.

No léjos de donde hoy vemos el Arco de Tito estuvo la Puerta *Mugonia*, *Porta Mugionis*, por donde salían balando y mugiendo los rebaños que bajaban á pastar *romano foro et lau-*

tis carinis, como dice Virgilio: del lado de la Iglesia de Santa Anastasia, otra puerta que miraba al país de los sabinos, fué llamada por éstos Puerta Romana: otra ponía en comunicacion el Palatino con el valle que mira al Aventino, donde pronto se alzará la espina del Circo Máximo.

Rómulo, que comenzó su gobierno con un puñado de hombres y unos pocos caballos, vió crecer poco á poco sus tropas de pastores y de guerreros, y no tarde le asaltó el deseo de agrandar su poder y sus fronteras á costa de los pueblos circunvecinos, y acaso confederados. Pero no se puede negar que la política de las anexiones empezó en el Lacio de una manera por extremo original, y áun algo cómica.

Un buen dia de primavera, á la falda del Palatino, celebraba la gente de Rómulo unos juegos, que tal autor califica de juegos hípícos, carreras de caballos, y tal otro de saltos grotescos de los pastores sobre pieles engrasadas: es lo cierto que el espectáculo atraía á los moradores de las colinas cercanas, ni más ni ménos que alegran hoy con su concurso la fiesta patronal de una aldea las aldeas del contorno. Fuese por un mal pensamiento instantáneo, fuese por cálculo y premeditacion criminal, es lo cierto, ó por lo ménos es lo escrito, que los hijos de la loba hicieron presa en las

mujeres de los huéspedes sabinos, los cuales hubieron de resignarse á volver á sus campos y á sus cabañas sin esposas y sin hijas. La historia no reza si todos los maridos juraron venganza; pero asegura que los padres, poniendo el grito en las nubes, llenaron de pavor las selvas con el rugido de su cólera.

La figura histórica de Rómulo no es de lo más edificante que el mundo antiguo presenta: hijo del crimen, fratricida y raptor de extranjeras, con alevosía y abuso de confianza, el fundador de Roma pudiera bien pasar por el patriarca de los *briganti* del Apenino y las Calabrias.

Si no hubo juegos, ni sabinas, ni rapto, hubo positivamente enemistad entre latinos y sabinos, entre dos pueblos respectivamente mandados por Rómulo y por Tacio. La poesía y la pintura han tenido necesidad de fingir combates, en que, llevando la peor parte los latinos, y próximos á sucumbir al furor de sus contrarios, las mujeres, bien avenidas ya en nuevo hogar, se interpusieron á favor de los maridos, y desarmaron la cólera de los padres. Los latinos, bajando de su Roma cuadrada, rodean y defienden el Palatino: los sabinos defienden el Capitolio: episodio brillante de esta gran lucha es el heroísmo de Curcio atravesando el lago famoso donde ahora vegetan tristemente las ruinas del Foro Romano. En

los momentos más solemnes y comprometidos del combate, Rómulo ofrece un templo á Júpiter que detiene y hace parar á sus enemigos; á Júpiter Stator: el templo era todavía objeto de especial veneracion en los dias de Ovidio, junto á la Puerta Mugonia, que entónces se llamaba *porta Palatii*. En el libro III de sus *Tristes*, enviando el poeta sus melancólicos ayes del desterrado hasta los piés de Augusto, y dándole bien las señas del camino que ha de seguir para llegar derecho á ablandar el corazon, que no ablandó, del señor del Palatino y de Roma y del mundo, dice:

*Inde petens dextram porta est, ait, ista Palatii
Hic Stator, hoc primum condita Roma est.*

Hoy podemos poner la planta en aquella tierra, que sostuvo el Templo de Júpiter Stator, en la falda del Palatino cerca de la Puerta Mugonia y sobre el borde de la Via Nueva. El templo sirvió más de una vez para asamblea del Senado, y en sus ámbitos resonó el *Quousque tandem* de Ciceron, que heló en las venas la sangre de Catilina.

XII.

Rómulo y Tacio juraron paces en el valle que separaba el Palatino del Capitolio; aquel

lugar se llamó el Comicio, primer asiento de las deliberaciones políticas de Roma. El Palatino y el Capitolio se unen por medio de un gran muro, que sigue la dirección de las cárceles del Circo Máximo: la Ciudad se agranda: arráigase la monarquía. Seis reyes suceden á Rómulo: con solos siete nombres se llenan doscientos cuarenta y cuatro años de la historia romana; cada uno de los siete reyes tuvo por término medio una duración de treinta y cuatro años: ¡Dichosa edad! las novedades antidinásticas no turbaban aún la paz de los pueblos. Diríase que la sociedad humana nació juiciosa, y los años la vuelven rebelde y atolondrada. Á la antigua forma monárquica de Roma se debe su engrandecimiento fundamental: al núcleo del Palatino y el Capitolio, primeros dominios de Rómulo, añadió Numa el Quirinal, y Tulo Hostilio el Celio, y Anco Marcio el Esquilino, y Servio Tulio el Viminal y el Aventino.

El Palatino fué, puede decirse, la constante morada de los reyes. Allí estaba la Roma cuadrada: allí, junto al Templo de la Victoria, el Lupercal, Templo del dios Pan, construido por Evandro, y enfrente la estatua de la loba, que amamantó á los gemelos: allí la cabaña de Faústulo, el padre verdadero ó adoptivo de Rómulo: allí, sobre todo, el árbol

simbólico de los destinos de Roma, que duró más que los reyes y más que la república, y que se secó en los tiempos de Calígula, cuando, en efecto, iban secándose ya las fuentes de grandeza y los manantiales de gloria de la Roma de Catón, de Julio César y de Augusto.

En el ángulo S. E. del Palatino estuvieron las Curias viejas descritas por Tácito, que no tarde darán el modelo á todas las otras Curias, hasta perderse en la de Pompeyo, donde bajo el puñal de Bruto ha de morir la libertad queriendo dar vida á la república. Aún se descubre sobre el ángulo meridional del monte el gran sub-basamento cuadrado del *Augurarium*, el lugar misterioso, desde donde el augur, teniendo á su izquierda el Oriente, y el Occidente á su derecha, escrutaba en las regiones del Mediodía los secretos de lo porvenir. Sobre la ciudad *Velia*, la cumbre que domina el Foro, estuvo la casa de Tulo Hostilio, tercer rey, no léjos de las mansiones de los Salios palatinos, instituidos por su antecesor Numa.

El cuarto rey, Anco Marcio, habitó en la parte que da sobre la Via Sacra, cerca de donde hoy se alza el Arco de Tito y donde fué el Templo de los dioses Lares: allí muy cerca vivió Tarquino el Viejo, pues sus ventanas, que daban sobre la Via Nueva, dominaban el Templo de Júpiter Stator: los dos reyes suce-

sorés, Servio Tulio y Tarquino el Soberbio, que cierra la serie, heredaron, aunque no siempre habitaron, esta morada, que aún se conservó con cierto respeto monumental en el largo período de la república. El área de la casa que perteneció á los reyes de Roma en el ángulo occidental del Palatino, brilla hoy doblemente honrada por la majestad de una hermosa doncella, mártir de los primeros siglos del cristianismo. La Iglesia de Santa Anastasia es una de las cariñosas centinelas, que la Roma cristiana ha puesto para guardar la ya arruinada cuna de los Rómulos y los Numas y los Servios Tulios.

XIII.

Á la monarquía sucedió la república: la vida política baja de las cumbres á los llanos, de las moradas del Palatino á los nuevos edificios del Foro. A la libertad, meticulosa y desconfiada entónces como siempre, infunden sospecha y miedo las casas de las alturas; para evitar una y otro, la ambicion se disfraza de humildad y los que aspiran á dominadores, con cualquier título que sea, se apresuran á construir sus viviendas á la falda del monte, al ni-

vel de los modestos y de los pobres, en pleno estado llano.

Un bosque de templos y de edificios monumentales cubre la superficie del Palatino en el período de cerca de cinco siglos, que media desde la expulsión del último rey (año 243) hasta la batalla de Azio, que produjo el primer emperador (año 724). A Júpiter vencedor construyó un templo Quinto Fabio después de la batalla y victoria contra los Sannitas: Valerio Máximo recuerda en aquella región el altar de la diosa Viriplaca, núnmen tutelar de la concordia de los casados, el templo de la fortuna privada, que se remontaba á la época del rey Servio Tulio: el gran templo redondo y simulacro de la diosa Cibéles, de que hace mérito Marcial, encaminando también su libro, como Ovidio, á la cumbre del Palatino, aunque no á la Casa de los Césares, sino á la de su amigo Próculo, templo de la gran madre, la del carro tirado por leones, en cuyo honor se celebraban aquellos juegos megalenses, que recuerdan aún las más renombradas obras dramáticas de Terencio: los templos de Baco y de Juno, mencionados también por ambos poetas en los *fastos* y en los *epigramas*: el Templo de la Fe, erigido por Numa un poco más arriba del de Juno, al borde mismo del Clivio de la Victoria, y en línea paralela al Templo

y altar de la Fiebre, según testimonio de Cicerón y de Plinio.

Aquí vivieron en los últimos tiempos de la república los hombres más ilustres por su saber y sus hazañas. En la cumbre ó en las vertientes del Palatino estuvieron la casa del cónsul Cneo Octavio, comprendida luego en la suntuosísima de Escauro; la de los Gracos, sobre cuyas ruinas edificó Catulo un pórtico, adornado con los despojos de los Cimbros; y después la de Próculo, el amigo de Marcial, á cuyas puertas nos conduce todavía el epigrama 71 de su libro primero, que es un itinerario del Argileto al Palatino: «dirígete desde el Foro, le dice, por delante del Templo de Castor junto al de Vesta, emprende la subida por el Clivio de la Via Sacra, después de pasar por junto á la estatua ecuestre de Domiciano; y sin detenerte mucho á mirar el coloso con rayos de Neron, tuerce á la izquierda hácia donde verás el Templo de Baco y la cúpula del de Cibéles, pintada con imágenes de Coribanti, y al punto te encontrarás en la casa magnífica adonde te envío.»

Para la visita al Palatino las cartas topográficas y los viejos dibujos de fantasía aprovechan muy poco, si se les compara con las descripciones de los poetas y con las noticias de los históricos de la época del imperio.

En el Palatino estuvieron igualmente las casas de Hortensio y la de Sila y la de Catilina y la de Marco Antonio, habitada un tiempo por Agripa, y la de Domicio Calvino y la de Cayo Octavio, padre de Augusto, y la de Tiberio Claudio, padre de Neron, y la del Príncipe de los Oradores romanos.

En el ángulo sudeste del Palatino, dando vista á la campaña, que limitan los horizontes de Tívoli y de *Tusculum*, puede aún conjeturarse el espacio que ocupó la morada de Ciceron. ¿Quién no recuerda en este instante la famosa oracion *pro domo sua*? La oracion, que eran palabras que el aire en sus alas ténues recogia, en alas del viento ha cruzado las distancias y los siglos: la casa, que era sólida y magnífica y rica en columnas, ha desaparecido por completo. Por su solar han pasado el incendio y las guerras y la devastacion: quedó anulada para formar parte del gran Palacio de los Césares: el palacio no existe, las ruinas volvieron á las ruinas, y sin embargo, al rededor del área en que vivió y escribió Ciceron, álzase una invisible barrera de gloria, que dibuja como un recinto aparte, el templo del genio formado sin mármoles y sin oro, por la reverencia y por el amor de los siglos.

Si Ciceron hubiese levantado un piso más en su propia casa, habria quitado á la de Clo-

dio las vistas de la Ciudad: éste es el único dato positivo que se tiene de la vivienda de Clodio.

Tantos y tan notables edificios llegaron á formar un barrio distinguido y aristocrático, con sus jardines, sus baños y sus vías.

XIV.

Desde la cabaña de Faústulo y la modesta casa de Rómulo, el Palatino viene progresando en lujo y magnificencia, y sin embargo, aún no ha llegado á su apogeo. En su cumbre parece que pululan los gérmenes de una idea nueva: diríase que se prepara una gran transformación. Allí ha nacido Octavio: allí se fija despues de la batalla de Azio, que le constituyó en árbitro de Roma, y aún del universo. El Templo de Jano se habia cerrado una y otra vez despues de doscientos veinte y siete años de guerras no interrumpidas: dos siglos de ruido y sangre hacian ya necesario un momento siquiera de pausa y de silencio: la paz de Roma era, por otra parte, el cumplimiento de una insigne profecía: el misterio de Belen debia realizarse en ocasion de una gran calma. Octavio ha sellado con su conquista de Egipto la conquista de la tierra: tres triunfos le esperan en Roma: Roma es suya por derecho de

sucesion y por derecho de guerra. ¿Pero qué cuadro ofrece Roma y el imperio, á pesar de aquella quietud aparente? ¿Cuál era el fondo de aquel vasto lago de superficie tranquila?

El imperio, dice un escritor muy sensato, devastado, saqueado por los partidos, pedia de qué vivir, y alzaba hácia Augusto sus manos, no ya suplicantes, como dicen los poetas, sino mendicantes, en la más dolorosa de las actitudes: los patricios y los caballeros de todas las esferas pedíanle de qué pagar sus vestidos de púrpura y su propio rango de senador ó caballero: la poblacion ociosa y creciente de Roma pedíale trigo para comer: la Italia despoblada, brazos para trabajar: las provincias, rebaja en los impuestos: el mundo entero caia de rodillas como un mendigo á los piés de un solo hombre.

Y sin embargo, aquel hombre, que era el más rico, el único rico en la tierra, y que con sus riquezas pensiona á la aristocracia, su enemiga, mantiene á la plebe, estimula el trabajo y provee largamente á las necesidades y al esplendor de los hombres y de los dioses, vive modestamente en su casa del Palatino, reconstruida sobre el solar de la de Hortensio (*adibus modicis hortensianis*); en ella no resplandece el lujo, ni forman vistosa perspectiva los órdenes de columnas y los muros de mármol

y alabastro: la casa de Mamurra y la de Escauro y muchas otras exceden en magnificencia á la del señor del mundo: delante de su puerta hizo plantar el Senado, como signo de triunfo y de perpetuidad, dos laureles coronados con corona de encina: estas dos muertas centinelas y otras dos vivas, pertenecientes á la legion germánica, constituyen todo el aparato guerrero del que cubre la tierra con sus ejércitos y la llanura de los mares con sus flotas. Allí vivió cuarenta años el hombre extraordinario que determina con su nombre el período quizá más interesante de la historia universal.

La imaginacion se complace en representarse á Augusto discutiendo en aquella humilde casa con Agripa y con Mecénas sobre la suerte futura del universo: restaura la república romana con sus magníficas libertades, le decia el rudo Agripa; crea bajo tu cetro la unidad del mundo, le decia el elegante Mecénas. De este orden son de aquí en adelante las cuestiones que se debaten en la cumbre y en las faldas del Palatino.

Augusto construyó su morada en el estilo de todas las casas de Roma, sin ostentacion ni lujo, poniéndola, puede decirse, bajo la tutela de las dos divinidades á que daba culto más rendido. Apolo y Vesta tuvieron sus templos

en el recinto mismo de la casa de Augusto: el dios de la poesía y la diosa de la naturaleza; el sol y la tierra.

*Phebus habet partem, Vestæ pars altera cessit
Quod superest illis, tertius, ipse tenet.*

XV.

Y qué parte destinó á Febo! El Templo de Apolo sobre el Palatino fué uno de los mayores portentos de la Roma antigua. Augusto, que habia de convertir la Roma de tierra en Roma de mármoles, comenzó, puede decirse, su obra por el atrio y Templo de Apolo, inmensa mole rodeada de columnata de mármol amarillo de la Numidia, en medio de una plaza cuadrada, cuyo espacio todavía es posible recorrer: una estatua ecuestre de bronce descansaba sobre cada columna; eran simulacros de los guerreros de Cleopatra, último trofeo de Octavio; eran el Egipto vencido, rindiendo mudo homenaje al vencedor. De todas las descripciones que de aquel templo se han hecho en la serie de los siglos, ninguna tan bella, ni como ahora diríamos, tan palpitante, como la que escribió para la hermosa Cintia el poeta Propercio en el instante mismo en que volvía de la solemne inauguración del monumento.

19 Será quizá una aprension escolástica; pero en todos mis estudios de la Roma antigua, yo prefiero los textos latinos á los textos italianos y franceses: todos los arqueólogos de la edad moderna me parecen inferiores á los poetas del siglo de Augusto, que de cierto no pensaban poco ni mucho en la arqueología. Bueno es, sin duda, revolver las memorias de las academias y los volúmenes de los anticuarios; pero es más provechoso y más instructivo penetrar furtivamente, siquiera sea á traves de diez y ocho siglos, en los portales de libros de la Via Sacra y del Argileto, donde se reunen los pobres cortesanos de las Musas, cortesanos tambien obligados del Emperador, y se entregan á la deliciosa comunicacion de sus pensamientos, lluvia de perlas destinada á caer sobre el lodo que llena las avenidas del Palatino, ó sobre la orilla melancólica del Ponto.

20 Figurémonos en una de aquellas improvisadas academias un grupo de hombres que se llaman Ovidio, Propercio, Catulo, Fedro, Tibulo, Pontico, Manilio: hablan del suceso del dia; de la gran fiesta inaugural del Templo de Apolo: Propercio, dulcemente abstraído en la conversacion, ha dejado pasar la hora en que Cintia le espera; y el poeta, que es capaz de no tener miedo á los dioses del Olimpo, teme el enojo de su amada; Propercio escribe pre-

cipitadamente en un pergamino; la inspiracion le ha salvado: una elegía bien sentida y bien versificada es siempre buen escudo de poeta para batallas de amor: tal es el origen de la elegía 23 del libro II de Propercio.

«¿Me preguntas por qué vengo más tarde que de costumbre? Acaba de abrirse por el gran César el áureo pórtico de Apolo»:

*Quæris cur veniam tibi tardior? Aurea Phæbi
Porticus à magno Cæsare aperta fuit.*

«Todas las columnas son de mármol numídico, entre las cuales se levantan las estatuas de las danaides:»

*Tota erat in spatium pœnis digesta columnis
Inter quas Danaï fœmina turba senis.*

Cincuenta danaides formaban la vieja *fœmina turba* de Propercio: el poeta olvidó la cincuenta y una, que era la del padre de las danaides, con la espada desnuda; Ovidio, que escribió los *Tristes* con más tiempo que Propercio su elegía, no olvida esta circunstancia (*et stricto barbarus ense pater*).

«Un Apolo de mármol, que al dios mismo excede en belleza, paréceme que modula versos en su callada lira»;

*Hic equidem Phæbo visus mihi pulchrior ipso
Marmoreus tacitâ carmen hiare lira.*

Para formar idea del Apolo Palatino, volvamos la mirada al Apolo Citaredo, que está en la sala de las Musas del Museo Vaticano.

«Rodean el altar del númen cuatro bueyes en bronce, del escultor Miron, que parecen vivos»:

*Atque aram circum steterant armenta Myronis
Quatuor artificis vivida signa bobis.*

¿Será resto precioso de una de aquellas esculturas vivas la cabeza de bronce no há mucho descubierta, que hoy se guarda en una sala baja del Museo Capitolino?

«En medio, hácia la parte posterior de aquel recinto, surge el templo de purísimo mármol, vivienda más amada de Phebo que la misma patria Ortygia»:

*Tum medio clario surgebat marmore templum
Et patriá Phebo carius Ortygiá*

«En lo alto del frontispicio brillaba el sol en carro de oro»,

Auró scelis erat super fastigia currus,

«y las puertas eran obra primorosa de diente de elefante»,

Et valvæ libyci nobile dentis opus.

«En una las labores ebúrneas representaban

á los galos arrojados desde la cumbre del Parnaso, en la otra reproducian la muerte de las Nióbides»:

*Altera dejectos Parnassi vertice gallos,
Altera mcererat funera tantalidos.*

«Por último, el dios Pitico, cubierto con larga vestidura, entona versos entre su madre y su hermana»:

*Deinde inter matrem deus ipse, interque sororem
Pythius in longá carmina veste sonat.*

Latona ocupaba, pues, la derecha del númen, y Diana la izquierda.

Para dar idea del aspecto que ofrecian el atrio y Templo de Apolo en el tercer dia de los grandes juegos seculares, celebrados por Augusto, tendríamos que pedir á Horacio largas tiradas de su *Carmen seculare* y muchas estrofas de sus odas; para formar rápidamente juicio de las grandezas de todo género que se encerraban en aquel templo, podemos recurrir á Plinio, que lleva, como si dijéramos, el libro de registro de las maravillas artísticas de Roma. Plinio, en efecto, nos ha trasmitido el inventario más exacto del Templo Palatino. Propertio no podia entretenerse á formarlos, ni era fuerte en nombres propios de escultores, ni en calidades de mármoles.

La estatua del Apolo Citaredo era de Escopas; la de Diana era obra de su rival Timoteo: la de Latona pertenecía á Cefisodoro, hijo de Praxitéles. El arte griego está plenamente á servicio de la Roma triunfadora.

Junto al ara, formada por seis altas columnas corintias, se alzaba un gran candelabro en forma de árbol, cuyas pomas eran otros tantos globos de luz: un tiempo fué trofeo recogido por Alejandro Magno en el asalto de Tébas, y regalado á otro templo célebre del Asia Menor. Diríase que la luz de la Grecia civilizadora guardaba sus últimos resplandores para alumbrar, aunque en extranjera tierra, el culto de las ciencias y las artes.

Las trípodas de oro y plata, que á los lados se veían, fueron construidas con las estatuas de aquellos metales que los pueblos erigieron al vencedor de Azio. La modestia de Augusto apuntaba más alto que los simulacros que la gratitud ó la adulacion le consagraban.

En un lugar apartado del templo estaba la dactiloteca, gran depósito de joyas procedentes de todas las regiones del mundo, que habia pertenecido á Marcelo, hijo de Octavia, sobrino malogrado de Augusto. Debajo de la estatua de Apolo, en el templo mismo, se guardaban los libros Sibilinos. Enfrente al atrio, á la extremidad septentrional, fué la famosa Bi-

biblioteca Palatina, compuesta de tres salas, correspondientes á manuscritos griegos, manuscritos latinos y obras de derecho: la sala central, de 42 metros de longitud por 32 de anchura, presidida por el coloso de bronce, que representaba á Augusto con los atributos de Apolo, era el verdadero salon del trono del rey de los poetas y de los oradores: templo profano, donde la majestad de Augusto recibia la adoracion que más amaba: al culto de la nada, que en el templo de enfrente recibia el Apolo de la Cítara, preferia Augusto el culto del genio, que en este otro le ofrecian el autor de la *Eneida* y el maestro de los *Pisones*.

XVI.

Vesta compartia con Apolo, ya lo hemos dicho, la devocion y el amor del dueño de Roma: Vesta, si no tan espléndido como el de Apolo, tuvo tambien su templo en el Palatino, en la casa misma del Emperador y Pontífice Máximo.

*Vestaque Casareos inter sacrata Penates
Et cum Casarea tu Phœbe domestice, Vesta,*

dice Ovidio, expresando así en estos dos versos del libro de las *Metamórfosis*, un pensa-

miento casi idéntico á los de aquellos otros dos de los *Fastos*, que poco antes reprodujimos.

XVII.

La tercera parte que Octavio reservó para su propia morada, fué en su principio la más modesta: una fuente de agua cristalina adornaba el peristilo y refrescaba el ambiente en el verano: la arquitectura era sencilla; los materiales no participaban aún de las calidades de belleza y alto precio que ostentarán dentro de poco las obras del Imperio.

Octavio, aún cuando tome el nombre de Augusto, aunque su dominio sobre Roma simbolice el dominio sobre casi todo el mundo conocido, no cambia sus hábitos de aparente humildad: diríase con Suetonio que la República vive gobernada por un tirano. César habia pagado con la vida la vanidad de llamarse Rey cuando ya lo era: Augusto, cuidándose más del poder que de los nombres y los aparentes atributos del poder, se instala casi republicanamente en aquella casa, cuyo lujo eran dos pilastras de á cuatro columnas en el doble pórtico, y diez ventanas en la fachada que miraba al Circo, y á la cual correspondia la puerta, con sus dos laureles y su corona de

encina: tal fué el que pudiéramos llamar núcleo del palacio imperial, que del Monte Palatino tomó nombre, para darlo á su vez á los edificios más notables de todos los pueblos de la tierra.

La Casa de Augusto, devorada por un incendio, fué reconstruida á expensas del pueblo: un dinero de cada individuo y un áureo (25 dineros) de cada corporacion, fué el tipo respectivo aceptado por el Emperador para aquella ofrenda espontánea, que constituyó su nueva morada en una especie de trofeo de la paz y del cariño. La arquitectura desplegó su riqueza y produjo sus tesoros. Las bóvedas y muros resplandecían adornados con pinturas y caprichosos dibujos, ya en oro sobre fondo azul, ya en azul sobre fondo de oro, representando héroes de la antigüedad, ó figurando sucesos y escenas de la mitología. La vista, que desde la altura del palacio de Augusto se ofrecía, y que el poeta Estacio nos trasmite, era verdaderamente maravillosa: dominando casi por completo las otras seis colinas, alcanzaba la marcha tortuosa de la antigua muralla del rey Servio, y se extendía al Oriente, detras del Viminal y el Esquilino, por el famoso *Agger*, inmensa fortificacion de los tiempos que precedieron á la República: al Mediodía descollaban las cumbres de Tibur, de Tuscu-

lum y de Alba; al Occidente el Janículo; al Septentrion el Vaticano; en la explanada descubriase la turbia corriente del Tíber que lame los piés de la Ciudad, y una buena porcion del Campo de Marte con el Bosque Sagrado y la Colina de los Jardines: los ojos gozaban mirando al derredor los barrios más poblados y brillantes de Roma; asomándose al fondo, el Circo Máximo, el Foro Boario y la Via Triunfal, el Foro Romano, los de César y de Augusto, la Vía Sacra, templos, estatuas, columnas, una ciudad, en fin, de mármoles y de metal esplendorosa.

XVIII.

Si Augusto fué el verdadero fundador del imperio romano, Tiberio es el primer representante autocrático de la grandeza imperial: los disimulos y las modestias de Augusto son ya inútiles: la unidad de servidumbre propuesta por Mecénas está realizada. Roma es el corazon adonde afluye y de donde parte la vida de un estado que tiene doscientos millones de leguas cuadradas. Anchas vías de tierra facilitan las comunicaciones á los países más lejanos; naves de todos portes cruzan los mares y los rios: al dueño de Roma ofrecen de

rodillas su tributo en vasos, Sagunto y Pergamo; en armas Toledo y Cibra; en púrpuras Tiro y las islas Fortunadas: la blanca lana de Apulia, y el paño de la Céltica, y el cachemir egipcio y los tapices de Babilonia, y la seda del Tibet, y los perfumes de Arabia, y las pieles de Escitia, y el ámbar de las riberas del Báltico, todo viene á cubrir la augusta miseria del morador del Palatino: África le envía fieras y pájaros; el Oriente y el Occidente sus plantas y sus árboles; Alejandría rosas; el Asia helénica marfiles y oro; Córdoba caballos; la Galia gladiadores; Cádiz bailarinas. Falta espacio para tantas ofrendas, faltan mares para tantos navíos.

Tiberio tenía, pues, que pensar en agrandar la casa donde Augusto había representado el papel de la vida, y añadió, en efecto, al que ya podía llamarse palacio, por la parte de Occidente, en direccion del Velabro, los pórticos y cámaras sobre imponentes bóvedas que aún se ven, y que pronto tomaron el nombre de *Casa Tiberiana*, la cual vino á ocupar como un tercio de aquel lado del Palatino. Instituyó allí Tiberio una biblioteca, de que hace mencion Aulo Gelio, refiriéndose á un precioso manuscrito de Caton Nepote que en ella se conservaba.

Calígula, el vanidoso Emperador que hacia

batallas teatrales, aprestando al efecto ejércitos, y que se preparaba triunfos no ménos cómicos, vestido con el manto de Alejandro; el que construyó sobre el mar de Nápoles un puente colosal por medio de millares de naves juxtapuestas, y celebró una orgía, cuya última sorpresa fué el espectáculo de arrojar á las aguas, alumbradas por luz de Bengala, más de veinte mil personas, tan sólo por tener el gusto de presenciar un naufragio; el que en una régia cámara de este mismo Palatino, donde estamos, servia á su caballo, candidato al consulado, cebada con perlas en pesebre de marfil; aquel á quien del todo desvanece la omnipotencia imperial y se juzga dios, concibe el pensamiento de hacer del Templo de Castor y Pólux el vestíbulo de su palacio, y pone por obra el altivo y extraordinario proyecto de construir un puente, que, pasando por delante de aquel templo y por encima de la Basílica Julia, llegase al Capitolio, partiendo del Palatino. Aún se conserva el arranque y primer estribo de aquella obra gigantesca que proyectaba su sombra sobre el Foro, como una amenaza formidable contra los monumentos mal seguros de otros siglos y de otras instituciones, como el brazo de un poder inflexible y tiránico sobre los que fueron alcázares y templos de la libertad antigua.

Para Neron no bastaba el Palatino: incendiada una parte de la ciudad, arrasados muchos de los edificios que en la serie de los tiempos habian cubierto, y como coronado, aquella colina, verdadero solar de una familia, cuna de un pueblo y de una civilizacion, el nuevo señor del mundo ideó y construyó un palacio que determina el extravío del despotismo por las regiones de lo colosal y de lo absurdo. Todas las degradaciones á que puede bajar la humanidad, y todos los vapores que de un inmenso lodazal empapado en sangre pueden subir á la atmósfera, se encuentran y se condensan en una figura humana, que se llama Neron. ¿Cuál otra más á propósito para sentarse en el trono de Calígula? Neron, bajo el punto de vista de sus cualidades morales, es el soberano que corresponde á la Roma de los circos y de los baños y de las distribuciones frumentarias. Al increíble apetito de servidumbre que se habia apoderado de todas las clases, el genio del mal envió un augusto histrion que representase la tragedia de la honra humana, como nadie la habia representado ni volverá á representarla en la serie de los tiempos.

La antigua Roma austera y conquistadora de los Curcios, los Duilios y los Claudios, habia muerto; la Roma helenizada de los Esci-

piones apenas vivía en la memoria de unos pocos; las sombras de Julio César y de Augusto huían con vergüenza ante la nube de oprobio que avanzaba por el Palatino. El incendio procurado y la vanidad insensata destruyen uno por uno los monumentos de la heredada gloria; bórranse los vestigios de Rómulo y de Numa, caen los templos de la Roma primitiva y las casas de los repúblicos insignes, el árbol simbólico de la lanza se seca, y el viento lleva sus hojas hasta el Tíber para que no las pisen los dueños futuros del Palatino: los laureles de Augusto y la corona de encina son á su vez juguete de la tempestad; los templos mismos del primer emperador y su propia morada desaparecen también. ¡Cosa rara! La cadena flexible de los tiempos parece que se complacia en enlazar como venturosas extremidades de ocho siglos el altar de Vesta, erigido por Octavio, con el altar de Vesta, servido por la madre de Rómulo: la cadena de los tiempos así mirada parece una corona fúnebre que la mano de la historia deja caer sobre la tumba del Palatino. La cumbre y las faldas de la colina van en breve á sostener el peso de una construcción gigantesca, imagen exacta del peso de las abominaciones y de la tiranía que gravitan sobre el género humano.

XIX.

Después del puente de Calígula no podía imaginarse sino la Casa de Neron, la cual, comprendiendo en sí todo el Monte Palatino, bajaba hácia el valle que el Celio domina, convirtiéndolo en estanques que después harán plaza al Coliseo, remontaba las pendientes del Esquilino, é iba á tocar al *Ager* de Servio Tulio; es decir, al otro lado de donde hoy se alza la Basílica de Santa María la Mayor. La Casa de Neron alcanzaba, pues, á todas partes, envolvía, como dice Plinio el viejo, toda la Ciudad; toda la historia, todas las construcciones del Palatino quedan como enterradas bajo la mole de la Casa de Oro, que reproduce, agrandándolo, cuanto pudieron imaginar de lujo y de molicie los déspotas del Oriente.

Por fortuna los acertados trabajos de inteligentes y activos arqueólogos, en esta última época, han llegado á distinguir las ruinas que propiamente pertenecen á la Casa de los Césares, á la primera edad del Imperio, y las que se refieren á la insana magnificencia de Neron.

Para formar hoy idea de lo que fué aquel palacio, que se extendía sobre un recinto de tres millas y media, y abarcaba el espacio de

diez millones de piés cuadrados, tenemos que poner en tortura la imaginacion. Las Tullerías y el Louvre unidos por dobles y triples pórticos de columnas de mármol y de granito; el *Bois de Boulogne* con sus lagos y sus grutas y sus jardines y sus animales; todas las estatuas, que guardan los museos de Roma y de Florencia y de Paris y de Berlin y de Munich, sembradas en cámaras y en galerías y en termas y en atrios; todo esto es poco todavía. Las lenguas modernas no tienen palabras que expresen los techos de oro y de marfil, los artificios mecánicos de una sala redonda, que gira perpétuamente como el mundo, cuyas provincias lleva escritas, y que arroja de cada compartimento flores y aromas propias de cada region. Roma no está situada á la orilla del mar; pero el mar, que tambien es esclavo como la tierra, viene por ocultos caminos, á través de algunas millas, á besar y lavar las plantas del señor del mundo. Los templos y los palacios de Babilonia y de Alejandría habian sido ricos en columnas; pero contarlas por millares estaba reservado á la Casa de Neron.

De todos los historiadores de Roma que han probado á describir aquella mansion, en que no parece sino que el mundo material se simboliza, preferimos por su serena sencillez á Suetonio; dice así:

«De su extension y de sus ornatos baste decir que el vestíbulo era capaz para contener el coloso y su efigie, cuya altura es de 120 piés; que á lo ancho tenia tres pórticos de una milla cada uno; un estanque á manera de mar, rodeado de edificios en forma de una ciudad; tierras cultivadas, prados, *vignas*, bosques llenos de ganados y de bestias. En las habitaciones todo era dorado, cuajado de piedras preciosas, de perlas y de conchas; las salas de comer adornadas con caprichosos artesonados de marfil que giraban en derredor, arrojando flores y despidiendo aromas delicados; la principal de estas salas era redonda, y perpétuamente daba vueltas de dia y de noche como la tierra: á los baños venian por diversos caminos las aguas del mar y las del rio (*albulæ*). El dia primero que habitó (Neron) la parte concluida de esta casa, mostróse muy satisfecho, asegurando que al fin empezaba á vivir como un hombre, *quasi hominem tandem habitare cæpisse.*»

El que habia soñado extender Roma hasta las arenas de Ostia, acercar la Ciudad á la orilla de los mares, se concibe bien que encontrase pequeño el Palatino para residencia y templo de su grandeza imperial; pero la Casa Dorada, cual nos ha sido descrita por todos los autores que la vieron y admiraron, cual la

forma todavía la imaginacion, visitando las ruinas y recorriendo los ámbitos solitarios del Coliseo; la Casa Dorada, con sus bosques y sus lagos y sus praderas y su estatua colosal de plata y oro del dios de aquel Olimpo, aparecerá siempre como la monstruosa manifestacion de un sensualismo que preparaba á toda prisa la decadencia y la muerte del Imperio.

De Grecia fueron traídas las estatuas de Ulises y la de Júpiter y la de Orfeo, obras preciosas de Dionisio de Argos, el Amor tan celebrado de Praxitéles, y hasta quinientas del templo de Delfos, todas para ornar y enriquecer aquella casa única, universal, de que el poeta Marcial decia con razon:

Unaque jam tota stabat in urbe domus.

XX.

Los emperadores que inmediatamente sucedieron á Neron, triste producto de conjuraciones y de crímenes, prosiguieron la obra é insistieron en las huellas de aquél, respecto al engrandecimiento y adorno del Palacio; pero despues de Vitelio se advierte la tendencia contraria: la Casa Dorada empieza á perder

sus gigantescas proporciones y su insultante suntuosidad: Vespasiano demolió el vestíbulo, trasportó á la Via Sacra el Coloso, transformado en Apolo, puso las obras insignes del arte griego en el Templo de la Paz, construyó el Anfiteatro, donde estuvieron los estanques famosos, y reedificó el Templo de Claudio, que Neron destruyera para ensanchar y embellecer su casa.

Tito, poco más tarde, consagra á uso público los espléndidos jardines y casi todas las construcciones que caian sobre el Esquilino; edifica las Termas y borra así una buena parte de aquella página de la vanidad y el despotismo.

En el atrio famoso construye Adriano el Templo de Vénus y de Roma: lagos y jardines desaparecen para dar lugar á monumentos nuevos. Neron habia cerrado la Via Sacra con los muros de su palacio, para que fuera más completo y más significativo el asedio de la Ciudad por la tiranía; Roma, sin embargo, se abre paso á traves de aquellas espléndidas ruinas para llegar hasta la Via Apia. Veinte y cuatro elefantes levantaron el coloso de 110 piés de altura, construido por Cenodoro, y consagrado más tarde á Apolo con sólo cambiar la cabeza de la estatua: Cómodo hizo luego quitar la del Sol y poner la suya; las

estatuas de Roma, como el Imperio, estaban muy acostumbradas á sufrir estos cambios de cabeza.

Nerva escribió las palabras *Ædes publica* sobre la puerta del Palacio Imperial. Trajano envió á su vez al Templo de Júpiter Capitolino multitud de objetos artísticos de inmenso valor. Tantas desmembraciones y tan decidido empeño por desnudar de una parte de su grandeza á aquella mole gigantesca, no bastaron, sin embargo, para quitarle su primitiva importancia arquitectónica: el mónstruo había perdido sus extremidades; el cometa había perdido sus colas del Esquilino y del Celio; pero el cuerpo del mónstruo era aún imponente; el cometa llenaba siempre la extension del Palatino: las artes griegas y romanas tenían allí su templo y su museo: solamente los subterráneos ornados de arabescos consumieron la vida del pintor Amulio, de quien dice Plinio que la Casa de Oro fué la cárcel perpétua de su talento.

Quince siglos más tarde, Rafael de Urbino y Juan de Udine se inspiran en los frescos de aquellas grutas admirables, y los pájaros y las flores y las guirnaldas, que adornaban las cámaras de Neron, irán á adornar otra casa de oro al otro lado del Tíber, el palacio de los discípulos y sucesores de aquel pobre Pedro,

á quien Neron veia crucificar, por órden suya, desde la galería marmórea de este mismo Palatino.

Los emperadores Flavios se apresuraron, pues, celosos un tanto de la dignidad de Roma, á borrar el símbolo más visible de la execrable memoria de Neron. Vespasiano y Tito idearon el Coliseo, como medio eficaz de distraer plácidamente la atención de la plebe. Septimio Severo, llevando al Palatino, como á todas partes, su espíritu de restauracion, prosiguió en la obra de sus antecesores, y construyó, ademas, otro monumento insigne que representara, no la personal vanidad de un emperador, sino la grandeza de la metrópoli del mundo. Septimio Severo, oriundo de África, quiso que la primera impresion de sus paisanos, al llegar por la Via Apia á la Ciudad de las Siete Colinas, fuese una impresion de verdadero asombro; y al efecto, mirando á la region del Mediodía, construyó en el Palatino el Septizonio, renombrado pórtico de maravillosa arquitectura y con siete zonas ó fachadas de columnas, de las cuales tres órdenes de granito africano subsistieron en su lugar, frente à la Iglesia de San Gregorio, hasta el siglo xvi, en que fueron llevadas á la Basílica de San Pedro.

Domiciano, en el mismo siglo i, y Eliogá-

ballo, en los principios del III, fueron, hasta cierto punto, discípulos é imitadores de Nerón. El sucesor de Tito añadió los Jardines de Adónis, que fueron admiracion de Apolonio de Tiana. Eliogábalo dejó en el Palatino vestigios de su insensata y femenil magnificencia: cubrió plazas enteras de pórfido y serpentino, y además de un baño público y de un templo suntuoso á su dios Eliogábalo, en el cual amontonó todas las cosas sagradas de Roma, hizo edificar una torre altísima, al pié de la cual se extendia un pavimento cuajado de piedras preciosas y láminas de oro. Pensando en el suicidio aquel libertino *blasé*, el ménos varonil de todos los libertinos que pasaron por el trono de Rómulo, dispuso aquella torre y aquella explanada para subir un dia con toda magestad á su cúspide, y romperse espléndidamente la cabeza en un suelo de oro empedrado de záfiro y esmeraldas. El fin de aquel pobre loco no fué tan brillante; matáronle los eunucos y bufones, entre quienes vivió, y su cadáver despues de ser arrastrado por las duras losas de piedra volcánica de las calles de Roma, entró míseramente en el Tíber por uno de los arcos de la Cloaca.

El último emperador que pasa, puede decirse, haciendo bien por la region del Palatino es Alejandro Severo, en cuya época llegó á su

apogeo la labor de los mosaicos en los pavimentos, á punto de dar su nombre, *opus Alexandrinum*, á la más bella y difícil de estas combinaciones de menudas piezas de mármoles durísimos, que en los últimos tiempos del Imperio y en la Edad Media significaron el mayor lujo en la ornamentacion de palacios y basílicas. Alejandro Severo añadió á la Casa de los Césares habitaciones especialmente destinadas á su madre Mamea, único vestigio quizá de ternura filial y de amor de familia que brilla como una luz solitaria en aquella colina y en aquel palacio, donde las mujeres, hija y nieta, han labrado la desventura de Augusto; donde Tiberio vió morir á Druso envenenado por el seductor de Livia su mujer, donde hirvieron las intrigas de las Agripinas y los Seyanos, y donde en fin, mueren, ó son condenadas á morir, la propia madre de Nerón y Domicia su tia, y Octavia la hija de Mesalina, y Antonia, la hija de Claudia, y aquella Sabina Popea, mujer diabólicamente hermosa, en cuyo cuerpo no faltó ningun encanto, y en cuyo espíritu faltó tan sólo la virtud. Las tristes sombras de las mujeres imperiales parece que vagan aún melancólicamente entre las ruinas del Palatino.

Constantino, trasladando la silla imperial á Bizancio, descorona la colina de Rómulo y

de Augusto. Las joyas más preciadas del Palacio del Tíber van poco á poco á hermosear y enriquecer las estancias de su rival el Palacio del Bósforo.

Las huestes de Alarico, primero, y las de Genserico despues, invaden y saquean la Casa de los Césares, en cuyo recinto sólo á relámpagos, y á relámpagos muy débiles, vuelve á brillar la luz de la majestad imperial.

Heraclio en el siglo VII vino á ser coronado en el Palatino; las águilas cubrieron por un instante bajo sus alas el trono en que se habian sentado Trajano y Constantino: era aquél el movimiento galvánico de un cadáver, el último resplandor de una luz que se apagaba. El emperador Heraclio trajo á Roma en aquella ocasión la verdadera Cruz de Cristo, hallada tres siglos antes por Santa Elena: por uno de esos rasgos brillantes de poesía de la historia, cuyo secreto tiene sólo la Providencia, la soberanía imperial, dice Gerbert, que tanto habia hecho en los dias de su poder para ahuyentar de Roma la Cruz del Calvario, vino en los instantes supremos de su agonía, y por vez postrera, á la ciudad de su gloria y de sus locuras á traer entre sus manos yertas aquella misma cruz, como si quisiera expiar con un presente de la vejez y de la muerte las impiedades de la juventud y de la vida.

XXI.

Al consolidarse en Roma el poder civil de los Papas, el Palatino tuvo otro rival más poderoso y durable que el palacio de Constantinopla: en el vecino Celio, donde fué la vivienda de los Lateranos, imperaba con paternal autoridad el gran sacerdote de las Catacumbas. La Casa de los Césares habia quedado para siempre sin trono y sin corona. Como de las provincias del muerto imperio romano surgen reinos y naciones, así con las ruinas de su Palacio Imperial se levantan monumentos que proclaman la transformacion de las sociedades, que contribuyen al nacimiento de una Roma nueva y regenerada: con los restos de la Casa de los Emperadores se erigen basílicas á sus mártires; y á la mitad del siglo x, la fábrica, un tiempo maravillosa de Neron y de Eliogábalo, yace en estado de grutas, muy próximo al de escombros. En aquel inmenso monton de piedras, entre aquellos muros más poderosos que los incendios y que los bárbaros, vió la Edad Media, ora un monasterio de benedictinos, ora un asilo de pobres y de peregrinos, ya torres feudales, en que defienden su

respectivo terreno las facciones que devoran la Ciudad.

Una de aquellas fortalezas sirvió á la sazón de archivo (*Carthularium*); en ella se refugiaron más de una vez los Papas, y en 1227 los cardenales, vacante la Sede Pontificia, celebraron conclave, de que salió elegido Gregorio IX. El insigne Pontífice que había de dar su nombre al más importante cuerpo de derecho, fué á la Silla de los Papas desde las ruinas del Palacio de los Emperadores.

En los días de Petrarca, el Septizonio era todavía embeleso de los cultos y admiración del pueblo, que le llamaba trono del sol, *sede d'il sole*.

Al irradiar la aurora del siglo xvi decía Poggio: «La crueldad de la fortuna de tal modo ha cambiado el aspecto y la forma del Palatino, que hoy, desnudo de todo ornamento, yace en tierra como el cadáver de un gigante por todas partes roído de gusanos.»

Pero el siglo á que ha de dar su nombre Leon X, el siglo de la resurrección momentánea del muerto Lacio y de la muerta literatura y aún del muerto paganismo, no podía olvidar la colina de Evandro y de Enéas y de la loba y de Rómulo y de Cicerón y de la Casa de Oro. No podía ser olvidado el Palatino en aquellos días en que el descubrimiento de

una estatua antigua era fiesta mayor en todas las clases de la Ciudad, cuando la arqueología y la historia y las artes se dan cita para bajar á los subterráneos y para subir á las alturas en busca de noticias de aquella edad que tuvo por poetas á Virgilio y á Horacio, por historiadores á Tito Livio y Salustio, por oradores á Ciceron y por gobernantes á Julio César y á Octavio.

Las ruinas del Palatino cubrian por completo su cumbre y sus faldas; aquel monte era el único de donde toda poblacion habia huido, *solus omnium hodie inhabitatus*; habia sido el primero en cubrirse de edificios, fué el primero tambien en perderlos y en desnudarse para siempre. El Templo circular de la Victoria, el de Augusto *ad capita Bubula*, erigido por Livia y Tiberio en el lugar mismo en que habia nacido el primero de los emperadores; la casa de Agripa, luégo de Calígula, delante de las escalas anularias, que daban subida desde la Via Nueva al Palatino; las antiquísimas Puertas Mugonia y Románula, al ángulo sudoeste del Palatino la primera, mirando al Capitolio la segunda; el Templo de Júpiter Stator; el Pórtico de las Naciones; el Templo circular de Marte y las mansiones de los sacerdotes Salios; el *Clivus* de la Victoria y el *Vicus* de las Curias; el Templo de la Fe, debajo del de Ju-

no Sospita; el de la Luna *noctiluca*, y tantos otros monumentos y lugares célebres de la Roma antigua, desaparecieron para siempre: unos, pertenecientes á la época de los reyes y de la república, fueron borrados de la superficie de la tierra para dejar espacio á la avarienta majestad de la Casa Oro: otros han perecido ó han cambiado totalmente de aspecto bajo el influjo devastador de los siglos y de las guerras.

El pontífice Paulo III (*Farnese*) construyó sobre el Palatino, escogiendo sobre los escombros de la Casa de los Césares la parte que domina la Via Sacra, el Foro y el Velabro, una *Villa* y unos jardines de que fueron sucesivamente arquitectos San Galo, Buonarroti y Vignola. *Villa* y jardines, llamados *Horti Farnesiani*, reunieron á los encantos del lugar que ocupan los de las artes traídas á embellecerlos.

Estatuas antiguas y fuentes de mármol adornaron de nuevo aquella altura; el eco repitió versos latinos, armoniosos y dulces como los del poeta de los *Tristes*. Duró poco, sin embargo, el apogeo de aquella mansion deliciosa; pronto decaídos y marchitos los jardines, y casi abandonada la casa, ofrecieron una y otros el aspecto de ruinas sobre ruinas. Propiedad de la Familia Farnese, pasaron á serlo de la

corona de Nápoles, y ahora pertenecen, por compra, al Emperador de los franceses: el historiador de Julio César ha querido ser dueño del palacio en que se desarrolló el gigantesco poder de que en realidad fué César fundador: cualquier rey de los de ahora, que hubiese abrigado por un instante la ambición de morar en el Palatino, hubiera sufrido un terrible desengaño: un trono en aquella altura debe producir vértigos de muerte.

El augusto dueño de la Casa de los Césares busca sólo en aquellas catacumbas del imperio romano tesoros de enseñanza para la historia y para la ciencia y para las artes, y el éxito corona sus esfuerzos: las obras de reconocimiento y las excavaciones, perfectamente dirigidas por el Signor Pietro Rosa, ofrecen cada día un nuevo raudal de interesantes noticias, un nuevo motivo de regocijo para los amantes de la antigüedad.

La Villa Mattei, luégo Spada, luégo Magnani, más tarde Mills, y ahora convento de Salesas, ocupa uno de los puntos más conspicuos y nobles del palacio imperial: poseyóla á fines del siglo pasado un francés amante de las antigüedades, Mr. Rancoueil, que dirigiendo atinadas excavaciones, llegó al descubrimiento de pórticos, de cámaras, de gabinetes, de baños y de preciosos fragmentos de escultura,

que excitaron poderosamente la curiosidad de los arqueólogos, y promovieron en todos el deseo de profundizar más y más en las vísceras del Palatino.

En las inmediaciones de la Iglesia de San Sebastian, erigida en una dependencia del Palacio Imperial, donde sufrió el martirio el valeroso capitán de la guardia de Diocleciano, se han hallado también en varias épocas restos de las antiguas construcciones que cubrieron la colina.

La Iglesia de San Buenaventura y su antiguo convento de franciscanos españoles, de la reforma de San Pedro Alcántara, ocupan en la inmensa extensión de las ruinas imperiales el espacio correspondiente á la gran sala de baño de los Césares, parecida á la sala central de las Termas de Caracalla y Diocleciano. En el vecino jardín del colegio inglés fueron reconocidos los vestigios de la palestra del Palacio Imperial y de las grandes galerías que llegaban hasta el Circo.

XXII.

Hoy puede asegurarse que aquellas ruinas son atendidas y estudiadas con la diligencia de que son dignas por su importancia histórica

y artística. Merced á su actual estado de conservacion, es dado todavía al viajero poner la planta en aquel *Clivus Palatinus*, que, arrancando desde la *Via Sacra*, se extendia hasta la Puerta *Vetus*, de la cual quiere aún la suspicaz arqueología descubrir restos lejanos; puede recorrer las que fueron Termas de Calígula y la grandiosa sala de Domiciano y las cámaras redondas y rectangulares, cubiertas de mosaicos, y señalar lo que en el inventario informe de aquellas ruinas corresponde á cada uno de los emperadores que por allí pasaron y desde allí dictaron leyes al mundo; puede, por último, el viajero, sobrecogido por la contemplacion de tanta grandeza aniquilada, subir á la magnífica planicie de los jardines, donde el espíritu se repone y la vista goza uno de los más bellos y sorprendentes panoramas que las alturas de Roma ofrecen: á un lado el ancho valle donde estuvo el Circo Máximo, al otro el Foro con sus magníficos despojos, más allá el Capitolio, cuya altura es todavía menor que ésta en que estamos: todas las colinas parece que se humillan ante la majestad real del Palatino.

Aquí se condensa todo un mundo de recuerdos. Aquí están el *Atrio* y las grandes cámaras de la córte imperial y el *Tablinum* ó gran sala de recepcion y el *lararium* ó lugar destinado á

los dioses lares, el oratorio, como si dijéramos, del palacio; la Basílica particular del Emperador, donde se sentaba como juez, y en donde fueron sentenciados á muerte San Silvestre y San Lorenzo. La sala cuadrada de más allá es el *Perystilo*, con pavimento y columnas de mármol, sobre dos estancias subterráneas, que aún llevan el nombre de baños de Livia, y que son la única parte de la Casa de Augusto salvada del incendio de Neron.

Del Peristilo se pasa al *Triclinium*, sala de comer, que ahora hace diez y nueve siglos se llamaba refectorio de Júpiter: hoy las lagartijas esmaltan con su verde oscuro los fragmentos de mosaico, donde más de una vez pusieron su pié el dios Calígula y el Apolo Neron: á la derecha se abre el *Nynpheum*, baño delicioso, decorado de flores y esculturas, con pavimento de alabastro y columnas amarillas que semejan nácar.

Siguen la Biblioteca y la Academia: en los huecos de piedra, donde estuvieron los asientos de los amigos de Augusto, donde se sentaron acaso los Mecénas y los Virgilio, probó á reunirse en pasados siglos la Academia de los Arcades, inspirándose en aquella misma colina habitada por el árcade Evandro, del espíritu pastoril que precede al espíritu guerrero: galvanizacion, inútil galvanizacion; aquellos

asientos, aunque derruidos, aunque abandonados, son grandes para los tiempos modernos. La tumba del talento debe ser aún más sagrada que la tumba de los huesos y de las cenizas. Hoy los Arcades van al Palatino el día 21 de Abril á recoger flores junto á la cuna de Roma: esto es más respetuoso y aún más poético.

Desde aquí podemos recorrer en pocos pasos el antiguo *Auguratorium* y el espacio donde fué la Puerta Vieja del Palatino de Rómulo, la Puerta Mugonia: por el lado que mira al Tíber se ven las ruinas bien definidas de las construcciones de Calígula y los arranques del puente colosal y los del corredor por donde se asomaba á media noche, pidiendo luz á los dioses, porque la oscuridad lo ahogaba: la cuesta que á nuestros piés comienza, es el *Clivus Victoria*; allí estuvo la Puerta Románula; las ruinas que la cubren saben mejor que nadie la historia de Tiberio: al pié de esta colina fué la cabaña de Faústulo; quizá ella mejor que la corriente del Tíber oyó los primeros vagidos del primer rey de Roma.

XXIII.

Volvamos á la cumbre: hoy en un cuadro de tierra, cubierta de musgo y de flores sil-

vestres en el centro de una vasta superficie de escombros, se alza un cartel que dice: «Aquí estuvo el trono del mundo.» ¿Qué fuerza misteriosa detiene y clava al viajero en esta altura donde el sol alumbra, más que horizontes, siglos, y donde la historia se presenta, no en libro rico de páginas, sino en cuadros abundante de colores?

Aquí nació Roma; por aquí han pasado las tribus pastoras y las huestes guerreras; aquí ha reinado la sencillez de la primera monarquía: aquí hirvieron las ambiciones de la república; aquí se asentó con pesadumbre abrumadora el coloso del imperio; por aquí han pasado la libertad y el despotismo. Estos mármoles rotos han escuchado deliberaciones en que se trataba de la suerte del mundo: aquí se firmó el decreto que envió á Heródes á la Judea, y aquel otro del empadronamiento, en cuya virtud se cumplieron los destinos de Belen; aquí recibieron culto las divinidades del Olimpo, y más culto aún la podrida humanidad de los Nerones y los Eliogábalos; aquí tuvieron su primer palacio las ciencias, y su primer museo las artes, y su nacimiento el teatro, y sus casas los oradores y los poetas. Contra estas paredes chocaron muchas veces el ruido de las orgías y los suspiros de mujeres sin ventura.

Sobre esta cumbre que domina á Roma, se asomaba en los tres primeros siglos un hombre de cinco piés de estatura, acaso un jóven enfermizo ó epiléptico, acaso un loco, que mirando á todos lados, atravesando con sus miradas las cordilleras de Tibur y la extension de los mares, decia: «El mundo me pertenece; veinte y cinco legiones obedecen á mi voz; las naves que surcan todas las aguas conocidas, levantan á las nubes mi enseña imperial: yo soy el heredero de todos los grandes imperios de Sesostris, de Ciro y de Alejandro; yo reuno en una misma ley, en la ley única de mi voluntad, á la Bretaña, casi salvaje, y á la Galla, difícilmente sometida, y á la hermosa tierra que cae á este lado de las columnas de Hércules, y á la Grecia, madre de la civilizacion, y al Egipto, que fué maestro de la Grecia, y las vastas regiones del Asia Occidental. Las tres razas del humano linaje, la de Sem, la de Cam y la de Jafet, son mias; mi nombre es saludado en todas las lenguas que sus mil familias hablan: todo el saber y todos los cultos de las ciudades que baña el Nilo, y de las que lavan sus piés en el mar Adriático y en el Tirreno y en el Océano inconmensurable, y de las que se levantan en los países por donde el sol se oculta, y de las que caen al otro lado del Ebro, y de las que se miran en la corriente

del Bétis, todo se rinde á mi voz, todo está sometido á mi palabra. Yo soy el dios Calígula, yo soy el dios Neron.»

Y en tanto, allá en la isla de Patmos, un solitario que se vestía con las hojas de los árboles y se alimentaba con miel silvestre escribía esta sentencia:

«Entónces vino uno de los siete ángeles y me habló y me dijo; Voy á mostrarte la condenacion de la gran pecadora que está sentada junto á las grandes aguas:

»Y el ángel me llevó en espíritu al desierto y ví una mujer sentada sobre una bestia de color de escarlata, llena de nombres de blasfemos, que tiene siete cabezas y diez cuernos.

»La mujer estaba tambien vestida de púrpura y de escarlata, adornada de oro y de piedras preciosas y de perlas; y tenia en la mano una copa de oro.

»Y en su frente llevaba escrito este nombre: Misterio.

»El ángel me dijo entónces: ¿Por qué te sorprendes? Yo voy á descubrirte el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva, de la bestia de siete cabezas y diez cuernos.

»Las siete cabezas son siete montañas sobre las cuales la mujer está sentada.

»Y me dijo: Las aguas que has visto, sobre

las cuales la mujer se sienta, son los pueblos, las naciones y las lenguas.

»Y la mujer que tú has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.

»Sus dueños dicen: ¿Qué ciudad ha igualado nunca á esta gran ciudad?.....»

Basta, Calígula y Neron, soñando despier-tos en la gran terraza del Palatino, y el evan-gelista del amor, escribiendo estos versículos del *Apocalípsis*, son la providencial figura de la humanidad en el período más solemne de la historia: la humanidad tiene su cuerpo, que es de tierra, en el Palatino: el espíritu está en la isla de Patmos. El espíritu vence á la ma-teria: la copa del néctar que embriaga y mata, cae en las manos de la mujer del *Apocalípsis*, y otra mujer ofrece á la humanidad rescatada la copa del amor celestial, que vi-vifica.

¿Sabeis cuáles son hoy los fieles guardado-res del orgulloso Monte Palatino? Una mártir de los primeros siglos, llamada Anastasia, mora al pié del ángulo occidental mirando al Circo donde tantos millares de hermanos la habian precedido en el martirio. En medio de las ruinas del Palacio de los Césares, donde estuvo el Hipodromo, recibe culto otro már-tir de los tiempos de Ines y de Fabiola. Se-bastian, capitan de guardias de Diocleciano,

fué asaeteado en aquel mismo lugar, debajo de los balcones del Emperador.

Sobre los restos imponentes de los baños de Neron hay un convento de franciscanos, fundado por frailes españoles de la reforma de San Pedro Alcántara, bajo la advocacion de San Buenaventura: en la cumbre de la colina oran las hijas humildes de San Francisco de Sales. Los mártires y los mendigos han heredado el palacio de los señores del universo. La hermosa palmera del jardinillo de San Buenaventura, que se balancea sobre la Casa de Neron, dominando los cipreses del Celio y la cumbre del Aventino y las ruinas que bordean las orillas del Tíber, parece un símbolo misterioso de los destinos del mundo: peregrina de Oriente, diríase que á nombre de aquella tierra bendita ha venido á tomar posesion de esta otra tierra, y á levantarse, emblema del triunfo perdurable, sobre aquel mismo *mundus*, donde Rómulo puso el cimiento de la ciudad universal.

XXIV.

Habia, como hemos dicho, en los emperadores Flavios, sucesores de Neron, de Galva, Oton y Vitelio, cierta impaciencia por desha-

cer la insultante *Domus Aurea*, como se retoca y se corrige y por último se borra una palabra que expresa ideas profundas ó despierta recuerdos que mortifican. Diríase que una ráfaga de buen sentido cruzaba por delante del trono imperial en la época de los Flavios, precursora de aquella especie de claridad que ha de aparecer en los primeros días del español Trajano.

Una buena parte de la morada de Neron pasa al dominio del pueblo: las magníficas estancias que daban al Esquilino, se convierten en termas: el ancho valle, que al pié de las colinas ocupa aquel estanque, llamado *mar* por Suetonio, vá á ser tambien consagrado al deleite de la multitud: un anfiteatro de piedra se levantará en aquel recinto:

*Hic ubi conspicui venerabilis amphiteatri
Erigitur moles, stagna Neronis erant.*

¡Qué anfiteatro! No lo habia conocido igual la antigüedad: no lo han tenido semejante en grandeza los siglos posteriores. Por la colosal magnitud de sus proporciones, mejor aún que por el coloso de Neron, que allí cerca se alzaba despues de la destruccion del pórtico para que se hizo, el anfiteatro recibió y conserva el nombre de Coliseo, que en Roma todavía se pronuncia *Coloseo*.

El gusto romano, educado en sus primeros tiempos bajo la inspiración de los modelos griegos, propendía á lo bello en todas sus manifestaciones: cuando los dominios de Roma se extendieron y su magestad imperial tocó en los confines de la omnipotencia, la aguja de las artes desviándose de lo bello, apuntó con preferencia á lo grandioso y lo desmesurado.

La Grecia gime cautiva en el número de las provincias romanas. Augusto ha conquistado el Egipto, y los obeliscos vienen como ofrenda silenciosa desde las orillas del Nilo á las del Tíber: las pirámides de los Faraones no pueden ser arrancadas del suelo que las mantiene; pero los herederos del romano Cestio copiaron en pequeño una de aquellas moles gigantescas para guardar en Roma, con las cenizas del rico Epulon, las avenidas de la puerta Ostiense.

Vespasiano y Tito han sometido la Judea: el Templo de Jerusalem yace en escombros, como el profeta lo previó: el Jordan, en figura de un anciano abatido, llora en el bajo-relieve del arco de la Via Sacra: el candelabro y los vasos del culto de Moisés están en el Templo de la Paz. Roma simboliza todas las glorias y todas las grandezas de los tiempos y de las naciones. Puede adoptar todos los estilos sin plagiar, que todo es suyo: puede acometer todas las empresas sin temor, que todo está al

alcance de su fuerza. Para alojar á todos los dioses del Olimpo, ha construido el Panteon: para rendir adoracion á Júpiter, óptimo y máximo, su dios nacional, ha levantado el templo del Capitolio: para honrar la majestad de la plebe romana, erige el Anfiteatro.

De todos los monumentos de la Roma antigua, éste es el que revela con ménos oscuridad los caractéres todos de su primitiva construccion: íntegro en una, aunque pequeña parte, maltratado en otras, caido en alguna, se ofrece á los ojos del viajero y al juicio de la historia como un gigante de piedra que resiste á los siglos y que publica, en medio de la civilizacion moderna, el término del progreso, tal como lo entendió la civilizacion pagana. El Anfiteatro es la ruina más simpática para los hijos de Roma: profecía, leyenda ó tradicion, los romanos abrigan la creencia de que Roma vivirá mientras el Coliseo permanezca en pié: verdad es que la historia de Roma, á contar desde el siglo II, está tan enlazada á la de este gran monumento de su grandeza, que las vicisitudes del Coliseo determinan, puede decirse, paso á paso los dias prósperos y los adversos de la Ciudad de las Siete Colinas.

XXXV.

Si el teatro en Roma es griego, el anfiteatro es romano: la idea de *duplicar* el edificio destinado á las representaciones y convertir en círculo ó elipse el hemiciclo teatral, fué puesta por obra en Roma poco ántes de la Era Cristiana, en el cuarto consulado de Augusto, por Tauro Estatilio, de quien dice Dion que edificó un teatro *venatorio* de piedra en el Campo Marcio...

El teatro y los juegos escénicos no satisfacían la sed de emociones y la versátil curiosidad del pueblo romano. Muchas veces la gran mayoría de los espectadores,

*Quod numero plures, virtute et honore minores
Indocti stolidique et depugnare parati,*

interrumpía desafortadamente el curso de la representación y el diálogo animado y la fábula interesante de poetas como Plauto ó Terencio, para pedir lucha de fieras ó escenas de pugilato:

*Media inter carmina poscunt
Aut ursum aut pugiles; his nam plebicula gaudet.*

Bien pronto el anfiteatro de Estatilio Tauro y los circos fueron á su vez insuficientes para

proveer de espectáculos á un pueblo de tres millones de habitantes, para quienes los espectáculos eran parte principal de la vida. Ocasión oportuna tendremos de examinar el carácter del teatro y de los actores en Roma: al visitar las grandes ruinas del Circo que caen al otro lado de este monte Palatino en que nos hallamos, vendrán á nuestra memoria los juegos circenses, la parte clásica y popular del espectáculo romano. El Anfiteatro Flavio, que ahora recorreremos, pertenece ya á una época de refinamiento en los goces de la ferocidad. Quien escriba con riguroso orden cronológico la historia de los espectáculos sangrientos de la metrópoli del mundo, no llegará al Coliseo sino á la mitad del libro.

XXVI.

Los que representaron comedias y pantomimas no fueron jamas los actores verdaderamente queridos de la sociedad romana. Sus dramas eran frivolidad, niñería, insípido pasatiempo: el drama serio y patético es aquel en que mueren hombres: la verdadera escena es la arena ensangrentada y humeante del Coliseo: el gran cómico de Roma es el gladiador ó el bestiario: la caza y el combate: aquélla á la

gloria de Diana, éste á la gloria de Júpiter. En la caza se agotan todas las maneras de lucha de animales con animales y con el hombre: el interes aumenta segun que está más en riesgo la vida humana. En el combate de hombres brillan como resplandores siniestros el arte de matar y la gracia de morir.

El pueblo asiste *en connaisseur*, sin perder un solo movimiento de los luchadores. Ochenta y siete mil personas guardan en los instantes decisivos silencio tan profundo, que se percibe el crujir de las carnes abiertas por la espada, y el aliento entrecortado del que sucumbe en la lid. El pueblo juzga una agonía como pudiera juzgar el mejor rasgo dramático: aplaude, ántes de que hiera, el golpe que reputa mortal; silba á la víctima que cae torcidamente ó que da muestras de dolor: un quejido sería ignominia: una lágrima, deshonra: hay bravos para una herida, entusiasmo para un gesto, aclamaciones frenéticas para el que mata pronto y para el que muere bien. «¿Qué quereis? decia Séneca; el pueblo se fastidia: es preciso que por la mañana vea matar y por la tarde mate...»

Roma, sin creencia, sin ilusiones, sin patria, sin Dios, no conocia más que el entusiasmo y el delirio de la matanza. Gran fenómeno psicológico en la historia de la humanidad, aquella alegría insensata puesta en lo que ahora

nos repugna y nos hace estremecer. No caben ya en nuestro pensamiento, sino para inspirar emociones de terror, aquellos millares de hombres que exhalan gritos de rabia cuando temen que una víctima defraude el goce que con su agonía se prometieron, ó ven que un gladiador vacila ó teme ó corre: «¿por qué rugen cien mil espectadores, por qué esa cobardía delante del hierro, por qué esa lentitud en matar, por qué tanta pereza en el morir?»

Estas horribles reconvenciones, que Séneca nos ha conservado, hielan todavía la sangre, sin que en el transcurso de diez y ocho siglos hayan perdido nada de su fiereza original. *Quare tam timide incurrit in ferrum, quare parum audacter occidit, quare parum libenter moritur?*

Hoy no podemos concebir aquellas horribles sentencias dictadas por el pueblo contra el gladiador vencido, mientras el vencedor, poniéndole el pié en el cuello, espera con indiferencia la decision del soberano, y el infeliz, que yace en el polvo, compone sus miembros para espirar con todas las reglas del arte. En vano querriamos ya formar idea exacta de aquellas vestales dulces y modestas que ante una herida diestramente causada, se levantan con alborozo gritando *hic habet*, ó bien se irritan contra el caído, si implora misericordia, y doblan su dedo en señal de muerte á todo

trance: aquellas vestales, aquellas vírgenes, expresion de todo lo más puro y espiritual que soñó el paganismo; aquellas sacerdotisas, cuyo encuentro casual en una calle salvaba la vida del criminal condenado á la última pena, en el Coliseo cuentan las heridas, ordenan el homicidio, y hacen herir una y otra vez, y acribillar y triturar el cuerpo en quien suponen algun aliento de vida.....

Preciso ha sido que todos los testimonios que tales cosas cuentan, sean unánimes y que ellas sean contadas con toda la sangre fria de la indiferencia, por autores que no tenian interes en desfigurarlas ni entusiasmo por engrandecerlas, por espectadores habituales de aquellas escenas, para que la crítica razonable y serena haya admitido como una triste verdad *histórica* tan absurda degradacion moral, para que lleguemos á creerla, para que la filosofía moderna llegue á descubrir en el corazon del hombre la fibra que ama el dolor por el dolor y la sangre por la sangre: se necesita que hayan quedado en pié hasta un centenar de anfiteatros; que podamos aún penetrar en la horrible caverna en donde se daba á las víctimas el llamado golpe de gracia, en la jaula donde los leones y los tigres estaban encerrados al lado del prisionero humano, quizá del mártir; que hayamos leído el programa de

aquellos espectáculos; que hayamos tenido en nuestras manos el billete metálico que daba derecho á entrar y á tomar asiento en sus bancos de piedra; que hayamos traducido los certificados de honor que se conferian á los gladiadores jubilados; es preciso descifrar en los mármoles del Vaticano y en los muros de Pompeya los nombres de los combatientes, el número de sus víctimas, los elogios borrajeados al rededor de sus toscas imágenes, por la ineducada mano de la plebe; ver las muestras oficiales del reconocimiento ofrecidas á los magistrados que obsequiaban al pueblo con tales fiestas de sangre; es preciso una y otra vez detenerse ante los bajo-relieves antiguos que nos transmiten la afrentosa verdad de aquellos placeres sanguinarios; es preciso repasar una por una las inscripciones sepulcrales de los gladiadores, doctores de aquella ciencia; es preciso estudiar los libros de los primeros apologistas del cristianismo, implacables censores de tanta y tan bien descrita abominacion; es preciso oir los ecos del gran poema, que se llama *Actas de los mártires*; es preciso, sobre todo, pasar horas y horas enfrente ó dentro de esta mole colosal del Anfiteatro, expresion épica del *dilettantismo* feroz de la sociedad romana.

XXVII.

No es posible poner la planta en los ámbitos del Anfiteatro y dirigir la mirada en derredor de la alta mole que desafía los siglos, sin que luégo al punto venga á la memoria aquel hermoso epigrama de Marcial:

Barbara pyramidum sileat miracula Memphis,

Asiduus jactet nec Babylona labor.

Aere nec vacuo pendentia Mausolea

Laudibus inmodicis Cares in astra ferant

Omnis Cæsareo cedat labor amphiteatro,

Unum præ cunctis fama loquatur opus.

Dichoso el que puede en edad madura contemplar bajo los arcos derruidos del Coliseo la gran verdad de estos versos que todos hemos traducido en los días de nuestra juventud, acaso de nuestra infancia. Para escuchar con toda su magnífica elocuencia el lenguaje de los monumentos históricos, es preciso que el alma del viajero, asomándose á la cumbre de su propia historia, estudie á la vez misma en el pequeño mundo de su sér, el estrago de los tiempos y de las tempestades. Todo cuanto los libros nos enseñan en los años apacibles de nuestra educacion primera, todo está sujeto á una especie de reconstruccion, en que cien-

cias y artes y pensamientos y gustos se modelan al vário querer del espíritu enfermizo y casi siempre solitario. ¿Qué ideas nos despierta en las aulas el epigrama de Marcial que encarece el Coliseo de Roma sobre el Mausoleo de Artemisa y sobre las Murallas de Babilonia y sobre las Pirámides de Egipto? Ni siquiera las ideas de lo grandioso, que son para la inteligencia juvenil igualmente desconocidos todos los términos de la comparacion; en cambio, la visita al Coliseo, en la segunda mitad del viaje de la vida, proporciona un punto de vista moral, como no lo ofrece ninguna otra altura del mundo que habitamos.

Al recorrer hoy en silencio aquella vasta fábrica, más alta que las colinas, gigantesca como un conjunto de palacios; al contemplar aquella elipse imponente, donde resonaron los gritos de cien mil espectadores y los mugidos espantosos de las fieras, y los ecos de la muerte y el estrépito de un pueblo ébrio con el vapor de la sangre, no hay espíritu tan frío ni inteligencia tan escéptica, que no descubra el abismo que separa dos civilizaciones, entre las cuales no hay, sin embargo, más frontera que una cruz. En el Coliseo de Roma, ahora silencioso y solemne, predica sin cesar la voz de los siglos y la voz de la historia. ¡Cuánto bien trajo al orden y armonía de las socieda-

des y á los fueros de la personalidad humana aquella noción de la caridad que los antiguos pueblos gentiles no vislumbraron siquiera!

Porque, en verdad, los pueblos antiguos, aquellos anteriores al romano, que se dicen sus maestros, que se reputan por el vulgo de las gentes cuna de toda civilización y foco principal de toda luz, aquellos cayeron en los mismos errores y en las mismas abominaciones contra la dignidad del hombre, de la criatura predilecta formada á imagen y semejanza del Criador. Antes que los romanos, los cartagineses arrojaban ya, vivos, para pasto de las fieras, á los rebeldes y á los desertores: en el Asia no debía ser desconocido este horrible suplicio, pues la historia de Daniel abandonado á los leones está por encima de toda crítica: aún en los días más florecientes de la Grecia hay sobrados motivos para suponer que fueran en uso los espectáculos sangrientos que el Circo de la Roma republicana y el Anfiteatro de la Roma imperial llevaron al más repugnante extremo de fiereza.

XXVIII.

Los emperadores Flavios, queriendo atenuar el efecto de una tiranía, halagan otra tan

odiosa como aquella: trasladando á la majestad del pueblo una parte de la grandeza que quitan á la loca majestad de Neron, sólo consiguen distraer, aturdir, como ahora se dice, con el ruido de los juegos y con el esplendor de las fiestas una sociedad que no trabaja, que no piensa, que va perdida en un bosque, sí, de estatuas y de laureles, pero perdida irremisiblemente. El Circo Máximo, á pesar de ser máximo, á pesar de sus gigantescas proporciones, que daban cabida á 2.500,000 personas, no bastaba, ya lo hemos dicho, para la diversion y recreo del pueblo romano.

Para los templos, para la casa de los emperadores, para las moradas de otros insignes personajes la arquitectura habia desplegado un lujo de que no era posible defraudar á la soberanía de la plebe: cuanto de más grandioso se hubiera hecho para los otros poderes, eso mismo, ó más todavía, debe hacerse para el poder que se pasea en los pórticos y que se baña en las termas. Al Anfiteatro Flavio concurren, pues, todos los medios de engrandecimiento y de belleza de que á la sazón era posible disponer: hízose la obra *divitiarum profuso flumine*, como dice un historiador.

En medio de la antigua Roma, en la confluencia de tres célebres montes Palatino, Celio y Esquilino, y de tres vias principales, la

Suburra, la *Sacra* y la *Triunfal*, que desde Caracalla se llamó *Nueva*. Vespasiano, vencedor de la Judea, quiso levantar un monumento perenne de su propia grandeza y de la grandeza del Imperio. Dos anchos vestíbulos ó corredores de travertino rodeaban la gran elipse cuya circunferencia pasa de 560 metros, contando más de 180 el diámetro largo y 150 el trasversal: cuatro órdenes de arcos, columnas y pilares sobrepuestos, correspondientes al dórico, al jónico y corintio, con medallones y estatuas á los lados de las ventanas, en número de más de doscientos, cuya total altura excedía de 180 piés, formaban la estupenda mole, que todavía, mirada desde el lado del Esquilino, causa maravilla por su esbeltez y elegancia.

En su interior un espacio de 270 piés de longitud por 165 de anchura y más de 700 de circunferencia llamábase *la arena*, el lugar destinado al espectáculo, el *redondel* de nuestras plazas de toros: en la primera línea, á conveniente altura, estaba el *podium*, especie de galería ó gran palco, cubierto de las más ricas piedras, destinado á las personas distinguidas, pretores, cónsules y vestales: sobre el *podium*, al lado de Oriente, tomaba asiento el Emperador y su familia.

En toda la parte superior se extendían en

la forma que en nuestras plazas y circos, tres órdenes de gradas ó asientos de piedra (*precinctioes*), de 24, 16 y 10 filas respectivamente, y en la parte más alta corria todo al rededor un pórtico sostenido por columnas, que venia á ser como la corona de aquel magnífico óvalo de piedra tiburtina, apoyado sobre muros gigantescos, revestido de mármoles preciosos.

Créese por muchos que fueron cuatro las entradas á la arena, sin que obste á esta creencia el no ver más que dos en la actualidad, pues sabido es que el plano de hoy, á consecuencia de la acumulacion de ruinas y de escombros, se alza algunos palmos sobre el primitivo: los ochenta arcos exteriores estaban numerados, y aún se ven, con efecto, los números romanos correspondientes á más de veinte: el haber un arco sin numeracion entre el xxxvi y el xxxvii, ha inducido á sospechar si correspondia á aquella parte que mira al Esquilino algun puente ó pórtico, que pusiera en comunicacion la casa de los emperadores Flavios con el Anfiteatro de Vespasiano, como se sabe que en otra direccion habia paso subterráneo al palacio imperial sobre el Palatino.

Gran número de puertas (*vomitoria*) distribuidas en los varios ámbitos del edificio, en términos de facilitar á la muchedumbre la pronta instalacion en las respectivas gradas de

los seis planos, daban asimismo fácil y casi instantánea salida á aquellos millares y millares de personas, que en la direccion del Esquilino ó del Celio, llenando las avenidas de la Via Sacra, prolongaban el goce del espectáculo, revolviendo en cien conversaciones animadas la bravura de los unos, el buen morir de los otros, el aspecto meditabundo ó alegre del Emperador, la belleza comprada de las cortesanas.

XXIX.

El Anfiteatro representa, pues, un órden de ideas, una faz de la vida romana en sus momentos de mayor exuberancia y de más horrible extravío: el Oriente y el Occidente han contribuido á la fábrica gigantesca: todos los órdenes de la arquitectura griega, la grandiosidad colosal del Egipto, los brazos de los infelices cautivos de Jerusalem. ¿No es verdad que hay algo de misteriosamente estético y original en esta variedad de elementos que vienen á condensarse al pié del Palatino, formando una maravilla de arte, á que sirven de corona las siete clásicas colinas?

Montaña por fuera, valle por dentro, coloso oriental vestido á la griega, el Coliseo excede á todo lo que el arte griego y el romano pu-

dieron concebir. La Casa de Oro fué un edificio desmesurado, pero sin obedecer á un principio riguroso de unidad; como recibió acrecentamientos, asimismo sufrió disminuciones. El Anfiteatro es un gran vaso imaginado y concluido con las proporciones que tiene: cada cuatro de sus arcos bien podrian pasar por un palacio de los mayores: siendo ochenta los arcos, figurémonos veinte palacios de primer orden engarzados sin punto de union en una figura elíptica de cuatro cuerpos superpuestos, cuya cintura mide más de medio kilómetro, bordada materialmente de estatuas y de relieves, cubierta de mármoles variados, abundante en columnas y en frisos y en toda suerte de adornos.

Vespasiano y Tito, destinando á la construcción del Anfiteatro los millares de judíos que concurrieran á la pompa de su triunfo, cumplan acaso un destino providencial en la historia del pueblo de Israel.

El Templo de Salomon habia sido como el símbolo de la nacionalidad de aquel pueblo, y el Anfiteatro de Roma vino á ser como el testigo melancólico de su dispersion.

Hay en la mision de la arquitectura algo de singular y extraño que no puede ménos de sorprender al filósofo. Cuando Dios hubo de imponer á la humanidad un castigo más ter-

rible aún que el del diluvio, el castigo de la confusión de las lenguas y de las ideas que todavía dura, buscó á los hombres afanados en construir una torre altísima que desafiaba las nubes: más tarde, cuando Dios quiso descargar su enojo sobre la raza que fué su predilecta, la envió á Roma á labrar un monumento que fuese la nueva torre de los señores del mundo, condenados inexorablemente á decadencia y á dispersion y á vilipendio.

XXX.

El Anfiteatro es una obra anónima, como casi todas las grandes obras de los siglos. El movimiento de las ideas, el choque de las opiniones, el aliento de la vida en las épocas verdaderamente críticas de la historia, produce una visible emanación de efluvios, que un día ó á la voz de un hombre de genio ó al impulso del azar, se condensan y toman cuerpo, como brotan en medio del desierto flores cuyos gérmenes lleva de todos los confines el aire de las montañas, como surgen islas del seno alborotado de los mares. Los siglos son autores que no han menester firmar sus obras: porque las obras son los verdaderos autógrafos de los siglos.

El espíritu de la Edad Media se recoge, se sintetiza, como decimos ahora, en un monumento visible, en un gran monton de piedras, y resulta la catedral de Colonia. El genio español toma cuerpo en la poesía, quiere construirse un alcázar de gloria más duradero aún que los edificios de piedra, y aparecen el *Poema del Cid* y los *Romanceros*. La civilización árabe, desarrollada y floreciente en el Mediodía de España, pide á la arquitectura la traducción de sus propios cantares y de su ardiente pensamiento, y como al contacto de una vara mágica, en la más hermosa vega del mundo surge con sus encajes de mármol el palacio de huríes de la Alhambra.

Ya veis cuántas obras sin firma, ó por mejor decir, cuán magníficas firmas las de esas obras. En las columnas de la mezquita de Córdoba y en las primorosas labores de la Alhambra hay multitud de invisibles líneas, que dicen «Civilización árabe:» el *Poema del Cid* y los *Romanceros* van suscritos «Pueblo español:» en la catedral de Colonia hasta las piedras repiten «Edad Media:» el Coliseo lleva una firma parecida: «Imperio romano.»

Cuando los anticuarios se han empeñado en buscar á todo trance al arquitecto del Anfiteatro, sólo han podido descubrir una lápida sepulcral en la Iglesia de Santa Martina, lá-

pida traída de la Via Nomentana, en la que se da noticia de un Gaudencio, cristiano, martirizado en tiempo de Vespasiano, á pesar de haber sido autor de la obra más notable, de la que era *gloria* de la Ciudad. De todas suertes, si el Coliseo no fué construido por un mártir, lo fué, sin duda alguna, para los mártires, y en sus muros sombríos se refleja la triste historia de las persecuciones en los tres primeros siglos de la Iglesia.

XXXI.

El Anfiteatro no era un edificio aislado más ó ménos importante; no era sólo una maravilla arquitectónica; era una especie de institucion, y en este sentido habia otra porcion de edificios ó dependencias en derredor suyo que formaban parte de aquel gran palacio donde se aloja la displicente soberanía de un pueblo de mendigos.

¿Veis aquellas ruinas de la Edad Media, llamadas la Torre *di Conti*, no léjos del Anfiteatro, entre la plaza *delle Cavette* y la Via Alejandrina? Pues ahí estuvo el Templo de la Tierra, *Templum Telluris*, el Templo consagrado á la fecundidad de la naturaleza: aquél era una especie de pretorio del Coliseo: allí hacian

su última estacion los mártirés: ¡poética armonía! Desde el impuro Templo de la Tierra vislumbran los predestinados la claridad esplendorosa del cielo.

Más cerca aún del Coliseo, estuvo el *Lago del Pastor*, una fuente de ancho pilon, donde alguna vez aplacarían su sed los condenados al suplicio: allí, sobre la piedra llamada *Sceelerata*, se pronunciaba el último pregon y se anunciaba el horrible programa del tormento, y aún el destino ulterior del cadáver, el bárbaro suplicio de ultratumba: en aquel triste lugar comenzaba para los cristianos el castigo de flagelacion. Marcial, en uno de sus epigramas, nos da las señas exactas de las vecinas tiendas (*tabernola*), donde se vendían las cuerdas de azote, cuyo consumo estaba en proporcion del número de los esclavos.

Donde ahora vemos junto al Celio el convento de los *Cuatro Coronados*, fué el cuartel de los soldados que hacían el servicio del toldo en el Coliseo: no léjos estuvo el *Ludus matutium*, especie de escuela, donde hacían sus ensayos los gladiadores. En el subterráneo del convento de los Padres Pasionistas veremos luego los restos del gran *Vivario*, ó depósito de fieras, donde en diversas épocas se han encontrado huesos de animales extranjeros: los huesos de algunos osos del África ó de algunos

leones de la India se han conservado más tiempo que las cenizas de los emperadores que los hicieron venir, siquiera estos emperadores construyesen palacios fúnebres para asegurar la inmortalidad de su nada: en las ruinas del Mausoleo de Adriano no hay ni polvo: el polvo de Neron fué aventado con espanto. Si hay vanidad que resista al estudio de las ruinas de Roma, no digan los filósofos que la vanidad es endeble y cobarde; la vanidad es más fuerte que el mismo imperio romano.

Prosiguiendo la vuelta al rededor del Coliseo, mirad las suntuosas moradas de los preparadores de las fiestas, presidentes del espectáculo: en el Palatino, la Casa de los Césares; en el Esquilino, la casa de los emperadores Flavios; en medio, el Templo de Vénus y de Roma, expresion del genio artístico de Adriano; debajo, los restos del enorme pedestal en que estuvo la estatua de Neron, luégo cambiada en simulacro del sol, y al lado, la *Meta sudante*, la gran fuente, hoy seca y solitaria, donde los gladiadores venian á lavar su cuerpo cubierto de sudor y polvo y sangre. Junto al borde de esta fuente, y en el pedestal vecino, cayeron muchas veces los cristianos bajo el hierro de los verdugos: todo este valle es una especie de templo: la tierra de estos caminos, empapada en jugo de mártires, ha pre-

senciado grandes actos de heroísmo; el nombre de los héroes lo sabe sólo Dios.

XXXII.

Figurémonos ahora el Coliseo en un día de gran fiesta: poetas y prosistas nos brindan con sus páginas: probemos á describir el espectáculo sin emplear una sola palabra que no pertenezca á testigos oculares. Bien vale la pena de sacrificar, si fuera preciso, la belleza á la exactitud, el cuadro á la fotografía.

El sol, que se levanta sobre las cumbres de Preneste, dora la faz oriental del Coliseo. Sus rayos penetran en el recinto ovalado por las ventanas del alto pórtico dibujando cuadrados de luz sobre la superficie mate de los muros. En el interior todo aparece aún solitario y silencioso; en los alrededores comienza la animación. Multitud de esclavos conducen con cordones de seda encarnada sendos animales, mansos por naturaleza ó domesticados, que han de servir en los juegos de la arena. Otros animales más peligrosos, venidos de lejanas tierras, llegan en jaulas con ruedas, en jaulas literalmente cubiertas de cintas y de flores: hombres de negra faz y cabellos encrespados

van detras de algunos de estos carros. A poco llegan los soldados que han de hacer el servicio del Anfiteatro, revestidos con clámides blancas. Junto al pedestal del Coloso de Neron y de la *Meta sudans* y de los elefantes de bronce de la Via Sacra, hierven los curiosos en multiplicados grupos, esperando el principio de la fiesta; en el valle y en los montes vecinos despiértase la agitacion: de cerca y de léjos ruidos á la vez indistintos y significativos, las primeras palpitaciones de aquel mundo, los primeros silbidos de aquel huracan de furor y de alegría que va á desencadenarse y á rugir en los ámbitos del Coliseo.

Algunos personajes, con aire grave y preocupado, penetran en el interior; son los inspectores y procuradores de los juegos; van á examinar si está todo bien dispuesto, si se han tomado todas las prevenciones; sobre todo van á inspeccionar el estado de la arena, que no es sino de arena el pavimento; en ella el pié de los combatientes sienta mejor, y ademas la arena bebe la sangre á medida que la recibe; un piso de piedra sería imposible, pronto se convertiria en lago, una nueva capa de arena de vez en cuando renueva el piso, y reaparece seco y brillante. Calígula y Neron han encontrado prosáico este medio; y han hecho poner sobre la capa de arena comun otra com-

puesta de bermellon ó de esmalte verde, y áun de limaduras de piedras preciosas; el bermellon era bueno para disimular y poetizar el color de la sangre; otras veces, merced á una cubierta de piedra especular molida, la arena tomaba el aspecto de una superficie nevada, y con los rayos del sol, de una inmensa lámina de nácar.

Otros preparativos se hacen en lo alto del edificio, en toda la circunferencia del pórtico superior: unas especies de postes perpendiculares, separados por el intervalo de algunos piés, atraviesan unos grandes agujeros practicados en la cornisa y apoyan su extremidad inferior en anchas piedras salientes: en la extremidad superior se ven grandes poleas con cuerdas: coronando la altura de este pórtico, donde el aparato descrito semeja una fila enorme de palos de navío, hay un gran número de marineros bien ejercitados en la maniobra de las velas: diríase que el Anfiteatro es una embarcacion colosal, donde la fortuna de Roma boga por el mar de placeres fabulosos con rumbo cierto hácia los horrores del naufragio. A una señal convenida, cuando amenaza lluvia ó molestan demasiado los rayos del sol que inunda de luz las colinas, adviértese un gran movimiento en las filas de marineros y mecánicos: cada cual corre á su puesto; cen-

tenares de brazos se levantan ó se extienden; rechinan las antenas, y de todos los puntos de la circunferencia avanzan con graciosa uniformidad las pintadas velas, ora adaptándose con perfecta regularidad y formando una bóveda de seda sembrada de estrellas, que templa suavemente la luz, ora rizándose por partes en términos de dar sombra á los espectadores y dejar la arena á cielo libre, bien protegiendo la arena para mayor facilidad en los juegos y en las luchas, y dejando al descubierto la inmensa cenefa elíptica donde se asientan los espectadores. Tito hará bordar de oro el velario de seda encarnada del Anfiteatro: los rayos del sol, penetrando por aquel tejido de púrpura, producian mágicos efectos de luz, reflejos caprichosos y fantásticos en los pilares y asientos de piedra gris, en los oscuros arcos de las puertas, en las columnas y en las estatuas, y en la superficie plateada ó rojiza de la arena.

Miéntas que allá en la altura se preparan las maniobras del toldo, otras maniobras invisibles se realizan debajo de la arena: en antros y grutas, adonde comunican puertas y rejas bien disimuladas, están las fieras allí conducidas por caminos subterráneos, que todavía existen, desde el vivario del Esquilino: la oscura estrechez de aquellas jaulas irrita más y

más á los leones y panteras del desierto: así, cuando llega la hora de que se abran las compuertas, saltan hácia la luz y aparecen en la arena con espantable rugido, como si surgieran del fondo de los abismos. *sup abisom A*

an Aquellos subterráneos tienen aún otro destino: en ciertos dias de grande y especial fiesta sirven de acueductos y de estanques: la hidráulica sabe convertir en un momento el Anfiteatro en lago; pero en lago donde puedan verificarse juegos navales, batallas verdaderas: un inmenso navío dejará un dia entreabrir sus tablas, y de su buque saldrán animales de toda especie que llenen de súbito la vastedad de aquel mar improvisado. La mitología griega y romana no conservaban más clara idea de la historia del diluvio y de la historia del arca.

Otras veces el suelo de la arena se romperá de repente, y brotarán aquí y allí árboles con manzanas de oro, como los del Jardin de las Hespérides; y aparecerán multitud de animales poblando, sin saber de dónde ni cómo, la floresta encantada: las plantas y los arbustos y los árboles se moverán, ya en marcha regular, ya en desórden y tropel, á imitacion de los que Orfeo arrastraba con los encantos de su lira, y para que nada falte á la verdad de la representacion, el Orfeo de la lira será devorado por un oso: comparad ahora la grandeza de esta

mágia teatral con la pobreza de nuestra maquinaria escénica: que digan los profesores de mecánica si la ciencia conoce hoy el secreto de semejantes espectáculos.

Á medida que tocan á su fin los preparativos de la fiesta, crece el rumor, como crecen las olas de la marea que sube, en las cercanías del Anfiteatro; la multitud se acerca por todas direcciones; los grupos, ántes dispersos, se aproximan y confunden, formando ya un apretado círculo que rodea, como una muralla viva, la parte exterior del recinto, casi solitario todavía y casi mudo. De todas las colinas bajan centenares y millares de personas; que todas las colinas confluyen al gran valle abierto para los placeres de Roma: como torrentes penetran en el edificio por los arcos inferiores; se desparraman á derecha y á izquierda por el pórtico; ganan las escaleras en apiñada muchedumbre: parece que no se mueve aquella gran masa de carne humana, y sin embargo avanza: la marea sigue subiendo: en cada piso la gran masa se deshace y llena el pórtico ó galería correspondiente: pero una gran parte sube aún por la pendiente de aquella roca artificial, y, haciendo irrupcion por los arcos interiores, bien pronto, sobre aquel inmenso plano inclinado de granito, las ochenta puertas ó bocas, cual otras tantas esclusas que contenian las

aguas, arrojan torrentes de espectadores por todos los lados del Coliseo.

El recinto destinado á los espectadores comprende dos regiones; las graderías de piedra y los pórticos. Las graderías están divididas en tres zonas; la primera, llamada *orchestra*, corresponde á los grandes personajes, á los principales magistrados y senadores: en la segunda (*equestria*) se coloca el orden de caballeros: la tercera (*popularia*) recibe al pueblo romano propiamente dicho, la *bourgeoisie* de los tiempos modernos, toda vez que en esta denominacion de pueblo romano no se comprenden los proletarios ni los mendigos, ni mucho ménos los esclavos: quien quiera estudiar las gerarquías sociales de Roma tiene que acudir al Coliseo, último trono de la ciudad reina del mundo.

En la parte más privilegiada de la primera zona hay una especie de plataforma de mármol, que se dice el *podium imperial*, un gran palco, en cuyo centro se ve la silla del soberano, bajo un templete ó baldaquino; á su izquierda está el tribunal del pretor, al otro lado el banco de las vestales, presididas por la vestal máxima; no léjos el banco de los hermanos Arvales, el colegio de sacerdotes fundado por Rómulo. La religion forma parte principal de la que pudiéramos llamar corte del Emperador.

Los altos funcionarios del Estado, los personajes consulares, se sientan en sillas curules adornadas de esculturas de marfil y oro: aquellas otras sillas que permanecen vacías, representan á ilustres ausentes en servicio del imperio, propretores, procónsules, legados, gobernadores de las provincias. Bajo el *podium*, y en toda la gran cintura de la arena, hay un canal (*Euripe*) lleno de agua, destinado á proteger de las fieras el recinto de los espectadores: una gran red dorada llena de dientes de elefante, que parecen rejas de arado, sirve como de segunda barrera ó contrafuerte.

Las gradas de los caballeros eran en un principio catorce: despues, como acontece en todas las sociedades que decaen, á medida que la nobleza del alma se debilita, la nobleza oficial crece; y el número de los caballeros en Roma fué tan excesivo, que llegó á ocupar casi todos los asientos de mármol del Anfiteatro. En la tercera zona, destinada al pueblo, habia tambien sus distinciones; los militares estaban separados de los civiles; los casados llenaban una ala enfrente de los solteros: los jóvenes menores de diez y siete años, los de la toga *pretexa*, con sus pedagogos, ocupaban un compartimento especial. Augusto habia dictado todas estas reglas de pública urbanidad.

Sobre la tercera serie ó precincion de las

graderías de mármol corre todo al rededor del edificio el pórtico alto, el *podium* de la plebe, el *paraiso* de los teatros modernos. Allí se apiña todo lo menudo de la plebe romana. ¡Honor inmortal á la galantería del pueblo rey! Allí tienen tambien su asiento las mujeres: unas filas de sillas de madera les están reservadas; Augusto les permite venir al espectáculo hasta la hora quinta; en los huecos que dejan las sillas de las mujeres, se acurrucan los pobres con su pénula parda, y en el parapeto de este gran palco se colocan los músicos que animan con sus mil instrumentos el ardor de los que luchan y la ovacion de los que vencen: más arriba, sobre la cubierta misma del pórtico, como millares de estatuas vivas, última corona del Coliseo, se mueven los marineros y los operarios del toldo, y revuelta con ellos, una parte de la plebe que no ha podido colocarse en su galería respectiva. Emperador, séquito imperial, senadores, caballeros, pueblo, plebe, mendigos y mujeres; total cien mil romanos, vestidos de gala, rindiendo culto á la misma idea, ocupados en el mismo pensamiento: un decrépito que goza como puede: el mundo antiguo que se despide de la vida entre aplausos y emociones y delirios.

Fijad un momento la mirada en aquel cuadro singular. ¡Qué trajes extranjeros son aque-

llos de primera fila, junto á los senadores! Son los enviados de los armenios y de los parthos, hijos del Asia que se encuentran acaso por vez primera con los germanos de blanca tez y cabellera rubia. Pocas gradas más arriba se ven un sabeo y un árabe, y un habitante del alto Egipto, que bebe las aguas del Nilo en las Cataratas: aquel otro tipo sombrío y fiero es el sármata, que aplaca su sed con sangre de caballos; allí están el ciliciano, que lleva en las facciones la tristeza de su clima nebuloso; y el etíope de los cabellos rizados; y el sicambro, que los lleva recogidos y encerados en forma de cuernos: todos los pueblos tienen allí sus representantes; todas las lenguas se hablan en aquel recinto: la mole elíptica del Anfiteatro es la verdadera imágen y compendio de la mole elíptica del universo.

¿Qué significa la repentina salva de aplausos que estalla en todo el recinto? Es que acaba de presentarse en su asiento un senador simpático al pueblo, un edil que ha dado ó va á dar juegos suntuosos. ¿Se levanta una tempestad de silbidos y de gritos y de maldiciones? Es que entra un ex-pretor que se ha enriquecido por el cohecho, un procónsul que ha saqueado una provincia. ¡Triste postrer refugio de la majestad de la opinion pública!

El Anfiteatro es el heredero de las licencias

del Foro; la soberanía del pueblo se ha albergado en este último asilo, donde, á lo ménos, le queda la libertad de los gritos y de los insultos. Del seno de esta asamblea, contenida y encerrada en círculos de piedra, que se agita en el reposo, inmóvil á la vez y ondulante, se levanta un ruido que parece al ruido profundo del mar: es el estertor de una agonía solemne; la agonía de un imperio y de una civilizacion.

Prosigamos: todo está preparado y en regla: los músicos ocupan su puesto en el gran balcon del pórtico superior: las vestales, traidas en litera, componen su blanca estola en el asiento privilegiado que les corresponde: alguno que otro rugido que se percibe por la parte del fondo, indica la impaciencia de las fieras encerradas. De pronto todas las miradas se fijan en el magnífico pasadizo que corresponde al arco sin número; es la comitiva imperial. El Emperador se dirige hácia su asiento; la multitud se levanta como una sombra en la montaña y prorumpe en aplausos: los lictores bajan las haces; los senadores y las vestales se inclinan; las aclamaciones del pueblo ensordecen el espacio: ventura á tí: tú eres el dueño, tú el primero; felicísimo entre todos, á tí la victoria, tú vencerás perpétuamente.

Muchas veces estos gritos de entusiasmo so-

lian preceder pocos dias ó pocas horas á los gritos de la rebelion y del motin, á los horrores del regicidio y á la mutilacion del cadáver de aquel mismo soberano, felicísimo entre todos y perpétuo vencedor. En el Anfiteatro, sin embargo, los cien ecos que el secreto de la arquitectura ha sabido hacer sonoros, repiten aquellas aclamaciones que ruedan con majestad por entre los arcos y las galerías del edificio: las fieras en sus subterráneos se espantan de aquel rugido más fuerte que los suyos, más impetuoso que el huracan del desierto. De pronto la tempestad subterránea cesa; la tronada de leones, como dice Vopisco, se suspende; y los cortesanos aduladores dicen que hasta los animales, sobrecogidos de respeto ante la grandeza imperial, se asocian con su silencio al estrépito clamoroso de la multitud: si los leones siguen rugiendo, es que el himno del desierto saluda tambien al Emperador.

Cuando el Emperador no asiste, el espectáculo es presidido por el pretor, por un magistrado, ó por un amigo del César que recibe directamente este honorífico encargo. Cuando el Emperador asiste, lleva un cetro de marfil con una águila en la parte superior; un esclavo sostiene sobre su cabeza, pero en el aire, la corona de oro.

El espectáculo va á empezar. No siempre

las escenas que ofrece el Coliseo son escenas de sangre y de furor y de muerte. Los romanos, que amaban con preferencia las cazas y las luchas, procuraron la variedad en sus fiestas de anfiteatro, combinando en sus interminables juegos de días enteros y de semanas lo grotesco y lo trágico, lo jovial y lo espantoso.

Ahora sale un elefante funámbulo que recorre bailando sobre una cuerda, á 15 piés de elevación, la longitud de la arena; otro elefante en traje de abogado imita la actitud de un hombre que perora: ahora se presenta un leon con uñas doradas y collar de púrpura, sacudiendo su melena deslumbradora de esmeraldas y topacios: una liebre perseguida por perros va á guarecerse en las fauces del rey de las selvas: una águila vuela sobre la arena y bate sus alas delante del palco imperial: un toro se pasea llevando acostado en sus astas un niño que se sonríe como si en blanda cuna lo mecieran. Mirad aquella otra puerta del Coliseo: doce elefantes avanzan con la más cómica gravedad: seis machos visten la toga de los caballeros: seis hembras ostentan vestiduras y adornos de mujer: despues de pasear por parejas con una coquetería y una ternura en que pudieran tomar leccion muchos matrimonios allí presentes, diríjense al centro donde se halla

dispuesta la mesa de un opíparo convite: los huéspedes de Ceilan se sientan en triclinios recamados, comen con pulcritud, beben en copa de oro, y á lo más se permiten respirar un poco fuerte en direccion á las últimas gradas de mármol, improvisando una poética lluvia de flores y de aromas sobre las filas de la aristocracia; otra tanda de elefantes levanta los manteles, despeja la arena, y en número de hasta doce parejas bailan la pirrica, como si dijéramos hoy, la cracoviana ó los lanceros.

Otra cosa son los animales feroces; á su natural instinto carnicero agregábase la excitacion á que se les sometia: el estudio llegó en este punto á términos que parecen fabulosos: con paños de color blanco irritaban á los jabalíes; con trapos encarnados á los toros: el ruido de los azotes exaspera á los unos; con agujones hechos ascua procuran la rabia de los otros: una bebida especial de hierbas aromáticas emborracha y enloquece á los elefantes: y así cada uno, hombres y animales, se embriaga con la embriaguez de los demas: el ruido temeroso de los leones, de los elefantes asiáticos, de los toros italianos y españoles, de los osos blancos, de los leopardos verdes, unido al ronco murmurio y á la gritería de los espectadores inquietos, son la música salvaje que

los anima, como los cantos de guerra conducen á los soldados al combate.

Nada más imponente que el aparecer de las fieras: las unas quedan como aturcidas é inmóviles al contacto de la luz, con el cuello tendido, la crin erizada, el lomo encorvado como un arco; otras aguzan los dientes contra el muro; otras se dan á correr y envuélvense pronto en una nube de arena; luego se buscan y se acometen y riñen y se despedazan, como si se ejercitaran para la lucha de hombres que ha de seguir, preparándose, como en un convite, á los manjares delicados con otros ménos finos. Cuando una leona ó una pantera, ha dado señales de un valor y de una fiera á toda prueba, el pueblo se siente dominado por un doble impulso de admiracion y de ternura; es capaz aún de sacrificar los placeres futuros que aquellas heroínas del desierto le prometian, en aras de la gratitud por el placer que ya le han proporcionado, y no es difícil que pida la libertad para la pantera y la leona: por de pronto les concede los honores del triunfo: y es de ver la especie de majestad vanidosa con que la fiera pasea lentamente por encima de los cadáveres de sus víctimas, recreándose en el aplauso entusiástico de doscientas mil manos que la proclaman reina del Coliseo. Hay que convenir en que, para las fieras de los bosques, fué una

gran catástrofe la catástrofe del imperio romano.

La arena empapada en sangre despidе un vapor negruzco. No importa; pronto llenará la atmósfera el perfume de un visible rocío. ¿No es nuestro, por ventura, el Oriente? ¿No son tributarias de Roma las tierras todas, donde se crían las flores y los ámbares, y la canela y la acacia y el cinamomo? Hay en todos los pisos del Coliseo, de distancia en distancia, unas especies de hornillos ocultos en los cuales se hace hervir con vino una gran variedad de rosas y azafran y aromas delicados: de aquellos hornos parten, como del corazón las artérias, multitud de tubos estrechos y secretos que dan paso al vapor: éste sale por agujeros capilares que hay en todas partes, y por las bocas de las estatuas que adornan el recinto: el cuerpo colossal del Anfiteatro está erizado de poros que le dan una traspiración de perfumes; el gran bebedor de sangre tiene el aliento embalsamado.

¿Quereis ver cómo combaten los hombres con las fieras? Hay gladiadores que se sirven de sus armas contra los animales: hay simples cazadores que tienen por todas armas su destreza: unos saben envolver con una especie de paño la cabeza del león: otros engañan el furor de los osos por medio de una máquina

movible que rula por necesidad cuando el oso se va á abalanzar sobre su adversario. La habilidad de los cazadores es tan maravillosa, los saltos en el aire tan bizarros, sus evoluciones tan rápidas, que materialmente parece vuelan entre los dientes y las uñas de las fieras. Hay, por último, pobres tráfugas, esclavos y condenados á muerte que no vienen ni á combatir ni á jugar: vienen á morir. Cuando no están atados á pilares ó cuando el miedo no los petrifica y torna más inmóviles que las ligaduras, lo más que hacen es correr temblorosos á lo largo y á lo ancho de la arena, para retardar el momento terrible con un simulacro de fuga sin esperanza.

Hasta aquí los juegos de la mañana: aquellos á que podían asistir las mujeres: los de la tarde no consisten ya en ver morir: consisten en matarse y en matar. La página de los gladiadores es la página más negra, con tener muchas muy negras la historia de la sociedad romana. Nosotros la leeremos en su día, sentados en las ruinas del Circo Máximo, al pié del Aventino. Aquél, más que el Anfiteatro Flavio, fué el teatro horrible de las carnicerías humanas que deshonraron los últimos tiempos del imperio. En el Coliseo reclama nuestra atención otro espectáculo.

XXXIII.

La caza, las luchas y los gladiadores: tales fueron ántes de Neron y de los Flavios las variedades de los juegos que entretenian la augusta ociosidad del pueblo rey. Pero una nueva raza ha aparecido: raza extraña, misteriosa, que parece destinada á proporcionar nuevos placeres y desconocidas emociones: son unos hombres que no tienen armas para defenderse, ni destreza para pelear, ni miedo para morir. Despues de las maniobras intrépidas de los gladiadores armados, despues de la habilidad estupenda de los cazadores ágiles, despues del terror y del espanto y de la palidez conmovedora de los expuestos á las fieras, surge una novedad extraordinaria: preséntanse en la arena hombres impertérritos, con la frente serena y los ojos levantados al cielo, como si allá al otro lado de la bóveda azul, más bella que el velario del Coliseo, asistieran á un espectáculo invisible; hombres que osán interrumpir el goce de la multitud dirigiendo discursos al pueblo, al pueblo que se divierte como si estuviera en pleno Foro; hombres que responden con plegarias y con cánticos al rugir de los leones y á los insultos de las masas. ¿Quiénes son?

Pertenecen á una secta detestable que ha vomitado la impura Judea; son los altivos despreciadores de los dioses y de las leyes, los enemigos del Júpiter celeste que mora en el Capitolio, y del Júpiter imperial que mora en el Palatino.

De pronto corre el rumor por todas las gradas del Anfiteatro, de que un jefe de aquellos hombres ha sido traído del fondo de la Siria, por orden del Emperador, para sufrir el suplicio merecido: y resuena en el espacio, como el bramido de la tempestad, el grito de *Cristiano á los leones*: entónces apareció en la escena un hombre de cabellos blancos, cubierto de pobres vestiduras, con el hábito de los apóstoles. El pretor lo induce á la confesion de los ídolos, y el anciano ratifica una y otra vez su fe cristiana: «Desprecio, dice, tus tormentos: me da compasion tu gloria.»

Las *Actas de los mártires* dan noticias de aquel horrible espectáculo el dia 20 de Diciembre del año 107. San Ignacio, obispo de Antioquia, santifica el Coliseo en los dias del emperador Trajano. Desde entónces, siempre en las varias épocas de más cruda é implacable persecucion á los cristianos, en los dias tristes de Decio y de Claudio y de Diocleciano, su sangre inocente enrojació la arena del Anfiteatro: como la lluvia aplaca las tempestades del mar,

así las lágrimas y la sangre de los cristianos, cayendo en lluvia benéfica sobre aquella tierra en cuyas entrañas rugieron todas las tempestades del paganismo, ha purificado el Coliseo, que es emblema de Roma; y á Roma, que es emblema de la humanidad.

Las sombras de la noche avanzan sobre el Anfiteatro, y no siempre la fiesta se continúa á la luz de las antorchas; algun reposo hay que dar al pueblo despues de todo un dia, quizá de varios dias de espectáculo y de fieras y de gladiadores y de sangre y de matanza: la multitud, apénas terminadas la gran caza final y la rifa de preciosos objetos con que el dueño imperial suele despedir á su rebaño, desaloja las anchas graderías, y la enorme masa humana va hundiéndose poco á poco por las ochenta puertas, que pronto devuelven al valle y á las colinas los torrentes que las colinas y el valle les enviaron. A poco la oscuridad y el silencio reinan sobre aquella atmósfera amasada con el aliento de cien mil personas y el humo de la sangre y la emanacion de los perfumes y los vapores sombríos de la muerte.

El aspecto del Anfiteatro despues de un gran espectáculo debia ser horrible: sin embargo, ¿quién diria que despues del espectáculo hay algo que admirar y que ben-

decir en los ámbitos calientes del Coliseo?

De los últimos asientos de la plebe, de junto á los pilares y las columnas y las estatuas, se destacan como sombras fantásticas, seres de forma humana que en el silencio de la noche se deslizan, sin hablarse palabra, en dirección á la arena: son otros héroes que no figuraban en los programas de las fiestas imperiales: sus nombres, sin embargo, vivirán más que los de los cónsules y los magistrados que rodeaban el trono de los Césares. Viven entre las tinieblas de las Catacumbas y vienen á las tinieblas del Anfiteatro á buscar los despojos de las fieras. La sangre y los huesos de los cristianos excitan su santa codicia; y salteadores de la fe y del martirio, exponen su vida por recoger los miserables restos del festin de los leones y de las panteras. Cuando han logrado su intento, y ricos con su tesoro de reliquias salvan el pórtico y la puerta del Coliseo, una nueva é interesante escena se ofrece en aquel hermoso valle de los placeres de Roma.

Por las avenidas del Celio y del Esquilino y de la Via Sacra, otros bultos misteriosos avanzan con menudo paso é interrogan con monosílabos, que parecen contraseñas, á los audaces perturbadores de la paz funeraria del Anfiteatro. En la historia de las citas dadas y

aceptadas para la media noche por hombres y por mujeres, no hay de cierto una cita más simpática que esta de las avenidas del Coliseo: ellos, ya sabemos quiénes son: ellas son las matronas cristianas de los dos primeros siglos, honra y gloria de su sexo; son las Lucinas y las Domitilas y las Victorias y las Ines, de raza imperial algunas, de nobilísima estirpe otras, que vienen con lienzos y con aromas y con flores á recibir el depósito que sus hermanos les traen: quizá mañana, de su hermosura y de su juventud sólo queden tristes despojos como aquellos tristes despojos diseminados en la arena del Coliseo. En la carrera del martirio el primer paso solía ser este de recoger las reliquias de los mártires y ocultarlas en sepulturas y criptas y oratorios.

Los viejos palacios de Florencia y de Venecia y de Ferrara están llenos de leyendas y de romances: al pié de sus altas rejas han sonado cantares y juramentos de amor, y tiernas barcarolas que el aura popular lleva en sus alas todavía. ¡Qué diferencia de estas otras leyendas y de estos otros romances que sabe el Coliseo, y cuyo secreto sólo se digna revelar á las almas doloridas que creen y esperan y aman!...

No vayais al Coliseo con el propósito de ver unas ruinas imponentes, como pueden ser-

lo las de Pompeya ó de Aténas ó de Egipto: no queráis dominar de una mirada aquella mole colosal que guarda diez y ocho siglos de barbarie y de civilizacion, de crímenes y de oraciones, de omnipotencia y de humildad: si entre las gradas rotas y los pórticos arruinados de su recinto brotan todo el año doscientas variedades de flores, más que flores en el recinto del Coliseo, surgen ideas en la inteligencia y afectos en el corazon de quien recorre sus bóvedas despedazadas con aliento generoso de artista.

XXXIV.

Los historiadores del imperio nos dan la crónica exacta del Anfiteatro, ó en otros términos, la crónica del Anfiteatro viene á ser la crónica del imperio.

Tito inauguró el Coliseo ofreciendo en él unos juegos que duraron cien días y que consumieron cinco mil fieras, sin contar los gladiadores, cuyo número no se toma Suetonio el trabajo de escribir. Era preciso á todo trance que el pueblo se olvidase de Neron y se aficionara á la nueva dinastía, y los emperadores Flavios hicieron del Anfiteatro su primer elemento de gobierno. Trajano atendió á

la reparacion y ornato del Coliseo; pero no lleva la magnificencia de los juegos adonde la llevaron sus antecesores: y es que Trajano tenía el pensamiento puesto en algo más trascendental que el recreo de la plebe romana: gloria nuestra es que sea un español el primer emperador que mira hácia el Norte y que ve venir la tempestad que no tarde asolará el imperio. Trajano piensa en el Danubio y en la Dácia más que en las batallas navales del Anfiteatro y más que en las luchas de fieras y en los gladiadores.

No así Adriano, espíritu superficial y melancólico para quien el cambiar de impresiones y de objetos es una especie de necesidad orgánica. Adriano celebró en cierta ocasion su natalicio, dando en el Anfiteatro unos juegos que duraron seis dias y en que murieron mil fieras, entre ellas doscientos leones y leonas: Marco Aurelio, otro emperador que pensó en el Norte y allí reportó victorias como Trajano, celebró tambien sus triunfos en el Anfiteatro, pero no con la loca suntuosidad del imbécil Cómmodo, que resumió en el Anfiteatro la vida del imperio, y que para identificarse más con aquella arena, donde él mismo se daba en espectáculo, hizo construir un camino subterráneo, que desde sus propias habitaciones del Palacio de los Césares con-

ducia al palco imperial y á las cárceles de las fieras.

Si la esplendidez y abundancia de sangre en los espectáculos subían á proporcion que bajaba el nivel intelectual y moral de los emperadores, bien se comprende que los días de Caracalla y de su sucesor habían de ser días fastos para el Anfiteatro: por entonces se acrecentaron las especies de fieras, apareciendo en lucha elefantes, tigres, leones, hienas, hipopótamos, rinocerontes, girafas y cuarenta caballos salvajes. Y como la gloria del imperio sigue descendiendo, sube y sube la animación del Anfiteatro; un emperador insignificante, como Gordiano, busca en el ruido del espectáculo el aplauso que no alcanzan á merecer sus acciones. Filipo, el árabe advenedizo, dueño del imperio, celebra el año 1000 de Roma (248 de nuestra era) con juegos ménos abundantes en sangre: hay quien supone que Filipo era cristiano: por lo ménos traía de Africa instintos ménos feroces que los que dominaban en el Palatino. Probo, uno de aquellos emperadores fugaces que sienten más de cerca el ruido de los bárbaros que vienen y del imperio que se va, quiso distraer á su vez al pueblo-rey con juegos del Anfiteatro, cazas magníficas en que recibieron muerte cien leones de la Numidia, cuyos ru-

gidos, dice un historiador, ponían espanto en toda la Ciudad, y doscientos leopardos y trescientos osos, terminando la fiesta seiscientos gladiadores entre prisioneros de la Libia traídos para un triunfo, germanos y sármatas. Calpurnio en su égloga 7.^a describe, como testigo ocular, las suntuosas fiestas dadas en el Coliseo por Numeriano, predecesor de Diocleciano.

El imperio caminaba á su decadencia, y los espectáculos de cazas y gladiadores eran de cada vez más concurridos y más locamente pródigos en sangre. La vitalidad del pueblo que habia conquistado toda la tierra, parece que se condensaba en el recinto de piedra del Anfiteatro: las armas vencedoras, y un día omnipotentes, de la Roma de Escipion y de Augusto, no brillan ya más que en la arena de los circos, en los días de Galieno y de Magencio.

Los emperadores cristianos atenuaron, ya que borrar de pronto les fuera imposible, los combates de gladiadores: y á la época de Teodorico se refiere el último espectáculo sangriento que ofrece el Anfiteatro. ¿Qué más anfiteatro en aquella época que Roma y su campaña? Los ejércitos del imperio dividido, y de los godos y de los lombardos, se empeñan durante el siglo vi en una guerra continua á la faz de todos los pueblos. Beli-

sario y Witiza y Totila y Angilafo fueron gladiadores de otro orden, y que no permitian pensar siquiera en los elefantes de la India y en los leones del África.

Desde esta época hasta el siglo xi apenas hay monumento escrito que dé noticia del Coliseo: el silencio de cuatro siglos no es interrumpido sino por el dicho famoso de Beda que identifica los destinos del Coliseo y de Roma. Reducido á la soledad y al vacío el viejo gigante, hiere como un sueño extraño la imaginacion de los pueblos, por el prestigio de que las edades antiguas lo rodearon. Desde entónces terminó su historia como anfiteatro, sin que bastáran á darle larga vida los nuevos y variados usos á que lo destinaron los siglos sucesivos: la mole quedó, sin embargo, en pié, cumpliendo en silencio su mision; de pié, como emblema petrificado de la eternidad de Roma.

En la Edad Media, cuando todo se agita y remueve, agítase tambien el Coliseo: en el siglo xi sirve de fortaleza á los Frangippani, y en su recinto se refugia alguna vez el sucesor de los apóstoles.

Era un día de Octubre del año 1093: el Pontífice Urbano II, expulsado de Letran por la violencia de las facciones que hacian de Roma un campo de desolacion, se paseaba,

cautivo de la desgracia, en los pórticos melancólicos del Coliseo, convertidos en torre feudal: de pronto llegó á su presencia y se arrodilló á sus plantas un peregrino en cuyos ojos brillaba la luz de la inspiracion y en cuyas palabras parecia ondular la voz del cielo: á un Papa perseguido y refugiado, casi mendigo, un peregrino viejo, mendigo del todo, venia á ofrecerle nada ménos que la conquista del Oriente. Aquél era Pedro el Hermitaño: en aquella conversacion, bajo los arcos del Coliseo, nació el pensamiento de las Cruzadas: en la arena santificada por innumerables mártires surge la idea de lanzar la Europa entera al rescate del sepulcro del Gran Mártir: el primer canto de la más góloriosa epopeya del mundo resuena en el Anfiteatro.

Corren los años, y nuevas mudanzas sobrevienen al Coliseo. Á la mitad del siglo XIII las crónicas y los viejos manuscritos dan noticia de una singular fiesta de toros celebrada en su recinto. Las antiguas luchas romanas reaparecen sólo por un instante: los ejercicios de habilidad y de fuerza que el pueblo árabe, dominador de una parte de la Europa, introduce en las costumbres, penetran, como en terreno bien dispuesto, en la Ciudad de las Colinas, donde no se han extinguido totalmente las tradiciones de los famosos juegos; y

en Setiembre de 1332, los caballeros más apuestos y nobles de Roma, con vistosos trajes y mote á cual más discreto, bajo la presidencia de las ilustres damas Orsini y Colonna, reinas de la hermosura, rodeadas de su inmenso séquito del Trastevere y de los Montes, pelearon con las fieras hasta perder la vida diez y ocho de los apuestos toreadores, y dejar once toros tendidos en el Coliseo. En las Basílicas de Letran y Santa María la Mayor, donde estuvieron expuestos los cadáveres de la flor de la nobleza romana, se conservan todavía inscripciones alusivas á aquella horrible fiesta del Anfiteatro.

En el siglo xiv, con ocasion de una gran peste, el Coliseo sirvió de hospital; y aún hay memoria de un monasterio de religiosas establecido en un rincon de sus galerías, como un nido de palomas en la guarida abandonada de buitres.

Sixto V, habia imaginado construir en el Anfiteatro un gran establecimiento fabril: sus sucesores tuvieron por más oportuno destinar los mármoles caidos y las piedras amontonadas á edificios de la Ciudad: el Palacio de la Cancillería y el Palacio Farnese y el de Venecia, las más grandes construcciones de la Roma moderna, son simplemente unos arcos caidos ó derribados del Coliseo: comenzada la

explotacion de materiales, las grutas empezaron á servir de asilo á vagabundos y á zíngaros y á gente de mal vivir, hasta que los Papas de los últimos tiempos, restaurando el carácter religioso que ya antiguamente tuvo aquel recinto, cuando en él se representaban dramas sacros, los misterios de la Pasion, han puesto especial empeño en conservar un monumento que es la mayor gloria arquitectónica de la Roma pagana y una de las mayores glorias históricas de la Roma cristiana.

¿No es verdad que la vida del Anfiteatro parece un emblema de las vicisitudes humanas? Romano por su origen, oriental por su mole, griego por sus órdenes de arquitectura, judío por los operarios que lo construyeron, cristiano por la sangre que lo ha consagrado, cosmopolita por sus espectadores de todos los países y sus animales de todos los climas, durante tres siglos teatro de los más horribles placeres y templo de las más heróicas virtudes; en la época de los bárbaros, coloso que más se agranda, á medida que los otros monumentos caen, y en medio de un mundo de ruinas, símbolo popular de la eternidad de Roma. Despues, cuando toma nueva forma, en los dias en que todo se renueva, fortaleza y monasterio, plaza de toros y hospital de contagiados, mina de mármoles que da para

iglesias y palacios, sala de espectáculo para representaciones sacras, taller de manufacturas, campamento de bandidos y gitanas, fábrica de sal, ha pasado por todas las condiciones, desde las más altas hasta las más humildes; es la personificación material del Eclesiastes, que todo lo ha visto y de todo se ha disgustado, y se ha hecho penitente.

El Coliseo se ha puesto, en efecto, á predicar la nada de las cosas humanas y el sacrificio y la expiación; el viejo titan de la arquitectura ha tomado el hábito de capuchino; pero está siempre hermoso en medio de la austeridad, como un anacoreta encorvado por los años, que conserva la belleza del genio en su cabeza desnuda y en su frente y en sus mejillas arrugadas por el dolor y por la penitencia.

XXXV.

Se creará una paradoja; pero las heridas que el Coliseo ha recibido le hacen favor: los revoltosos de la Edad Media que agujerearon sus muros, y los operarios del Cardenal Riario y los de Paulo III que apearon algunos arcos para el Palacio de la Cancillería y el de Plaza Farnese, fueron artistas, aunque no parecen más que profanadores: á los portillos

irregulares y á los golpes de la piqueta codiciosa debe hoy el Coliseo sus admirables efectos de luz, los más bellos de la tierra, comparables sólo con los de San Pedro. Porque ha de saberse que entre la Basílica de San Pedro y el Coliseo hay una especie de relacion estética y misteriosa como los destinos de las dos Romas que simbolizan. El sol parece el grande amigo de la Basílica Vaticana: á lo ménos, al ponerse todas las tardes por la cumbre del Monte Mario, siempre reserva su último rayo, como si dijéramos su última caricia, para la Cúpula de Miguel Angel: la luna, que es el sol de las ruinas, ama con especial amor al Coliseo, y el Coliseo le corresponde; pues no parece sino que guarda sus más dulces encantos para las horas calladas de la noche en que la luna le envia aquella media luz suave y poética que es la decadencia y como la ruina de otra luz.

Soñar en el Coliseo en una noche clara y serena es soñar dos veces: en aquellas gradearías destrozadas y en aquellos arcos rotos, y entre aquellas piedras que guardan tantos secretos de la vida y de la muerte, ni la triste envidia ni la torpe ambicion turban las complacencias del espíritu; ántes, por el contrario, parece que allí se ven más anchos y apacibles los caminos de lo porvenir, por donde

el pensamiento hace sus viajes fantásticos, que se llaman esperanzas: allí es más viva la impresión de los recuerdos, ósculos silenciosos que las almas se envían á través del tiempo y del espacio.

«Voy á la escuela», dicen que decía Miguel Angel, cuando á deshoras de la mañana y de la noche se encaminaba al Coliseo. Ruinas que dan discípulos como Miguel Angel, mucho deben saber y grandes tesoros deben encerrar. En el Coliseo pasó, en efecto, días y aún semanas el gran artista florentino, al encargarse de la Fábrica de San Pedro: allí bebió la inspiración de lo grandioso y de lo bello; allí encontró el secreto de aquella ley artística de las proporciones que constituye la base y la hermosura de los verdaderos monumentos arquitectónicos. En la fantasía de Miguel Angel se asocian por vez primera dos ideas que han de vivir perpétuamente unidas en los destinos del arte y de la historia: la idea del Coliseo, que yace en ruinas y desolación, y la idea del Vaticano, que se levanta en pompa y majestad: la Roma antigua y la Roma moderna se acercan, se saludan y se abrazan bajo el influjo magnético del genio; el Coliseo y la Basílica representan los dos grandes elementos del ser humano, la materia y el espíritu; el Coliseo se inclina hácia la

tierra y parece que llora; la Cúpula se eleva hácia los cielos y parece que canta. Si la primera visita del viajero en Roma corresponde al Vaticano, la segunda, áun para el viajero peregrino, corresponde al Coliseo: que aquella es siempre una gran escuela, no sólo de arquitectos, sino de poetas y de filósofos y de cristianos.

XXXVI.

Ni los monasterios y santuarios que en los siglos medios pudieron existir entre las ruinas del Anfiteatro, ni los dramas sacros que en él se representaban á mediados del siglo xvi, dieron á aquella arena el carácter profundamente religioso y ascético que tomó en tiempo de Benedicto XIV que la consagró á los misterios de la pasion de Jesucristo, en memoria de los mártires allí sacrificados, construyendo en todo el ámbito de la elipse, bajo las graderías atronadoras de otros tiempos, los modestos altares del *Via Crucis*. Desde entónces el Coliseo posee un nuevo y fecundo raudal de inspiraciones.

Una tosca cruz de palo se levanta en medio de la arena, en el punto mismo en que se alzaba el altar del Júpiter Laciaris, númen tutelar de las fiestas y de las luchas: el camino

de la penitencia se ha instituido en aquel que fué camino de la abominacion: á la caida de la tarde, á la hora melancólica del crepúsculo, á la hora misma en que ciudadanos y nobles y hasta senadores y matronas bajaban á tomar parte en las ferocidades de la Roma pagana, un pobre religioso ora ante las estaciones y dirige la oracion de unos cuantos fieles que acuden á tan devota y tierna práctica.

Espectáculo maravilloso ofrece entónces el Anfiteatro: la tibia luz de Occidente que penetra por los arcos que aún duran, ó se derrama sobre las ruinas y escombros de los que cayeron, la primera estrella del zénit que se complace en enviar su primer reflejo sobre aquel recinto y sobre aquella peregrinacion, traen al alma una idea de tranquila majestad que nunca despertaron el oro y el marfil del *podio*, los mármoles y las estatuas, ni las mil estrellas de oro de la riquísima cubierta azul, ni el estrépito enloquecedor de las grandes fiestas del imperio: el suave rumor de una plegeria humilde, que los filósofos del Gimnasio y de la Academia jamas hubieran sabido formular, sucede en buen hora al gritar desesperado de una muchedumbre frenética, al rugido de fieras acosadas y al lamento de víctimas escarnecidas. Ayer cien mil romanos de todas clases, con sus mejores vestidos y joyas,

llenaban aquellas inmensas gradas de mármol y se exhibían á los ojos del mundo, como el símbolo de una civilización que ostenta en sus obras materiales la grandeza de que ha despojado á las almas; hoy las inmensas gradas están vacías y solitarias; junto á sus rotos mármoles crece la hierba; la mano inexorable del tiempo ha cerrado sus ochenta puertas; en sus bóvedas anidan las aves: pero en la arena, en el teatro de las luchas, de los horrores y de los martirios, unos cuantos fieles, pocos en número, hablando el lenguaje de doscientos millones de hermanos, que representan una civilización regeneradora de la dignidad humana, se arrodillan á la voz y al ejemplo de un mendicante, y besan el suelo, y adoran, en aquel camino recorrido otras veces por verdugos y feroces triunfadores, los misterios de la pobreza y del dolor, la esplendorosa *Via de la Cruz*.

Sentado en la humilde grada de uno de aquellos altares, veía muchas veces Chateaubriand avanzar las sombras de la noche: el eco de la campana de San Pedro, vibrando en aquellos muros de desolación, traía al alma del poeta filósofo raudales de armonía celeste y un mundo de pensamientos elevados. «Misteriosa correspondencia, exclamaba, entre los dos grandes monumentos de la Roma pagana

y de la Roma cristiana; los monumentos se suceden como los hombres que los alzaron; todo nos advierte que nuestros días huyen cual la sombra, y que somos una ruina más miserable y caduca que las ruinas mismas de los imperios.»

XXXVII.

Allí está la Via Sacra; el porvenir de los triunfadores, y por consiguiente, el camino de los Arcos.

El Arco es una obra puramente romana. La arquitectura griega, poco aficionada á las líneas curvas y á la redondez de las figuras, no lo habia conocido. En los últimos tiempos de la Roma republicana aparece el primer ejemplo de esta especie de corona de piedra ofrecida á los héroes: á mediados del siglo VII fué erigido al censor Fabio, en la Via Sacra, un arco triunfal en recuerdo de su victoria sobre los Alobroges. Para Augusto, conquistador de Egipto, se alzó otro arco suntuoso en el Foro Romano. Desde entónces no hizo el ejército entrada alguna en la Ciudad que no fuera entre las aclamaciones de la multitud por alguna nueva provincia sometida ó por alguna gran victoria alcanzada: á aquella época se refieren asimismo innumerables arcos de triunfo en su

orígen, monumentales despues; que no han de confundirse estas obras, consagradas al honor y recuerdo de grandes hechos, con otras de la misma forma, construidas como simple adorno en el tránsito de una á otra calle ó de una á otra region: hasta treinta y seis de esta última clase dicen los historiadores que se conocieron en Roma en sus dias de apogeo. De los triunfales y monumentales sólo podemos hoy admirar el de Druso, en la Puerta Capena; los de Constantino, Tito y Septimio Severo, al Foro; los de Galieno y Septimio Severo, al Veladro; el de Dolabela y el de Jano Quadri-fonte.

XXXVIII.

Volviendo de nuestra visita al Coliseo, para terminar la del Monte Palatino con todos sus monumentos, llegamos por necesidad al arco triunfal levantado por el Senado y el pueblo al vencedor de Magencio y de Licinio: es el mejor conservado de cuantos ostenta todavía la Ciudad; no parece sino que la mano de los siglos, y aún la de los bárbaros, tan crueles con otros monumentos, hayan respetado éste, que recuerda y honra la memoria de uno de los más insignes bienhechores de la humanidad,

de uno de los soberanos más beneméritos de la historia y de la civilización.

Tres arcos forman aquella mole nobilísima que se levanta en el ángulo oriental del Palatino: sus dos faces están respectivamente adornadas por cuatro magníficas columnas de mármol africano de orden corintio, coronadas con sendas estatuas de cautivos extranjeros, cuyo mármol frigio reproducía con sus colores naturales los variados de las vestiduras de los bárbaros: dominando toda la mole estuvo la cuadriga de bronce donde se sentaba el Emperador rodeado de trofeos. Son notables en el Arco de Constantino los bajo-relieves que lo adornan, pertenecientes, según el juicio de los eruditos, á tres épocas diversas, que pudiéramos decir de oro, de plata y de hierro, de la escultura romana: son de la primera todos los que se refieren á Trajano, arrancados sin duda á un monumento que para este Emperador se había construido, pues aparecen su propio retrato y la indicación de los sucesos memorables de su vida: las dos columnas de las paredes del arco mayor son de la época media, tiempo de Gordiano: los pedestales de las columnas y los arcos pequeños son de la tercera época, esto es, de Constantino.

La inscripción que lo decora ofrece ya una novedad consoladora respecto de lo que hasta

entónces habia sido y significado la epigra-
fía romana: el Senado y el pueblo romano de-
dicán aquel arco triunfal á Constantino Máxi-
mo, *quod instinctu divinitatis, mentis magnitudi-
ne*, porque con la grandeza de su ánimo y con
la inspiracion de la divinidad..... *etc.*, ha ven-
gado á la república. Al triste plural de los *dio-
ses inmortales* ha sucedido, en buen hora, la ins-
piracion de *la Divinidad*: el triunfo del culto
verdadero, monoteista, es proclamado junta-
mente con la gloria de Constantino; y ¡adviér-
tase otra misteriosa coincidencia de la historia
y de las artes! Para el arco triunfal de Cons-
tantino se aprovecha un arco triunfal de Tra-
jano. Ni Constantino pudo escoger otro empe-
rador más digno, con cuyos laureles juntar los
suyos propios, ni Trajano pudo aspirar á ma-
yor honra que la de ceder su propio arco á
Constantino.

XXXIX.

Siguiendo por la Via Sacra, camino del Fo-
ro, se encuentra el Arco de Tito: la sencilla y
severa inscripcion que en su frente aparece:

SENATUS. POPULUSQUE. ROMANUS.
DIVO. TITO. DIVI. VESPASIANI. P.
VESPASIANO. AUGUSTO.,

bien revela que corresponde á una época de

aticismo literario, como la obra toda declara un buen gusto artístico, que desde aquella fecha, cabalmente, comienza á declinar.

El arco es triunfal y monumental: Tito, vencedor de los judíos, destinado por la Providencia para realizar una profecía que de largo tiempo pesaba sobre la tenaz Jerusalem, entró en Roma trayendo millares de cautivos de la mísera raza de Jacob y las alhajas del templo y el candelabro y el libro de la Ley. Aquel arco significa, pues, la gratitud del Senado y el pueblo romano por tan insigne victoria, y el recuerdo del suceso histórico más trascendental en la vida del pueblo hebreo. Todo esto se contiene y se puede aún observar en los bajo-relieves del Arco de Tito, no tan maltratados, á pesar de los años y de los elementos y de los disturbios de la Edad Media, en que sirvió de fortificación, que no ofrezcan como un libro interesantísimo la historia predicha y prescrita por Isaías.

Aquel viejo melancólico, recostado y casi moribundo, es el Jordan, que simboliza un pueblo que arrastra penosamente las cadenas de la esclavitud moral y la existencia del expatriado sin hogar y sin nación. Aquella mesa áurea con vasos sagrados, aquellas trompetas del jubileo, el candelabro de los siete brazos, todo formó un día las delicias y el esplendor

del culto antiguo, abrogado por la Ley nueva. Los judíos no comprendieron el espíritu de aquel libro, de que son providenciales guardadores, y los soldados romanos tuvieron la misión, también providencial, de castigar á la Jerusalem deicida y de reducir á escombros el templo, cuya misión y cuyo destino habían ya terminado. ¡Qué grandes enseñanzas ofrece la historia del pueblo hebreo! Sirvió cautivo en Egipto, trabajando en las pirámides; sirvió cautivo en Babilonia, levantando torres y palacios; sirvió cautivo en Roma, construyendo el Coliseo y el Arco de Tito; sirve cautivo en todo el mundo, acumulando riquezas, sin poder comprar con todas ellas un átomo de libertad ni un palmo de aquella tierra bendita de Abraham, de Isaac y de Jacob.

XL.

En lo más alto de la Via Sacra, *in summa Sacra via*, entre el Arco de Tito y el Coliseo, estuvo el famoso Templo de Vénus y Roma, de que fué arquitecto el Emperador Adriano. Los historiadores cuentan que habiendo criticado la obra y señaládole ciertos defectos el insigne artista griego Apolodoro, cuyo genio brillaba ya en las construcciones del Foro de

Trajano, pagó con la vida su delito de lesa vanidad imperial.

El Templo de Vénus y Roma, erigido en el espacio mismo que sirviera de atrio á la Casa Aurea de Neron, donde estaba el coloso que Adriano hizo poner delante del Anfiteatro, fué uno de los más insignes monumentos de mármol de la Roma imperial: sobre sus ruinas se alzaron en los primeros siglos dos iglesias, que á su vez han desaparecido, para dar lugar á la de Santa Francisca Romana, insigne por las memorias religiosas que encierra, por los objetos de arte que la adornan y por el sepulcro que guarda del Papa Gregorio XI, que reportó la Santa Sede de Aviñon á Roma.

XLI.

Partiendo del Arco de Tito, sin abandonar la Via Sacra ni alejarnos de los ámbitos en que estuvo el templo edificado por Adriano, fijemos la mirada en los magníficos avances, en las gigantescas naves medio derrumbadas de un edificio á que han dado muchos nombres los arqueólogos, pero que ya puede decirse goza el nombre oficial de Basílica de Constantino. No hay duda en que aquella fábrica estupenda formó parte en su tiempo de

la Casa de Neron: por espacio de cuatro siglos aquellas han sido las ruinas del Templo de la Paz, del templo magnífico erigido por Vespasiano, en donde fueron depositadas, con los objetos preciosos y los vasos de oro del Templo de Jerusalem, otras joyas artísticas, como la estatua en basalto del Nilo con diez y seis hijuelos, de que habla Plinio; el Ganimédes, de que hace mencion Juvenal; la Scilla de Nicomacos; el héroe de Parrasio, y otras muchas obras de incalculable valor. Pero los más recientes descubrimientos y el estudio detenido de los antiguos escritores se conforman admirablemente para decidir que el Templo de la Paz, con su vestíbulo y su biblioteca famosa y con su foro, estuvo, en efecto, cerca del Foro Romano, pero no en el lugar que luégo ocupó la Basílica de Constantino.

Eran las Basílicas romanas grandes pórticos, á imitacion del *Régio* de Aténas (el nombre griego lo declara), unidos á los foros; edificios cuadrilongos, divididos en tres ó cinco naves por columnas ó pilares, descubiertos en un principio, cubiertos luégo y revestidos de mármoles: en las Basílicas se tenian los juicios y se administraba la justicia: llegaron, pues, á ser lugares importantísimos en la vida pública de los romanos. La primera que se construyó fué la llamada Porcia, en el Pala-

tino, año 569 de la fundacion de Roma; siguieron en el órden del tiempo las Basílicas Fulvia, Sempronia, la de Sicinino, la Emilia, la Julia y la Ulpia: cierra, pues, el catálogo la de Constantino, la más grande de todas: 320 piés medía de longitud por 240 de anchura: dividíase en tres naves, unidas por enormes arcuaciones de que todavía podemos formar idea por los restos: la magnífica columna, que delante de Santa María la Mayor sostiene la estatua de la Virgen, perteneció á la Basílica de Constantino; por ella podemos formar idea de la grandiosidad del edificio, cuyos muros y cuyo pavimento ofrecían una admirable variedad de mármoles y de ricos adornos.

La Basílica profana de Constantino, en la Via Sacra, con ser tan grandiosa, duró poco: sus Basílicas cristianas en el Vaticano y en el Celio y en la Via Ostiense y en la Nomentana, han atravesado los siglos y tienen asegurada la perpetuidad. Los monumentos grandiosos, el alcázar gigantesco del Palatino, desaparecieron: de la Casa de los Césares sólo ha sobrevivido á los Césares y á la casa, el culto del mártir Sebastian. A las faldas de la colina se levantan dos templos cristianos: uno al Occidente, en honor de Santa Anastasia la Mártir; otro mirando al Foro, junto al lago de Yuturna, con la advocacion de Santa María Liberatriz.

Prosiguiendo el camino de ruinas emprendido, atravesando por el que fué palacio de los Césares, sin perder nunca de vista las bóvedas arruinadas de la Casa de Neron y de la Basílica de Constantino, se llega á la Iglesia de San Cosme y San Damian, á que sirve de vestíbulo el antiguo Templo de Remo, y á la de San Lorenzo *in Miranda* que fué templo dedicado al emperador Antonino y á su mujer Faustina, como se lee en la inscripcion que domina el soberbio pórtico de columnas de mármol *cipollino*, los mayores monolitos, que de la Roma antigua se conservan: cruzando, por último, el espacio donde estuvieron el Foro de César y el de Augusto, se toma el *Clivus Sacer* y se llega á otra altura importantísima en la historia de todos los siglos de Roma; se llega al Capitolio.

EL CAPITOLIO.

SU PASADO Y SU PRESENTE.

(EL FORO ROMANO.)

I.

Después del Palatio el Capitolio; entre sus dos cumbres está, puede decirse, toda la historia romana. En la primera vimos la cuna del gran pueblo; en esta nos acordamos los triunfos de sus héroes y el esplendor de sus cuntes. Si en el Palatio estuvo la Casa de los Césares, en el Capitolio estuvo el Templo de Júpiter Optimo y Maximus; si en aquel se simboliza la vida civil de la sociedad romana, en éste se cumplieron los más altos destinos de su vida política y de su vida religiosa.

Una nicha de fabulosas tradiciones y de poéticas leyendas corona también la doble cima de esta colina; la más pequeña de las siete en extensión, la más grande de todas en importancia y en recuerdos. En el siglo octavo

EL CAPITOLIO.

SU PASADO Y SU PRESENTE.

(EL FORO ROMANO.)

I.

Después del Palatino el Capitolio: entre sus dos cumbres está, puede decirse, toda la historia romana. En la primera vimos la cuna del gran pueblo; en ésta nos aguardan los triunfos de sus héroes y el esplendor de su culto. Si en el Palatino estuvo la Casa de los Césares, en el Capitolio estuvo el Templo de Júpiter Óptimo y Máximo: si en aquél se significa la vida civil de la sociedad romana, en éste se cumplieron los más altos destinos de su vida política y de su vida religiosa.

Una niebla de fabulosas tradiciones y de poéticas leyendas corona también la doble cima de esta colina, la más pequeña de las siete en extensión, la más grande de todas en importancia y en recuerdos. La ciudad anterior

á la historia, la Ciudad de Evandro y de Enéas, disputada y con diversa suerte poseida por sículos, ligures, aborígenes y pelasgos, tiene su centro en aquella altura, donde, á decir de los poetas, Júpiter estuvo presente por sus rayos mucho ántes de estarlo por su templo.

Llamóse en las remotas edades históricas Monte de Saturno, porque este dios latino recibía allí adoracion: Colina *Tarpeya* le dijeron tambien por la valerosa doncella romana, cuya leyenda figura como interesante episodio en las guerras de Rómulo y Tacio: al tiempo de Tarquino el Soberbio se refiere el nombre de *Capitolium*, por la cabeza humana de Tolo ó Thulo (*Caput Toli*), encontrada al echar los cimientos del Templo de Jove. Por donde haya venido este nombre *Capitolium*, el más augusto y sagrado de la Roma antigua, al de *Campidoglio* (Campo del Aceite), que le da el vulgo de la Roma moderna, no es fácil descubrirlo, si ya no se declara que hubo un período, en los siglos medios, de completa ignorancia de la historia y de absoluto desden para los preclaros monumentos de la antigüedad.

El Monte Capitolino era y es por su figura una elipse, cuyas extremidades se levantan formando dos prominencias: en la correspondiente á Mediodía estaba la fortaleza (*Arx*),

la famosa Roca Tarpeya: al Norte el Templo de Jove Capitolino, donde hoy se alza la Iglesia de Santa María de Araceli: en medio de aquellas dos alturas, entre los bosques de encinas que las sombreaban, había un espacio, que los primitivos latinos llamaron con propiedad *inter lucos* (entre los bosques), y después recibió la denominación de *Intermoncio*: hoy es la plaza cuadrada donde admiramos la estatua ecuestre de Marco Aurelio.

II.

No es posible recorrer y describir uno por uno todos los templos y edificios suntuosos que en la serie de los siglos llenaron esta célebre colina, hasta hacerla una especie de ciudad sagrada en medio de la populosa ciudad de Roma.

A la cumbre meridional, es decir, á la fortaleza, ó *Arx*, se subía por una rampa de cien escaleras, en cuyo término estaba la primera puerta, después de la cual, otra pendiente ménos larga conducía á la altura, verdadera ciudadela erizada de torres y circuida de murallas, en cuyo ámbito llegaron á ser notables los templos y monumentos acumulados por

los reyes, por los cónsules y por los emperadores.

Al nivel de la primera puerta estaba la *Curia Kalabra*, erigida por Numa, pequeño templo terminado en ábside, desde donde el pontífice menor anunciaba los novilunios, el orden regulador del calendario: delante del templo se alzó más tarde la estatua colosal de Apolo, traída por Lúculo, apreciada en 500 talentos. Allí estuvo la tradicional cabaña de Rómulo, pastor, tan venerada como aquella otra del Palatino, que se llamó de Fáustulo, de quien era hijo adoptivo el fundador de Roma; allí fué el Templo de Juno Moneta, de Juno amonestadora ó consejera, presidiendo y como consagrando la primera elaboración del dinero, que del nombre de aquella divinidad mitológica se llamó como todavía se llama en la lengua latina y en los idiomas que de ella proceden: allí estuvo el famoso simulacro de bronce de la loba amamantando á los gemelos, de que puede darnos idea aquel otro encontrado al pié del Monte Palatino, que aún se ostenta como uno de los más notables monumentos de la antigüedad en una sala del Palacio de los Conservadores: allí habitó Tacio, el rey Sabino de las guerras con Rómulo: allí fué la casa de Manlio, sacrificado por su ambicion: allí, por último, entre otros ménos

importantes, el Templo de Júpiter Feretrio, esto es, el templo más antiguo del Capitolio, y quizá de Roma, donde Rómulo ofreció y mandó que sus sucesores ofreciesen lo mejor de los despojos (*opima spolia*) traídos por los caudillos victoriosos.

Bajando de la fortaleza al *Intermoncio*, del *Arx* (al *inter lucos*), la vista se complacia en un valle ameno, especie de segunda cuña de Roma, pues en él estaba el bosque de las encinas, partido en dos por el Templo de Vejove, cerrado en los primeros tiempos por una gran piedra, en los posteriores por el ramaje de los arbustos.

*Romulus ut saxo lucum circumdedit alto
Cuilibet huc inquit, confuge, tutus eris.*

Ya nos lo dice Ovidio en estos versos; aquél era el asilo establecido por Rómulo, primer ensayo de una institucion civilizadora, que, agrandada y embellecida despues por otro orden de ideas y de sentimientos, habia de producir grandísimos bienes á la causa de la humanidad en los períodos de guerras sin misericordia y de venganzas implacables. Enfrente al Templo de Vejove, de arquitectura toscana, que las medallas nos han conservado como la de los otros de aquel tiempo, se elevaba majestuoso el Arco de Escipion el Africano en

medio de dos anchas fuentes de mármol; enfrente el pórtico espacioso de Escipion Nasica, y como guardando y presidiendo todos estos edificios, el *Tabularium*, palacio de los archivos de la república, donde en millares de tablas metálicas se conservan y transmiten las actas del Senado, las antiguas leyes y los tratados con los otros pueblos. Los primitivos cimientos de grandes piedras cuadradas de esta construcción sostienen aún el palacio municipal (ó del Senador), que luégo visitaremos.

Varios templos ostentaba esta parte del Capitolio en la época de los emperadores: era el más venerado el de Marte Bis-ultor (dos veces vengador), erigido por Augusto para depositar en él las enseñas romanas, perdidas por Craso y devueltas por Fraates, rey de los Partos, en virtud de un canje de rehenes en toda regla, de una que pudiéramos llamar estipulación diplomática.

III.

Pero donde se condensa y resume el interés histórico y religioso del Capitolio, donde la grandeza romana ofrece el mayor testimonio de su maravilloso alcance, es en la cumbre

meridional de la colina, sobre la cual se asienta, dominándolo todo, el Templo de Júpiter Óptimo Máximo.

Tarquino el Viejo fijó el área, dentro de la cual habian de encerrarse el monumento del padre de los dioses y las obras más egregias del arte, á la manera que en los ámbitos del Templo de Delfos, el gusto griego acumuló sus joyas más preciadas. Adornaron el pórtico del área Capitolina dos estatuas colosales: una de Júpiter, erigida en el año 459, despues de la batalla contra los samnitas, otra de Hércules, hecha por Lisipo, y traída de Tarento por Fabio Máximo en 543; la Minerva famosa de Eufanor, dedicada por Catulo; las estatuas del Buen Éxito y de la Buena Fortuna, obras insignes de Praxitéles que Plinio recuerda, y algunas otras de mérito relevante.

El templo, que en medio del área se levantaba, era un paralelógramo, un recinto casi cuadrado, con 200 piés de longitud por 190 de anchura: magnífica columnata de tres órdenes lo rodeaba por tres de sus lados: treinta y seis columnas corintias en triple fila formaban la fachada, puesta entre Oriente y Sur: en la altura sobresalía la gran cuadriga de bronce con la estatua de Júpiter, como término y ápice de un fronton majestuoso, coronado por multitud de estatuas de bronce. En las columnas, en

los frisos del peristilo, en todas partes se veían trofeos é insignias militares: los recuerdos de señaladas victorias, así por tierra como por mar, aparecían allí, en el alcázar consagrado de la guerra, en aquella region, donde se fraguaba el rayo destructor de comarcas y naciones. Nueve estatuas ocupaban, en tiempo de Augusto, los espacios ó intercolumnios del peristilo; siete correspondientes á los antiguos reyes de Roma, una á Bruto el Antiguo y la otra á Julio César. La Monarquía, la República y la Dictadura.

Tres naves, determinadas por dobles hileras de columnas, formaban el interior del templo, el más vasto de Roma: al final de cada una de estas tres naves estaba el gran nicho (*edícula*), destinado á cada una de las tres divinidades: á Júpiter el de enmedio; á Minerva el de la derecha, y el de la izquierda á Juno. La nave central no tenía bóveda ni techo, estaba á cielo abierto, como los templos toscanos. La estatua sedente del Padre de los dioses era de marfil; la mujer y la hija, esto es, Juno y Minerva, aparecen de pié; sus estatuas eran menores: cubre las naves laterales, á cuyo extremo se hallan, una bóveda artesonada con ricos casetones, en que abundan el oro y los matices más delicados.

Aquellas tres celdas ó edículas resplande-

cian llenas literalmente de ofrendas y dones de cuantioso valor: joyas, coronas y simulacros de metales preciosos; cien libras pesaba la estatua de oro que envió Filipo, rey de Macedonia; doscientas cincuenta y seis la que donó el rey Attala; de una Victoria de oro de 320 libras hizo presente al Senado, Hieron, rey de Siracusa; el rey bárbaro Boccho mostró su gratitud al pueblo romano, que le otorgaba su alianza y amistad, regalándole un grandioso grupo escultural en oro, que figuraba á Jugurta entregado á Sila: la coleccion de piedras preciosas de Pompeyo, que comprendia gran parte de las del rey Mitrídates; la viña de oro de Aristóbolo, estimada en veinticinco mil talentos; el Jove Emperador, traído de *Preneste*; el pedazo de cristal, que pesaba cuarenta libras, regalo de Livia; la estatua de Fabio Máximo; el Jove de bronce de Carvilio; diez y seis mil libras de oro y valor de quinientos mil sextercios en perlas y pedrería, ofrenda del emperador Augusto; muchos magníficos vasos, obras primorosas de arte, debidas á los más afamados escultores griegos: tales y tantos eran, entre otros no ménos considerables, los objetos de que dan noticia los escritores latinos del siglo de Octavio, contestes en celebrar y describir, como una verdadera maravilla, aquel templo imponente, que los romanos llamaban

la ciudadela de todas las naciones, el domicilio terrestre de Júpiter, y su segunda morada despues de la del Olimpo.

Repetidos incendios hicieron necesarias en varias épocas reparaciones, y áun reedificaciones, del Templo Capitolino. En tiempo de Sila se le restauró, trayendo á sus ámbitos las columnas que habian sostenido el Templo del Júpiter Olímpico de Aténas: Vespasiano tambien tuvo necesidad de reparar los estragos de un incendio; é igualmente Domiciano, que al efecto hizo traer columnas del Monte Pentélico, en la Grecia: en cada una de estas épocas la riqueza del templo fué acrecentándose, pues no parece sino que á porfía los emperadores se empeñaban en acumular tesoros dentro de aquel recinto que significaba en su más alta expresion la vida religiosa y la omnipotencia política de Roma: el tesoro del Templo Capitolino hallábase debajo de la estatua de Jove; allí fueron tambien guardados, hasta el tiempo de Augusto, los libros sibilinos, á cuidado de los decenviros, luégo quindecenviros.

Hasta el siglo iv todo es grandeza y esplendor para el templo del dios Óptimo Máximo: con el siglo v empiezan las expoliaciones: Estilicon, Alarico, Genserico, paşaron con sus huestes respectivas por las magníficas naves de la casa de Júpiter: no hay que preguntar

por su tesoro ni por sus estatuas; quizá se salve alguna columna para la futura Iglesia de Araceli. Durando el Templo de Júpiter Capitolino hasta los primeros años del siglo v, puede bien asegurarse que sobrevivió á casi todos los templos y monumentos del Capitolio: en efecto, á aquella fecha habian ya desaparecido el Ara de la gente Julia y el Templo de Júpiter Custode, sobre el lugar en que se salvó Domiciano, y el Ateneo y la Biblioteca y el pórtico de los *dii Comenti*, y casi todas las otras construcciones de la opuesta cumbre. Aun cuando todavía en los tiempos de Teodorico, el ménos bárbaro de los bárbaros, se perciba algun resplandor de la antigua gloria, el Capitolio pagano en el siglo vi es ya un monton de ruinas, sobre el cual comienza á levantarse una niebla de tradiciones y de fábulas, que apénas bastará á disipar el sol del Renacimiento.

En el libro anónimo *Mirabilia urbis*, especie de guía ó inventario de Roma, que la Edad Media nos ha trasmitido, llama por más de un concepto la atencion de la crítica moderna la leyenda relativa al Capitolio. «Es, dice, el lugar en que se reunian los senadores y los cónsules para gobernar la Ciudad y el mundo. Estaba cubierto de valladares altos y sólidos, de edificios revestidos de oro y de cristal, y de

artesonados de labor maravillosa. Debajo de la ciudadela ostentábase el palacio, que era en gran parte de oro, adornado con piedras de gran precio; decían que su valor era el de un tercio del mundo. Había en él tantas estatuas como provincias contaba el imperio; y del cuello de cada estatua pendía una campanilla, de tal manera dispuesta, por arte mágico, que en el instante mismo en que la rebelión estallaba en un lugar cualquiera, por remoto que fuese, del imperio romano, la estatua correspondiente volvía la faz, y la misteriosa campanilla sonaba.....»

Véase, pues, cómo la Edad Media daba forma á la idea del supremo poder que Roma ejerció un día, y cómo aún entre las tinieblas de aquellos tiempos de pavor parecía verosímil, siquiera por arte mágico, que una campanilla colocada sobre el Capitolio *vibrase* al impulso mismo de un gran acontecimiento, de una fuerza puesta en acción en los extremos de las Galias ó al otro lado del Danubio.

IV.

Los siglos han pasado: las sombras de las leyendas se han desvanecido: y sin embargo, la imaginación evoca una multitud de gran-

des figuras históricas, al pensar en aquel templo, que fué resúmen de los triunfos y de las aberraciones de Roma, casi omnipotente, y al pensar en aquella Via Sacra que desde los sangrientos tumultos del tiempo de Vitelio y Vespasiano, que determinan la decadencia del imperio, tan sólo ve y recibe en la serie de muchos siglos no más que sangre y ruinas y desolacion!

La Via Sacra era el camino de la gloria, que subia hasta el Capitolio, y era el camino del suplicio, que bajaba hasta la Cárcel Mamertina. Por allí subió Pompeyo, tercera vez victorioso, cubierto con la clámide de Alejandro, que siempre fué igual la modestia republicana, sentado en carro resplandeciente de marfil y de oro y pedrería; por allí subió cuatro veces entre las aclamaciones y con la pompa del triunfo, el ilustre desterrado Camilo, terror de los galos. Aquel camino de mundana gloria recorrieron Fabio Máximo y Marcelo, la espada invencible de los romanos, y Flaminio y Mario y Lúculo, que venció á dos poderosos reyes de Asia, y Marco Antonio y tantos otros insignes capitanes que llenaron el mundo con la fama de sus proezas y con el ruido escandaloso de sus vicios.

Junto á los capitanes afortunados que así triunfaban, la ley, sin entrañas para el venci-

do, se complacia en ofrecer á la curiosidad del pueblo el espectáculo de los reyes y de los caudillos sojuzgados. Zosima, reina de Armenia, atada al carro de Pompeyo, y con ella los siete hijos del infeliz Mitrídates; Perseo y sus tres hijos, cerrando la comitiva triunfal de Paulo Emilio, vencedor de Macedonia, como Gencio, rey de los Hirios, y tantos otros príncipes y magnates, condenados á la misma ignominia precursora de la prision y del sacrificio, oscurecen el esplendor de aquellas solemnidades: así como el heroísmo resalta y brilla más sobre un fondo de clemencia, así se deslustra y pierde todos sus encantos sobre un fondo de crueldad y de venganza.

La horrible Cárcel Mamertina, ahondada con un nuevo calabozo por Servio Tulio, que debajo del Arce guarda aún sus pavorosos subterráneos, repite todavía el eco lastimero de miles de víctimas, y tiene escritas en sus negros muros historias que llenan de espanto el alma.

V.

La Roca Tarpeya, cima escarpada que forma la extremidad meridional del Capitolio, recuerda á su vez la rápida imposición de la pena con que eran castigados los que atenta-

ban contra la República. *Erat præruptus locus et immensæ altitudinis*, dice Séneca. *Stat moles abscisa in profundum frequentibus exasperata saxis, quæ aut elidant corpus aut de integro gravius impellant.....* La pluma se resiste á traducir estas palabras latinas, pintura terrible de una muerte desastrosa.

El Capitolio llegó, pues, á ser la síntesis de la vida romana: en una cumbre el Templo de Júpiter resumía la vida religiosa: al otro lado la Roca Tarpeya simbolizaba la fuerza material: en medio el archivo de las leyes significó el derecho, la vida civil y política. No parece sino que las ruinas del Capitolio ofrecen todavía á los pueblos la altísima enseñanza de que los poderes de la tierra y las sábias constituciones humanas han de tener á su derecha las fuerzas morales, y á la izquierda la fuerza material.

VI.

La region VIII, de las catorce en que se dividía la Roma de Augusto, abarcaba todo el Monte Capitolino, y extendíase, además, hácia el Palatino y el Quirinal, confinando con seis ó siete de las otras regiones: llamábase *Forum Romanum*, y era, sin duda, el cuartel más importante de la Ciudad Imperial. Hoy el

Capitolio corresponde á la region x, que se domina *Campitelli*, y la forman las dos más célebres colinas de Roma: el Palatino y el Capitolio: esta union no ha podido ser más lógica. La historia del Palatino se completa con la del Capitolio: la historia del Capitolio no puede trazarse sin la del Palatino. Hay entre estos dos clásicos montes un espacio, que á los dos corresponde, y que á ninguno de los dos puede adjudicarse. Nos referimos á la interesantísima region del Foro Romano, que desde el pié del Monte Palatino se extiende hasta muy cerca del Capitolio, comprendiendo en poco terreno muchos monumentos, que representan la vária fortuna de las instituciones del pueblo romano, el cual, como hemos visto, tiene su cuna en el Palatino y su templo y su fortaleza en el Capitolio.

No basta estudiar las ruinas actuales para comprender la historia del Foro, que es la historia del gobierno de Roma durante más de diez siglos: hay allí ruinas de ruinas; han pasado por aquel espacio, tan reducido como parece y como es, dos ó tres series de grandes monumentos, de edificios públicos, cuyos vestigios se pierden ó confunden entre sí: los reyes, la república y el imperio fundaron, agrandaron y embellecieron aquel recinto, que los godos y los longobardos y los sarracenos y las

implacables facciones de la Edad Media, sin contar con los naturales estragos del tiempo, se han encargado de desfigurar y destruir, hasta convertirlo no há muchos años en miserable campo de ganado mayor, en lo que el lenguaje pintoresco de nuestro pueblo llama corral de vacas (*campo vaccino*). ¡Admirables designios de la Providencia! Al cabo de veinticinco ó más siglos volvió á oirse al pié del Capitolio el mugido de los bueyes, cuyo eco lejano creia escuchar el poeta Propercio cuando escribia:

Arvaque mugitu sancite boaria longo
Nobile erat Romae pascua vestra forum!

¡Cuánta grandeza entre dos miserias, como todas las grandezas de este mundo! El Foro representa en su origen la primera alianza de dos pueblos: los romanos regidos por Rómulo, los sabinos acaudillados por Tacio, deponen la antigua querrela del rapto de las mujeres, bajan respectivamente de sus cumbres Palatina y Capitolina, y se comunican y se conciertan en el valle pantanoso que ha de ser el centro y el corazon de la primera ciudad del mundo: allí fué el primitivo Foro, lugar de contratacion; allí se alzó una estatua á Vénus Cluacina (purificadora), porque ofendidos y ofensores, con ramas de mirto en las

manos, juraron pacto solemne. Desde entón-
ces el bosque de malezas fué poco á poco des-
apareciendo, y las instituciones y los hombres
fueron como tomando á empeño el acrecentar
la hermosura de aquel sitio.

VII.

En la época de Augusto llegó á un grado de
esplendor que pareceria maravilloso, si algo
pudiera maravillar entónces, despues de ver
el Templo de Júpiter Óptimo y Máximo. Un
galo, que visitaba la Ciudad de las Siete Co-
linas en aquella edad de su apogeo, formula-
ba en estos ó parecidos términos la descrip-
cion del Foro Romano:

«El punto culminante, para abarcarlo todo
de una mirada, es la Via Sacra, y de la Via
Sacra, aquella parte donde está el Templo de
los Lares: es una altura de más de cuarenta y
cinco piés sobre el Foro. Desde esa altura se
descubre: en primer término el Arco de Fa-
bio, vencedor de los alobroges; á sus lados la
estatua del mismo guerrero y la estatua ecues-
tre de Clelia, nuevo género de honor dispen-
sado por el pueblo romano á la valerosa ama-
zona venida del campo de Porsena; á la iz-
quierda, á la parte de acá del arco, la puerta

Romana y las primeras gradas que conducen al Monte Palatino; el *Vulcanal*, ó área de Vulcano, pequeña plaza donde crecieron la higuera (*lotos*) y el ciprés, testigos, puede decirse, del nacimiento de Roma, y delante de la cual está el Templo redondo de la Concordia, con la columna estatuaria de Ludius; sobre la masa de verdura, que domina el templo, se ostentan la Grecoctasis, espléndido lugar donde son recibidos los embajadores, con su bella columnata, vista de perfil, como casi todas las alturas de los edificios de la parte occidental del Foro, vistos de frente.

A la derecha, á orilla de la Via Nueva, siempre al lado de acá de los límites de la plaza, aparece en primer término la Basílica Opimia, erigida por el cónsul Opimio, el enemigo de los Gracos, de quien decia Ciceron que su Basílica estaba tan concurrida en Roma, como abandonada su tumba en el Epiro; despues, sobre la misma plaza, un poco más adelante del Arco de Fabio, están el Templo de *Ops-Consiva*, de la diosa de la riqueza, mujer de Saturno, dios del trabajo, y la casa del Rey de los sacrificios, ante la cual se elevan tres estatuas, una de ellas la de Escipion el Africano; sigue la Basílica Argentaria, con las tabernas nuevas, donde se juntan habitualmente los mercaderes; primer palacio cons-

truido al dinero, anuncio lejano (añadirémos á la relacion del galo) de lo que serán veinte siglos más tarde las bolsas de París, Lóndres y Amsterdam: y por último, la Basílica Lucilia, hermoso edificio rodeado de dobles columnas corintias de mármol frigio, delante del cual se descubren las estatuas de las tres Parcas ó Sibilas, y no léjos las dos columnas rostrales de Duilio y Julio César.

En medio de este magnífico cuadro se ven distintamente el Tribunal del pretor, sencillo hemicycleo de piedra, donde hay una silla curul para el pretor y bancos para los jueces; el famoso *Puteal de Libon*, pequeño altar, que servia de punto de reunion á los litigantes; los dos Janos, superior é inferior, arcos cuadrangulares adornados de estatuas, á cuyo rededor pululan los necesitados de dinero y los que lo prestan á usura; los Rostros, antigua y veneranda tribuna del pueblo romano, adornada con los espolones (*rostra*) de las naves enemigas, vasto pedestal de piedra, que da espalda al Clivo Capitolino; detras de los Rostros y de la columna, que por ser centro topográfico llaman el Ombligo de Roma, al pié del Capitolio, marcando el límite extremo del Foro por aquella parte, está la cárcel pública, con sus espantosas escaleras (*gemonias*), construida por Anco Marcio, y aumentada por Servio Tulio.

Allí se ve el *Clivus*, ó camino del *Asylo*, que sube al Capitolio; á la izquierda del *Clivus*, el Templo de la Concordia, con su precioso pórtico de órden corintio y sus columnas caneladas, que sostienen el magnífico fronton adornado de estatuas; despues el de Júpiter Tonante, egregio monumento de mármol blanco, construido por Augusto; su arquitectura es corintia pura, esbelta su columnata, las estatuas de Cástor y Pólux, que lo embellecen en el exterior, y la de Jove, que ocupa el interior, son obras insignes del arte: avanzando un poco más hácia el término lateral de la plaza, levántase sobre un basamento desproporcionado y como queriendo señorear en cuanto le rodea, el Templo de la Fortuna, el de las columnas jónicas, separado tan sólo por el Clivo Capitolino, del de Júpiter Tonante.

El Capitolio forma la última línea de este gran cuadro; en el centro, por encima de las altivas frentes de los templos de la Concordia y Júpiter Tonante, recostada en el muro gigantesco de la montaña, se despliega una larga y vistosa galería, que sostienen columnas de órden dórico; es el *Tabularium*, el depósito y archivo de las leyes. Quedan por registrar dos puntos capitales: á la izquierda la Roca Tarpeya, con su escalera en doble rampa, llamada *las cien gradas*, que conduce á la Arce ó forta-

leza del Capitolio; á la derecha, sobre la cumbre más elevada, la vista se fija en un recinto de murallas coronadas por multitud de estatuas; allí está el Templo de Júpiter Capitolino, majestuoso edificio que verdaderamente lo domina todo.»

Tal era el aspecto que en la época del primer Emperador ofrecía el Foro Romano. Nuevas construcciones, acrecentamientos y adorno de las antiguas, señalaron el paso de los emperadores por aquella region de los triunfos y á veces de las rebeliones y los crímenes. ¿Qué ha quedado de tantas maravillas? ¿Dónde están los monumentos que al galo deslumbraban en los días de Augusto? ¿Qué fué del Templo de Saturno, y de la gran columna miliaria, y del lago de Curcio, y de la estatua ecuestre de Domiciano? ¿Cuándo y cómo perecieron la Basílica Julia, con sus doce estatuas de los dioses mayores, y el Templo de Julio César, con su columnata jónica, y aquel altar ornado con los rostros de las naves cogidas en la memorable batalla de Aczio? ¿Qué resta de la Curia Julia, y del Templo de Cástor y Pólux, y del antiguo *Comitium*, y de los arcos de Augusto y de Tiberio?

VIII.

El Foro de César, con su Templo de Vénus Genitrix y sus estatuas griegas y sus tesoros, ya no existe: los templos se arruinaron: los pórticos y las basílicas y las curias, donde resonó la voz de Ciceron, donde se realizaron grandes sucesos de la vida política de Roma, yacen reducidos á menudo polvo; aquellos otros lugares un poco más lejanos, que recuerdan el sacrificio de Virginia, la época de los Decenviros, la infancia del Derecho romano, el Código de las *Doce Tablas*, *Juris publici privati que per orbem Romanum norma ac fundamentum*, apénas pueden ya señalarse ni aún en la imaginaria topografía de los eruditos. Algun que otro vestigio felizmente restaurado nos enseña aún la direccion de la *Via Sacra*; tres hermosas columnas de órden corintio, que sostienen un arquitebe de regular arquitectura, fueron durante mucho tiempo, atribuidas por los anticuarios al Templo de Júpiter Tonante, al templo suntuoso erigido por Augusto, en virtud de un voto hecho en España, y que servia como de antecámara ó portería al Jove del Capitolio: hoy la crítica artística reconoce aquellas columnas como pertenecientes al Templo de Vespasiano, restaurado por

los emperadores Septimio Severo y Caracalla.

Las ocho columnas de orden jónico que allí cerca se levantan, y que ántes se creyeron del Templo de la Concordia, fueron del de la Fortuna, segun muchos arqueólogos, del de Saturno, segun Canina, que aduce al efecto gran copia de autoridades y correspondencias históricas y topográficas. Más abajo, cerca de la Cárcel Mamertina, quedan restos confusos del que fué en verdad Templo de la Concordia, admirable museo en su tiempo de esculturas griegas de primer orden, como el Apolo y la Juno, de Baton, la Latona con Apolo y Diana, de Eufranor, el Marte y el Mercurio, de Pisicrates, la Céres y la Juno y la Minerva, de Estenides, el Esculapio, de Nicerates.

Al lado opuesto tres columnas, todavía de pié, recuerdan á unos el Templo de Cástor, á otros, con ménos razon, la famosa Greco-stasis, especie de basílica ó gran salon donde los embajadores extranjeros esperaban la audiencia del Senado: á la izquierda estuvo la Curia Julia, edificada sobre la antigua Curia Hostilia, donde con más frecuencia celebraba el Senado sus sesiones: hoy apénas queda algun resto de los cimientos de aquel edificio, en cuya gran aula tantas veces se discutió sobre la suerte del imperio, que era la suerte del mundo.

Más arriba, al pié mismo del Capitolio, se ve todavía un pórtico pequeño que forma tres estancias (*tabernæ*): son restos de la *Schola Xantha*, el lugar destinado á los escritores de los actos públicos, los notarios de la antigua Roma; más allá de la Curia Julia, en direccion del Velabro, hácia el Palatino, estuvo el Templo de Vesta, redondo, como se creia por todo el universo, en cuyo centro ardía el fuego inextinguible mantenido constantemente por las vírgenes vestales: hoy es Iglesia de San Teodoro.

Del Arco de Tiberio, que se alzaba entre el Templo de la Fortuna y el de Saturno, no existe el menor vestigio. De la Basílica Semproniana, que precedió á la Julia, allá en el *Vicus Jugarius*, junto al lago y la fuente de Servilio y del Foro Boario, sólo ha quedado el área, sobre la cual se levanta la Iglesia de San Jorge *in Velabro*, cuya tribuna en otros tiempos ostentaba pinturas al fresco de Giotto. Del *Vicus Tuscus*, que corria al pié del Palatino, entre el Foro Romano y el Boario, apénas si puede señalarse ya la traza. De la Basílica Julia, que ocupaba toda la parte meridional del Foro, soberbio paralelógramo, cuyos muros estaban adornados de estatuas, como del Arco de Augusto y del Templo de César y de los Nuevos Rostros, no se tienen ya más da-

tos fijos que los que ofrecen los fragmentos del gran plan de mármol que se guardan en el Capitolio, y alguna moneda del tiempo de Julio César, descrita en el *Thesaurus* de Morelli.

El Templo de Cástor y Pólux, junto al lago de Iuturna, la estatua ecuestre de Marcio Trémulo, la Basílica Porcia, primera de las construidas en Roma, la Columna Mennia, y los primitivos monumentos de aquella parte del Foro Romano, desaparecieron por completo.

Enfrente, tocando á la Via Sacra, fué la Basílica Emilia, sobre cuyas ruinas descansa la Iglesia de San Adrian, mártir, que se llamó *in tribus fatis*, como reminiscencia de las tres Parcas ó Sibilas que se veían delante de la Basílica, y tambien *in tribus foris*, porque, á tres foros, puede decirse, daba vista. La iglesia, á la cual es anejo un convento de mercenarios españoles, fué restaurada y casi edificada de nuevo por el P. Alfonso Sotomayor, español, general de la Órden á fines del siglo xvii: es rica en reliquias de mártires y tiene de notable el altar, donde está el retablo de San Pedro Nolasco; y otro, en que hay dos columnas de mármol egipcio, blanco y negro.

Detras de la Basílica Emilia estaba el Foro de César, con la estatua ecuestre del dictador, que no era otra sino la de Alejandro, hecha

por Lisipo, con distinta cabeza. Allí fué el Templo de Vénus Genitrix, de que aún pueden verse, como en otra parte hemos dicho, tres columnas al final de la calle de *I Pantani*. Al lado oriental del Monte Capitolino estuvo el Foro de Augusto, en cuyo centro se alzaba el Templo de Marte-Vengador, con dos arcos triunfales, uno en honor de Druso, otro de Germánico: entre el Foro de Augusto y el Capitolio abríase la Via del Foro de Marte, *Martis Fori*, que ha perpetuado su nombre en la calle actual de *Marforio*.

El Foro Romano estaba dividido en su parte más ancha por una calle pública, *Canalis*, de que hoy afortunadamente podemos ver una parte al pié de la Columna de Focas: aquella via ó canal, que partiendo de la *Grecostrasis* llegaba á la opuesta extremidad, era, á la vez, paseo y punto de reunion de los desocupados. Plauto nos ofrece una descripcion exacta de la calidad de los habituales concurrentes al Foro, cuando dice:

In foro infimo boni homines, atque dites ambulant.

In medio propter Canalem, ibi ostentatores meri.

Confidentes, garrulique et malevoli supra Lacum.

(*CURCULIO. Actus IV, Scena I.*)

De la *Via Sacra*, tan famosa en la historia de Roma, existen hoy desenterrados algunos trozos, por donde puede venirse en conoci-

miento de su anchura, de su direccion y de la forma y calidad del pavimento: las calles de Pompeya responden de la autenticidad de los restos de la Via Sacra que en la region del Foro Romano se conservan: ¡cuántos y cuán memorables sucesos, qué multitud de nombres ilustres van unidos al recuerdo de esta calle, cuya fecha se remonta á los dias de Rómulo y de Tacio!

En esta calle, que los historiadores y los poetas mencionan tantas veces, fué donde Horacio, acometido por el impertinente (que un romano de hoy diria *seccatore*), empezó la graciosísima perigrinacion hasta el Trastevere, *propia Cæsaris hortos*, contada en aquella sátira:

Ibam forte via Sacra sicut meus est mos,

que es todavía un delicioso é interesante itinerario de la ciudad de Augusto.

Otro monumento poético de aquella remota edad, sirve en nuestro tiempo á los arqueólogos y rebuscadores de ruinas para reconstruir el antiguo Foro: es la descripcion hecha por Estacio de la gran estatua ecuestre de Domiciano, erigida en mitad del Foro, dando frente al Palatino y la espalda al Capitolio, con la Basílica Julia á la derecha y la de Paulo Emilio á la izquierda: los versos de Estacio

pueden considerarse aún como una de las mejores guías del Foro Romano, campo de soleidad, riquísimo en historias, del cual puede decirse á toda hora, con Ciceron: *Quancumque ingredimur, in aliquam historiam vestigium ponimus.*

IX.

Dos monumentos bien conservados de la Roma imperial se levantan aún en aquella region, como inmóviles guardadores de las ruinas. El Arco de Septimio Severo, á la falda del Capitolio, á la extremidad nordeste del Foro de César, y la columna de Focas, hácia la parte media del Romano. El arco está, puede decirse, intacto en su conjunto, si bien la calidad del mármol griego (salino) ha sido causa de que los bajo-relieves sufran deplorables deterioros: forman la fábrica tres arcos, el de enmedio mucho mayor que los laterales, y la decoran ocho columnas de orden compuesto, cuya arquitectura revela el estado del arte á principios del siglo III, no en verdad floreciente, pero tampoco en decadencia visible como el de la escultura, cuya muestra ofrecen los bajo-relieves alusivos á las empresas afortunadas de aquel Emperador. La pomposa inscripcion, en que como recuerdo de los pueblos y de las gentes que sojuzgó, se llama

á Septimio Severo *parthico arabico* y *parthico adiabénico*, fué enmendada en la línea séptima, donde sin duda estaba el nombre de Geta, que de todas partes arrancó el fratricida Caracalla. Las estatuas que coronaban este monumento no existían ya en la Edad Media.

X.

Junto al Arco de Septimio Severo, que en el siglo xvi, recargado de adornos, daba paso al emperador Cárlos V, rey de España, existió un edificio público, que al espirar el imperio era archivo del Senado, y aún lugar donde los senadores se juntaban; no falta quien opine que la fábrica se asentaba ya sobre las ruinas del Templo de Marte: es lo cierto que al archivo del Senado reemplazó, en el siglo viii, una iglesia que se llamó Santa Martina *in tribus foris*, por causa de los tres foros, Romano, de Julio César y de Augusto, en cuya vecindad y confluencia estaba: restaurada y enriquecida por los Pontífices, concedióla Sixto V (año 1588) á los pintores, escultores y arquitectos, que, al lado y á la sombra de esta iglesia, establecieron su Academia de San Lúcas.

La planta actual del templo, que es de forma de cruz griega, pertenece al arquitecto

Pedro Cortona, insigne bienhechor de la iglesia y de la Academia. Fué ésta fundada á fines del siglo xvi; aspira, por tanto, no sin justicia, á los honores de la primogenitura entre las corporaciones de su especie y naturaleza. Al volver de España Federico Zuccheri, más rico de presentes y de dinero que de gloria (porque sus cuadros y sus frescos del Escorial no alcanzaron el aplauso que imaginára), obtuvo del Papa Sixto V el Breve de ereccion de la insigne academia Pontificia, cuyo reglamento formó, y cuyo primer director fué aquel renombrado artista: en el transcurso de cerca de tres siglos esta ilustre corporacion ha correspondido con gloria á los fines de su instituto, que son, como los de la nuestra benemérita de San Fernando, dar enseñanza y promover el cultivo de las bellas artes, honrar á los que se distinguen ejercitándolas, y vigilar por la conservacion de los monumentos públicos de Roma y del Estado.

La Academia posee un regular museo de escultura y una excelente galería de pinturas, formada con la ofrenda paulatina de un cuadro propio, que cada académico pintor debe llevar al ser elegido, y con legados y compras que se han sucedido en la serie de tantos años: las obras más notables de la coleccion de la Academia son: *Los Apóstoles*, de Sebastian del

Piombo; *La Fortuna*, de Guido; *La Lucrezia*, de Cagnacci, y sobre todas, el célebre cuadro de Rafael que representa *San Lúcas retratando á la Virgen*, en el cual se ve, en segundo término, el propio retrato del autor.

XI.

Volvamos al Foro Romano. La Columna de Focas es, puede decirse, el último signo allí visible de la época imperial; fué erigida á principios del siglo VII: con sólo citar la fecha se comprende que la obra de arte no ha de ser buena ó no ha de pertenecer á aquella época; en efecto, la columna, de orden corintio, fué tomada de alguno de los antiguos edificios de tiempo de los Antoninos, por Esmeragdo, exarca de Ravenna, que quiso pagar este tributo de lisonja servil al soberano de Bizancio, su bienhechor y dueño, ya que la historia y la justicia, de comun acuerdo, niegan todo título á columna y á estatua, y aún á recuerdo, al desdichado emperador Focas, á quien retrata de esta suerte, en una de sus obras dramáticas, nuestro insigne Calderon:

Un hidrópico de sangre,
Que por no poder beber
La de todos, en la suya
Está aplacando su sed.

El último monumento histórico del Foro ofrece ya escasa importancia, comparado con tantos otros como poblaron aquella region, que fué la más vasta de la Roma imperial, y donde palpitó, puede decirse, la vitalidad política, civil y áun literaria del pueblo que dictó leyes al mundo.

XII.

No es posible recorrer aquellos ámbitos, desfigurados por sucesivas aglomeraciones de tierra y de escombros, ni contemplar aquellos fragmentos de columnas y de capiteles aquí y allí esparcidos, sin llevar el pensamiento á los dias apacibles de la primera juventud, y ver en accion las páginas de Julio César, las sátiras de Juvenal, las odas de Horacio, y percibir la voz de Ciceron; el recuerdo sólo de Ciceron basta para absorber el pensamiento del viajero que visitando el Foro Romano, se detiene un instante al borde de la Via Sacra.

Aquí fué la Tribuna, allí la Curia, magníficos teatros de la elocuencia del príncipe de los oradores: el ruido de los aplausos que arrancaba su palabra, ensordecía los aires. Ahí, en la Cárcel Mamertina, al pié del Capitolio, perecieron aquellos conjurados, contra quienes

tronó la elocuencia de Ciceron y se cumplieron los decretos de su justicia. Si el viajero vuelve otra vez la mirada del espíritu hácia la tribuna en que el orador insigne habia obtenido poco ántes uno de sus triunfos más estrepitosos, el de las *Filípicas*, verá una cabeza ensangrentada y una mano de hombre, que la muchedumbre feroz lleva como en irrisorio triunfo: aquella lengua medio arrancada es la misma que pronunció las *Filípicas* y las *Catilinarias*: aquella mano es la que escribió el libro *De Officiis* y el *De República*, y las epístolas famosas. ¿Qué curso de historia puede compararse con el exámen discreto y detenido de aquellos lugares por donde han pasado todas las grandezas y todas las miserias de la humanidad?

Al foro semi-patriarcal de los dias de Rómulo y de Tacio, sucede pronto el foro plebeyo y bullicioso de la república, para dar lugar á los templos y á los pórticos y á las estatuas, en que resplandece la omnipotencia de los emperadores: allí, en pocos piés de terreno, pueden bien estudiarse la vida y la muerte del primitivo comicio, la vida y la muerte de las curias, la vida y la muerte de la tribuna: aquellos cimientos casi indefinibles y aquellas columnas rotas y aquellos pedestales destrozados, más bien que materiales confusos y már-

moles griegos ó egipcios, son siglos, son épocas, son instituciones.

Desde los días en que latinos y sabinos formaban en aquel valle el núcleo de la sociedad romana, pasando por aquellos en que Roma entera veía desfilar por la Via Sacra y subir al Capitolio el gran cortejo de los triunfadores, hasta aquellos otros días lúgubres, en que era la majestad del Emperador depuesto la que bajaba con una cuerda al cuello en dirección al Tíber, entre la inmensa algazara de la soldadesca y del pueblo, es decir, desde el Templo de Vesta y la casa régia de Numa hasta la Columna de Focas, pasando por los monumentos de los cónsules y de los Césares, la historia de Roma está escrita en su Foro. Los anticuarios y los anticuómanos llevarán quizá á términos de exageración sus afirmaciones de escuela y sus disputas eruditas sobre la naturaleza de las piedras y el destino de las columnas: infatigables descifradores de aquellos jeroglíficos de mármol y de granito, harán el beneficio inestimable de traducir las palabras del gran libro: al filósofo corresponderá siempre penetrar en sus sentidos misteriosos y aprovechar las enseñanzas sublimes en que abunda.

XIII.

Habiamos abandonado momentáneamente el Capitolio antiguo para visitar el Foro, y justo es ya volver á la célebre colina para examinar sus construcciones modernas. Volvamos, pues, por cualquiera de las subidas recientes, que con más ó ménos rigurosa exactitud corresponden á las de remotos tiempos.

*Inde prout nunc est
Arduus per valles et fora clivus erat,*

dice Ovidio en los *Fastos*. De aquellos caminos, que del Foro ó sus inmediaciones partieron, el de las *cien gradas*, el *Clivus Capitolino*, con pavimento de losas de lava basáltica, todavía visibles, y el *Clivus Sacer*, se conservan aún las señales, y puede determinarse la direccion. Al *Clivus Asyli*, en cuyo término estaba la casa del poeta Ovidio, corresponde la subida que da frente al Arco de Septimio Severo.

Pero el moderno Capitolio (*il Campidoglio*) tiene otra subida, independiente de las del Foro, que puede contarse entre las más bellas obras del siglo xvi: es una espaciosa rampa

(*la Cordonata*), que parte de la Plaza de Araceli, y que Miguel Angel diseñó, por orden de Paulo III, para que fuese más cómoda y grandiosa la solemne entrada del emperador Carlos V. Al pié de esta magnífica subida se ven dos leones de granito negro, trasportados en tiempo de Pio IV, de la Plaza de San Estéban del Caco, donde tan preciosos y antiguos monumentos del arte egipcio habian adornado la entrada del Templo de Serápis: en lo alto de la Cordonata ábrese la plaza, cuyos lados ocupan los tres palacios de la misma época, tambien debidos al fecundo Buonarroti: aquella plaza es el antiguo *inter montium* ó *inter lucos*, el valle que separaba las dos prominencias, cuyo ingreso defienden hoy y adornan las dos estatuas colosales de Cástor y Polux, con sus caballos, de mármol pentélico unas y otros, y sobre las balaustradas los trofeos de Mário, vencedor de Yugurta, reproduccion de aquellos otros consagrados en el Esquilino al mismo Mário (Guattani los cree trofeos de Trajano), exterminador de los Cimbro, y las estatuas ecuestres, de muy escaso mérito, de Constantino Augusto y Constantino César, y una columna que fué piedra miliaria de la Via Apia, y que sirve para darnos alguna idea del *Miliarium Aureum* del Foro Romano.

XIV.

El viajero pasa con rapidez por delante de estas obras de escultura, porque otra, verdaderamente notable, llama pronto su atención en aquella misma plaza: la magnífica estatua ecuestre, de bronce que fué dorado, del emperador Marco Aurelio, bastaría por sí sola para dar cumplido testimonio de una verdad que en otro capítulo de este libro hemos sentado, á saber: que el arte de la escultura no fué totalmente extranjero en Roma, por más que extranjeros fuesen, y vencidos, casi todos los que lo enriquecieron y elevaron: las estatuas ecuestres procedentes de Herculano, que guarda el Museo Borbónico de Nápoles, la de bronce que representa á Neron, y que es una de sus mayores joyas, corroboran aquella verdad.

El caballo de Marco Aurelio (á diferencia del de Neron) es un caballo de las orillas del Bétis, que, si levantára las dos manos en acto de encabritarse y galopar, en vez de levantar una sola como determinando el paso majestuoso y gallardo en que no tienen rival los caballos andaluces, diríamos que pudo haber servido de modelo á nuestro gran pintor Ve-

lazgo para el dibujo de la estatua ecuestre de Felipe IV, que adorna la Plazuela de Oriente de Madrid. Con un dibujante como Velazquez y un escultor como Montañés, el Miguel Angel español, se comprende bien el vaciado de una estatua como la nuestra, en la cual tuvo la menor parte el florentino Tacca. En la galería de Florencia se ha conservado el modelo, en pequeño, de Montañés: reivindicuemos para España, aunque sea así de ligero, una gloria artística, que tan de justicia le pertenece.

De Cárlos Maratta, renombrado pintor, que en un siglo de decadencia supo restaurar en parte las tradiciones y bellezas, casi perdidas, de la escuela de Rafael, cuentan los biógrafos que solia decir, embebecido en la Plaza del Capitolio ante la estatua de Marco Aurelio: «¿Por qué no andas, caballo? ¿no sabes que estás vivo?» La errónea creencia que duró muchos siglos, de que aquélla era una estatua de Constantino, la rodeaba de tanto respeto y de tal devocion, que han servido sin duda para que esta singular obra de arte llegue en tan buen estado de conservacion hasta nuestros dias. Un tiempo estuvo en el pórtico del Templo de Antonino y Faustina, segun ciertos anticuarios: despues fué trasladada á las cercanías del Arco de Septimio Severo: *Templum*

Concordia, caballus Constantini, decia un itinerario del siglo ix: despues adornó la Plaza del Palacio Lateranense: Paulo III la hizo traer al Capitolio, al centro de la plaza en que se encuentra. ¡Cuántos sucesos históricos, especialmente en la Edad Media, se refieren á ésta, por muchos títulos insigne estatua!

De su caballo fué colgado, por órden de Oton I, un cierto Pedro, prefecto rebelde de la ciudad: delante del mismo caballo, en el propio siglo x, fué arrojado de noche el cadáver del antipapa Bonifacio, hijo de Feruccio. Durante la parodia de república y de tribuna-to romano, representada más tarde por el revoltoso notario Nicolas Rienzi, el caballo de Marco Aurelio sirvió para una fiesta pública bien original: por espacio de un día entero arrojó por sus narices, como por anchos caños, un doble raudal de vino y agua para regalo y deleite de aquel pueblo seducido por la ambicion exaltada de un insensato.

XV.

Tres edificios simétricos, tres palacios, que aún siendo bellos como diseñados por Miguel Angel, en verdad no corresponden por su grandeza á las tradiciones del antiguo Capitolio romano, rodean la plaza del nuevo.

Es el primero, dando frente el del senador, el clásico palacio de la autoridad municipal de Roma: desde su alta torre cuadrangular se domina, como desde punto céntrico y altísimo, toda la Ciudad y las Colinas y *el agro*: los cimientos de este palacio son las magníficas substrucciones del *Tabularium*, que desde el Foro hemos admirado: delante de la doble escalinata de su fachada hay tres estatuas notables, que anuncian desde luégo que la escultura tiene en esta colina espléndido alojamiento; entre dos simulacros colosales en mármol pário, que representan la figura yacente del Nilo y el Tiber, hallados en el Quirinal, se eleva sobre una fuente la estatua que llaman de Roma triunfante: es una majestuosa Minerva sentada, con un globo en la mano izquierda, obra de muy diestro cincel antiguo, traída de las ruinas de la antigua Coris: en ella alternan el mármol pário y el pórfido: de esta última durísima piedra son los paños, es decir, la parte más difícil y que exige y demuestra mayor habilidad en el artista. Roma, sentada sobre la roca del Capitolio, renueva hoy en otro más venturoso sentido aquella afirmacion y aquel vaticinio de los remotos siglos:

Sedet aeternumque sedebit.

Estamos, pues, en plena region del arte: el

gran salon del Palacio Senatorio, adornado de regulares estatuas modernas, sirve para la ceremonia de la adjudicacion solemne de premios, que á los artistas otorga la Academia de San Lúcas. Aquí, donde veinte siglos hace recibian su corona y los ruidosos honores del triunfo los vencedores en guerras extranjeras, más tarde fueron ceñidas con modesto, pero perpétuo laurel, las frentes de poetas esclarecidos, honra y orgullo de Italia.

Como centro constante del poder municipal, este palacio Senatorio, ó mejor dicho, el edificio que sobre la roca misma del *Tabularium* existia ántes del siglo xvi, fué siempre teatro de los acontecimientos que más influyeron en la paz de Roma y aún de Italia. Por los años 850 el emperador Luis era solemneamente coronado en el Capitolio por el Papa Adriano II, á presencia del senado y del pueblo romano: en el siglo xi, la guerra de Enrique IV contra el poder de los Corsi, y luégo la entrada de Roberto Guiscard, que fueron causa de grandes destrozos en toda la Ciudad, se dejaron sentir principalmente en el Capitolio, donde residian su gobierno y su fortaleza: á principios del siglo xii el Pontífice Pascual II sostuvo un combate ante las torres de aquella colina, que los Corsi no pudieron defender ni librar de ruina: en el mismo siglo, ocupan-

do la Santa Sede Gelasio II, la Ciudad entera acude en armas al Capitolio á librar al Papa ultrajado por el soberbio Frangipani.

En los dias de Inocencio II (año 1143) brilló con luz pálida sobre el Capitolio un relámpago de república, que no otro nombre merece aquel rápido período de turbulencias, asonadas y desdichas, en que tal vez perdió la vida el valeroso Lucio II, y en que los romanos, haciendo resistencia al emperador Federico I, cubrieron de cadáveres el campo: en el siglo XIII sirven las cárceles del Capitolio para encerrar alternativamente gibelinos y güelfos, y su altura para aclamar por emperador á Coradino. Todavía resonaba, puede decirse, el eco de los vivas dados á la república, cuando se dejaron oír los vivas al imperio. Pero la tempestad no habia pasado: despues de sangrientos disturbios entre Enrique VII y los nobles y el pueblo, otro relámpago demagógico iluminó la cumbre del Capitolio: el tribunal de Nicolás de Lorenzo (*Laurentii, Rienzi*), acogido en un principio con candoroso entusiasmo y execrado luégo con varonil patriotismo por Petrarca, trajo sobre Roma un período de horrible anarquía, y sobre el tribuno, convertido en tirano, una muerte mísera y desastrosa.

Desde el siglo XV el Capitolio dejó de ser for-

taleza para tomar el aspecto y condiciones de palacio: á Nicolás V cupo la gloria de llevar á cabo esta transformacion, que habia de enlazar con las tradiciones guerreras del edificio antiguo las casi siempre pacíficas y civilizadoras del edificio moderno. Sobre el Capitolio habian sido coronados, segun la tradicion, Horacio y Virgilio: en el Capitolio recibió Petrarca solemnemente, el dia 8 de Abril de 1341, la corona de laurel, que al decir del gran poeta, sin hacerle más sabio ni más elocuente, sirvióle para que la envidia se desencadenara en contra suya y lo privára de reposo.

No dice la historia que fuera coronado en el Capitolio; pero lo fué con la bendicion de sus contemporáneos, y lo es y lo será con el aplauso y la gratitud de todas las generaciones, el gran cardenal español Gil de Albornoz, el ilustre conquense, á cuya sabiduría y valor debió la Iglesia, más que á los ejércitos y á las alianzas, la recuperacion de sus estados y la paz de Roma. Su figura brilla como uno de los astros mayores del siglo xiv, no ya sólo en el Capitolio, donde restableció la autoridad y el órden, no ya en Bolonia, donde fundó el famoso colegio de San Clemente, sino en la Italia toda, cuyas principales ciudades sometió á la antigua obediencia de la Santa Sede,

á punto de poder presentar un carro de llaves al Papa Urbano V, que al fin, cediendo á sus ruegos, á los de Petrarca y á otros de varones insignes en santidad y letras, consintió en trasladar la silla de Avignon á Roma, donde hizo su solemne entrada en Octubre de 1367. El cardenal Albornoz habia ya muerto. En el colegio de los españoles de Bolonia, una modesta lápida guardaba el recuerdo de tan eminente prelado con estas sencillas palabras:

ÆGIDIUS CARD. CRUCIS SPECTABILI VIRTUTE B. PETRIPATRIMONIUM
TYRANNICA SÆVITIA RABIENTE, VARIIS TURBIDINIBUS AGITATUM, RE-
CUPERATA PRISTINA LIBERTATE REIP. IN TUTA PACE QUIESCIT. ANNO
MCCCLXIII.

Posible es que á no haber faltado el influjo y el consejo del cardenal Albornoz, de aquel *qui sedem romanam diu Avenione exulantem Italia restituit*, como se consignó en el siglo XIV en otra inscripcion de Bolonia, el Pontífice Urbano V no hubiera desandado el camino de las Galias y vuelto á poner la Silla de San Pedro, aunque ya para muy pocos años, en las orillas del Ródano.

El 17 de Enero de 1377, Gregorio XI oraba en Roma sobre la tumba de los Apóstoles: la cautividad de Aviñon habia terminado. Cesan las revueltas y las agitaciones del Capitolio. A principios del siglo XV, en la convencion hecha por el Papa Inocencio VII y el pueblo

romano, se estipuló reducir el Capitolio á palacio y lugar de juicio, *ad formam palatii et loci communis iudicii*. La fábrica, de tiempo de Bonifacio IX, amenazaba ya ruina, cuando Paulo III encomendó á Miguel Angel las obras del Capitolio moderno.

XVI.

Los tres palacios que rodean la Plaza del Capitolio, si no encerraran, como encierran, un interes histórico y artístico de primer órden, no bastarian por su mérito arquitectónico para llamar la atencion en ciudad alguna de importancia, mucho ménos en Roma, donde hay tantos y tan suntuosos palacios; pero los tesoros de escultura, pintura y antigüedades, que guardan éstos del Capitolio, los colocan entre los más notables monumentos de la Ciudad Eterna. Despues del Museo Vaticano hay que visitar el Museo Capitolino, sin perder de la memoria el Lateranense.

El Papa Clemente XII creó, puede decirse, el Museo del Capitolio: sus sucesores lo han aumentado de una manera considerable: hoy representa un caudal artístico, cuya riqueza no es fácil calcular. Estatuas, bustos, bajo-relieves, sarcófagos, inscripciones, multitud

de pedazos preciosos en bronce y mármol, de obras que fueron egrégias: todo esto se halla en el vestíbulo y en la galería y en las salas del Museo, que ocupa el palacio de la izquierda subiendo desde la Plaza de Araceli: hasta en el patio y en el perístilo y en la escalera hay objetos que poderosamente llaman la atención: allí están el coloso de mármol, que representa el Océano yacente, y que por haber sido encontrado en el Foro de Marte, llamóse la estatua de Marforio, la locuáz compañera de Pasquino: dos sátiros, también de mármol, que un tiempo adornaron la escena del Teatro de Pompeyo, y que dieron nombre á la plaza en que fueron hallados: dos sarcófagos, procedentes de las Catacumbas de San Sebastian, cuyos bajo-relieves son notables, más que por su mérito, por su importancia para la historia del arte.

XVII.

Multitud de estatuas y algunas urnas y fragmentos, cuya menuda descripción fuera impertinente, y cuya simple enumeración sería inútil, llenan el atrio y las cámaras bajas del Museo: aquí se ve una provincia romana (la Dacia) esculpida en bajo-relieve, y que perte-

neció á la Basílica de Antonino Pío: allí el medio cuerpo inferior de una preciosa estatua que representó un prisionero, y era una de las cuatro que ornaban el Arco de Constantino: un sarcófago en que está Adriano, en hábito sacerdotal, celebrando un sacrificio: la estatua colosal que llaman de Pirro, sin duda por las cabezas de elefante que se ven en la coraza: el Hércules que mata la hidra, obra estimable, encontrada en la *Via Nomentana*, junto á Santa Ines: el admirable trozo de pórvido de una estatua de mujer, en que la dureza de la piedra para formar los paños y los pliegues, hace honor á la habilidad extrema del artista. Entre los sarcófagos que en este primer piso se guardan, merece especial consideracion el de Alejandro Severo, con las figuras yacentes de este Emperador y de su madre Mammea, tierna expresion de amor filial, que consuela un poco el espíritu despues de pensar en los Nerones y en los Cómmodos y en los Caracallas, y que la implacable arqueología quiere poner en duda, negando la autenticidad de los retratos. ¡Singular empeño! Alejandro Severo habia perecido en las Galias á manos de los soldados, juntamente con su madre: el arte de la escultura, por otra parte, no se hallaba ya en aquella época (y algunos bajo-relieves del sepulcro lo demuestran) á tal

altura que pueda ni deba exigirse aquella exactitud en el parecido y aquella perfeccion en las labores, que son de admirar en la época de Trajano: el sarcófago de Alejandro Severo, que ofrece esculpidos varios sucesos de la vida de Aquiles, es uno de los monumentos más apreciables de cuantos hoy se poseen de la época imperial.

Multitud de inscripciones antiguas, cronológicamente dispuestas, y que hacen referencia á emperadores y emperatrices, y otras más antiguas, que alcanzan á los cónsules, llenan los muros de algunas de estas salas, para que en ellas todo pertenezca á la historia y á las artes. En la de la izquierda han sido depositados algunos objetos preciosos de antigüedad recientemente descubiertos: entre ellos hay dos bronce de mérito extraordinario, un caballo y una parte considerable de un toro: la cabeza del caballo induce á sospechar que la obra corresponde á los buenos tiempos de la escultura griega; recuerda los caballos del Partenon, esculpidos por Fídias: con esto se hace su elogio. El buey podria haber pertenecido al templo de Apolo Palatino, descrito por Propertio.

XVIII.

Hemos dicho que la escalera es parte importante del Museo, y para acreditarlo basta indicar algunos de los monumentos artísticos que la decoran: sus paredes están cubiertas de mármoles; pero, ¿de qué mármoles? De aquellas inmensas é inestimables láminas marmóreas en que una mano hábil grabó la planta topográfica de Roma, en los tiempos de Septimio Severo y de su hijo Caracalla, y que fueron encontradas cuatro siglos hace en el Templo de Rómulo, junto á la *Via Sacra*, hoy San Cosme y San Damian. Era natural: el gran mapa de la Ciudad correspondia de derecho al templo que llevaba el nombre de su fundador.

Hoy, pues, merced á los fragmentos marmóreos incrustados en la escalera del Museo Capitolino, merced á aquella carta, que el tiempo no ha podido destruir, podemos ver en su verdadera forma y situacion monumentos tan importantes como el Pórtico de Octavia y el Foro, y las Basílicas Emilia y Julia, y la Grecostris, y los Teatros de Marcelo y de Pompeyo, y muchos otros edificios, señalados todos con su nombre respectivo. El feliz ha-

llazgo de este dato auténtico é irrecusable de la topografía de la Roma imperial ha librado al mundo arqueológico de muchos libros presuntuosos, de muchas contiendas estériles y de infinitas conjeturas improbables. Dos estatuas notables anuncian ya en la escalera la riqueza de las cámaras y galerías superiores: son aquellas la bellísima estatua de la Vestal, que llaman *La Pudicicia*, y la elegante y graciosa de Juno Lanudinia, que algunos suponen retrato de la emperatriz Faustina.

XIX.

No es posible, ya lo hemos dicho, examinar una á una las obras de arte y de rarísima antigüedad que llenan las estancias del Museo Capitolino. Allí hay destellos luminosísimos del arte griego y joyas de primer orden del arte romano. Pertenecen á la inspiracion del primero, tantos y tantos mármoles que figuran sucesos de la vida y proezas de Aquíles, cantos enteros de la *Iliada* y la *Odisea*, la fábula de Diana y de Endimion, la guerra de las Amazonas, y otros muchos asuntos, que más ó menos directamente se refieren á las guerras de Troya, á la historia y á la teogonía de los griegos. Son esculturas romanas (aunque algunas quizá ejecutadas por artistas

áticos ó rodios) las que representan escenas ó personajes que á la mitología y á los fastos de Roma corresponden: en otros objetos, que por su significacion no puedan clasificarse con arreglo á este principio general, no es difícil reconocer, aún al primer golpe de vista, la época y la escuela de que proceden. Si el precioso mosaico de las palomas, bebiendo al rededor de una taza (ornamento de la sala de los bronceos del Museo Capitolino, hallado en la *Villa Adriana*), no es el que estuvo en Pέργamo, obra del célebre mosaicista griego Sosos, muy ensalzada por Plinio, bien puede afirmarse que es una reproduccion hecha en los primeros tiempos del imperio, en dias de apogeo para el arte. En el Museo de San Juan de Letran veremos otra copia de otro no ménos célebre mosaico del mismo autor: quizá no existan hoy en este género dos más interesantes y estimados ejemplares.

El sarcófago en que está esculpida la fábula de Prometeo, es una de las obras interesantes de la escultura antigua, bajo diversos puntos de vista: el cincel se ha encargado de presentarnos un cuadro de filosofía neo-platónica: la teoría de la formacion y la destruccion del hombre, tal como la imaginaban los últimos filósofos paganos: la aurora ahuyentando las estrellas desde su cuadriga rutilante,

es el nacer de la criatura humana; Minerva, diosa de la Sabiduría, le infunde el alma representada por una mariposa; tres divinidades implacables acompañan al hombre desde sus primeros pasos; el Destino, significado en una mujer que desde las alturas señala el curso de los acontecimientos; la Parca, que con mirada fija en el mísero viviente, va hilando el estambre de su vida; y Nemesis, que inflexible y serena, lo acompaña en todas sus operaciones para aplicarle, según ellas, premio ó castigo. La luna que se pone, representa la decadencia y la muerte: el alma, transformada en Psiquis, va á su destino, guiada por Mercurio: hasta ahí llegó la ciencia de los sabios de la Academia. Sobre la cubierta del sarcófago está la figura yacente de un jóven cuyo nombre, ni aparece escrito, ni se ha atrevido á suplir la crítica arqueológica: el asunto de los bajos-relieves (poco notables bajo el punto de vista artístico) es una página curiosa para la historia de las aberraciones filosóficas, y para comprobar cómo empezaban á abrirse camino, aún entre las tinieblas del mundo pagano, la noción del alma y las ideas sobre el origen y destino del hombre, escritas con luz esplendorosa en los primeros capítulos del *Génesis*.

Pasan de ciento veinte las estatuas bien conservadas y dignas de estudio, que guarda

el Museo del Capitolio: Apolos, Dianas, Céres, Junos, Mercurios y Faunos, que tuvieron su original respectivo en obras insignes de Praxitéles, cuyo aire de familia ostentan: el famoso Endimion, con todos los caracteres de la pura escuela helénica; el Amor, copia en mármol griego de aquel otro Amor de Lisipo, tan celebrado por Pausanias; la Psiquis con alas, modelo de dibujo, de invencion y de escultura; los varios simulacros de Hércules; el Esculapio de mármol morado; el Baco con la pantera, que parece el mismo descrito por Marcial; los dos Centauros, rarísimas y admiradas joyas del arte antiguo, obra de Aristeia y Papia, proveniente de Tívoli; la Amazona herida, de Sosicles, escultor griego; las estatuas de Alejandro Magno, de Augusto, de Julia, de Tito, de Adriano; la Hécuba, creida generalmente una plañidera; el Harpócrates, dios del silencio; las Isides; la estatua en bronce del jóven Camilo; la de Marco Aurelio; el Gladiador, que cae combatiendo, cuyo torso se tiene por copia, y buena, del célebre *discóbulo* en bronce de Miron, de que son asimismo reproducciones el del Vaticano y el del Palacio Massimi; el busto de Escipion el Africano; la estatua sentada de Julia Pia, mujer de Septimio Severo; el vaso hermosísimo de mármol, de antiguo cincel griego,

quizá de Calimaco, en que están esculpidos los doce dioses mayores del Olimpo pagano, y otras obras no ménos interesantes de la coleccion Capitolina, merecerian especial noticia y áun la historia, que no caben de suerte alguna en los límites de este libro.

Recordaremos, sin embargo, pagando así una parte siquiera del tributo debido á la justicia, la *Vieja bacante* caída en tierra, con el ánfora entre las manos, cual la describen Petronio y Fedro, monumento de mármol, de escultura griega, encontrado en la Via Nomentana, repetición acaso de aquella *Vieja ébria*, de Miron, que pasaba por una de las mayores joyas artísticas de Esmirna. El *Fauno* de mármol rojo, compañero del otro que está en el gabinete del Museo Vaticano; una y otra rarísimas y preciadas obras de la escultura romana en el segundo siglo, fueron en su día adorno y gala de la Villa Tiburtina, regalada mansion del emperador Adriano, en cuyo tiempo la escultura despidió resplandores, intensos aunque rápidos, como los resplandores desacostumbrados y repentinos de una luz que se apaga.

XX.

La *Vénus* y el *Guerrero herido* figuran entre los monumentos de primer orden que el ar-

te antiguo ha legado al moderno. La Vénus del Capitolio pasa por ser la reproducción más aproximada de la Vénus de Gnido, obra maestra de Praxitéles, la cual pereció en un incendio en Constantinopla, á fines del siglo v. El mármol es pário, purísimo, trasparente; su estado de conservacion casi perfecto. Los eruditos atribuyen esta admirable copia á cincel romano; si así fuera, no podria hacerse mayor elogio de la altura á que en Roma llegaron los discípulos de Praxitéles y Fídias; pero la verdad es que, á pesar de que en algo se aparta esta obra de aquella delicadísima pureza de formas que constituia el ideal griego, siempre será difícil probar, dadas la naturaleza del mármol y la perfeccion de la escultura, que la Vénus del Capitolio no procede de la misma region, y áun del estudio mismo de donde salió la Vénus de Médicis, que unos atribuyen á Cleómenes y otros á Filisco, fundados estos últimos en que la Vénus famosa de Filisco estuvo en el pórtico de Octavia, y allí cerca fué encontrada la de Médicis, que hoy figura en el Museo de Florencia.

XXI.

Con el nombre impropio de *Gladiador moribundo*, se ha conocido por muchos años, y es

admirada en el Museo del Capitolio, la estatua en mármol de un guerrero caído y próximo á morir; la calidad de la persona representada y el mérito artístico de la obra, revelan que ni aquélla es un gladiador, ni ésta pertenece á los tiempos en que hubiera sido posible elegir gladiadores: cuando este bárbaro ejercicio empezó á ser parte de los juegos y de los deleites del pueblo romano, ya la escultura no sabía producir obras tan acercadas á la perfección. Los franceses quieren que sea un gallo herido de muerte, un poema abreviado de la bravura y serenidad de sus abuelos: los alemanes no hallan motivo para que no sea un germano: en ningun libro hemos leído que sea un celtíbero; verdad es que ningun español, que sepamos, ha escrito *ex-profeso* acerca de las esculturas del Museo Capitolino. Y ¿por qué no podía ser aquél un guerrero de la raza que más difícilmente sojuzgaron las legiones romanas? Aquella figura desnuda sin más adorno que un collar (*torques*), representando la lucha entre el cuerpo que se cae y perece, y el ánimo que anhela proseguir el combate, puede adaptarse á muchos pueblos de la antigüedad, cuyos hijos pasaban la vida en el campo de batalla aprendiendo á morir.

Un heraldo espartano suponen que quiso reproducir el artista, los que profesan la idea de

que ésta es una estatua griega y de los mejores tiempos; los que la juzgan romana no le dan más antigüedad que la de la época inmediatamente posterior á la toma de Siracusa, es decir, á la instalacion definitiva del arte griego en Roma. En tanto que esta cuestion se decide entre unos pocos anticuarios, los pintores y escultores de tres siglos, y millares de viajeros de todas las naciones acuden al Capitolio, á la sala que las guías y los *cicerones* llaman del *Gladiator*, los unos á estudiar, los otros á aprender, y todos á rendir homenaje de aplauso y admiracion ante una de las esculturas más peregrinas, entre las más peregrinas, que sólo es dado ver en los museos de Roma.

XXII.

Dos salas hay en el Capitolio, que ofrecen especial interes para el arte y para la historia: llámase una la sala de los Filósofos, y la otra la de los Emperadores.

Bajo la primera denominacion se comprende una curiosísima serie de bustos pertenecientes, no sólo á filósofos de la antigüedad, sino á poetas, á historiadores y á retóricos, cuyos nombres son verdadera gloria, no ya de las ciencias y de las letras griegas y latinas, sino de la humanidad entera.

Que la autenticidad y exacta correspondencia de algunos de aquellos bustos han sido disputadas y contradichas por la crítica moderna, no hay para qué indicarlo; ¿por ventura la crítica moderna deja en paz algo de lo que constituía las más puras complacencias de nuestros padres? Y sin embargo, aún á través de las sombras acumuladas en aquel recinto por una erudicion quizá más presuntuosa que certera, al recorrer aquella galería de hombres extraordinarios, que representan las mayores conquistas de la inteligencia humana, conquistas sin sangre y sin estragos, el espíritu se recrea dulcemente, y salvando distancias y lugares, saluda el genio de la Epopeya ante los bustos de Homero, adivinados por Rafael, y reverencia la sabiduría de Aristóteles, mirando aquella efigie, que perteneció quizá á Pomponio Ático; aquella misma efigie, bajo la cual querría Ciceron sentarse, mejor que en la silla curul.

El verdadero amante de las letras clásicas no pasará por delante del busto de Virgilio, el Platon de los poetas, como le llamaba Alejandro Severo, sin leer en aquellas facciones abultadas y en aquella singular cabeza, los rasgos más expresivos de las *Geórgicas*, el canto más dulce de la *Eneida*. Allí están nuestro insigne cordobés Séneca y el hermoso busto de

Apuleyo, que perteneció á un embajador de España; y los filósofos, Sócrates, de tan bello entendimiento como deforme cara; Teofrasto, Diógenes, *barba comante*, como dice Sidonio Apolinar; Pitágoras, Heráclito, *clarus ob obscuram linguam*; Aristómaco, el filósofo que pasó cincuenta años estudiando la vida é industria de las abejas; los grandes trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides; Demóstenes, el orador de Atenas; Ciceron, el orador de Roma; Hipócrates y Asclepiades, padres de la medicina; Anacreonte, Aristófanes, Terencio, el elegante poeta cómico latino; Tucídides y Herodoto; Caton, Junio Rústico, preceptor de Marco Aurelio; el arquitecto Posidonio, y muchos otros que recuerdan obras ilustres en todo género de literatura.

¡Salud al genio! En aquella estancia, original y única, habitada por los príncipes del pensamiento, el espíritu se recoge como en un santuario, y la fantasía se exalta, como si recorriera el monte mismo, donde resonaron los ecos de las Musas. ¿No hay ya poetas vivos que vayan en el silencio de la noche á escuchar el sublime rumor de los poetas muertos del Capitolio? ¿No hay, por ventura, quien sepa traducir en el lenguaje del sentimiento y de la poesía las frases que articulan aquellos labios frios como el mármol, y las miradas que lanzan

aquellos ojos inmóviles como la piedra? Tienen album los seres más oscuros de la sociedad presente, y no tiene album la gran academia clásica de los siglos, que en el Museo Capitolino celebra su sesión permanente y silenciosa. La conversacion de los bustos imperiales puede y debe ser un libro de historia del imperio; la conversacion de los bustos de los poetas puede y debe ser objeto de una interesante multitud de pequeños poemas, capaz de abrir fecundos horizontes en el campo solitario y enfermizo de la literatura contemporánea.

XXIII.

Invirtiendo el orden topográfico, dejamos para la última la sala de los Emperadores, porque, sin duda, bajo el aspecto histórico merece más detenida consideración; es un cuadro completo de las familias imperiales de tres siglos: el atento estudio de aquellos ochenta bustos es un curso de historia romana en el más importante de sus períodos. Los rasgos de aquellas fisonomías son páginas abreviadas de Tácito y de Suetonio. Desde Julio César, dictador, que abre la serie, hasta Juliano el Apóstata, que la cierra, bien puede asegurarse que cada una de aquellas imágenes, á la vez que determina el progreso ó decadencia del arte

de la escultura, señala y simboliza el principal carácter histórico de las épocas respectivas. Veamos.

AUGUSTO, de quien dice Suetonio *forma fuit eximia et per omnis ætatis gradus venustissima*, revela en su semblante *tranquilo* y *sereno* aquella profundidad de pensamiento y de cálculo, que le distingue y acompaña en todos los actos de su vida. El fundador del más vasto imperio que los siglos conocieran, es el gran artista que sólo en el instante postrero de su existencia arrojará del semblante la máscara para preguntar: ¿He representado bien la comedia de la vida? Todos los bustos del primer Emperador romano ofrecen esa especie de máscara impenetrable: son verdaderos retratos al natural: la cara de Augusto debió ser, en efecto, de mármol.

MARCELO, el sobrino malogrado de Augusto, en cuyo honor se erigió el famoso teatro de su nombre; el hijo de Octavia, que Tácito llamaba *breves et infaustos populi romani amores*, y que mereció ser cantado por Virgilio, murió á los diez y ocho años de edad: este busto representa el primero y más intenso dolor de Augusto; las amarguras no se hacen, pues, esperar, ni están muy léjos de la grandeza imperial.

Si es de AGRIPA, como se cree, la imagen

que sigue, del favorito y yerno de Augusto, pretor, censor, tribuno de la plebe y tres veces cónsul, infatigable promovedor de las obras públicas, cuyo nombre perpetúa el Panteon, bien se descubre en su semblante que pertenece á la raza de aquellos hombres que saben obedecer á uno para mandar en todos, como dice Veleyo Patérculo, á aquellos espíritus altaneros con los inferiores, humildes y complacientes con el que manda. El tipo de Agripa, pero sin su actividad y genio para construir fuentes y lagos y estatuas, es vulgarísimo en las sociedades modernas.

TIBERIO, alto de cuerpo, de faz honesta y grandes ojos, corresponde á la descripción de Suetonio; desdeñoso y melancólico, parece que el campo de los pretorianos constituye su más viva preocupación: el segundo Emperador ve ya de lejos asomar el peligro: diríase que prevé las rebeliones que en breve han de ensangrentar el campo y la Ciudad.

DRUSO, hermano de Tiberio, el vencedor de los germanos, de semblante dulce y suave, murió en la flor de su juventud, desembarazando así del peso de celos mortales á su imperial hermano, que escribió, sin embargo, el nombre Druso junto al suyo propio en el Templo de la Concordia, como testimonio de ternura fraternal.

ANTONIA (menor), hija del triunviro Marco Antonio y de Octavia, hermana de Augusto, mujer de Druso, ofrece en su busto los nobles rasgos de belleza y castidad, que Valerio Máximo encarecía, llamándola *fœmina laudibus virilem familiae suae claritatem supergressa*. Fortuna es que tal elogio pueda escribirse de la primera dama romana que figura en la interesante galería de los bustos imperiales. No se repetirá demasiado.

Su hijo GERMÁNICO, que al lado aparece, mereció por sus altos hechos ser comparado con Alejandro Magno; *Salva Roma, salva patria, salvus est Germanicus*, se decía al recibir noticias de sus victorias, cuyo número se contaba por el de las batallas. Su mujer AGRIPINA, hija de Agripa y nieta de Augusto, interrumpe pronto, no puede ser ántes, la serie de las mujeres modestas que ocupan el trono ó la casa de los emperadores romanos. Altiva, orgullosa, *pervicax iræ*, como dice Tácito, tiene algo de magnífica, y aún de heroica, en las líneas de su semblante, y se concibe bien que los soldados la aclamasen madre de los campos de batalla.

CALÍGULA tiene escrita en la cara la deformidad de su corazón: la frente ancha y torva, que dice Suetonio, el color pálido, las facciones descompuestas, los ojos cóncavos, expre-

sion é imagen de la mente turbada, segun Tácito, han hallado tan perfecta expresion en su busto de basalto, que no parece sino que el arte ha querido apurar las maravillas de la belleza para trasmitirnos la horrible verdad física y moral de aquel Emperador, que llamaba á Homero poeta sin talento, á Virgilio versificador mediocre, y á Tito Livio, muerto poco ántes, historiador sin gracia.

El de pulcra canicie y cabeza trémula y triste, es CLAUDIO, sobrino de Tiberio, aclamado emperador despues de la trágica muerte de Calígula, tipo extravagante, que algunos creyeron estúpido, soberano irresoluto y débil, hombre material y tosco, marido imperturbable hasta el cinismo ó la imbecilidad.

MESALINA, su quinta mujer, cuya celebridad y desastrosa muerte en los Jardines de Lúculo son bien conocidas, y AGRIPINA, que la sucedió en el tálamo imperial, hija de la otra Agripina, y madre digna de Neron, forman al lado de Claudio un grupo, que verdaderamente espanta y repugna.

NERON aparece en dos distintos bustos con sus dos más notables caractéres: jóven en el primero, es el emperador popular, poeta vanidoso, actor y cochero, que se confunde con la plebe y ambiciona los aplausos de la multitud; el otro es el hombre dominado por la soberbia,

el de los instintos feroces, *corpore maculoso et fædo, suflavo capillo*, el de ojos hundidos y pelo en ondas *comam in gradus*, el que lleva en los antros de su pensamiento el incendio de Roma y la muerte de su maestro y de su mujer y de su madre. Pasemos adelante, compadeciendo al loco feroz, y detengámonos á contemplar el más bello busto, artísticamente hablando, de la coleccion.

Es de mármol de dos colores; blanco purísimo el de la cara, frigio con venas violáceas el de los paños, que tienen la labor exquisita del máspreciado camafeo; representa á POPEA, mujer de Neron, la reina del lujo y del tocador; la que se bañaba diariamente en leche fresca de quinientas burras; la que deseaba morir ántes que envejecer; su semblante es ciertamente hermoso, no así su corazon; la posteridad la ha considerado como una furia con la belleza de las gracias.

Despues de un drama, que drama fué la vida y muerte de Popea, viene una tragedia, viene GALBA. Este Emperador, proclamado por las legiones de España, inaugura un período de emperadores de azar y de conquista, á quienes levanta y abate el impulso de la fortuna. Irregular y todo, en los emperadores precedentes se advierte una sombra de dinastía; más ó ménos lejana, la parentela de Au-

gusto ó de Livia ha pasado por el trono imperial; noventa y ocho años ha durado la Era Julia con sus cinco emperadores. Galba presenta ya un tipo nuevo; otra raza, otra sangre; no hay más que mirar su busto: cabeza calva, nariz aguileña, ojos claros, cara flaca y musculosa, frente arrugada; estas señas han dejado de su fisonomía los historiadores; éstas se pueden comprobar en su mayor parte en la efigie de mármol del Capitolio, en la cual ha querido algun anticuario, apasionado sin duda, y áun lisonjero de Galba, hallar alguna semejanza con la cabeza inteligente de Constantino, de Carlomagno y de Francisco I.

Muerto miserablemente aquel soberano, de quien dice un autor, que se le hubiera creído digno de mandar, si no hubiera mandado; y hecho pedazos su cadáver junto al lago de Curcio, subió al trono SALVIO OTON, para dejarlo con la vida á los tres meses. Mísero suicida, llevaba en sus propias facciones, y nos repite el busto de mármol arenoso y tosco, los caracteres de una degradante afeminacion y de un espíritu glacial y depravado. Oton era el marido cesante de aquella Popea, que Neron tuvo á bien llevarse á su palacio.

Más raros quizá que los bustos de Oton son los de su sucesor VITELIO, sensual y gloton, como nos lo representa el del Capitolio. *Vite-*

lius, dice Tácito, *ventre et gula sibi ipsi hostis*: la gula y el vino hubieran puesto término á la existencia de aquel tirano, para quien era grato el olor de enemigo muerto, si ántes la soldadesca y la plebe, sacándolo del abyecto lugar en que se habia escondido, no lo hubieran sacrificado á su furor, paseándolo con ignominia y cuerda al cuello á través del Foro por toda la Via Sacra, y arrojando en el Tíber su cadáver.

Después de los revueltos y tristísimos reinados de Oton y Vitelio, parece que una ráfaga de buen sentido, ya que no de virtud, pasa por delante del trono imperial. Lo ocupa VESPASIANO. A buen emperador, buen busto: el arte es esta vez equitativo. El busto de Vespasiano corresponde al mérito del que, como general, habia ganado en la Bretaña veinte ciudades y treinta batallas, y, como emperador, supo desviar las corrientes de la gobernacion del camino por donde el insensato hijo de Agripina, constructor de la Casa de Oro, y sus sucesores las habian dirigido. Su cara franca, jovial y benigna anuncia un carácter de los que ahora diríamos *conciliadores*, fáciles á la transaccion, dispuestos á estar bien con todos: se concibe que diera libertad al historiador hebreo Flavio Josefo, y que tratara con amistosa benevolencia á Plinio el mayor y á Quintiliano. El bus-

to, que es de alabastro florido, y de muy hábil artista sin duda alguna, trae al punto á la memoria aquellos versos de Petrarca:

*Vespasian poi alle spale quadre
Il reconnobbi à guisa d'uom che penta.*

No es tan bueno el busto que sigue, aunque pertenezca á un emperador que fué llamado *Delicias del género humano*. Tiro, el vencedor de Jerusalem, el que termina el Anfiteatro y construye las termas y reforma el Palacio Imperial, ostenta, como decia Tácito, *decor oris cum quadam majestate*: hay, en efecto, en su boca y en los rasgos de su cara cierta dulzura astuta, cierta bondad perfectamente estudiada, que no son aquella bondad y aquella dulzura que resplandecen en otras caras apacibles, verdaderos espejos de almas sanas. La sombra del único delito de que al morir se arrepentia, y que la historia no declara, parece vagar en su frente é imprimir en todo su semblante un sello especial de melancólica preocupacion.

Despues del busto de Tito vemos el de su hija JULIA, principio ya de decadencia en el arte de la escultura como en el gusto del tocado. Su hermosura no puede compararse con la de Popea y Agripina; tampoco la de los bustos; sin embargo, el mármol pario del de

Julia es muy bello y el trabajo esmerado, áun reconocido el principio de decadencia en el estilo. La personalidad histórica de la hija de Tito sería insignificante, si no le diera cierto interes, el interes de la compasion, la trágica muerte de aquella infeliz mujer, que inspiró muy sentidos versos á Marcial. Casada en segundas nupcias con su tio Domiciano, pagó con la vida, sin el consuelo de ser madre, la ambicion de ser augusta y llamarse Emperatriz.

DOMICIANO fué mucho más cruel de lo que declaran las líneas de su semblante; su *calida savitia* llegó á hacerse proverbial, y sin embargo, su exterior era *pulcher ac decens*, si hemos de creer á los contemporáneos y al busto mismo que tenemos delante: solamente la calvicie, que entónces era deshonorosa, pudiera acusar sus vicios y deformidades; pues sabido es que Ovidio decia:

*Turpe pecus mutilum, turpe es sine gramine campus;
Et sine fronde frutex; et sine crine caput.*

A la luz de las despreocupaciones actuales, que no tienen la calvicie por deshonor ni por letrero del vicio, el busto de Domiciano, que es el de un monstruo, moralmente hablando, ofrece aquel rostro verecundo, aquella nobleza de ojos y aquel aire de honestidad, que le

atribuye un historiador latino. Hicimos poco ántes aplicacion del proverbio, que enseña que es la cara espejo del alma; ahora con motivo del busto de Domiciano, lícito será acudir á aquel otro proverbio, hijo de la prudente observacion, que dice: las apariencias engañan.

Un hermoso busto que sigue al de Domiciano es el de DOMICIA, su primera mujer, hija de Corbulón: el busto merece más alabanza que las costumbres y el carácter de la persona que representa.

NERVA tiene el aire de honradez que sus biógrafos y algunos de sus actos le acreditaron: débil, flaco, de cara afilada, es un viejo respetable, que si en su año, ó poco más, de emperador, no hubiera tenido más inspiracion feliz que la de adoptar á Trajano, por ella sólo mereciera bien de la humanidad y de la historia.

Llegamos á TRAJANO. Ante su efigie simpática parece que se respira con cierta expansion: es el primer punto donde el espíritu, fatigado de una peregrinacion sombría, puede reposar un poco y dilatarse. Cuando la Providencia dispone que al trono de los emperadores romanos, que es el trono del mundo, suba un hombre digno de mandar á los demas, aunque no siempre exento de error ó de flaqueza, suscita un español. En la gloria de

Trajano tenemos, pues, una participacion insignie cuantos con el nombre de españoles nos honramos. Si pudiera suprimirse de su historia la página del martirio de San Ignacio, su historia sería un poema: tantas fueron sus conquistas por tierra y por mar. Por serle todo propicio, no parece sino que el arte se detuvo en el camino de decadencia que llevaba, como si quisiera contribuir con sus antiguos primores á la mayor exaltacion de un período que habia de ser por muchos conceptos memorable. El precioso busto de mármol blanco, que contemplamos, reúne el doble mérito de un trabajo excelente y de una admirable fidelidad en el parecido: la prudencia, la sencillez, la franqueza y el valor, que todavía constituyen el fondo del carácter español, cuando no lo desfiguran y afean pasiones innobles, resaltan bizarramente en aquella cabeza grande y en aquel rostro expresivo sin estudio, sereno sin altivez, que el viajero, y sobre todo el viajero español, no se cansa de mirar. El hijo ilustre de Itálica, el protector de Tácito y de Plinio el jóven, el soberano que recorre gran parte de su vasto imperio, dejando por doquiera testimonios de su grandeza, como el puente colosal sobre el Danubio, digno es de las alabanzas que la historia le tributa, y bien se concibe que llegára á ser objeto en la Edad

Media de una piadosa creencia en favor de la salvacion milagrosa de su alma.

Las mujeres, que en tiempo de Trajano habitan la casa imperial y ejercen influencia en los destinos del orbe, pueden exhibirse sin rubor, porque en ellas, si compite la gallardía del cuerpo con las dotes del espíritu, es para ser aquella vencida y sobrepujada por éstas.

PLOTINA, mujer de Trajano, merece de Plinio la exagerada calificacion de *sanctissima femina*.

MARCIANA, su hermana, fué verdadero tipo de la matrona, en quien brillaban, á decir del mismo Plinio, la franqueza, la verdad y el candor de Trajano.

MATIDIA, hija de Marciana, es una hermosa jóven, por extremo parecida á su tio el emperador. Su busto, en riquísimo mármol blanco, ofrece ya un nuevo estilo en el adorno de la cabeza; una abundante trenza de dos vueltas forma como la corona de aquella frente casta y despejada. En adelante el mal gusto se deja ya sentir; comienzan los peinados (algunos postizos), que Juvenal compara con casas de muchos pisos.

La fisonomía de ADRIANO, tambien español, y de la misma familia de Trajano (nieto de Matidia, é hijo de Paulina, dama ilustre gaditana), es ya una fisonomía diversa, como diver-

sos eran los pensamientos y distintas también las condiciones. Al aspecto veraz, pausado y grave de Trajano, sucede el aspecto vagaroso, evaporado, superficial de Adriano: la forma, inusitada hasta entonces, en que deja crecer su barba, le da el aire de un hombre de nuestros días, de un *touriste* incansable, que así levanta en Egipto la tumba arruinada de Pompeyo, como construye en la Bretaña una muralla de treinta leguas, y en las Galias el Teatro de Nimes, y edifica el Anfiteatro de Capua y concluye en Atenas el Templo de Júpiter Olímpico; ora, en fin, se propone ver la alborada sobre la cima del Etna, ora pasear por la corriente del Nilo. Trece años de continua marcha por todos los climas y latitudes, á pié casi siempre y estudiando, habían de acabar con una salud de suyo endeble. De los muchos mármoles que han transmitido su figura, dos bustos del Capitolio son dignos de exámen y alabanza: ellos revelan bien al Emperador erudito, pintor, escultor y arquitecto, con las ambiciones y los odios de artista, que no admite rival: la muerte de Apolodoro de Damasco fué una venganza de arquitecto ofendido, á cuyo servicio se puso todo el poder del emperador ofuscado. Volvamos, pues, á los bustos: en el uno la cabeza es de mármol blanco y el resto de mármol oriental trasparente; en

el otro la cabeza es de alabastro oriental, y el resto de alabastro rayado, piedra rarísima, que para el efecto de los paños no tiene superior ni admite precio. Positivamente, en los días de Adriano, el arte de la escultura y la riqueza de los materiales en ella empleados llegaron á un punto que sorprende.

La *villa* de Tíboli, llamada *Villa Adriana*, cuyas magníficas ruinas todavía se ven, residencia preferida de este Emperador, en la que habia dos teatros, termas, liceo, academia, templos y biblioteca, era un museo de primer orden, á que pertenecieron gran número de las joyas esculturales, que hoy guardan los museos de Roma y de otras ciudades de Europa; los faunos rojos, de que hemos hecho mérito, los centauros, muchas estatuas colosales, mosaicos, como el de la taza con las palomas, objetos, en fin, del más alto interes, obras griegas y romanas, imitaciones admirables del arte egipcio, se ostentaban, como en el mayor tesoro de Roma, en la *villa* de Adriano. Sobre todo, el arte griego y el arte egipcio tuvieron en su tiempo una especie de resurreccion repentina, de llamarada, cuyo resplandor ha llegado hasta nosotros. El Museo egipcio del Vaticano guarda buena parte de aquella riqueza.

No es inferior á los bustos descritos de Adriano el de JULIA SABINA, su mujer, cuya

muerte envuelven los historiadores en un misterio, que favorece poco á la memoria de aquella Emperatriz. En el busto, que es de alabastro oriental y mármol blanco purísimo, se representa una matrona de agraciado y noble continente, de visible elegancia en el adorno de la cabeza, respecto de Matidia y de Marciana.

ELIO CÉSAR ó LUCIO AURELIO VERO fué un hijo adoptivo de Adriano, que murió en la juventud; su busto justifica las alabanzas que de su figura hicieron los historiadores: *comptus, decorus pulchritudinis regiae, oris venerandi*, escribió Esparciano.

La ráfaga saludable deja sentir aún su influjo por delante del trono imperial. Un soberano que, en concepto de algunos, puede compararse con Numa en lo físico y en lo moral, empuña el cetro de los Césares, se llama ANTONINO Pío. Aurelio Víctor lo describe como el resumen de todas las grandes prendas: otro historiador dice que fué varon notable por la figura, claro de ingenio, suave de costumbres, clemente, noble, de rostro plácido y de singular ingenio; todas estas cualidades se bosquejan en el busto del Capitolio, no por cierto maravilla de arte, pero sí monumento muy estimable por lo cierta y clara que es la exactitud de la efigie.

FAUSTINA, la mayor, mujer de Antonino Pío, fué más notable por su hermosura que por sus virtudes. Amóla con tanto extremo su bondadoso marido, que despues de muerta la deificó, declarándola *sideribus recepta*, como se lee en algunas medallas, y haciendo esculpir su imágen con los atributos de Diana Lucífera, de Cibeles ó de Céres: todavía está escrito su nombre *Divæ Faustinae*, juntamente con el de Antonino Pío, en la antigua Via Sacra, en el fronton de un templo erigido por el Senado en honor de aquella Emperatriz: hoy es San Lorenzo *in Miranda*.

MARCO AURELIO, grave desde la primera infancia, más desgraciado aún en la vida doméstica como marido, que su suegro Antonino Pío, es otro de los emperadores en que debe fijarse la mirada con respeto. Las noticias que acerca de él nos dan los historiadores, el espíritu de sus cartas á su maestro de elocuencia Fronton, y los rasgos fisionómicos de su busto, se acuerdan y conforman por completo; aquella tranquilidad, que no lograban alterar ni los impulsos de la alegría ni el influjo de la tristeza, se ve en el mármol que tenemos delante.

FAUSTINA, la menor, excedió á su madre, la otra Faustina, en las dotes de la belleza y en el escándalo de los extravíos: la mujer, de quien

se dice que sobresalió por sus gracias entre todas las mujeres de su tiempo, mostrándose por su conducta indigna de un padre como Antonino Pío, y de un marido como Marco Aurelio, mostróse dignísima de un hijo como el imbécil y feroz Cómodo. El busto del Capitolio es uno de los más estimables de la colección; el artista se inspiró en la mujer mejor que en la esposa.

GALERIO ANTONINO, hijo de Marco Aurelio y de Faustina (otros lo creen Annio Vero), aparece á continuación en un raro y precioso busto de mármol pario, encontrado con los de la misma familia en 1701 sobre la Via Apia, cerca de Ciudad Lavinia.

LUCIO VERO, hermano por adopción de Marco Aurelio, tiene los caracteres del valor inmodesto, sin tocar en la fatuidad. Sus largas campañas en Oriente le habian hecho adoptar hábitos, que tal vez le valieron la nota de extravagante: su barba, *barbarice demissa*, y su frente espaciosa y su espíritu un poco aventurero, dan cierto aire de agradable originalidad al busto del Capitolio.

Su mujer LUCILA viene á renovar el tipo de las Faustinas y las Agripinas. Como ellas, pasa á la posteridad en un egregio monumento de arte: de mármol blanco el rostro, de mármol negro los cabellos: de alabastro florido los

paños: tal es el admirable y singular busto que nos perpetúa la belleza corporal (ya que otra belleza fuera difícil) de la hermana de Cómodo, mujer de Lucio Vero, relegada primero, y sacrificada al fin por orden de su marido.

El arte no se cansa de emplear sus galas y sus perfecciones en tipos moralmente aborrecibles: dura todavía aquel buen gusto, aunque algo refinado, de la escultura que vimos de súbito reaparecer en tiempo de Adriano: dura, y de ello ofrece espléndida demostración el busto de Cómodo, el rival de Neron en las degradaciones: éste había llegado hasta histrión, Cómodo baja hasta gladiador: no pudo enlodarse más la púrpura de los emperadores. El aspecto de Cómodo no es, sin embargo, repugnante: ántes bien en su juventud fué de cara pulcra y varonil; y á esta época de su vida se refiere el busto que examinamos, estimable no sólo por su mérito, sino por lo raras que fueron y son las efigies de aquel tirano, destruidas todas al punto de su muerte bajo la voz imperiosa del Senado: *parricidæ statuæ detrahantur*.

Su mujer CRISPINA, también desterrada y muerta como Lucila, era bella de rostro como ésta, que la belleza fué casi siempre el atractivo capital para los emperadores romanos, y ofrece en el raro busto que de ella se conserva

al lado del de su marido y verdugo, la novedad de la cabellera rizada á fuego, *calamistrata coma*, que tanto daba que decir y que discretear á los poetas epigramáticos de aquel tiempo.

El paréntesis del buen gusto artístico puede considerarse ya cerrado, como lo está, desde ántes de Cómodo; la escuela escultural de Adriano tocó á su fin, el de los buenos ó tolerables emperadores: tampoco esperemos ver reanudarse la serie de los Augustos, ni la serie de los Flavios: la era Flavia, Ulpia y Antonina, que cuenta nueve emperadores, ha terminado ya: á aquellas especies de dinastías va á suceder otra, que no tiene más origen que el tumulto militar. Aprestémonos, pues, á ver en buen número emperadores de aventura, emperadores por la rebelion ó el hierro, ó por el oro.

Hé aquí PERTINAZ: los asesinos de Cómodo le brindan con el trono: y él, de humilde extraccion, viejo, pero ambicioso, acepta para sufrir á los tres meses la misma suerte, y quizá de las mismas manos que su antecesor. Tan breve como es esta historia, es vulgar y compendioso el busto de Pertinaz.

Al desaparecer este desdichado emperador, los pretorianos pusieron á subasta el trono en que se habian sentado Augusto y Trajano y

Marco Aurelio; la más alta proposición en moneda contante la hizo DIDIO JULIANO: dos meses le duró la comprada púrpura: los que se la habían vendido y tardaban en recibir el precio, se la quitaron con la vida. Su busto no es propiamente del emperador Didio Juliano, ya que así se llamó sesenta y seis días: es más bien del Didio Juliano, que en los gobiernos de las provincias y en los cargos de la magistratura se había enriquecido hasta el punto de ajustar en 30.000 sextercios por soldado (más de mil duros) su elevación al trono: de las estatuas que durante alguno de sus consulados se le hicieran, debió de tomarse el busto del Capitolio, semejante, casi idéntico, á las medallas acuñadas en la brevísima dominación de aquel mercader de tronos, torpemente reproducido á los diez y siete siglos en las orillas del Bétis, que vió nacer á Trajano.

De Manlia Escatilia, mujer de Didio Juliano, se había creído el busto que le sigue: pero nuevas y más fundadas investigaciones demostraron que pertenece á JULIA MAMMEA: para formar idea de la poco interesante efigie de Manlia Escatilia, es preciso acudir al Museo Vaticano, donde, no uno, sino dos bustos, se conservan de aquella augusta improvisada.

PESCENNIUS NEGRO y CLODIO ALBINO, fueron dos aspirantes á emperadores, que se encon-

traron en el camino de Septimio Severo, y que no tarde hallaron el mismo término á sus ambiciones, que los Julianos y los Pertinaz. Sus bustos los representan audaces y valerosos, pero sin ninguna de aquellas altas calidades que distinguen á los hombres superiores.

Con SEPTIMIO SEVERO se entroniza una nueva raza: la sangre africana de este emperador se transparenta por el mármol de sus bustos: inteligente y cruel, astuto y atrevido, perseverante en los proyectos, diligentísimo en lo que le importa, liberal para con todos, vehemente en el amor hácia los amigos y en el ódio hacia los enemigos: estas prendas del alma, exigen para su fiel traduccion, la tez morena, la cara larga y triste, los ojos grandes, los labios gruesos, y negros y encrespados los cabellos. Así son los bustos de Septimio Severo.

Su segunda mujer JULIA PÍA, inaugura tambien, puede decirse, una serie de emperatrices extranjeras: la gracia siria ha vencido á la belleza romana: el Oriente vuelve á estar de moda. Mirando el busto de Julia Pía se descubre ya un tipo diverso de los que nos ofrecieron las épocas de Trajano y Marco Aurelio. La vivacidad chispeante, que muchos siglos más tarde llamarán los franceses *esprit*, sonríe ya en los ojos y en los labios de la casi grie-

ga, cuyo busto tenemos delante: sus cabellos no están ya recogidos en extraños promontorios ó en trenzas uniformes, sino caidos y ondulando á los dos lados del cuello: lástima grande que en el fondo de tanta hermosura se escondan el corazón de una adúltera y el alma de una suicida.

Dos hijos tuvo Septimio Severo: allí están sus dos imágenes: en ellos se reproduce la horrible escena de los dos primeros hijos del hombre; GETA fué sacrificado por CARACALLA. Bien se descubre en su semblante la crueldad del fratricida. *Nihil inter fratres simile*, dice la historia: nada, en efecto, tienen de comun los bustos: el de Septimio Geta dista mucho de representar los instintos que en el otro se descubren, y que han hecho aborrecible su memoria.

MACRINO, prefecto del pretorio, subió al trono, vacante como tantas otras veces por obra del puñal: hombre nacido y criado en las últimas capas sociales, lleva en la inverecundia de su aspecto la expresion de la bajeza de su alma: *animi atque oris inverecundi*. Todos los vicios imperaron con él: mas su imperio duró sólo catorce meses. Los que le dieron muerte arrastraron en su furor al mismo tiempo al joven DIADUMENIO ó Diadumediano, hijo de Macrino, á quien á la edad de diez años declaró

César y emperador. Su busto puede considerarse como uno de los mejores de esta época de decadencia que vamos recorriendo: de alabastro, que semeja ágata, ofrece una labor muy estimable, que honra al artífice que la produjo, y presenta con gran acierto las agraciadas facciones de aquel niño de mirada lánguida y labios gruesos, que era en el Circo saludado *Egregius forma juvenis*.

La aparición de mujeres siriacas en la casa de los Césares fué como el aviso de que en breve deshonorarian aquel trono del mundo todas las depravaciones del Oriente, encarnadas en la persona de ELIOGÁBALO. No es posible imaginar el lujo de horrible sensualidad y de feroz tiranía, desplegado por el jóven sacerdote del sol, en cuyos rasgos sólo se advierte aquel abatimiento próximo á la estupidez ó á la demencia; de quien viola por instinto y por hábito las leyes todas de la naturaleza y de la humanidad. Tres años duró la degradante tiranía de aquel insensato, cuya muerte fué trágica y oprobiosa. Juntamente con él fué sacrificada su madre JULIA SOEMIA, hija de JULIA MÆSA, hermana de Septimio Severo, cuyo busto aparece no léjos del de su nieto Eliogábalo, que la elevó á la dignidad de senador y á la de cónsul. Julia Mæsa lleva en la mirada profunda y en el aspecto audaz,

la expresion viva del espíritu intrigante y ambicioso, que distingue á las mujeres imperiales de su raza.

No así ANNIA FAUSTINA, tercera en la serie de las esposas tomadas y repudiadas por Eliogábalo: nieta de Marco Aurelio y celebradísima por su hermosura, la historia la presenta como una víctima de aquel tirano afeminado, que la arrancó de los brazos de su marido Pomponio Basso, para repudiarla á poco y llamar de nuevo la vestal Aquilia Severa. El busto de Annia Faustina es rarísimo y precioso: de mármol blanco la cabeza, con el pelo en ondas sobre la espalda, y el cuello y pecho de mármol frigio con vetas muy lindas y de un solo pedazo.

De la impresion que en el ánimo produce, si no la imágen, el recuerdo de Eliogábalo, consuela y alivia el benévolo y noble semblante de ALEJANDRO SEVERO, el emperador filósofo, dado á los clásicos estudios griegos, cuya lengua hablaba mejor que la latina, el vencedor de Artajerjes, el admirador de Platon y amigo de Ulpiano; sóbrio, prudente, atento á reparar en lo posible los males que afligian el imperio, no hay duda de que el artista ha sabido reproducir en el mármol la huella apacible de tan altas calidades. Grandemente influyó en la educacion y en el feliz desenvolvimiento

del carácter de este emperador su madre Julia Mammea, espíritu varonil, que recuerda los mejores tipos de las matronas romanas. Madre é hijo fueron sacrificados por la soldadesca de Maximino. Cuesta trabajo no creer que sean sus imágenes, unidas en la muerte como en la vida, las del sarcófago ya indicado, que está en una cámara baja de este museo.

¡Horrible y vulgar figura la de aquel casi gigante pastor de Tracia, usurpador del imperio! Pasemos por delante de ella rápidamente, como ella pasó por delante del trono. Junto al busto de MAXIMINO hay uno de bastante mérito, que se cree sea el de su hijo MÁXIMO, también asesinado en la misma ocasión y por los mismos soldados que el formidable Tracio, quizá asesino á su vez de Alejandro Severo.

A los emperadores pretendientes de la púrpura sucede un emperador llevado al solio casi á la fuerza por los pretorianos: tal fué GORDIANO, el de África, Gordiano el mayor. Su hijo, del mismo nombre, asociado al imperio, fué muerto en guerra promovida por Capelliano, que mandaba en Mauritania; y el padre, octogenario, buscó desesperadamente en el suicidio la manera de no ser víctima de los mismos que lo habían proclamado emperador. De estos dos bustos, el de GORDIANO,

hijo, llama con justicia la atención: es de limpio y excelente mármol, con los paños de alabastro rayado y el pié de mármol rojo, que imita el coral.

A PUPIENO, el desdichado colega de BALBINO pertenece el busto que sigue: sus facciones revelan valor y sufrimiento, y abonan el sobrenombre de *triste* con que era conocido: triste fué, en verdad, su fin: él y Balbino, emperadores del Senado, como Maximino y Máximo lo fueron de los pretorianos, murieron asesinados en su propia morada, *intra palatium*, según la frase de Aurelio Víctor.

GORDIANO PÍO, tercero ya de este nombre, imperó seis años: pertenecía á lo que pudiera llamarse la vieja aristocracia romana: cuál fuera esta, y cuánto valiese, indícanlo claro los débiles rasgos de la fisonomía de Gordiano: no hay más que mirar su busto, para convencerse de que todo está ya en plena decadencia, el arte, la autoridad, la gloria, todo. Gordiano murió asesinado á la edad de veinte años, después de guerras no infelices en el Oriente. Un general ambicioso tramó y llevó á cabo su muerte poco después de la de Misi-teo, con quien Gordiano debía compartir el triunfo y acaso el imperio. El general, que así escalaba el trono por el camino de la alevosía, era un árabe astuto y cruel llamado

Filipo. Algunos historiadores han supuesto que estuviese bautizado: si así fué brilló poco en sus acciones la fe profesada. Filipo asoció al imperio á un hijo suyo del mismo nombre, y celebró en el año cuarto de su reinado con pompa extraordinaria los juegos seculares en la décima centuria, ó año milésimo de la fundacion de Roma: dos años despues Filipo el mayor era asesinado junto á Verona por los soldados de Decio, y á poco sufría en Roma la misma suerte FILIPO EL MENOR. A éste corresponde el busto Capitolino, que sigue al de Gordiano.

En TRAJANO DECIO tuvieron los cristianos el más implacable perseguidor: dos años sufrió Roma su tiranía: la horrible pintura que de él hace Lactancio, guarda relacion perfecta con el busto. Sus hijos QUINTO ERENIO y OSTILIANO, que perecieron el primero con el padre, y el segundo poco despues de peste ó de veneno, hubieran sido dignos continuadores, á juzgar por sus efigies, de la obra de destruccion que avanzaba.

De BIBIO TREBONIANO GALO y de su hijo VOLUCIANO, pocas noticias suministran los escritores de la historia augusta: sólo en Aurelio Victor se halla esta indicacion: *Vivius Galus cum Volutiano filio imperarunt annos duos*. Sus bustos, ó los que por suyos se consideran, tie-

nen ya un sello de pobreza artística y de rebajamiento moral, que no parece sino que el polvo, que en su carrera levantan los bárbaros lanzados contra el imperio, oscurece más y más las inteligencias, pone pavor en los corazones é inquietud en los semblantes.

GALIENO y SOLONINA, su mujer, y SOLONINO, su hijo, representan una familia imperial, verdadera parodia de aquellas otras Flavias y de aquellas otras Augustas: la era de los soldados aventureros y la de los colegas determinan la extrema decadencia: la abyección toca ya en los límites de lo inverosímil. Todo lo grande de los pasados tiempos del imperio se reproduce en caricatura: para que nada falte en este inmenso espectáculo de imperial bufonería, se erige á Galieno un arco de triunfo, un arco que ha resistido á su propia ignominia y á la acción de los siglos. Injusticia del azar, dice muy bien un escritor moderno: los arcos de Trajano y de Marco Aurelio, que fueron á remotas tierras en busca de los bárbaros para vencerlos, han parecido: el de Galieno, que dejó entrar en Italia á los bárbaros, subsiste. Algo parecido sucede con los bustos. Mientras los de otros insignes hombres de la antigüedad son buscados en vano, los de aquella oscura familia han llegado hasta nosotros. Y no sólo faltan de la antigüedad remota, faltan igualmente

de la época misma de decadencia en que nos hallamos: no está, por ejemplo, el busto de Valeriano, predecesor de Galieno, que murió trágicamente en esclavitud: tampoco se hallan en la colección Capitolina los de los sucesores Claudio el Gótico, famoso por sus victorias, que tuvo estatua de oro en el Capitolio: Aureliano, el que ciñó á Roma con nuevo recinto de murallas, el vencedor de Cenobia y de Tétrico, el destructor de Palmira: Claudio Tácito, guerrero afortunado en el Asia septentrional, y por último, Probo, á quien llamaban el vencedor de todos los bárbaros y de todos los tiranos usurpadores del imperio.

El primer busto, que hallamos después de Galieno, es el de MARCO AURELIO CARINO, hijo de Marco Aurelio Caro, muerto por un rayo en la orilla del Tigris, y hermano de Marco Aurelio Numeriano, asesinado por su suegro Apro, á quien á su vez dió muerte Diocleciano. En esta época fueron tan sólo notables los espectáculos sangrientos del Circo, nuevo progreso, que determina su revuelto reinado.

DIOCLECIANO venció á Carino, le dió muerte y lo reemplazó en el trono: su efigie no presenta los rasgos de ininteligencia, y aún de estupidez, que se descubren en sus predecesores; pero la frialdad, la ironía, el cruel escepticis-

mo, se ven claros en aquel semblante, que recuerda al encarnizado perseguidor de los cristianos, al tenaz reconstructor de un edificio, que se derrumbaba sin remedio. Diocleciano y su colega Maximiano, convencidos de impotencia, y saturados de sangre y de horrores, abdicaron la dignidad imperial, para que no faltase el ejemplo de una renuncia, donde tanto abundan los de las conquistas y las sorpresas y las compras.

El extremo del mal y de la angustia quiere á veces la Providencia que sea la víspera del bien y la aurora de la alegría.

Quien vea despues del busto de Diocleciano que da frio y pena, aquel otro de cabeza venerable, de mirada tranquila y de conjunto bondadoso, adivinará sin dificultad que los destinos de Roma y del imperio, y por tanto, del género humano, sufren un cambio favorable. Así es, en efecto; aquel busto pertenece á CONSTANCIO CLORO, cuya benignidad y rectitud son como el preludio venturoso de una nueva era, de un nuevo reinado de paz y de fecundo progreso. Aquél es el marido de una gran Santa y el padre de un gran Emperador: su mujer se llama Elena: su hijo se llamará Constantino. Aquí debiera terminar la serie de bustos del Capitolio. Estamos en la era Constantiniana. De esta suerte la última impresion

sería dulce y grata como la alborada de un día sereno.

Si queremos visitar monumentos de la familia imperial, que determina el triunfo pacífico del cristianismo y la exaltación de la fe católica sobre el mundo de la gentilidad, vayamos al Vaticano, donde se ostentan, ya lo hemos dicho, los sarcófagos en pórfito de Santa Elena y de su hija Constanza; vayamos, no estamos muy lejos, á Santa María de Araceli, donde hay otro monumento consagrado á aquella Emperatriz bienaventurada; si queremos ver la magnífica estatua antigua de Constantino, encontrada en sus termas, avancemos hasta San Juan de Letran, cuyo pórtico guarda el vencedor de Maxencio, caudillo de la Cruz, benemérito insigne de la civilización.

Hay otros dos bustos en la colección del Capitolio: el de JULIANO EL APÓSTATA y el de MAXENCIO, que otros suponen de su hermano Magno Decencio: en uno y otro, en el último sobre todo, se ve la decadencia del arte; más que la decadencia, se lee algo del magnífico suceso, que ha hundido para siempre al paganismo. Entre esos dos bustos y la estatua de Constantino, no parece que media el espacio de unos pocos años, parece que se ha interpuesto, y así es la verdad, todo un mundo de vaticinios cumplidos y de esperanzas venturosas.

En Constantino acaba la serie de los emperadores propiamente romanos. El hijo de Santa Elena traslada á Bizancio la Silla Imperial. Roma verá alzarse el palacio de otro soberano, que no despidе los resplandores de la Casa de los Césares. El Palatino ha terminado su mision; el Capitolio la terminará muy pronto; sobre otras colinas más modestas viene á aposentarse la religion de Aquél que murió sobre un montecillo humilde de Jerusalem. En el Celio se levantará la Basílica del Salvador; en la cumbre del Esquilino la de Santa María, en el Vaticano la de San Pedro; fuera de las puertas de Roma, un templo consagrado á San Pablo transmitirá á las generaciones la coleccion iconográfica de los soberanos de la paz, que reemplazan en Roma á los soberanos de la guerra, de los Papas de las Catacumbas, que suceden á los emperadores de los circos y de las termas. ¡Qué diferencia entre la dinastía de diez y nueve siglos, que nos ofrece la Basílica de San Pablo, y la dinastía de tres siglos, que nos ofrecen los mármoles del Capitolio!

XXIV.

En frente al palacio del museo que acabamos de recorrer, hay otro de parecida arquitectura, que se llama el Palacio de *los Conserva-*

dores (especie de magistrados, que con el senador ejercen el gobierno municipal de la Ciudad), en el cual hay antigüedades y objetos de arte, que merecen especial consideracion: como en el palacio de en frente, el vestíbulo y el patio y la escalera están llenos de fragmentos de escultura y de obras bien conservadas: desde luego son notables, la estatua de Julio César, de un lado, y del otro la de Augusto: la primera encontrada cerca del Foro, pasa por ser el mejor retrato, quizá el único, que de César se conoce; la segunda debió de ser erigida despues de la batalla de Aczio, á juzgar por el rostro de nave que á su lado tiene: entre los mármoles que yacen en el patio, hay dos manos y dos piés colosales, de procedencia griega, pertenecientes, quizá, á aquel Apolo colosal que Lúculo trajo del Ponto; dos fragmentos de una magnífica columna de pórfido, de la Basílica de Constantino; una cabeza de estatua colosal, de Domiciano; en el pórtico una estatua de Roma triunfante con los simulacros de dos reyes extranjeros cautivos, y el grupo de un leon que hace presa de un caballo, restaurado por Miguel Angel.

Al pié de la escalera se ve una copia de la famosa columna *Rostrata* dedicada á Cayo Duilio, en recuerdo de la primera victoria naval alcanzada contra los cartagineses el año

492 de Roma; la columna original, de bronce probablemente, y construida con el metal de las naves apresadas, estuvo cerca de la Tribuna, en el Foro, como si dijéramos en las cercanías de la actual Iglesia de San Adrian. La inscripcion, que es un monumento de primera latinidad, fué explicada en un erudito opúsculo por el sabio escritor Pedro Chacon (Roma, 1608, en 8.º)

En los muros de la escalera aparecen cuatro grandes bajo-relieves, que pertenecieron á un arco de triunfo erigido á Marco Aurelio, y que pueden considerarse como cuatro páginas interesantes de su historia militar; el triunfo, el sacrificio en el Templo de Jove Capitolino, la paz dada á los germanos sometidos y arrodillados, Roma que ofrece el globo al emperador victorioso, emblema de la dominacion universal; tales son los asuntos esculpidos en estos mármoles, que por mucho tiempo se conservaron en la Iglesia de Santa Martina al Foro, y que dan exacta idea de la próspera suerte de la escultura romana en aquella época del imperio: inferiores en mérito artístico, aunque no en interes histórico, son otros dos bajo-relieves que allí existen, alusivos tambien á Marco-Aurelio; en uno está esculpida la apoteosis de su mujer Faustina: en el segundo tramo, á la izquierda, es digno de ob-

servarse uno de los más antiguos monumentos del arte romano; el bajo-relieve en que está representado el hecho heroico de Mecio Curcio, caudillo de la gente sabina, que se precipitó con su caballo en el lago famoso del Foro, luégo desecado, y del que dice Ovidio en sus *Fastos*.

*Curtius ille Lacus siccas qui sustinet aras
Nunc solida est tellus, sed Lacus ante fuit.*

El bajo-relieve fué hallado muy cerca del lugar á que la hazaña se refiere, en el Foro, junto á la Iglesia de Santa María Liberatriz, ántes San Silvestre *in Lacu*: es, sin duda, resto de algun antiguo monumento allí elevado al valeroso sabino de las guerras de Rómulo y Tacio.

XXV.

Llegamos á las Cámaras de los *Conservadores*: en ellas llaman desde luégo la atencion las pinturas al fresco, que las decoran: allí tenemos una segunda edad de la pintura mural: léjos está el Capitolio del Vaticano; pero es todavía mayor la distancia que la pintura ha recorrido.

Al Caballero d'Arpin pertenece la primera sala, en la cual están representados, como si

dijéramos, los primeros capítulos de la historia de Roma: desde la aparición de los gemelos, bajo la higuera *Ruminal*, pasando por el robo de las Sabinas y el sacrificio de Numa, se llega al combate de los Horacios y los Curiacios, el mejor, sin duda, de los cuadros de la estancia, en la cual hay, además, algunas estatuas de escaso mérito.

Prosigue en la inmediata la comenzada historia de Roma, llevándola el pintor Laureti hasta la extinción definitiva de la monarquía, ó sea la batalla del lago Regilo, ganada por el dictador Postumio. En esta sala hay ya estatuas dignas de atención; entre ellas las del insigne Marco Antonio Colonna, cuya gloria es inseparable de la de nuestro D. Juan de Austria, y la de Alejandro Farnesio, que tan alto puso su nombre en las guerras de Flándes.

Mejor representada está la escultura en la tercera sala: los objetos son pocos pero notables: figura en primer término la loba de la leyenda, amamantando á Rómulo y Remo: es, quizá, el único monumento que se haya conservado de los antiguos tiempos de la República; insigne muestra de la escultura etrusca: á la mitad del siglo v y de la fundación de Roma le hacen subir los arqueólogos. Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso describen la estatua como existente en sus días en la falda del Pa-

latino, donde, en efecto, fué encontrada, cerca del antiguo antro Lupercal (entre las Iglesias de Santa María Liberatriz y San Teodoro): allí está, no léjos, la preciosa estatua en bronce del jóven que se saca una espina del pié, considerada como una de las joyas del arte por su antigüedad y por su estilo, preciosa imitacion de la escuela de Praxitéles: un magnífico busto, tambien en bronce, de Miguel Angel, sobre mármol de color, nos ofrece la imágen verdadera, y digámoslo así, autógrafa del pintor de la Sixtina, del arquitecto de la Cúpula de San Pedro, y del escultor del *Moisés* y de los sepulcros de Florencia.

Los *Fastos Capitolinos*, de que se conservan preciosos fragmentos en mármol, que alcanzan desde el año 272 de Roma hasta el tiempo de Augusto, dan nombre á la cuarta sala: como la del Trono, se llama de los *Tapices*, por los muy bellos, fabricados en Roma, que cubren sus paredes, y en los cuales se representan los cuadros más interesantes de la historia antigua y romana.

La galería de cuadros del Capitolio, debida al Pontífice Benedicto XIV, es abundante en obras pertenecientes á todas las escuelas de Italia. De Palma el viejo tiene una *Samaritana*; de Tintoretto una *Magdalena*; del Dominiquino la *Sibila de Cumas*; de Lúcas Jordan

la *Adoracion del becerro de oro* y un *Moisés percutiendo la roca*; de Guercino el gran cuadro de *Santa Petronila*, cuya copia en mosaico está en la Basílica Vaticana; de Frá Bartolomeo la *Presentacion al templo*; de Andres Sacchi una *Sacra Familia*: allí se ostentan como joyas del Arte el *Robo de Europa*, por Pablo Veronés; el *Salvador* y la *Mujer adúltera*, por Ticiano, y multitud de lienzos notables de Garófalo, Caracci, Cortonna, de casi todos los pintores, que en los siglos xvii y xviii continuaron en Roma, Florencia, Bolonia, Ferrara, Milan y Venecia las tradiciones de los grandes maestros, que en el siglo xvi habian ilustrado con su genio estas ciudades y la Italia toda. Poussin y Lanfranc, Lorrain y Valentin representan dignamente la escuela francesa; Van Dyk y Mengs honran la del Norte: un cuadro pequeño, retrato incógnito, atribuido á Velazquez, es lo único que en la galería del Capitolio da razon y despierta el recuerdo de la escuela española.

XXVI.

En el moderno Capitolio de Roma, heredero de la grandeza histórica del antiguo, se guarda con veneracion la memoria de los hom-

bres grandes, beneméritos de las ciencias, de las artes ó de las armas: una vasta coleccion de bustos y retratos, que no ocupa ménos de siete cámaras, ofrece en aquella altura clásica y tradicional de los triunfos, la efigie de tantos triunfadores de más plácido recuerdo, que aquéllos de há veinte siglos.

Desde la muerte de Rafael de Urbino, y su sepultura en la Iglesia de la Rotonda (Panteon de Agripa), habíase hecho costumbre depositar en aquel templo, no solamente los restos mortales de los artistas, sino tambien sus bustos y retratos, con lo cual bien se comprende que aquel hermoso y sagrado recinto llegára á tomar el aspecto de un museo, hasta que el Papa Pio VII dispuso que las dichas obras de arte fueran colocadas en el Capitolio, formándose al efecto una verdadera Protomoteca, bajo la direccion del escultor Canova. La multitud de imágenes de hombres célebres allí acumuladas, constituirá muy en breve un riquísimo panteon, que acreciente, si es posible, el interes histórico y artístico del Capitolio: allí figurarán ilustres extranjeros, que haciendo de Roma el lugar predilecto de sus estudios, la amaron como una segunda patria; tales son Poussin, Mengs (cuyo busto costeó nuestro compatriota Azara), Winkelmann, el renombrado arqueólogo; la dulce pintora Angélica

Kauffmann y muchos otros; los italianos ilustres en las ciencias, en la guerra, en las artes, desde el siglo xiv hasta nuestros días, forman ya una gran colección, en la cual los arquitectos se deleitan ante el retrato de Brunelleschi, el florentino, restaurador del arte griego y romano, y de Bramante Lazzari, que ideó la fábrica de San Pedro: los pintores se detienen á contemplar el juvenil semblante de Rafael, el vigoroso y altivo de Leonardo Vinci; los escultores buscan con reverencia la imágen de Ghiberti, que dejó su fama escrita en la puerta de bronce de San Juan de Florencia, y la de Buonarroti, *Michel piú che mortal angiol divino*, que la escribió para siempre en la Capilla Sixtina, y en la Cúpula de San Pedro, y en la *Pietà* y en el *Moisés*: los hombres de letras saludan con amor el genio de Dante, príncipe de la poesía épica, y el de Alfieri, príncipe de la tragedia en Italia, y el de Goldoni, restaurador de su teatro, y el de tantos otros poetas que honraron la patria con su nombre y llenaron la Europa con el eco de su musa. Para los españoles hay allí un busto que atesora un mundo de glorias y de recuerdos: el de CRISTÓBAL COLÓN.

La última sala de la Protomoteca contiene el monumento de mármol blanco erigido á Canova, digno homenaje tributado al insigne

artista en el lugar mismo por él preparado á los que le precedieron en el camino de la gloria.

XXVII.

En aquella cumbre, donde estuvo el Templo de Júpiter Capitolino, el de las estatuas y los bajo-relieves y los ornatos de bronce dorado, el de techo resplandeciente como el oro:

Aurea qui statuit Capitoli culmina Caesar.

segun escribe Ausonio, la piedad de los cristianos erigió pronto una iglesia al Dios verdadero, muy poco despues de la paz Constantina. ¿Y cómo no, si á aquel templo pagano se referia y se refiere una de las tradiciones más interesantes de la época de Augusto? La antigua noticia de que un oráculo consultado por el primer Emperador le advirtió del nacimiento del Hijo de Dios, se enlaza con la piadosa creencia de que en el Templo de Jove, en el lugar que hoy es capilla de Santa Elena, la Virgen María con Jesus en los brazos, desde el cielo, rodeada de luz, en el centro de un círculo de oro, se dejó ver de Augusto, y que éste erigió un altar con el título de *Ara primogeniti Dei*; Altar del Hijo de Dios. Santa María in

Campidolio, que luégo se llamó de *Araceli*, fundada sobre el famoso templo, que los romanos deslumbrados llamaban *Aurocelio*, y donde una interesantísima tradicion señalaba el milagro de una *ara* en el cielo sostenida sobre nubes de oro, es, sin duda, uno de los santuarios más insignes y más devotos de Roma. Dividen sus tres naves veinte y dos columnas de mármol, procedentes del antiguo Templo de Júpiter; una de ellas del palacio de los emperadores: *e cubiculo augustorum*: sobre el altar mayor venérase la imágen de María, que pertenece á las antiquísimas que se reputan de San Lúcas; en una capilla interior está la efigie del Santo Niño (el *Jesu Bambino*), objeto de la más tierna devocion por parte de todas las clases de la sociedad romana.

En la Iglesia de Araceli está conmemorada la batalla de Lepanto en una inscripcion latina, cuyo primer renglon ocupan los nombres de San Pío V y Felipe II. Multitud de sarcófagos y monumentos, de los cuales el más notable es el de Santa Elena, á la izquierda del altar mayor, contribuyen á dar á la Iglesia de Araceli un aspecto severo de majestad, á que en vano hubieran aspirado los templos del gentilismo. El convento de franciscanos, á que está unida la iglesia, corona, puede decirse, las alturas del Capitolio. La pobreza del Evange-

lio sobre las ruinas de la opulencia pagana. Aquellos mendicantes son depositarios de dos inmensos tesoros: del templo, que rápidamente hemos descrito, y de una Biblioteca que con amor abren diariamente á servicio y utilidad de los estudiosos.

XXVIII.

Del antiguo *Intermontium* se subia á las prominencias, que respectivamente ocupaban el Templo de Júpiter y la Fortaleza ó Arce, por medio de escalinatas: la que ahora conduce á Santa María de Araceli, procedente del antiguo Templo de Quirino, erigido por Numa, puede darnos una remota idea de la que antiguamente avanzaba hasta el pórtico famoso del Padre de los dioses. De la que por el lado meridional llegaba hasta la Fortaleza y la Roca Tarpeya no existe el menor vestigio; las puertas primitivas que hubo en el valle, á la terminacion de las calles Capitolina y del Asilo, como la otra Puerta Pandana de la altura, no son ya reconocidas más que en los escritos de la Edad de Oro. Las fuertes murallas flanqueadas de torres, que constituian la renombrada Fortaleza, apénas si han dejado algun resto confuso en las cercanías del Palacio Ca-

farelli. De los templos de la Fortuna *Primigenia* y de la Fortuna *Obsequens*, allí erigidos en tiempo del rey Servio Tulio, nada absolutamente se conserva, ni del Templo de Júpiter *Prædator*.

Y de la misma Roca Tarpeya, tan famosa en la historia, tan afortunada como metáfora perpetuamente nueva entre retóricos, con dificultad encuentra ya el viajero la precisa correspondencia topográfica: el terreno ha sufrido en aquella region de Roma notabilísimas alteraciones: las construcciones, que han ido creciendo y renovándose debajo y á los lados de la extremidad meridional del Capitolio, de tal manera la han desfigurado, que en vano espera el curioso y amante de las antigüedades asomarse al precipicio descrito por Séneca y por tantos otros autores; en vano se propone medir con la vista el horrible camino de los reos políticos de la Roma antigua; hoy, en una humilde y casi desierta plazuela de un barrio, que llaman *Monte Caprino*, se ve una pequeña altura, que no infunde pavor, á causa de los edificios que han quitado al lugar todo carácter de despeñadero; pero que sin duda alguna corresponde á la primitiva roca, desde la cual tantas veces rodaron despedazadas la ambicion y la grandeza de los hombres. Junto al monumento sombrío de la crueldad,

en los días del paganismo, la Roma cristiana tiene un hospital bajo el nombre dulce de Consolacion, destinado á curar fracturas, lesiones y toda suerte de heridas.

Al poner tan vecinos el suplicio y el triunfo; esto es, al fundar el Capitolio, el lugar de las apoteosis y de las coronaciones, tan cerca de la Roca Tarpeya, no parece sino que los romanos, obedeciendo á una voz que no podian comprender, tradujeron en la mole gigantesca del Templo y en la eleccion de la Roca para suplicio, aquella máxima de la eterna Sabiduría, que dice: *Extrema gaudii luctus occupat.*

DEL CAPITOLIO AL QUIRINAL.

I.

Así como en el espacio que separa el Palatino del Capitolio, hemos recorrido las ruinas del Foro y meditado sobre el que fué centro de la vida política del pueblo romano, así en el camino que emprendemos para llegar al Monte Quirinal, tercero de nuestro estudio, nos es preciso también hacer una ligera pausa; que la merecen los restos imponentes que la vista descubre y el espíritu saluda.

Cuatro foros magníficos ostentaba ya la Ciudad de las Siete Colinas al comenzar el siglo II de la Era Cristiana: el Romano, el de César, el de Augusto y el de Nerva: el crecimiento de la población, que contaba seis millones de habitantes, y el ejemplo de la magnificencia en las construcciones, transmitido y esforzado de uno en otro emperador, movieron,

sin duda, á Trajano á emprender una de las obras más colosales de aquel tiempo: su Foro representa la desaparicion de una colina que se alzaba entre el Capitolio y el Quirinal: la medida del desnivel antiguo y de la explanacion nueva ha quedado en la columna, á la vez triunfal y sepulcral, que todavía subsiste: cien piés de altura; cien piés fué rebajado el terreno, para que, convertida en valle la cumbre, sobre él se extendiera el más suntuoso é importante Foro de la Ciudad.

Las ruinas que hoy se ven, el suelo y los muros y los mármoles rotos, que hoy llevan el nombre de Foro de Trajano, representan y ocupan una sexta parte del espacio que comprendió. Por dicha se ha salvado la columna grandioso recuerdo de la Roma antigua. El viajero la contempla con asombro y con veneracion, como un monumento insigne del arte y de la historia: el arte no habia producido obra más bella en su género, ántes bien dió el modelo para tantas y tantas otras columnas que habian de erigirse en la serie de los tiempos, desde la Antonina en Roma hasta la de la Plaza Vendôme en París. Es de mármol de Carrara, compuesta de treinta y cuatro pedazos de mármol, de diez y seis palmos de diámetro por la parte inferior y quince por la superior; de ciento veinte y ocho palmos de al-

tura, sin contar la base y la estatua dorada del emperador, que coronaba su capitel: la espaciosa escalera interior consta de ciento setenta y ocho gradas de mármol, que reciben luz por cuarenta y tres ventanas: una cinta de preciosos bajo-relieves rodea en suave espiral de veinte y tres vueltas toda la longitud de la Columna, comenzando en la base misma y terminando en los piés de la estatua. Esta cinta ó faja puede considerarse como un libro de historia interesantísimo, ó más bien, como un verdadero *papyro* ó volúmen en que están escritos los cantos de un poema.

La escultura griega parece como que tenía reservada la última de sus hermosas creaciones para honrar al primero de los emperadores romanos, que por su grandeza y sus hechos renueva las glorias más altas de la antigüedad. Si no es fácil el exámen de aquellos bajo-relieves en el monumento mismo donde se hallan, el dibujo y el grabado se encargaron tiempo hace de facilitarlos, reproduciendo en frescos y en estampas los rasgos maravillosos, que el cincel esculpiera en la Columna. Allí están las victorias de Trajano sobre los pueblos del Danubio: veinte y cuatro grandes cuadros se desenvuelven desde el pedestal hasta la cúspide; comienza la acción de la epopeya por el paso de un río y la destrucción de un bosque, y ter-

mina por la retirada de los bárbaros ante las vencedoras huestes del imperio. Aquella columna encerraba, ya lo hemos dicho, un doble significado: el testimonio de admiración y de honor ofrecido á Trajano por el Senado y el pueblo, como tributo á una vida de combates y de glorias; monumento sepulcral, perpetuamente alzado sobre las cenizas del César y del guerrero, como homenaje de gratitud y de amor, que sobrevive á los estragos de la muerte. Al pié de la Columna estuvieron las famosas bibliotecas Griega y Latina, donde todavía en el siglo vi se colocaban las estatuas y los bustos de los beneméritos de la inteligencia, de los autores que representan el último resplandor de la sabiduría y de la literatura del Lacio.

No es lícito á un escritor español hablar de la Columna de Trajano, sin rendir tributo de simpatía y de gratitud á un insigne compatriota nuestro, que floreció en el siglo xvi, más conocido, sin duda alguna, en Roma que en España, por el resplandor de su sabiduría y la fama de sus virtudes: fué éste el dominicano Alfonso de Chacon, penitenciario apostólico en tiempo del Papa Gregorio XIII, y autor, entre otras obras, de un libro estimadísimo y no comun, que se titula *Historia utriusque belli dacici á Trajano Casare gesti, ex simulacris quæ*

in columna ejusdem Romæ viduntur collecta. La admiracion y el cariño de este sabio español hácia el emperador Trajano eran tales, que acogió con verdadero entusiasmo, explanándola con todo género de eruditas consideraciones, la benévola tradicion de que, á ruegos de San Gregorio Magno, Dios se habia dignado de obrar un milagro, devolviendo á Trajano la vida y otorgándole la gracia del bautismo y de la salvacion.

No ha de confundirse este Chacon con otro del mismo apellido (*Ciacconius*, en latin), llamado Pedro, tambien español, tambien sacerdote, sabio tambien, y nombrado por el mismo Papa Gregorio XIII para la comision de correccion del calendario y de los libros canónicos de la *Biblia*: este Chacon, toledano, que murió en 1581, fué enterrado en la iglesia española de Santiago, en Roma: el otro, dominicano, de Granada, murió en Roma el año 1599.

II.

En el Foro Trajano estuvo la Basílica Ulpia, así llamada del primer nombre de aquel emperador: era el más suntuoso edificio del Foro, como acreditan los pocos restos que aún se descubren, mínima parte de su admirable

fábrica, de dorado techo y de doble peristilo, con noventa y seis columnas, cuya anchura no era menor de 185 piés: los mármoles de todas clases, los pavimentos de pórfido, los adornos del gusto más exquisito, concurrían á embellecer aquella obra, dirigida por el griego Polidoro, colocándola en primera línea de las notables, con ser tales y tantas las que por entonces cubrían las esplendorosas regiones del Palatino y el Capitolio.

Los arqueólogos, reconstruyendo con auxilio de las medallas y de los datos que el antiguo plan de Roma suministra, los ámbitos del Foro de Trajano, lo imaginan y ofrecen como un agregado de fábricas magníficas, en medio de las cuales se levantaba la gran columna, que mide la altura del Quirinal, *ad declarandum quantæ altitudinis, mons et locus tantis operibus sit ejectus* (como se lee en la inscripción antigua de la base), monumento perenne de la guerra dálica, y monumento digno de tan gran emperador; dibujan, como si las viesan, las dos bibliotecas; la Basílica con sus tres entradas, que formaban otros tantos pórticos, famosos por la cubierta de metal dorado que Pausanias recuerda y era admiración de las gentes; el templo erigido á Trajano por su sucesor Adriano; el arca en cuyo centro se veía la estatua ecuestre del César, que daba nombre á

tantas maravillas, y poco más lejos, como formando la puerta, digna de tal recinto, un arco de Trajano, el mismo acaso, cuyos bajo-relieves irán luégo á adornar el de Constantino, entre dos pórticos semicirculares, que formaban una de las extremidades del Foro.

Pero no son todos meramente históricos y arqueológicos los recuerdos que despierta el lugar en que nos hallamos; á él se asocian otros recuerdos de gloria más duradera.

Es singular que la Basílica Ulpia fuese desde luégo la preferida para la ceremonia más simpática que el ritual del paganismo nos ofrece; la manumision de los siervos: en ella se encontraron, dice Plinio, el principado y la libertad. No parece sino que este destello de humanidad, en aquella region, era la tímida y lejana aurora de una luz, que dos siglos más tarde habia de brillar sobre aquel cielo.

III.

Estamos en los primeros años del siglo iv: es un día de gran concurso en el Foro de Trajano: el emperador Constantino, rodeado de la doble aureola del soberano bien querido y del guerrero victorioso, aparece en la Basílica, en medio de los senadores y del inmenso pueblo que llena los pórticos y las avenidas todas del

Foro. Algo nuevo, extraordinario, acontece en la Ciudad y en el imperio: una alegría des-acostumbrada inunda el alma del emperador y embellece la majestad de su semblante. Todas las miradas se fijan en el César, todos los espíritus se concentran y uniforman en un movimiento de profunda expectacion: una voz va á dejarse oír en aquellos ámbitos dilatados, sobre aquel silencio imponente: es la voz de Constantino. Aún parece que se escucha el eco de sus palabras, que fueron éstas:

«La triste inquietud de los espíritus no tendrá nunca tregua, si un rayo de la purísima luz de la verdad no disipa las tinieblas de la ignorancia: ábranse los ojos del alma y morirá la mentira. Renunciemos á supersticiones creadas por los ignorantes y mantenidas por los fanáticos: sea sólo adorado el Señor, que reina en los cielos. Sabed, pues, todos y cada uno que abjuramos el error, con ayuda de Jesucristo, á quien reconocemos por Dios nuestro, y queremos que sus adoradores tengan libremente sus sagrarios, y que sus Pontífices gocen de las inmunidades hasta aquí concedidas á los sacerdotes de los falsos dioses. Para que sea, pues, notorio al orbe romano que inclinamos la frente ante Cristo, hemos ya dispuesto erigir un altar en honor suyo en el recinto de nuestro propio palacio.»

Un historiador griego ó romano hubiera empleado muchas páginas en dar cuenta de este suceso: el humilde cronista de las virtudes y de la muerte de San Silvestre lo refiere con encantadora sencillez.

No bien Constantino había terminado su arenga, el más venturoso y elocuente discurso de la corona, de que ofrece noticia la historia de los reyes y de los pueblos, cuando el romano, que en gran multitud llenaba el Foro, prorumpió en exclamaciones de alabanza y de alegría, que duraron cerca de dos horas: *vox populorum per duarum fere horarum spatium hæc fuit*: ¡El Dios de los cristianos es el solo verdadero; que se cierren los templos y se abran las iglesias!

Entre aquella multitud estaban los humildes pobladores de las Catacumbas, los que ofrecían el verdadero culto á la luz de las lámparas de barro en los subterráneos de la Via Apia, los fieles al sucesor de San Pedro, que formaban su rebaño y su familia. ¡Con cuánto gozo asistirían al triunfo público y solemne de la verdad, más esplendoroso y conmovedor que todos los triunfos de los caudillos romanos, á lo largo de la Via Sacra, sobre la cumbre del Capitolio!

La palabra de Constantino, grave y prudente, alterna más de una vez con los gritos pro-

longados de la muchedumbre: cuando ésta, arrastrada por el entusiasmo, lleva á términos de alguna exageracion las manifestaciones de celo ardoroso y de sentimientos comprimidos, y pide que los sacerdotes de la gentilidad sean arrojados inmediatamente, *sacerdotes templorum urbe pellantur! Fubete ut hodie pellantur!* Constantino explica con admirable elocuencia los caracteres que distinguen el servicio de Dios y el servicio de los hombres; quiere la espontaneidad del espíritu en abrazar la ley del Salvador, y rechaza la imposicion y la violencia contra los que no quisieren abrazarla. «Quien rehusare, dice, hacerse cristiano, no tema por ello caer de nuestra gracia: al desear que imiten todos nuestro ejemplo, muévenos un vivo sentimiento de amor: aquellos que con más fervor abrazaren el cristianismo, tendrán nuestro cariño más sincero y entrañable.»

No han leído, de cierto, estas hermosas palabras y todo este interesantísimo pasaje de la vida de Constantino los que le presentan animado por espíritu de intolerancia.

El suceso, que determina un cambio feliz en la marcha de las sociedades, que abre nuevos y dilatados horizontes á la civilizacion del mundo, se verifica en el Foro de Trajano: la estatua de un español insigne preside aquel acto, que dentro de poco imitará en Toledo,

abjurando el arrianismo, otro rey español, fundador, quince siglos hace, de la unidad católica de España, cuyo eclipse y momentáneo rompimiento lloramos en estos mismos instantes, mirando con rubor de españoles la columna de Trajano, y con dolor de católicos la estatua de San Pedro, que la corona.

No puede darse nada más bello y conciso que la inscripcion que hoy se lee al pié de la columna Trajana:

SIXTUS V. PONT. MAX. B. PETRO APOST. ANN. III.

¡Qué admirable y qué dulce coincidencia! Constantino elige la Basílica de Trajano para publicar ante el mundo el triunfo del cristianismo. Trajano cede á Constantino los mármoles y los relieves de su hermoso arco, para honrar y perpetuar la memoria del vencedor de Maxencio, del *fundador de la paz*.

IV.

En el Palatino vimos á Rómulo, amamantado por la loba, adoptado despues por Fáustulo: en el Capitolio estuvo la cabaña de Rómulo, ya hombre y caudillo y fundador. En el Quirinal no es ya la sombra bienhechora de la higuera ni el humilde calor de la choza lo

que espera á Rómulo: es el templo. Rómulo deificado se llama Quirino: el lugar donde bajo ese nombre recibe culto se llama *Quirinal*: es una colina que forma como la cuarta prolongacion de la campaña romana: en el espacio que la separa del Capitolio, hay una prominencia ó cumbre, que Trajano suprimirá para construir su Foro.

Con o todas las colinas de la clásica Roma, ésta en que nos hallamos tiene tambien su leyenda. Antes de que existiera el bosque sagrado y ántes de que Rómulo, convertido por los sabinos en dios Quirino, tomára de él posesion, los pelasgos habian pasado por aquella altura y dejádole su nombre *Agon*, de donde se llamó *Mons Agonalis*, monte de los Sacrificios. La existencia de los sabinos en el Quirinal se pierde, pues, entre las brumas de lo prehistórico. En los tiempos de Tacio ya existia sobre el Quirinal lo que despues se llamó el Capitolio Viejo; es decir, que ántes que Capitolio propiamente Romano hubo Capitolio Sabino; formábanlo varios templos, alrededor del de Quirino, especie de dios nacional. Tales fueron el de *Sancus* (*Sango*) ó de la Buena Fe; el de la Salud (*Salus*); el de Júpiter, deidad comun á los pueblos de Grecia é Italia; el de Juno y el de Minerva diosas ambas muy importantes de la teogonía sabina.

Antes de verificarse en el *Comitium* la alianza, fusion más tarde, de las dos familias romana y sabina, el *Mons Agonalis* ofrece todos los caracteres y toda la importancia de la cuna, la ciudadela y el altar de un pueblo que tiene existencia propia. Verificada aquella fusion y enlazadas entre sí las colinas, para servir de asiento á la gran Ciudad, todavía el Quirinal, especie de Astúrias de la raza sabina, se distingue en la serie de los siglos por un apego tenaz á las tradiciones, al culto y hasta á las costumbres del antiguo pueblo de Tacio. De esta suerte se explican sin dificultad la existencia de muchos monumentos y la razon de no pocos hechos, que con aquella aristocrática colina se relacionan.

Hubo un lugar en la parte más elevada de aquella region, al otro lado de la que se llamaba Puerta *Collina*, no léjos del *Agger* de Servio y de la actual Puerta Pía, que parece repetir aún en eco misterioso los tristes gemidos de las vestales, allí enterradas vivas por ministerio de una ley implacable, cuando sobre ellas recaía prueba ó sospecha de haber faltado á la castidad. No pueden leerse sin horror los pormenores de aquella lúgubre comitiva, que, atravesando todo el Foro Romano, se dirige por el de Marte hasta la altura de la colina Agonal, donde está ya abierto el

profundo subterráneo, oscura y eterna cárcel de una mujer infeliz. Más de veinte siglos han pasado, y aún al recorrer en tarde melancólica de otoño el campo solitario de la Puerta Pía, que corresponde al campo *Scelerato*, que guardó en sus entrañas el gemido y la desesperacion de las vestales sin ventura, el pensamiento se vuelve hácia aquella edad de tinieblas y de confusion y de virtud mal entendida y de castigos feroces, para bendecir con toda el alma la ley santa y civilizadora, que exaltó la castidad, y puso los fundamentos del orden y de la justicia.

Al antiguo Quirinal se refieren tambien las escasas noticias que quedan de los sacerdotes *Salios*, instituidos por Tulo Hostilio, á imitacion de aquellos otros, cuyo origen se remonta á Numa, que habitaban en la falda septentrional del Palatino. Sacerdotes y guerreros tenian por númen tutelar á Mamurio (*Mamens*, *Marte*), en cuyo honor cantaban versos y hacian fiestas por espacio de dos semanas. Todavía los regionarios de Roma dan noticia en el siglo VII de una calle de Mamurio, que comprendia una parte del espacio desde Santa Susana á San Vital, siguiendo la direccion de la Vía Pía: en lo alto de la colina hubo un altar de aquel númen sabino, especie de héroe de la leyenda y de los cantos populares.

V.

El Templo de Quirino estuvo en la parte del monte que da frente al Viminal, es decir, dominando el valle que á esta otra colina conduce, y que tuvo el nombre de *Vallis Quirini*. De su arquitectura primitiva, escasas ó insignificantes noticias se tienen: cuando, refiriéndose á los edificios del antiguo Quirinal, usaba Valerio Máximo la frase *humilia tecta*, bien se comprende que no brillaron, ni podía ser que brillasen, por la magnificencia y los adornos. El templo de Rómulo, con nombre de Quirino, fué erigido por Numa Pompilio, reparado y engrandecido por Papirio Cursor, y reedificado por Augusto.

De su doble pórtico y de setenta y seis columnas, alusion en mármol á los años de edad del Emperador, nada ha quedado; la estatua de Julio César, consagrada *invicto deo* en aquel templo, uno de los más suntuosos que Augusto construyó, no existe. De aquel otro pórtico de hermosas columnas, que rodeaba el recinto del templo, y que contenía, al decir del vecino Marcial, á la mayor turba de ociosos de Roma,

*Vicini pete porticum Quirini
Turbam non habet otiosiore
Pompejus,....., etc.,*

tampoco han quedado vestigios, si ya no es algun que otro fragmento de mármol, algun capitel dórico destrozado, que de vez en cuando se descubren en los huertos adyacentes á la Iglesia de San Andrés en *Monte-Cavallo*.

Allí, no léjos, estuvo el Templo de la Salud, que dió nombre á la Puerta *Salutaris*: en la tercera prominencia, que por mirar al Campo Macio se llamaba *Marcialis*, se alzaba el Templo del genio Sango, del dios Fidio, númen sabino de la buena fe, custodio de los tratados de paz, pues en su templo se depositaban, como en archivo inviolable. Aquel pedazo de terreno ha tenido fortuna: el paganismo lo consagró á una virtud, él que tantos templos habia consagrado á los vicios: en los tiempos modernos ha venido á formar parte de una morada apostólica; corresponde al lado del Palacio del Quirinal, donde se celebran los cónclaves.

VI.

La tradicion sabina no faltó nunca de la cumbre y de las vertientes del Quirinal. Aquella region parece que fué constantemente la preferida por los que blasonaban de abolengo sabino; que era, en efecto, una especie de ejecutoria para los romanos de ciertas épocas el descender de los Curcios y los Tacios.

En el Quirinal habitó siempre la poderosa familia de los Fabios, que contaba por millares los clientes, y á la cual pertenecian un Fabio, pintor, que empleó su arte con gran aplauso en el Templo de la Salud, y algunos siglos más adelante, aquella Fabiola, cuyo nombre es encanto de la Roma cristiana. En el Quirinal vivieron y dieron nombre á una calle los Cornelios, tronco ilustre, de donde salieron ramas como los Escipiones y los Silas: Pompino Atico, que se creia de la misma estirpe que Numa; nuestro español Marcial, aunque español, un tanto dado tambien á vanidades de genealogía, y muchos otros romanos insignes, patricios, aristócratas de primer rango, como si dijéramos los Colonnas y los Orsinis del tiempo del imperio, formaban, con el Quirinal, con sus casas y palacios, una especie de barrio, si no esplendoroso y brillante (porque á otros correspondian estas calificaciones), distinguido y como excepcional, cuyo carácter conserva en el período de los emperadores Flavios, originarios asimismo de la Sabina.

Domiciano edificó sobre el solar de la casa en que habia nacido, junto al granado del Quirinal (*maium punicum*) el templo que se llamó de la Genté Flavia, donde el mismo Domiciano depositó las cenizas de Julia, hija de Tito, y donde más tarde recibieron igual honor las

cenizas de todos los *divos* de la dinastía Flavia. En este mismo pórtico celebraban sus juntas los colegios de Esculapio y de Higia, á juzgar por lo que se lee en muy antiguas memorias.

VII.

Un magnífico templo en honor del sol erigió sobre el Quirinal el emperador Aureliano, el soldado del Norte, que desde la más humilde esfera se levantó hasta el trono de Roma. ¿Tendría algo que ver su devocion al sol, que ciertos filólogos dicen (bajo su responsabilidad) que en lengua sabina se llama *Auril*, con el propio nombre Aureliano, y levantaria, por tanto, su ejecutoria aquel hijo del Danubio, no ya hasta la raza sabina, que al fin fué raza de pastores, sino hasta el mismo rey de los astros y padre de la luz? ¿Le diria algun judío del Trastevere; que en la lengua hebrea *Hôr* ó *Aur* significa *luz*, y *Elios* en la griega, *sol*?....

Del templo de Aureliano sólo se sabe, que, colocado sobre lo alto del monte, daban acceso hasta él dos magníficas escalinatas de mármol, dignas de la magnitud y hermosura del templo, y que los restos de tan insigne fábrica, conservados hasta el siglo xvi en el jardin Colonna, fueron tema de grandes controver-

sias arqueológicas; los primores de la escultura indujeron á muchos á creer que tales fragmentos hubieran pertenecido al Templo de la Salud, ó á la casa de los Cornelios, ó al famoso senáculo de las mujeres, establecido en el Quirinal en tiempo del afeminado Eliogábalo, ó, por último, á las Termas de Constantino; pero rechazadas todas estas conjeturas, tóvose por más racional suponer que en los días de Aureliano, días de decadencia para las artes y para todo lo noble, pudo haberse aprovechado, como en efecto se hacia, la riqueza de monumentos antiguos para levantar otros nuevos. Á los dos lados de la gran escalera de mármol, y como guardándola, fueron establecidos los alojamientos militares (*castra*), cuya duracion habia de ser breve.

VIII.

Los últimos y más vastos edificios, que se alzan sobre el Quirinal ó en sus vertientes en tiempo de los emperadores, pertenecen á Constantino; junto á los alojamientos ántes dichos, al pié de la escalera del Templo del Sol, construyó un vasto pórtico, cuyos restos de maravillosa grandeza se descubrieron en tiempo de Clemente XIII, con motivo de las

obras del Palacio Quirinal. Sobre la colina edificó suntuosas termas el hijo de Santa Elena. Hoy, para buscar algun vestigio de aquella construccion análoga á las de Caracalla y Diocleciano, aunque ménos grandiosa, hay que bajar á los subterráneos del Palacio Rospigliosi. En el exterior nada recuerda ya la existencia de las termas ni de la cinta de bellos edificios, que ante ellas se extendia, y á los cuales pertenecieron las estatuas de Constantino y sus hijos, los simulacros colosales del Nilo y del Tíber, que están en el Capitolio, y los famosos grupos que ahora admiramos en la Plaza de *Monte-Cavallo*, que así se llama en la actualidad la Plaza del Quirinal.

IX.

Es, seguramente, la Plaza del Quirinal una de las más hermosas de Roma. Despues de la de San-Pedro, no hay otra tan apropiada para servir de vestíbulo á un palacio del Soberano Pontífice. Desde aquella altura la vista se extiende por los ámbitos de la Ciudad y de la campaña, el cielo parece más diáfano, la luz más pura.

Dos colosales Dioscuros, que exceden en grandiosidad y belleza á los de la Plaza del

Capitolio, guardan el principal ingreso de la del Quirinal. En el pedestal respectivo de aquellos dos grupos de Cástor y Pólux, domando los caballos, están grabados los nombres de Fídias y Praxitéles. Pero la Edad Media, época en que estos ilustres nombres fueron esculpidos debajo de aquellos hermosos mármoles, no era, de cierto, la más á propósito para determinar el origen de tales obras; ni era posible que los escritores antiguos, especialmente Plinio, Dionisio de Halicarnaso y algunos otros, que hicieron mencion de los objetos de arte más preciosos con que Grecia vencida enriqueció á Roma vencedora, hubiesen omitido la noticia de dos grupos pertenecientes nada ménos que á los príncipes de la escultura griega: fuera, pues, en tiempo de Augusto, como quieren algunos eruditos, fuera en los días de Trajano y Adriano, que representan una época feliz para el arte, como sospechan algunos, es lo cierto que ántes del imperio no hay fundamento razonable para suponer la existencia de aquellos dos colosos, cuyos originales positivamente pertenecieron á la escuela de Fídias, autor de un coloso desnudo que en Roma existía, y de que da noticia Plinio.

El obelisco, que en medio de la plaza y entre el sorprendente grupo de los colosos se le-

vanta, estuvo, como el de Santa María la Mayor, muchos años ante el Mausoleo de Augusto. La magnífica taza de granito, que recoge el caudal de la fuente, tiene 76 piés de circunferencia, y adornó el Foro Romano hasta la época de la destrucción de los monumentos: en el siglo xvi fué desenterrada de junto á las ruinas del Templo de Cástor y Pólux.

X.

Sobre las antiguas construcciones de la colina por excelencia del Capitolio viejo, sobre los templos y los pórticos, sobre aquella cumbre solariega de la gente sabina, se extiende tres siglos hace el Palacio Apostólico del Quirinal.

Las moradas de los Papas no han sido nunca maravillas de lujo y de suntuosidad. Las habitaciones destinadas á la vida interior presentan aquel aspecto de austera humildad, que corresponde al Sucesor de los Apóstoles. Las salas de los grandes actos públicos ofrecen los caracteres de grandeza y majestad, que corresponden al soberano legítimo de un Estado independiente, que es á la vez soberano espiritual de doscientos millones de católicos, y llama hijos á los reyes y emperadores más poderosos de la tierra.

El Palacio del Quirinal, donde veinte años hace no ha residido el Pontífice, ni áun en la estacion del estío, no es una construccion de primer órden; pero es un hermoso palacio. Desde Gregorio XIII, que echó los fundamentos, hasta el actual Pontífice, á cuyo celo y solicitud se debe la espaciosa y cómoda subida que por la parte de Occidente conduce á la Plaza, casi todos los Papas han contribuido á mejorar y embellecer aquella residencia, cuya situacion topográfica no tiene superior ni rival en la Ciudad de las Siete Colinas. Allí, como en el Vaticano, han de buscarse obras de arte, que no los refinamientos de un lujo estéril ó de una muelle comodidad.

XI.

Frescos, lienzos y tapices forman la riqueza artística del Quirinal. De los primeros, han de ponerse en primer término los del oratorio privado, en cuyo fondo hay un cuadro de la *Anunciando*, debido, como los demas, á Guido Reni, que excede á toda alabanza, y merece por sí solo la visita hecha al Palacio.

Entre los lienzos notables, que son muchos, debe mencionarse un *San Jerónimo*, de nuestro Rivera (el *Spagnoletto*); el *Ecce homo*, de Do-

miniquino; un *San Sebastian*, de Pablo Veronés; un *San Juan*, de Julio Romano; un precioso *desposorio místico de Santa Catalina, San Pedro y San Pablo*, por Fr. Bartolomé de San Márcos; la *Resurreccion de Jesucristo*, por el famoso colorista Van Dyk, y otros de buenos autores de las varias escuelas italianas.

En uno de los departamentos interiores está el magnífico retrato, obra muy señalada de Madrazo, de S. A. R. el Príncipe de Astúrias, cariñoso homenaje del augusto niño á su *venerado padrino* Pío IX. Los tapices, procedentes de la fábrica de los *Gobelins* de París, espléndido regalo, casi todos ellos del Emperador Napoleon I al Pontífice Pío VII, y ornamento del Palacio de las Tullerías, lo son hoy dignísimo de las más ricas salas del Quirinal. Rodea este palacio un jardin amenísimo, donde la naturaleza y el arte han multiplicado sus atractivos y sus maravillas: estatuas, fuentes, estanques, caprichosos surtidores y juegos hidráulicos, bosques y alamedas, cuadros inmensos de variadas flores, árboles corpulentos, pájaros de diversas clases, luz, aroma, poesía, todo se encuentra en aquella altura pintoresca, que alegran, á la vez, el canto de las aves y la extraña armonía de un órgano movido por el agua, en el seno oscuro y escabroso de una gruta.

XII.

En la cumbre y en las pendientes del Quirinal, como en todas las otras colinas, los templos católicos han tomado posesion de las ruinas de la gentilidad: sin alejarnos de la Plaza de Monte-Cavallo, podemos visitar San Silvestre, enfrente al Palacio Rospigliosi, con su bella nave y pinturas al fresco de Dominiquino y cuadros de Caravaggio y estatuas de Algardi, y con sus dos magníficos sepulcros, del Cardenal Bentivoglio, célebre literato del siglo xvii, y Próspero Farinaccio, jurisconsulto, escritor de derecho criminal.

Otra iglesia notable es la de San Andres, noviciado de los Jesuitas. Su forma oval, la variedad y riqueza de los mármoles y columnas que la decoran, y los monumentos que encierra, hacen de esta iglesia y de la santa casa, que le es aneja, uno de los lugares más recogidos y más gratos para la meditacion y la plegaria: un sarcófago en el templo, y una estatua en la modesta capilla del Noviciado, producen en la inteligencia y en el corazon del peregrino que los visita, una impresion, que difícilmente se borra. El sarcófago pertenece á un humilde jesuita, que murió en 1819, y que en el siglo se habia llamado Cárlos Ma-

nuel IV, Rey de Cerdeña. La estatua representa al jóven San Estanislao de Koska, moribundo, tendido sobre el pobre lecho: la cabeza, las manos y los piés son de mármol blanco, la sotana de mármol negro, el lecho de mármol amarillo. La escultura moderna no ofrece muchas obras más notables, y ninguna, de cierto, más devota. Dícese que el escultor francés Le Gros recibió por esta bellísima estatua una recompensa sobrehumana; la gracia de la conversion al catolicismo.

Vecino á esta iglesia, en el barrio de Quirino, cuya fama de lugar muy concurrido nos transmiten Juvenal y Ovidio, álzase hoy un modesto templo cristiano, quizá sobre las ruinas del antiguo pagano de la Pudicicia plebeya, erigido á principios del siglo v en honor de los mártires Gervasio y Protasio, hijos de San Vital: el nombre del padre prevaleció para titular de la iglesia desde los tiempos de San Gregorio Magno. El mismo santo Pontífice restituyó al culto católico la Iglesia de Santa Águeda *in Suburra*.

XIII.

La sexta region de la Roma de Augusto (*Alta Semita*) comprendia el Quirinal y los va-

lles, que del Viminal y de la colina de los jardines (*Pincio*) lo separaban: la séptima region (*Via Lata*) abarcaba casi todo el espacio que media entre el Quirinal y el Corso moderno. Hoy tampoco corresponden á una sola region el Quirinal y sus vertientes. En la primera, denominada de *I Monti*, se contiene una buena parte de la colina; á la segunda (*Trevi*) pertenecen el resto del Quirinal, señaladamente el Palacio Pontificio y los puntos de aproximacion al Pincio por un lado, y al Corso por otro. Tenemos, pues, que invadir el recinto de dos ó tres regiones al dar idea, aunque rápida, de los monumentos notables que hoy cubren, ademas de los ya indicados, la altura y las pendientes y áun los valles del Quirinal.

De las tres antiguas puertas del monte de Quirino, correspondientes las tres al muro occidental de la Ciudad, *Porta Sangualis*, *Porta Salutaris* y *Porta Piacularis*, la primera puede suponerse al fin de la actual subida á Monte-Cavallo, toda vez que el Templo de Sango estuvo cerca del de Quirino, y el de Quirino en el espacio que ocupa San Andres; la segunda, que conducia al Templo de la Salud, debió de estar en la altura, que hoy se dice *Le Quattro Fontane*; la tercera, en la que ahora es calle de Santa Susana.

XIV.

Dos palacios, notables ambos por su arquitectura, más notable uno por las joyas artísticas que guarda, hacen compañía de honor al Palacio Pontificio, sobre la Plaza de Monte-Cavallo; el primero es el de la Consulta; el segundo el de Rospigliosi, edificado, como hemos dicho, sobre las ruinas de las Termas de Constantino.

En el jardín de este palacio hay una galería cubierta, gran *loggia*, que llaman en Italia, en cuya bóveda está el admirable fresco de Guido Reni, conocido en el mundo de las artes con el nombre de la *Aurora*: representa, con efecto, el surgir del sol del fondo de los mares de Oriente, precedido de la Aurora, la cual, dando al espacio la dorada cabellera y envuelta en tenues vestiduras, que flotan apaciblemente agitadas por el céfiro, sembrando va de flores su camino. Los caballos de Febo galopan por las regiones del Éter, arrastrando el carro de oro sobre precipicios de nubes: dirige el espantable correr de la cuadriga un jóven alado, que ostenta en su mano la antorcha misteriosa que es principio del fuego que vivifica, y de la luz que alumbraba la naturaleza; rodean el carro en vaporoso

cortejo las Horas, que asidas por las manos, semejan una cadena de rosas; el conjunto no puede compararse sino con las descripciones de Homero y de Hesiodo. Difícilmente fábula alguna de la musa griega habrá encontrado más hermosa realizacion en el arte moderno.

XV.

Entre los muchos buenos cuadros del Palacio Rospigliosi, merecen recordarse un *San Jerónimo*, de nuestro Españolito; una *Crucifixion* y un *Cristo muerto*, de Rubens; *Adán y Eva*, del Dominiquino; una *Virgen con Jesús*, de la escuela de Rafael Sanzio, si no de su propio pincel; la *Gioconda* en el baño, cuadro famoso, atribuido á Leonardo Vinci; dos retratos, de Ticiano; algunos bustos de mérito, especialmente el de Escipion el Africano; y una coleccion de frescos procedentes de las Termas de Constantino. Guárdanse allí los bocetos de los cuatro Evangelistas, pintados al fresco por el Dominiquino en la cúpula de San Andres *della Valle*.

XVI.

Subiendo del Foro Trajano á la colina del Quirinal, se pasa sobre las ruinas de los que

fueron baños de Paulo, *Pauli balnea*, de Juvenal, ó *Balineum Paulli*, de Rufo, de donde en la Edad Media se formó el extraño nombre de *Magnanapoli*, que aún lleva la calle; álzase allí una torre de fines del siglo XIII (edificada por Bonifacio VIII), que da idea de las construcciones de la época, y es uno de los pocos monumentos bien conservados de aquella edad de guerras y disturbios, que Roma posee todavía.

En aquel mismo lugar está hoy la Iglesia de Santa Catalina de Sena con monasterio anejo de monjas dominicas, al cual corresponde la torre de que ántes hemos hablado, y que se llama generalmente de las *Milicias*. Como guardadora de las ruinas del Foro Trajano aparece la Iglesia de Santa María de Loreto, de arquitectura un tanto extravagante, pero rica en obras de arte, como los cuadros de d'Arpino, y la estatua de Santa Susana, por Quesnoy (*el Fiamingo*), imitación de la Cérés de casa Mattei, pero obra señaladísima de la escultura moderna.

XVII.

Sobre la punta del Quirinal, que domina el Foro de Nerva, y que en lo antiguo tenía el

nombre especial de *Collis Latiaris*, se ve hoy la Iglesia de Santos Domingo y Sixto, con monasterio anejo tambien de monjas dominicas. En las últimas raíces del Quirinal, cerca del foro mismo de Nerva, estuvo la antigua Puerta *Janualis*, con el pequeño Templo de Jano, que sólo se cerraba en tiempo de paz, y cuyo monumento trasladó luégo Domiciano á un magnífico templo de su foro transitorio.

En el otro ángulo de la falda del Quirinal, donde termina juntándose al valle que lo separa del Viminal y el Esquilino, está la Iglesia de Santa María de Monti, de arquitectura recargada y de mal gusto, pero riquísima, en el interior, de pinturas y de adornos; la imagen de la Virgen, en cuyo honor se erigió el templo en el pontificado de Gregorio XIII, es una de las más veneradas de Roma; los habitantes de la vasta region de *I Monti* la consideran como su patrona especial y le tributan un culto esplendoroso.

La princesa doña Juana de Aragon donó á fines del siglo xvi el terreno que hoy ocupan sobre la Vía del Quirinal, la Iglesia de Santa Clara y el convento de capuchinas, á que pertenece.

Donde estuvieron el Templo de la Salud y la Puerta Salutaris, es hoy la altura, que dicen de las *Cuatro fontanelle*, hermoso cuatri-

vio, que domina los tres obeliscos de Santa María la Mayor, Monte-Cavallo y Trinidad de Montes, y cuya cuarta calle termina en la Puerta Pía; de las cuatro fuentes, obras todas de Sixto V, tres están apoyadas en palacios, y una, la del ángulo meridional, en la Iglesia de San Carlos, de arquitectura de Borromini, amanerada y extravagante como casi todas las obras de aquel Góngora romano, ya que no podamos ni debemos llamar Churriguera al arquitecto de Santa Ines en Plaza Navona. La iglesia y el anejo convento fueron construidos á mediados del siglo xvii por los trinitarios descalzos de España. La medida exacta de uno y otro edificio juntos, es la de un pilar de los cuatro que sostienen la Cúpula de San Pedro. Allí no léjos, en la Vía del Quirinal, está la Iglesia de Santa Ana, llamada *alle quattro fontanelle*, erigida tambien en el siglo xvii por los padres carmelitas descalzos españoles, que tuvieron un hospicio contiguo.

XVIII.

Los tres palacios, en cuyo muro respectivo descansan tres fontanas del cuadrivio, son notables por su arquitectura, y alguno de ellos, como el de Albani, por sus tradiciones artísti-

cas; pero el más conspicuo y suntuoso es sin duda el Barberini, comenzado por Maderno y concluido por Bernini.

Urbano VIII (*Barberini*) quiso labrar una fábrica digna de un soberano, y la fábrica corresponde, en verdad, á los alientos y carácter de aquel Pontífice: la verja y el jardin que rodean el palacio, y hasta su disposicion topográfica, le dan cierto aire de semejanza con el lindísimo de Liria en Madrid. Este de Roma encierra una verdadera riqueza artística, así en los frescos de los muros y bóvedas, pintados por Cortona, como en cuadros y objetos de escultura, y un tesoro científico y literario en la biblioteca, que es, sin disputa, una de las mejores de Roma.

Entre los cuadros hay verdaderas joyas de Vinci, de Caravaggio, de Ticiano, de Tintoretto, de Guido, de Andres del Sarto, uno de los más simpáticos artistas florentinos, y el retrato de Margarita (la famosa *Fornarina*), pintado por Rafael hácia el año 1511.

La biblioteca contiene cerca de diez mil manuscritos, entre ellos códices orientales, griegos y latinos de gran mérito, autógrafos de los más insignes poetas de Italia y una coleccion de libros impresos, que pasa de sesenta mil volúmenes con numerosas ediciones del siglo xv, y las obras que formaron la librería de

Tasso y de su padre, en las cuales abundan las anotaciones marginales de la propia mano de Torcuato y de Bernardo. La Biblioteca Barberini está abierta al público un día en cada semana.

En medio de la plaza Barberini surge la fuente del Triton con sus cuatro delfines, que sostienen el escudo de las abejas, propio de la familia, que da nombre al palacio y á la plaza.

XIX.

Allí cerca está el convento de los capuchinos con su cementerio subterráneo, que más parece un museo funerario, y la extraña capilla revestida con un mosaico de huesos, que causa espanto y frío: la Iglesia de la Concepcion, á que es anejo el convento, muestra en el exterior la pobreza de su instituto; pero en el interior posee riquezas de arte, como el *San Miguel* de Guido Reni; el *San Francisco en éxtasis*, del Dominiquino, de que hay copia en mosaico en San Pedro; el *San Antonio de Padua resucitando á un jóven*, por Andres Sacchi, y la *Conversion de San Pablo*, por Cortona: reliquias, como el cuerpo intacto de San Félix de Cantalicio y del venerable Crispino de Viterbo; y memorias sepulcrales, como la

de Alejandro Sobieski, hijo de Juan III, rey de Polonia, y la humilde lápida del suelo, bajo la cual reposa el Cardenal Barberini, fundador de la iglesia, con este epitafio, modelo de sencillez y de cristiana humildad.

HIC JACET PULVIS, CINIS ET NIHIL.

XX.

Cerca de la Plaza Barberini hay una iglesia lindísima, que trae un recuerdo muy agradable al viajero español: está consagrada á San Isidro Labrador, al patron de Madrid: fundáronla los frailes franciscanos descalzos españoles, en el año 1622, esto es, en el año mismo en que el Papa Gregorio XV canonizó al glorioso Labrador castellano del siglo XII, cantado por Lope de Vega. Andres Sacchi produjo una de sus más estimables obras en el cuadro del santo, que ocupa el altar mayor.

En otra de las calles, que conducen á esta misma Plaza Barberini, está la Iglesia de Santa María *di Constantinopoli*, fundada para la confraternidad de sicilianos y aragoneses, por el rey de España D. Felipe II: la madre de la Virgen, que se venera en el altar mayor, fué traída en los siglos medios de Constantinopla.

Las cercanías del Quirinal abundan en mo-

numentos españoles. En la *Strata Felice*, que corresponde á la region tercera, los agustinos descalzos de España, erigieron, á principios del siglo xvii, una iglesia en honor y bajo la advocacion de San Ildefonso: en la misma region, entre el Quirinal y el Pincio, quizá donde fueron un dia los Jardines de Lúculo, un sacerdote español, el P. Francisco Soto, del oratorio de San Felipe, construyó, á fines del siglo xvi, la Iglesia de San José, que se llama à *Capo le Case*, con un convento de monjas teresianas. *Franciscus Soto, hispanus oxomensis, erexit, ornavit et dotavit. Anno 1598.* Tan cierto es que difícilmente puede darse un paso por Roma sin descubrir algun vestigio de la católica España.

XXI.

Para erigir al agua *Vergine*, que veinte siglos hace alimenta y embellece á la Ciudad de las Siete Colinas, un monumento digno de los que el agua *Paola* y el agua *Felice* tenían sobre el Janículo y sobre el Esquilino, comenzó Clemente XII (*Corsini*) y continuó Benedicto XIV (*Lambertini*) y llevó á término Clemente XIII (*Rezzonico*) la obra estupenda de la Fontana de Trevi: es toda la fachada de un palacio (el antiguo *Poli*), de entre cuyas altas columnas sale

la estatua colosal del Océano, sobre un carro tirado por caballos marinos, regidos á su vez por tritones: por debajo del carro precipítase, cual torrente, un río caudaloso, que de una en otra va llenando tres grandes conchas, hasta caer, con los otros manantiales de aquel escollo gigantesco, en la anchurosa pila oblonga de mármol blanco, que forma como una plaza rodeada de columnas y de escalinatas y de parapetos.

La obra arquitectónica de la Fontana de Trevi, una de las más grandiosas del pasado siglo, no resiste á la crítica exigente y descontentadiza: la fachada en que aparece el dios de las aguas, con sus columnas jónicas y sus ventanas, y con las estatuas de la Salubridad y de la Abundancia, y las de las Cuatro Estaciones, y con los bajo-relieves, que figuran á la doncella (la *Vergine*), que mostró el escondido manantial á los sedientos soldados de Agripa, y á Agripa mismo examinando la planta de su famoso acueducto, es una fachada, que para todo pudo imaginarse ménos para una fuente: las figuras mitológicas del númen y de los caballos marinos sujetados por tritones, y del carro en forma de concha, y el despeñarse de las aguas por aquel precipicio, no concuerdan ciertamente con el efecto rebuscado de las ventanas simétricas y de los seis pilares corin-

tios á cada lado, y de las columnas y de todo el lujo de ornamentacion acumulado por el arquitecto Salvi. Por más que el escollo sea un poco más regular que aquellos que forma la naturaleza, y diste algo, en este concepto, del que labró Bernini para la Plaza Navona, siempre hay que convenir en que la Fontana de Trevi es una obra especial, que está fuera de las leyes comunes por que se rigen monumentos de su clase, y que los anacronismos y la falta de buen gusto artístico, que á su autor suele imputar la crítica, ceden ante la grandiosidad de la obra, como en la Plaza de Trevi se pierde el rumor de las palabras ante el estrépito del espumoso raudal del agua Virgen.

Los antiguos arcos (*fornices*), que traian en triunfo desde los tiempos de Agripa este caudal inapreciable, dieron nombre á un santuario muy célebre junto á la Fontana misma: á la iglesia, que se dijo de Santa María *in Fornica* y ahora de Santa María *in Trivia*, cuyo origen se debe á la especial devocion de Belisario: los dos primeros versos de la antigua inscripcion en mármol, que se conserva en el muro lateral, dicen así:

*Hanc vir patritius Vilisarius urbis amicus
Ob culpæ veniam condidit Ecclesiam.*

XXII.

Otras iglesias y monumentos notables no lejanos del Quirinal, ni ajenos á la region de *I Monti*, habremos de recorrer en nuestra visita á la próxima Colina Viminal. En las calles que separan el Monte de Quirino de la region *Colonna*, que llega al Pincio y comprende una parte del antiguo Campo de Marte, tambien abundan los monumentos religiosos; entre ellos merecen mencion San Silvestre *in Capite*, que es una antiquísima iglesia, cuyo origen se remonta al siglo III, á la época del Papa Dionisio I y de los emperadores Valeriano y Galieno, y que guarda entre sus reliquias y objetos preciosos la cabeza de San Juan Bautista y una imágen del Salvador, que por tradicion se cree ser aquella que el Papa San Silvestre envió á Abagaro, rey de Edesa.

Parece, pues, que la Roma cristiana haya tenido particular empeño en multiplicar los templos, consagrados al único culto verdadero, en aquella misma region insigne de la *Alta semita* y sus valles contiguos, en aquella colina, que guardó en sus entrañas el suplicio de las vestales, y que más tarde ostentó los templos de Rómulo (Quirino), de Fidio, de la Salud,

de la Fortuna pública, de los emperadores Flavios, y por último, el Pórtico y las Termas de Constantino el Grande. El antiguo Quirinal era la mansion de las familias aristocráticas, de donde alguna vez salieron los reyes y los caudillos y los emperadores de Roma. El nuevo Quirinal, mucho más afortunado, es uno de los recintos, donde, con asistencia de lo alto, se designa y elige el Sucesor de los Apóstoles; la colina venturosa, desde cuya cumbre suele anunciarse al mundo católico la exaltación y el nombre de su soberano espiritual.

EL VIMINAL.

MONUMENTOS CRISTIANOS.

RUINAS PAGANAS.

I.

Fué el Viminal, entre los siete famosos montes, el ménos importante en los destinos de la Roma antigua, como es el ménos determinado en la topografía de la Roma moderna. Especie de hijuela del Quirinal, la colina de los Sauces (*Vimina*), siguió la suerte de la de Quirino en la parte que á ella se avecinaba, y la del Monte Esquilino en la pendiente que á su campo descendía.

En lo más prominente del Viminal estuvo el Ara de Júpiter, que se llamó *Vimineo* ó Viminal por el bosque de sauces en cuyo fondo se alzaba: es inútil buscar ya sus vestigios.

II.

La Plaza de *Termini*, que corresponde á la moderna region de *los Montes*, en la cual está

incluido el Viminal, puede considerarse dividida en dos zonas; la menor, próxima al Quirinal, en el camino que conduce á Puerta Pía; la mayor, en la parte baja, cerca de las Termas de Diocleciano, que dieron el nombre de *Termini* á la plaza: á la primera pueden asignarse la fontana del agua Felice y las Iglesias de Santa María de la Victoria y Santa Susana, que ocupan acaso una parte del terreno donde se extendian los Jardines famosos de Salustio. Las modificaciones que el terreno ha sufrido, y los varios edificios ó montones de ruinas, que en distintas épocas han cubierto aquella vasta region de la Ciudad, de tal manera hacen difícil la perfecta designacion de límites, que muchos escritores de antigüedades romanas funden en una las dos colinas Quirinal y Viminal, y estudian los monumentos de ambas, bajo un solo punto de vista topográfico. No cabe duda en que las Termas de Diocleciano ocuparon el valle entre el Quirinal y el Viminal; éste es el monumento cierto que allí queda: aquella vasta planicie, hoy sombreada de árboles, no podria, con justicia adscribirse á ninguna de las dos colinas con exclusion de la otra: dado el método que nos hemos propuesto, de seguir el órden de los siete clásicos montes, nos hemos tomado la libertad de traer íntegra á este capítulo la Plaza

de Termini, con sus construcciones y sus ruinas, sin negar el derecho que á algunas de ellas pueda tener el anterior.

En la calle que conduce desde Monte-Cavallo á Puerta Pía, hállase la fontana del agua llamada *Feliz*, por el nombre de pila (*Félix*) del gran Pontífice Sixto V, á quien dicen que saludó una vez Pasquino con el dictado de *Summus Pontifex*. Fué, en efecto, una de las obras más gigantescas de aquel Papa, la traída á Roma de tan precioso caudal de agua á traves de un espacio de veintidos millas, de las cuales, quince, salvadas por medio de conducto subterráneo: el agua *Felice*, debia hacer, como si dijéramos, su entrada pública y solemne en la capital del mundo, y al efecto se construyó la Fontana de Termini, con diseño de Domingo Fontana: su arquitectura consiste en una fachada de tres bóvedas, divididas por cuatro columnas jónicas, que sostienen un arquitebe más grandioso que bello: en las bóvedas laterales hay bajo-relieves alusivos á la índole del monumento, y en la de enmedio se ve una deplorable estatua de Moisés. La escultura estuvo tan en desgracia como la historia; el bajo-relieve de la izquierda, obra Della Porta, representa á Aaron guiando al pueblo sediento en busca del agua; pero anticipando un poco los sucesos bíblicos, el escultor viste

al caudillo con hábitos sacerdotales: el otro bajo-relieve, que es de Flaminio Vacca, figura á Gedeon formando juicio de sus soldados, segun la manera como beben el agua. El Moisés, que preside, queriendo imitar en algo al de Miguel Angel, toca en las fronteras de la caricatura: es un Moisés, que al percutir con su vara la roca de Oreb, tiene ya en la mano las Tablas de la ley y la luz del Sinai en la frente: el autor de la estatua, Próspero Bresciano, no quiso ser ménos que el del bajo-relieve en lo de guardar la verdad histórica, sin que le arredrara esculpir el anacronismo en el propio simulacro del inspirado autor del Pentateuco. Por debajo de la estatua de Moisés y de los dos nichos laterales, se precipitan tres grandes masas de agua, que caen sucesivamente de una en otra, y en otra ancha taza, cuya base guardan cuatro leones de mármol blanco, que han reemplazado á los de basalto, que ahora están en el Museo Vaticano.

III.

Junto á la fontana del agua *Felice* está la Iglesia de Santa María de la Victoria: era primero un humilde santuario erigido á los principios del siglo xvii, bajo la advocacion de San

Pablo apóstol: los padres carmelitas descalzos del anejo convento, hubieron de regalar al cardenal Escipion Borghese, la famosa estatua del hermafrodita (que luégo pasó á ser una de las más preciadas joyas del Louvre), y el Cardenal, agradecido, costeó la reconstrucción de la iglesia con la esplendidez propia de aquel ilustre purpurado. Mr. Ampère cambia en su historia de Roma los términos de este suceso: supone que el regalo procedió de las monjas de Santa Susana, y que la fachada de esta iglesia (que lleva, por cierto, el nombre del cardenal Rusticucci), fué la reedificada por el agradecimiento de Borghese.

Es, pues, la Iglesia de la Victoria una fábrica de regular arquitectura y por demas sobrecargada de adornos: se compone de una sola nave ó cruz latina y seis capillas: tiene pinturas al fresco de Juan Domingo Perugino; y sobre todo, en la segunda capilla, el hermoso cuadro del Dominiquino, que representa á la Virgen en acto de poner el niño Jesus en los brazos de San Francisco; en uno de los altares del crucero está la tan celebrada estatua de Santa Teresa de Jesus, herida por un dardo del Amor divino, grupo que muchos consideran como la obra maestra de Bernini. El ánimo queda perplejo ante esta escultura: quien haya de juzgarla tan sólo bajo el aspecto artís-

tico, la encontrará acaso amanerada, excesivamente bella en todos los pormenores; pero de cierto, una gran obra: los que imbuidos, casi desde la niñez, en la lectura de los libros de Santa Teresa, y aún en el estudio de su carácter, nos aproximamos á la estatua de Bernini, y sin negar el mérito del escultor insigne, tardamos mucho en reconocer en su mármol á la mística autora de las *Cartas*; la época de Bernini, y aún su manera artística, no eran ciertamente las más á propósito para interpretar con el cincel y las formas, el dulce espiritualismo de nuestra santa é inspirada Doctora.

IV.

A muy pocos pasos de Santa María de la Victoria está la Iglesia de Santa Susana, cuyo origen sube á los primeros siglos, y recuerda nombres esclarecidos en los anales de la virtud; San Gabino, padre de la Santa, y el Papa San Cayo, su tío; sus dos casas, que estaban allí contiguas, fueron convertidas en templo, que se llamó, por tanto, Santa Susana *ad duas domos*: hoy es un templo notable, reconstruido á principios del siglo xvii á expensas del cardenal Rusticucci, con arquitectura poco feliz, de Maderno: los frescos de la única na-

ve, que representan la historia de la hebrea Susana, pertenecen á un pintor de la escuela boloñesa, Baldasare Croce: por dos rampas de escalera se baja al altar de la Confesion, donde reposan los cuerpos de Santa Felicitas y sus hijos, mártires, depositados en el siglo ix por el Papa Leon III. La capilla de la izquierda, erigida por una dama romana, Peretti, hermana de Sixto V, es rica en mármoles, en pinturas y en reliquias: en el muro de la derecha está el sepulcro del escultor Felipe Valle, que murió en 1777: á la izquierda, en el suelo, hay una humilde lápida, que contiene el epitafio de un artista español: yacen allí los restos de D. Francisco Preciado, natural de Sevilla, pintor, que falleció en 1789, y que al cargo de Director de la Academia española, en Roma, había añadido el honrosísimo de presidente de la pontificia de San Lúcas.

La cumbre del Viminal, un tiempo coronada por el Ara de Júpiter, rica en estatuas como las de los poetas griegos, que posee el Museo Vaticano, orgullosa luégo con las Termas de Olimpiades, ostenta hoy la Iglesia de San Lorenzo *Panisperna*, construida en el lugar mismo donde aquel diácono español sufrió el martirio el dia 10 de Agosto del año 258.

Es, sin duda, San Lorenzo una de las más bellas figuras de los primeros siglos cristianos.

Seis iglesias hay en Roma consagradas á su culto; la veneranda Basilica de San Lorenzo, fuera de los muros, de la época de Constantino; San Lorenzo *in Lucina*, junto al Corso; San Lorenzo *in Damaso*, al lado del Palacio de la Cancillería; San Lorenzo *in Miranda*, en el que fué templo de Antonino y Faustina; San Lorenzo *in Fonte*, en el antiguo *Vico Patricio*, falda occidental de Esquilino Cispio, donde el jóven levita convirtió y bautizó á San Hipólito, iglesia reedificada en el siglo xvi por el cardenal español Alvarez de Toledo, y en fin, la del Viminal, que se denomina *in Panisperna*, por el nombre de Perpenna, mujer de Helpidio, escrito en una antiquísima lápida allí encontrada; la fábrica primitiva es anterior al siglo viii, puesto que un documento de la época, da ya noticia de la iglesia *Sancti Laurentii in Formonso ubi ille assatus est*: en los siglos xiv y xvi fué restaurada y embellecida con algunas pinturas.

V.

Si las tristes vertientes y estrechos valles del Viminal no tienen para el estudio histórico de la Roma pagana el interes que despierta el Capitolio ó el Palatino, para la historia de la Roma cristiana tienen una importancia de

primer orden; allí está, puede decirse, la casa solar de los neófitos, que abren la marcha gloriosa de los mártires. En aquella region vivieron las piadosas mujeres que en el siglo II aparecen como heroínas de la caridad, contrastando con el espectáculo de los vicios y las liviandades de las matronas del imperio.

La familia del senador *Pudens* habitaba en el *Vicus Patritius*; se componia de dos hijos, Novato y Timoteo, y de dos hijas, Práxedes y Pudenciana. Aquella ilustre familia tuvo la dicha de hospedar á San Pedro en su palacio en el año 44. Siete años moró allí el Príncipe de los Apóstoles; allí celebró los divinos misterios; allí consagró obispos á Lino y Cleto, que despues le sucedieron; allí probablemente ocupó la silla de marfil, que hoy, Cátedra Santa, se venera en la Basílica del Vaticano.

No pasaron muchos años sin que una parte de aquella casa se convirtiera en oratorio por San Pío I, á ruegos de Santa Práxedes; tal fué el origen de la Iglesia de Santa Pudenciana, que todavía se conserva con el pozo, donde es tradicion piadosa que las santas hermanas depositaron las reliquias de innumerables mártires. No léjos, en el Esquilino, aparece la Iglesia de Santa Práxedes, tambien de los primeros tiempos, en la cual se venera una columna traída de Jerusalem en el siglo XIII por

el cardenal Colona, y que allí se creia ser la misma á que estuvo atado el Salvador, cuando fué flagelado por los judíos.

No es posible recorrer sin profunda emocion aquellos lugares, por donde positivamente pasaron tantas veces San Pedro, San Pablo, San Justino, y muchos otros santos y mártires, verdaderos fundadores del reinado de la paz y de la civilizacion. La capilla del *Pastor*, en Santa Pudenciana, que fué quizá la habitacion del Príncipe de los Apóstoles, conserva un altar de madera, donde San Pedro celebró el sacrificio instituido por su divino Maestro; una sencilla inscripcion lo dice: *In hoc altare Sanctus Petrus pro vivis et defunctis ad augendam fidelium multitudinem corpus et sanguinem Domini offerebat.*

VI.

El triunfo de la verdad sobre el error no podia ser más evidente; en medio de las grandezas y de las locuras del imperio, el palacio de un patricio viene á ser templo de la castidad y de la oracion; una familia de nobles romanos se consagra al servicio de los indigentes y recoge con caridad los despojos de los mártires, que los verdugos ó las fieras han dejado sobre la arena del Circo ó del Anfiteatro. En la inmediata colina del Esquilino, San

Pío I consagra sobre las Termas de Novato, en el *Vicus Lateritius*, la Iglesia de Santa Práxedes, y sobre las ruinas de las Termas Domicianas, que tambien se llamaron de Tito y de Trajano, el Papa San Silvestre erige un oratorio subterráneo, que, andando los siglos, será la magnífica Iglesia en San Martin en los Montes.

Véase, pues, como si el Palatino y el Capitolio han podido gloriarse de ser cuna de la Roma de los reyes y de los cónsules y de los emperadores, á las humildes vertientes y á los valles del Viminal y el Esquilino corresponde el más alto timbre de haber sido la primera residencia de los santos, el solar insigne de la Roma de los mártires.

La casa del senador Pudente y la interesante historia de sus hijas, constituyen la primera página de un gran libro, el primer canto de un gran poema, que comprende las glorias cristianas de los siglos de las persecuciones: capítulo de ese libro, cuadro de ese poema, es la preciosa y siempre nueva leyenda del cardenal Wisseman, que se llama *Fabiola*.

VII.

Los restos y aún las señales del Ara de Júpiter Vimíneo han desaparecido, como tam-

bien los del Templo de Silvano, y del lavacro de Agripina. La altura y las pendientes del Quirinal apénas dan ya testimonio del paso de los primeros Césares, ni de la república; no se hable de las edades ante-históricas: tan sólo de la época más aciaga del imperio quedan en el antiguo valle, que unia el Quirinal y el Viminal, unas ruinas gigantescas, hoy levantadas y ennoblecidas por la mano de la religion; son las ruinas de las Termas de Diocleciano, si no las primeras, las más grandes y espaciosas que en la capital del mundo se conocieron: hoy sus rotas bóvedas y sus derrumbados paredones son el primer monumento con que la grandeza pasada saluda al viajero, que por los caminos de hierro llega á la Ciudad Eterna.

El lujo de los baños habia tocado en los límites de lo increíble. Esta ciudad, decia Olimpodoro, consta de millares de casas, de las cuales cada una pudiera ser una ciudad, pues que contiene dentro de sí circo, foros, templos, fuentes y baños diversos. Á los baños privados sucedieron pronto los públicos, cuya construccion se debió á Agripa. Á principios del siglo v, es decir, al aproximarse la ruina total del imperio y el mayor apogeo del Circo Máximo, las principales *thermas* públicas (que así se llamaron los baños, por imitacion helénica), existentes en Roma, eran: las de Agripa, las

de Neron, las de Tito, las de Severo, las de Caracalla, las de Eliogábalo, las de Olímpíades, las de Filipo, las de Diocleciano, y las de Constantino.

De todas ellas, las de Caracalla fueron las más suntuosas; sus ruinas, al pié del Aventino, ofrecen aún idea bastante exacta de la disposición y lujo de aquellos edificios, para donde millares y millares de romanos se daban cita diariamente, ávidos de entregarse á los placeres de la conversacion, del juego y de los espectáculos, al abandono del más repugnante y desenfrenado sibaritismo. Cuando en nuestra rápida peregrinacion por la Roma antigua visitamos los restos imponentes de las Termas de Caracalla, ménos desfigurados é informes que los de éstas de Diocleciano, tuvimos ocasion de adaptar á cada una de aquellas mansiones solitarias, donde apénas crece la hierba ni vienen á cantar las aves, los diversos pórticos, salas y galerías, que fueron admiracion de los siglos, y hoy son montones de escombros.

Diocleciano quiso construir unas termas que excediesen en proporciones á todas las conocidas; si en las de Caracalla habian podido bañarse á la vez mil seiscientas personas, para un doble número tendrán anchura y mármoles y agua las del implacable perseguidor de los cristianos. Cuarenta mil de estos infelices se-

rán forzados á trabajar dia y noche en esta inmensa fábrica. La parte que se ha salvado de la destruccion sirve para completar la planta del edificio: era un paralelógramo de 1.300 y 1.200 piés de longitud en los lados respectivos; la gran piscina, abastecida del agua Marcia, tenia más de 100 varas de larga por más de 33 de ancha; tres magníficos órdenes de pilastras la rodeaban; un teatro en forma de semicírculo, con veinte y siete nichos de estatuas, alternativamente rectilíneos y curvilíneos, ocupaba el lado meridional: un anchuroso pórtico daba ingreso á la Sala Redonda, otros pórticos y otras aulas de diversa hechura, resplandecientes de mármoles, y ornados con riquísimos objetos de arte, servian de paseos, de biblioteca, de pinacoteca, de salas de lectura, juego, ejercicios atléticos, baños de vapor: bosques artificiales, fuentes y cascadas aumentaban la amenidad y material encanto de aquel gigantesco palacio amasado con lágrimas y con sangre; testimonio elocuente de un sensualismo, que mata por instantes al imperio.

Tales fueron las Termas de Diocleciano y Maximiano: aunque la irrupcion en Roma de las feroces huestes de Alarico por la Puerta Salaria y los famosos Jardines de Salustio, lugares inmediatos á las termas, producirian en éstas el estrago de que pocos edificios de

la Roma imperial se libraron, á fines del siglo v estaban restauradas y en uso, á juzgar por unos versos de Sidonio Apolinar. En los trastornos sucesivos, en las convulsiones de la Edad Media, conocida es la suerte del imperio y de sus obras, y conocidos los horribles combates y saqueos que Roma sufrió, y que convirtieron en montones de piedra y tierra innumerables monumentos arquitectónicos, y en armas ofensivas las estatuas griegas, arrojadas en pedazos á la frente de los invasores. Las Termas de Diocleciano, como tantos grandes edificios de la Roma antigua, no podían ofrecer en el siglo de la restauración otro aspecto que el de un gigante caído, que apenas conserva fuerza para sostener el cuerpo flaco y moribundo sobre el tembloroso brazo en que lo apoya. Aquel imperio, aquella civilización de los circos y de las termas, habían desaparecido para no volver.

VIII.

De entre los muros rotos de un vasto palacio de deleites, construido por cristianos cautivos en días de amargo duelo para la Iglesia, recogió el siglo xvi, con piadoso amor al arte, retratos, inscripciones y cuanto pudiera ser-

vir á la comun ilustracion; el espíritu religioso hizo más todavía. El furor de los tiempos y el de los hombres habia perdonado una de las magníficas salas de las Termas de Diocleciano; conservábase su admirable bóveda; manteníanse sus ocho columnas de granito oriental, las mayores que hasta entónces se vieran. ¿Qué faltaba, pues? Un soplo del genio de Miguel Angel Buonarrota, y apareció la hermosísima Iglesia de Santa María de los Ángeles, que Pío IV consagró, erigió en título cardenalicio y dió á los cartujos, cuyo monasterio es contiguo.

No puede ofrecerse nada más bello que este templo, construido en forma de cruz griega, cuya longitud total excede de 330 piés por 308, que tiene la nave trasversal (antigua *Pinnacoteca* de las termas), con 74 de anchura y 84 de elevacion: áun despues de la reforma, que en la disposicion de la entrada y de los altares introdujo el arquitecto Vanditelli á mediados del último siglo, reforma atrevida y extraña, que le quitó hermosura, cambiando el ingreso, y por consiguiente el órden de la cruz; esta iglesia es una de las más notables, con ser las notables tantas de la ciudad de Roma. Sin hablar de aquellas columnas gigantes cas de 16 piés de grosor y más de 45 de altura, sin recorrer una por una las capillas y

uno por uno los retablos, sin fijarnos con el especial interes, que ellos merecen en algunos de aquellos cuadros, cuyas copias adornan los altares de la Basílica Vaticana, sobre todo el *Martirio de San Sebastian*, excelente obra del Dominiquino, y el *Bautismo de Jesucristo*, por Cárlos Maratta; que animan los dos muros laterales del altar Mayor, la *Presentacion al templo*, original de Romanelli, y algunos otros; sin describir aquel ingenioso meridiano, dispuesto en el pavimento, por el erudito Bianghini en 1701, y haciendo de la magnífica estatua de San Bruno, esculpida por Handon, el solo elogio, que dicen le tributó Clemente XIV, «el santo no habla, porque se lo prohíbe la regla de su órden;» acerquémonos respetuosamente á otros monumentos que en esta iglesia se guardan.

Sea el primero el túmulo modesto de Pío IV, diseñado, segun se cree, por Miguel Angel, como el del Cardenal Serbelloni, puestos uno y otro á los lados del altar mayor, y pagado un tributo de reverente gratitud al sabio Pontífice que continúa las glorias legítimas de Leon X y de Paulo III en el amor á las ciencias y á las artes, detengámonos un instante en cada uno de los cuatro nichos, que ofrece la sala ó capilla de ingreso, la pequeña Rotonda, antiguo *Calidarium* de las termas.

Corresponde uno al Cardenal Parisio de Cosenza, profesor de leyes en las universidades de Padua y Bolonia, cuya vasta ciencia brilló en el Concilio de Trento: es notable el epitafio de su losa:

CORPVS HVMO TEGITUR.
FAMA PER ORA VOLAT.
SPIRITVS ASTRA TENET.

Aquí, no léjos, reposan tambien los restos mortales del Cardenal Alciati, insigne jurisconsulto y literato del siglo xvi, profesor renombrado de la Universidad de Padua, maestro de San Cárlos Borromeo, honra y ornamento de la córte de Pío IV. La inscripcion funeraria, á vueltas de cierto juego grámatical que resulta de los tres tiempos del verbo latino *vivere*, es de un aticismo, que sorprende, y de una sencillez que deleita; dice así:

VIRTVTI VIXIT.
MEMORIA VIVIT.
GLORIA VIVET.

Los otros dos depósitos pertenecen á dos artistas famosos: uno á Cárlos Maratta, *aconitano non procul á Lauretana Domo, Camerani natus*, como se lee en el epitafio, pintor muy estimable del siglo xvii, que, siguiendo las huellas y modelos de Rafael, de Carracci y de

Guido, llegó á ocupar uno de los primeros lugares entre los pintores de su época, y á serlo de cámara del rey Luis XIV.

IN HOC TEMPLO EID. ANGELORUM REGINÆ SACRO,
MONUMENTUM SIBI VIVENS POSUIT.
ANNO D. M.DCCIV.

Así termina su inscripcion sepulcral.

Y de propósito hemos dejado para la última la visita al monumento que guarda las cenizas de Salvator Rosa, pintor, poeta, músico, aventurero, tipo verdaderamente original, espíritu apasionado y ardiente, como la tierra volcánica, cerca de la cual vió la luz, turbulento y arrebatado como las tempestades del Mediterráneo, que tantas veces se complacia en pintar, sombrío y melancólico como las rocas del Apenino y las cavernas de los Abruzzos, que en su juventud recorrió con varia fortuna. En vida sus sátiras y genialidades le valieron no pocas tribulaciones; pero á fe que en muerte halló un panegirista, que largamente le reintegra en el caudal de las alabanzas y de la gloria. Sobre su piedra sepulcral se lee el siguiente elogio:

PICTORUM SUI TEMPORIS
NULLI SECUNDUM, POETARUM OMNIUM TEMPORUM
PRINCIPIBUS PAREM.

El padre Oliva, general de los jesuitas, á

quien se atribuye este epitafio, llevó á términos de ponderacion excesiva el encomio al poeta y al pintor, sobre todo al poeta; que aunque los sonetos y sátiras de Salvator Rosa sean hoy mismo considerados, con justicia, textos de lengua, tanto como para levantarlo á la altura de los poetas príncipes de todos los tiempos, no creemos que basten ni lleguen; de seguro fueron mucho más modestas las aspiraciones del autor, en cuyos versos y en cuyos cuadros (manifestaciones gemelas de un solo genio) se hace notar la grandeza del colorido mejor que la habilidad perfecta del dibujo.

La vida de Salvator Rosa es una leyenda, cuyos capítulos dejó él mismo escritos ó pintados. Discípulo y admirador de nuestro Ribera (el Españoleta), comunicó á sus cuadros aquella vigorosa entonacion, que caracteriza su escuela, y que, á pesar de las repugnancias y desdenes de una crítica pusilánime y atildada, tendrá el encanto terrible de la verdad, siempre que no dé en las exageraciones y amaneramiento de un realismo inflexible y por precision antiestético. Salvator Rosa no es sólo el pintor de las ruinas y de los incendios; de entre los escombros de los sepulcros sabe hacer surgir la figura de Demócrito, riéndose de las vanidades mundanas; y en la soledad de un campo sabe ofrecer con admirables rasgos el

fratricidio de Caín. A su pincel es debido el gran cuadro de la conjuración de Catilina: su genio artístico supo evocar la sombra airada de Samuel, que maldice á Saul, y sorprender á Pitágoras en filosófica conversacion con sus discípulos. Los paisajes de Salvator Rosa reproducen, ya lo hemos dicho, con cierta delectacion las ásperas vertientes, los árboles abrasados por el rayo, la poesía de las tempestades, á diferencia de sus coetáneos Claudio Gellée (de Lorena), que se complacia en pintar la alborada con apacibles tintas y encantadora suavidad, y el no ménos dulce Poussin, el inspirado pintor de las *Cuatro Estaciones*: franceses estos dos, napolitano Salvator Rosa, todos tres aprendieron y brillaron en Roma en el siglo xvii, en aquel período, tambien feliz para las artes españolas: aquellos eran cabalmente los dias de nuestros Velazquez, Herreras, Canos y Murillos.

IX.

Hermoso templo el de Santa María de los Ángeles desde cualquier ángulo que lo veamos, desde cualquier punto que lo consideremos. El arte cristiano ha recogido los restos de una excelente joya arquitectónica de la Roma de los Césares, y con ellos eleva un santua-

rio á la Reina de los Ángeles, allí donde un tiempo se dió culto á la soberanía de todos los vicios. Aquellas columnas, que un dia sostuvieron la mansion de locas alegrías y de criminales deleites, ahora purificadas, son inmóviles centinelas de la oracion y la piedad. ¡Quién sabe si en aquellos muros dejó escrito su nombre humilde, y esculpido con dos sencillas rayas el signo de la redencion, alguno de los cuarenta mil cautivos, que trabajaron en la construccion de las termas! Dios en sus desig-nios inexcrutables tenía dispuesto que en la prosecucion de los tiempos viniera á ser templo cristiano y casa de mortificacion y penitencia aquel palacio gigantesco, que los cristianos infelices levantaban á la voluptuosidad romana, bajo la férula sangrienta de Diocleciano cruel.

El sepulcro de Diocleciano ya no existe; sus palacios, sus riquezas, el polvo de sus huesos, todo ha desaparecido, sin que de tanto poder y de tal nombre quede más que un recuerdo lúgubre y un eco lejano, que no penetra en ningun corazon recto ni refleja en ninguna inteligencia pensadora: en cambio, la espléndida cruz griega de Santa María de los Ángeles, consagrada al culto católico, guarda con religioso amor las cenizas de los sabios y de los artistas, que murieron en el Señor y que

vivirán en la grata memoria de todas las generaciones. Por su vasto recinto no pasean los patricios altaneros ni los plebeyos corrompidos ni las cortesanas procaces, ni resuenan por su limpio pavimento las armas de los soldados pretorianos, ni recorren sus vastas dependencias esclavos tristes y abyectos: hoy son moradores del que fué palacio y espléndido lugar de recreo del pueblo romano, unos pobres penitentes, vestidos de blanco sayal, entregados á la vida del espíritu y de la contemplacion: al ruido de los sofistas, que discutian, y de los ociosos, que declamaban, ha reemplazado el solemne silencio de los cartujos, que oran. Sus pobres celdas no recuerdan, por cierto, el lujo de las antiguas aulas inherentes á las termas; pero su hermoso claustro cuadrado, que sostienen cien columnas de travertino, formando debajo cuatro grandes pórticos, obra insigne de Miguel Angel, produce una dulcísima impresion de paz y de interior alegría: el fresco ambiente, embalsamado de azahar, que se respira en aquel patio, á la sombra de los árboles y de la caridad, trae al espíritu cristiano más humilde un órden de ideas, que no pudo siquiera soñar el filósofo más soberbio de la antigüedad griega y romana.

Fueron, pues, en su destino ulterior más afortunadas que las Termas de Caracalla, las

no tan ricas, pero sí mayores, de Diocleciano. Aquellas están convertidas en campo desierto y erial, éstas tienen dos de sus antiguas salas redondas erigidas en iglesias: la de Santa María de los Ángeles, de donde venimos, y la de San Bernardo, que ocupa el ángulo occidental del cuerpo externo del edificio, consagrada en el año 1600, y notable, así por los cuadros y estatuas que la adornan, como por algunos sepulcros que contiene.

X.

— Aquel campo, donde ahora resuena el penetrante silbido de la locomotora, fué diez y siete siglos hace el campo de los pretorianos; allí se alojaban desde los tiempos de Tiberio los soldados, en cuyas manos rebeldes y venales estuvo tantas veces la suerte del Imperio y la vida de los emperadores. Cerca de la muralla de este campo se ven todavía restos de la del tiempo de Honorio, reparada en el siglo VIII. La historia del imperio puede decirse está escrita en aquellas piedras. Tiberio, Honorio y Genserico determinan la marcha descendente y la triste ruina de aquel imperio colosal, edificado por César y engrandecido por Augusto.

Cerca de donde estuvo la Puerta *Nomentana*

(que conducía á *Nomentum*, la Mentana actual) ábrese hoy la Puerta Pía (del nombre de Pío IV), que domina una deliciosa region rodeada de orlas y jardines; pasando por aquel lugar, en otros tiempos sombrío, que fué campo sepulcral de las vestales castigadas (*campus sceleratus*), se llega en pocos minutos á una basílica Constantiniana, consagrada al culto de una santa doncella, que sufrió martirio en los primeros años del siglo iv. La preciosísimá Iglesia de Santa Ines, en *Piazza Navona*, recuerda el Circo Agonal donde la ínclita vírgen fué sacrificada al implacable furor de los últimos perseguidores: la Basílica de la Via Nomentana santificó la sepultura de la valerosa mártir Santa Ines. Antes del descubrimiento de la Basílica subterránea de San Clemente, ninguna otra daba idea tan exacta de los primitivos templos cristianos, y á la vez misma de las Basílicas civiles de los romanos, como ésta de Santa Ines, con sus tres naves sostenidas por diez y seis columnas y su pórtico superior.

Al lado está el baptisterio (Iglesia de Santa Constanza), de forma esférica, en que recibieron el agua de la regeneracion las dos Constanzas, hermana é hija de Constantino: el gran sarcófago de pórfido, que allí estuvo hasta 1791, y el testimonio de antiguos escrito-

res, prueban que aquel fué el depósito de las tumbas ó panteon de la familia de aquel gran emperador.

XI.

Un poco más allá se ve el puente Nomentano sobre el rio Anio (hoy *Teverone*), y al otro lado, una pequeña eminencia, que se descubre, es el Monte Sacro, teatro dos veces de la plebe amotinada: en el año 260 de Roma, contra los patricios; en el año 305, contra los decenviros: la primera vez obtuvieron los retraidos la creacion de los tribunos de la plebe, que ésta, más que el apólogo famoso de Menenio Agripa, los redujo á bajar á la Ciudad: la segunda vez alcanzaron con su enojo y retirada el restablecimiento de la potestad tribunicia y la inviolabilidad de las personas, que del pueblo recibian mandato y autoridad. ¡Qué riqueza de derechos adquiridos por el pueblo! ¡Qué hará de tanta ventura política? Lo mismo que han hecho todos los pueblos de la tierra de la suya respectiva. El gran acopio de libertades, logrado por la multitud en largos años de agitacion y de luchas, viene á ser de la noche á la mañana la herencia de un dictador y de un tirano.

¡Qué ruinas son aquellas que se ven una

milla más allá del Monte Sacro, entre la Via Nomentana y la Via Salaria? Son los escombros de la casa de campo de Faon, donde fugitivo, desnudo, despreciado, murió miserablemente Neron, mientras los pretorianos proclamaban á Galva. Hé aquí las libertades de los antiguos moradores del Monte Sacro....

XII.

Terminaremos este capítulo con un recuerdo más simpático que el de los amotinados del Monte Sacro y el mísero fugitivo de la Casa de Oro.

Estrabon, describiendo el antiguo *Ager* de Servio Tulio, que abarcaba la llanura extendida á los piés de los montes Quirinal, Viminal y Esquilino, esto es, al oriente de la Ciudad, dice que en medio se abria la puerta, que Festo y Frontino llaman Viminal: todavía se reconocen los vestigios en un terreno cultivado inmediato á las Termas de Diocleciano.

Entre las actuales puertas Pía y de San Lorenzo hay una distancia de milla y media, y en ese espacio se encuentran el primitivo sitio de la Puerta Nomentana, el recinto casi borrado del campamento famoso de los pretoria-

nos, y la Puerta Viminal, cerrada como casi todas las de la Roma antigua: la Puerta Tiburtina, de la época de Honorio, así dicha porque daba paso á la via del mismo nombre, Via de Tíbur ó de Tíboli, es la única que se ha salvado de las devastaciones y de las mudanzas: es la misma Puerta de San Lorenzo, que este nombre tenía ya en el siglo ix, por la Basílica insigne que á una milla de los muros se levanta.

Pertenecía aquel campo, llamado *Verano*, á la matrona romana Ciriaca, que en los largos años de santa viudez acogia á los cristianos en su casa del Celio, y enterraba en su campo de la Via Tiburtina los cuerpos de los mártires; allí fué depositado el de San Lorenzo: no tarde, ella misma, bajo el imperio de Valeriano, obtuvo la palma del martirio, y sus despojos fueron á ocupar una sepultura en el propio cementerio.

En la primera mitad del siglo iv (año 330), para honrar el sepulcro del valeroso diácono, que constituia una de las más altas glorias de la Roma cristiana, Constantino, á ruego de San Silvestre, edificó la Basílica de San Lorenzo, ornando la tumba del santo mártir con un arco triunfal, sostenido por columnas de pórfido, y suspendiendo ante ella, para alumbrarla perpétuamente, una lámpara de oro pu-

ro, de diez picos, que pesaba treinta libras: una corona de plata, rodeada de cincuenta del-fines, brillaba en la altura como remate digno de tan venerado monumento. A partir del mismo siglo iv, los Pontífices mostraron siempre muy especial interes por la conservacion y embellecimiento de aquella Basílica, guardadora de un cementerio poblado de mártires: en tiempo de San Leon I, Gala Placidia, hija de Teodosio, restauró por completo la iglesia, segun se leia en una inscripcion, de que Gruter da noticia. Los Papas Simmaco, Pelagio II, Gregorio II, Adriano I, San Leon III, Nicolas V, y por último, en el siglo xvii, los canónigos regulares de Letran, fueron modificando ó añadiendo las partes y adornos del templo hasta el punto y forma en que lo hallamos.

El pórtico, sostenido por seis columnas jónicas, ofrece aún restos de un mosaico perteneciente al siglo xiii, bajo el pontificado de Honorio III, que en aquella Basílica consagró el emperador de Constantinopla á Pedro Courtenay, Conde d'Auxerre.

Al penetrar en el templo, desde luego se descubren dos fábricas perfectamente distintas: la Basílica antigua y la moderna; una iglesia dentro de otra.

Son de notar desde luego las veintidos columnas jónicas de granito que forman las tres

naves, columnas pertenecientes en su mayor parte á antiguos monumentos, quizá á alguno de los templos del Pórtico de Octavia, aquellas dos en cuyos capiteles se ven esculpidos el lagarto y la rana. Sábese por Plinio que dos afamados artistas griegos, Sauros y Battraco, tomaron parte principal en las obras del pórtico suntuoso de la hermana de Octavio; y como se les prohibiera escribir su nombre en parte alguna, esculpieron el significado de su nombre respectivo, firmando así en las columnas con jeroglíficos, que pudieron pasar como caprichos de ornamentacion. Sauros significa *lagarto*; Battraco significa *rana*. Plinio dice que esta especie de contraseña estaba en la base de las columnas: las de San Lorenzo la tienen en la voluta del capitel: es de presumir que los astutos griegos procurasen no poner siempre en el mismo lugar las simbólicas figuras, para que al fin no se descubriese el delito de querer dar su nombre al fruto de su ingenio y de su trabajo. ¡Tan adelantada estaba la libertad en sus más inocentes y aún legítimas manifestaciones durante el período del triunvirato!

Del fondo de la iglesia elévase la tribuna, á la cual se sube por dos escalinatas de mármol, y allí comienza la Basílica antigua, reformada por Pelagio II (siglo vi), que es el presbiterio actual. Delante del altar mayor, cubierto por

un templete, que se alza sobre cuatro columnas de pórfido, están los púlpitos (*ambones*) para la epístola y el evangelio, segun el rito de las iglesias primitivas, y en el fondo la silla episcopal, adornada de piedras de colores. Bajo el altar hállase la *Confesion*, donde el Papa Pelagio colocó los cuerpos de San Lorenzo y protomártir San Estéban, traído entónces de Constantinopla. Uno de los monumentos artísticos más interesantes, sin duda, de esta Basílica es el singular mosaico del siglo vi, que se ve en la parte superior de la Tribuna; representa al Salvador sentado sobre un globo en acto de bendecir; á su derecha están San Pedro, San Lorenzo y Pelagio II; á la izquierda San Pablo, San Estéban y San Hipólito; la sencillez del dibujo y la austera gravedad de las figuras corresponden á los caracteres de una edad en que las artes del dibujo comienzan pausadamente á elevarse desde la necesaria rudeza de los dias de la persecucion hasta la suavidad y hermosura místicas de siglos más avanzados. La urna de mármol con bellísimos relieves de frutas, flores y pájaros, que está detrás de la tribuna, y que se supone que fué sepulcro del Papa Dámaso II (siglo xi), y aquel otro sarcófago más antiguo, en que hay representada una ceremonia nupcial, y que se ha creído sepulcro del Cardenal Fieschi, so-

brino de Inocencio IV, son dos obras por extremo notables de escultura, en cuyo estudio se han empleado muy eruditos arqueólogos.

De una capilla subterránea, que hay en la nave de la izquierda, se pasa al cementerio de Santa Ciriaca, uno de los más venerados en todos los siglos, ilustre por los mártires Lorenzo, Claudio, Severo, Crescencio Romano, Hipólito, Justino y muchos otros.

En el Campo *Verano*, junto á la Basílica de San Lorenzo, está hoy el cementerio general de la ciudad de Roma.

EL ESQUILINO.

TRADICIONES Y RUINAS DE LA ROMA
PAGANA. — MONUMENTOS DE LA ROMA
CRISTIANA.

I.

Una selva de hayas (*Esquilix*) cubria la vasta colina, que se alza al oriente del Palatino: como la anterior se llamó *Viminal*, por los sauces que en ella crecen, y la inmediata se llamará *Mons quærquetulanus*, por las carrascas, que le dan sombra; así ésta se llama *Mons Esquilinus*, por su hermoso bosque de hayas (*lucus fagutalis*), tan queridas del Padre de los dioses.

Con esta etimología, preferida por Varron, que es autoridad de gran peso, se habian conformado los eruditos, hasta que se despertó la aficion á los estudios *prehistóricos*; merced á la cual, considerando como de ayer los tiempos de Numa y los de Rómulo, se ha pretendido fundar una serie entera de Romas, que se pierde allá en las últimas regiones de la fábula.

Segun conjeturas de esos envidiables viajeros del vacío, una de las dominaciones que pasaron por las colinas inmediatas al Tíber, ántes de la romana, fué la de los ligures, los cuales ligures eran exactamente los iberos de entónces, y hablaban la lengua misma de nuestros vascongados de ahora, Humboldt es quien en este punto ha llevado más adelante las investigaciones histórico-filológicas. Con *Esk*, el nombre genuino de los vascos (*euskaros*), y la palabra *ilia*, que en su idioma significa residencia ó ciudad, viene á resultar que *Esquilix*, como antiguamente se decia, es *la residencia de los ligures*, y Esquilino el monte en que la tuvieron. No es, pues, un español quien atribuye á la antigua raza ibera el nombre y la poblacion de una de las siete colinas de Roma. Aceptemos en lo que vale esa honra de los tiempos prehistóricos, sin olvidar otras más comprobadas de tiempos históricos, no muy lejanos. España envió como ofrenda á la Basílica de Santa María, erigida sobre el Esquilino, la primera plata venida de las Américas. Esto no es dar nombre á la colina, pero es dar idea de la piedad de nuestros Reyes y del generoso instinto de nuestro pueblo.

En la irregular configuracion del Esquilino habia, y aún pueden señalarse, dos alturas, dos puntos culminantes: uno el Monte Opio, así

llamado por el nombre de un caudillo tusculano, que acampó sobre las Carinas: es decir, la altura donde está San Pietro *in Vincoli*; otro, el Monte Cispio, que igualmente tuvo su nombre de Levo Cispio, guerrero tambien, que ocupó la parte del Esquilino, que dominaba el *Vicus Patritius*, esto es, la cumbre en que ahora se levanta la Basílica de Santa María la Mayor.

Bajando, pues, de las esferas de la mitología al terreno firme y llano de la historia, los primeros recuerdos que ofrece el Esquilino no pueden ser más tristes. Servio Tulio; el *Vicus Patritius*: Tarquino el Soberbio; el *Vicus Scele-ratus*; con estos nombres se forma el siguiente cuadro. El reinado de Servio Tulio, infatigable reformador de la constitucion romana, que establece el censo y agranda el *Pomarium* y construye las murallas magníficas, no es un reinado tranquilo: la clase patricia lo inquieta y hostiliza. La historia de las conspiraciones y de la rebelion es tan antigua como la historia de la soberbia, y la soberbia es una de las manifestaciones verdaderamente *prehistóricas*; ántes que hubiera historia humana hubo un Luzbel. Servio Tulio, que habitaba en lo alto del Esquilino, mandó á los patricios que vinieran á vivir á la falda. *Patritius vicus Roma dictus est, quod ibi patricii habitaverunt juvente Servio*

Tullio, ut si quid molirentur adversus ipsum, ex locis superioribus oprimerentur. Pero los enemigos de Servio Tulio, triunfantes en una conjuración, le dieron muerte cerca del Templo de Diana, dejando en la calle su cadáver. La hija del Rey, Tulia, mujer de Tarquino el Soberbio, subía en su carro la cuesta del Esquilino (*Vicus Cyprius*) al galope de los caballos; el auríga se detuvo ante el cuerpo destrozado de Servio Tulio, que yacía en el suelo; la hija sin entrañas mandó que los caballos y el carro pasaran sobre el cadáver de su padre; aquella subida al Cispio, una de las cumbres del Esquilino, dejando el nombre de *Vicus Cyprius*, llamóse desde entónces la Cuesta del crimen, *Vicus Sceleratus*.

Tarquino el Soberbio, digno marido de tan digna hija, ocupó el trono ensangrentado de su suegro, y fué el último de los reyes de Roma.

No es, en verdad, edificante el primer cuadro histórico que nos ofrece el Esquilino. Diríase que desde entónces, en todo el período de la Roma pagana, pesa algo de triste y de funerario sobre aquella extensa colina, campo de general sepultura (*miseræ plebi commune sepulcrum*), visitado en las noches de tempestad por manadas de lobos, que acudian al olor de los cadáveres, recorrido en las noches de luna por

magos y brujas, que eran terror de los cuarteles vecinos. Allí estuvieron el lago y templo de Mefitis, con el hedor insoportable *qui de aquis nascitur sulphuratis*, y el Templo de Diana y el de Juno Lucina, la del bosque (*lucus*), ó la de la luz (*lux*), que ambas etimologías propone Ovidio en los *Fastos*.... *Dedit hæc tibi nomina Lucus, aut quia principium tu, dea, lucis habes.*

No léjos del Templo de Juno Lucina, donde se llevaba la nota de los nacimientos, estuvo el Templo de la Vénus Libitina, donde se guardaba el registro de las defunciones, y en cuyas cercanías vivían los empresarios de funerales. Dos altares (*Tigillum sororium*), uno á Juno y otro á Jano, se alzan allí, en memoria de la expiación de Horacio, el matador de su hermana. ¿No es verdad que por donde quiera que se llegue al Esquilino pagano, apenas se encuentran más que vestigios de crímenes y de horrores? La posición misma del Esquilino entre el Quirinal (de tradiciones sabinas), y el Celio (de tradiciones latinas), abona, hasta cierto punto, su carácter indeterminado é indefinible en la historia política de Roma; semi-aristocrático y semi-democrático, tiene un barrio para los patricios y un vasto enteramiento para los pobres, cuyos cadáveres no son reducidos á cenizas; aloja en las Carinas á

la sociedad más brillante, y acoge en la Suburra todas las heces sociales de la capital del mundo.

Mecénas, el ministro de Augusto, el protector de los poetas, convierte en jardines deliciosos una gran parte del antiguo enterramiento de la plebe desvalida: *Antea sepulchra erant in loco in quo sunt Horti Mæcenatis*, dice un historiador: gracias á la esplendidez y buen gusto del nuevo dueño, las tristes cercanías del *Ager* de Servio Tulio cambian de aspecto y de condiciones:

Nunc licet Esquiliiis habitare salubribus,

dice Horacio: ahora se puede habitar ya en el Esquilino; á los miasmas *mefíticos* ha sucedido el ambiente embalsamado de las flores, y á las tristes y temerosas fosforescencias de los huesos humanos, el resplandor de millares de luces, que se reflejan en la superficie de lagos cristalinos; el ruido fúnebre de las aves nocturnas y de los misteriosos encantadores, que cruzaban aquellos ámbitos de la muerte, se ha trocado en rumor de caprichosas cascadas y de fuentes bullidoras. En los Jardines de Mecénas se levanta un pabellon, un pequeño palacio coronado de altísima torre, que ofrece la más bella vista de Roma y de sus contornos. Desde aquella torre asistirá Neron á una gran

fiesta de fuegos artificiales, que en su demencia ha imaginado, para poder cantar una noche la destrucción de Troya; al resplandor de otra más ancha hoguera asistirá al incendio de Roma.

En tiempo de aquel Emperador, las proporciones gigantescas de su casa dorada alcanzaron al Esquilino. *Domum à pulatio Esquilias usque fecit.....* dice Suetonio: la parte contigua al Esquilino, que ocupó la casa imperial de Neron, fué destinada á termas en la época de Tito y de sus sucesores.

II.

Las Termas de Agripa y las Alejandrinas servían de embellecimiento al Campo de Marte, y de comodidad y deleite á los romanos, que en sus contornos vivían. Tito escogió la Casa y los Jardines de Neron para construir otras termas, que sucesivamente fueron mejorando ó engrandeciendo los emperadores Domiciano, Trajano y Adriano, hasta darles por límites el vasto espacio que media desde el Coliseo á la Iglesia de San Martín. ¡Á cuántas y cuán importantes reflexiones históricas se prestan los subterráneos de aquel edificio, que hoy podemos recorrer, merced á los exquisitos

trabajos de descubrimiento y conservacion realizados en estos últimos tiempos!

Como quien procede instigado por una passion devoradora, como quien anhela á todo trance borrar una palabra mal escrita, deshacer una obra que ofende, extinguir una memoria que atormenta, así se emprende y lleva á cabo la trasformacion de la Casa Neroniana, de aquella Casa Dorada, que representa la más alta expresion material del poder y del orgullo: las Termas de Tito surgen (*celeriter*), al decir de Suetonio, en la que fué vivienda de Neron.

Las revoluciones y las reacciones no son producto y gabela de los tiempos presentes, ni se han de imputar á determinadas formas de gobiernos; son de todas las épocas y de todos los sistemas, como enfermedad inherente á la flaca imperfecta condicion humana: la reaccion, que empieza á operarse luégo que el humo de la sangre y de las hogueras de Neron va remontándose y dejando ver la claridad, que de Oriente venia, se descubre en los monumentos de la Roma pagana: bajo este concepto, las ruinas de las Termas de Tito, sobre las ruinas de la Casa de Neron, ofrecen campo curiosísimo á las más interesantes investigaciones.

Al penetrar en aquellos vastos subterráneos

y recorrer ahora con luz artificial tantas cámaras, un día esplendorosas y radiantes, revestidas de mármoles de todos colores, adornadas con estatuas griegas, al examinar aquellos restos de pinturas, que ya en el siglo xvi causaron admiración y sirvieron de enseñanza á Rafael y á su discípulo Juan de Udine, que ha de multiplicarlas en los muros del Vaticano, el espíritu se siente como sobrecogido en medio de tanta desolación: hoy es una informe cavidad de tierra y piedras la sala en cuyo centro estuvo la gran copa de pórfido que vemos en la rotonda del museo Vaticano: el que fué jardín delicioso, hoy es oscuro sótano: la mansión fantástica, decorada por objetos artísticos, como el grupo de Laocoonte (que no léjos fué encontrado), ahora yace en escombros; apenas si se ha salvado alguna parte de los pavimentos de mosaico, que dé idea del lujo y la grandeza de los pórticos y de las galerías y de las aulas; nueve grandes estancias, que sirvieron para depósitos de aguas, en el ángulo oriental de las termas, y cuya construcción es todavía asombro de los inteligentes, completan la idea, que puede y debe formarse de aquel monumento imperial. Las *Siete salas* (así se llamaron ántes de descubrirse las dos últimas, tal vez del nombre *Sentisolium*, que tuvo en lo antiguo aquel lugar) son consideradas por muchos an-

ticuarios como parte de un edificio anterior á Tito, dependencias del palacio de Neron. Hay, pues, en todas aquellas ruinas variedad de estilos y sucesion de tiempos.

Los profesores distinguen perfectamente las piedras, que pertenecen á la época de Adriano, iguales ó parecidas á las que entraron en las obras del Foro de Trajano, y adjudican con seguridad á Domiciano y á Tito las que respectivamente mandaron labrar; porque es de saber que la fijacion exacta de las Termas de Tito y de Trajano, unas mismas para ciertos anticuarios, y diversas para otros, es de los puntos más oscuros de la arqueología romana.

Las termas del Esquilino fueron en su tiempo una de las manifestaciones más celebradas de la romana magnificencia, si bien cederán en lujo á las del Aventino y en proporciones á las del Viminal. Cuatrocientas columnas las adornaban: las mejores obras de escultura y de pintura se veian en sus salas y en sus pórticos. ¿Qué ha quedado de tanta grandeza? ¿Qué ha quedado de la Casa de Neron, que ocupaba los ámbitos de una ciudad, sentándose como reina del mundo sobre un trípode inmenso de colinas?

La casa y las termas yacen derrumbadas y desiertas, ofreciendo tan sólo entre la maleza que cubre su recinto, ó en las rotas bóvedas

que coronaron sus maravillas, algun vestigio leve de lo que fueron. ¡Raro contraste! Los arcos elevadísimos y los muros gigantescos se han hundido, y algunas pequeñas piedras pintadas del suelo se han salvado y sobreviven á la catástrofe. Los palacios de los antiguos dueños del género humano, son hoy un monton de ruinas, que empezando en el Palatino, viene á perderse en las pendientes del Esquilino; y sobre la cumbre de esta colina se alza una Basílica para guardar las cadenas de San Pedro. Las cenizas de Neron perdiéronse en el viento: para honrar la tumba del humilde Pescador de Genesareth, ante la cual se arrodillan los reyes y los sabios, el mundo católico ha construido la Basílica del Vaticano.

III.

De las Carinas, el barrio elegante de Roma, que descendiendo del *Vicus Cyprius*, en la pendiente meridional del Esquilino, subia al Ceriolense (Anfiteatro Flavio), justificado así su nombre por la figura de un barco, apenas queda vestigio: de la casa de Pompeyo, adornada con *Rostros* de naves, ni áun puede señalarse la correspondencia. La fortaleza construida en el siglo ix por el Papa Nicolas I

(*Conti*), y que hoy todavía se llama *Torre dei Conti*, en aquella region, fué Templo de *Tellus* (la tierra), edificado sobre las ruinas de la casa demolida del cónsul Espurio Casio, que sufrió la horrible pena de los traidores, en el año 271 de Roma; fué precipitado de la Roca Tarpeya: en el Templo de *Tellus* se reunió muchas veces el Senado despues de la muerte de César: allí levantó Ciceron su voz elocuente en favor de la amnistía: él mismo lo dice en su *Filípica* 1.^a: *In quo templo* (el de *Tellus*), *quantum in me fuit ejeci fundamenta pacis.....*: allí resonaron los últimos ecos de la República romana: allí, por último, sufrieron martirio muchos cristianos en las persecuciones del imperio, como acreditan las actas de San Gordiano, San Cornelio y San Crescencio.

El gran mercado de Livia (*Macelum Livianum*), en el llamado Foro Esquilino, célebre por la defensa de Mario, cuyos trofeos fueron su más notable adorno, y los espléndidos Jardines Licinianos, desaparecieron tambien: de la gritadora *Suburra*, barrio irregular y plebeyo, que tocaba en tres regiones, sólo vive el nombre, unido al de una modesta iglesia.

Corto es, pues, el inventario de los monumentos de la Roma pagana, dignos todavía de exámen, en la vasta extension del Esquilino; si se prescinde de las Termas de Tito, por con-

siderarlas rigurosamente como una parte de la Casa de Neron, quedarán aquellos reducidos al Arco de Galieno, emperador infeliz, que señala ya la decadencia del trono de Trajano y Marco Aurelio, como el arco indica la no ménos visible decadencia de las artes, á los restos imponentes de varios acueductos que se remontan á mejores tiempos para Roma y para las obras de pública utilidad, y á las ruinas, aún no bien definidas, de un magnífico edificio, que el vulgo llama Templo de Minerva Médica (por una estatua allí encontrada), y que los arqueólogos modernos suponen casa y pórtico de aquel mismo emperador Galieno, cuando se llamaba Licinio.

Pero si la mano destructora del tiempo ha pasado por esta colina, quizá con más inexorable rigor que sobre las otras, borrando en ella los vestigios de la Roma de los cónsules y de los Césares, en cambio, la Roma de los Papas se ofrece esplendorosa en la cumbre y en las pendientes del Esquilino; que apenas hay Pontificado desde el siglo primero hasta nuestros dias, desde la generacion bautizada por San Pedro hasta la nuestra, que no haya contribuido de algun modo á aumentar ó embellecer los monumentos cristianos de la region de los Montes.

IV.

¿Quién no conoce los famosos medios puntos de nuestro gran pintor Murillo, que se guardan como joyas en la Real Academia de Nobles Artes de Madrid? ¿Quién no los ha visto siquiera reproducidos en los bellos grabados de Martínez? Murillo no estuvo nunca en Roma, y sin embargo, pintó para una santa casa de Sevilla el *Milagro de las nieves*, la inspiracion á que debió su origen la Basílica romana de Santa María la Mayor, la más insigne basílica del orbe despues de la de San Juan de Letran.

«En la colina, que mañana vereis cubierta de nieve, quiero que me erijais la iglesia que vuestra piedad desea consagrarme,» dijo la Virgen María á Juan, patricio romano, y á su piadosa mujer, una noche del estío del año 352.

Al dia siguiente, 5 de Agosto, entre las colinas de Roma y su campaña, abrasadas por los rayos de un sol canicular, apareció coronada de nieve la alta cumbre del Esquilino.

Donde un tiempo fué el gran Mercado de Livia, cerca del Templo de Juno, en aquella altura donde habian derramado su sangre no pocos cristianos, dominando el antiguo recin-

to de templos y de termas y de pórticos, quiso ser adorada de todas las generaciones la Reina de los cielos y de la tierra.

V.

La iglesia, construida al punto sobre el área marcada por la nieve de Agosto, llamóse en un principio Santa María de las Nieves: tuvo también el nombre de Basílica Liberiana, por el Papa Liberio, que hizo su solemne dedicación un año después: Santa María *del Pescobre* le dijeron los fieles cuando en ella fué depositada la santa reliquia de Belen, traída de Oriente á la vez misma que el cuerpo de San Jerónimo: su verdadera y genuina denominación es *Santa María la Mayor*: no hay, en efecto, en el orbe Basílica más rica y veneranda para el culto de María.

Ya en el siglo v, bajo el pontificado de Sixto III, fué objeto de reparaciones, que alteraron la primitiva planta y sencilla disposición de la Basílica. De Sixto III á Eugenio III nuevas ofrendas y adornos la embellecieron más y más, construyendo, el último de estos Papas, el hermoso pórtico, cuya inscripción se conserva en el pasillo que va á la sacristía, y costeando dos nobles romanos el rico pavi-

mento de obra alejandrina. A fines del mismo siglo XIII, Nicolas IV reedificó el ábside y adornó de mosaicos toda la tribuna. Desde esta época, puede decirse que el interior de la Basílica empezó á cambiar y á engrandecerse con nuevas y suntuosas capillas, con adornos y monumentos de gran valor; sobre todo en el siglo XVI, por munificencia de Gregorio XIII, y despues por casi todos los Pontífices, sus sucesores.

VI.

IV

Su torre, que es la más alta de la ciudad, fué construida por Gregorio XI, como si con ella hubiera querido perpetuar el recuerdo de la venida de Aviñon, que cerró, felizmente para Roma, el angustioso paréntesis de los setenta años. La fachada, que es, puede decirse, moderna (de Benedicto XIV, 1743), ofrece sobre una espaciosa escalinata de dos tramos, cinco grandes arcos, á que corresponden cinco entradas de la iglesia: la última de la derecha es la Puerta Santa, ó del Jubileo, que sólo se abre, como la de las otras tres grandes Basílicas, Lateranense, Vaticano y San Pablo, cada veinte y cinco años: el pórtico inferior y el superior están sostenidos por dos órdenes de columnas, jónicas y corintias: sobre este último hay varias estatuas.

Dentro del pórtico inferior se conservan las ocho columnas del antiguo; á la derecha hay una buena estatua en bronce de nuestro rey D. Felipe IV, insigne bienhechor de la Basílica, en cuyo coro tiene asiento, como canónigo de honor, el soberano de España: en el pórtico superior está la *loggia* ó gran balcon, desde donde el día 15 de Agosto da el Sumo Pontífice *urbi et orbi* la bendición apostólica.

IV

VII.

El interior de la Basílica, sin ser tan brillante como el de las de San Pedro, San Juan de Letran ó San Pablo, produce una dulce impresion de ternura y recogimiento, que es, sin duda, el mayor triunfo del arte cristiano. Aquellas treinta y seis columnas jónicas, sencillas, de mármol blanco, que acaso un dia sostuvieron el Templo de Juno Lucina, aquellas tres naves severas y silenciosas, la antigüedad de los mosaicos, el artesanado, los monumentos sepulcrales, todo contribuye á dar á la Basílica Liberiana aquel grave aspecto, que tanto caracteriza á nuestras antiguas góticas catedrales.

El pavimento de la nave mayor, formado de

mosáico finísimo, que llamaban obra alejandrina, y el magnífico techo artesonado de la Basílica, ofrecen un gran recuerdo de la piedad y de la munificencia españolas. Dos Pontífices Borgia, Calixto III y Alejandro VI, costearon tan difíciles y primorosas obras, empleando para el dorado del techo el oro que los Reyes Católicos enviaban como tributo de gratitud y de amor á la *Estrella del mar*, que habia guiado las naves de Colon á través del Océano. El primer oro que trajo á España la valerosa tripulacion de la *Santa María*, á Santa María de Roma, lo ofrecieron doña Isabel y D. Fernando. Más adelante, doña Margarita de Austria, mujer de D. Felipe III, envia á la misma Basílica la magnífica urna de plata en que estaba la Santa Cuna, ántes de que se construyese la de cristal, que ahora encierra tan preciosa reliquia.

El altar papal, en que se encierran el cuerpo del apóstol San Matías y el de San Epatas, compañero de San Pablo, está cubierto de un magnífico baldaquino, que sostienen cuatro columnas de pórfido: quizá el altar mismo fué la tumba del patricio Juan, fundador de la Basílica: la capilla ó confesion que hay debajo, ha sido restaurada y embellecida con los más ricos y variados mármoles por el actual soberano Pontífice, que tiene acaso el pensamiento

de dormir allí el sueño de la eternidad: quizá algún día guarde aquel devoto altar y aquella singular reliquia de la Madre de Dios, la estatua de un Pontífice, que unió gloriosamente su nombre á la declaracion de un dogma de la Virgen.

VIII.

Dos capillas hay de primer orden en la Basílica Liberiana: la de Sixto V, que suelen llamar *Sixtina*, y la de la familia Borghese. La primera (del Sacramento), tiene la forma de cruz griega con cúpula bellísima; frescos, mármoles y relieves la adornan por todas partes; un antiguo sarcófago cristiano sirve de altar; á la derecha, enfrente, hay un San Jerónimo de Ribera (el *Spagnoletto*); dos monumentos notables llaman, sin embargo, la atención en medio de tantos primores artísticos; la tumba de San Pío V y la de Sixto V; el dominico y el franciscano: los dos grandes caractéres que, con el de Felipe II, llenan la segunda mitad del siglo XVI. «A SAN PIO V, P. M. DEL ÓRDEN DE PREDICADORES, SIXTO V, P. M. DEL ÓRDEN DE MENORES:» no puede darse un epitafio más lacónico ni más expresivo.

IX.

La capilla de Borghese, fundada por Paulo V (*Paulina*), es, en concepto de algunos, la capilla por antonomasia entre todas las de Roma. Sin ser tan resplandeciente como la Corsini, que veremos en San Juan de Letran, ni tener un altar como el de San Ignacio en el *Gesú*, puede bien afirmarse que el arte y la riqueza y la devoción han acumulado en pequeño espacio, mármoles, piedras rarísimas, estucos y metal dorado, que bastarian para una gran iglesia.

Sobre el altar mayor, decorado de lapislázuli y ágata, hay una imagen antiquísima de la Virgen, ante la cual oraba San Gregorio Magno, y hanorado las generaciones de trece siglos en todas las grandes calamidades: á la procesion verificada con esta imagen por aquel santo Pontífice en el año 590, con motivo de una terrible epidemia, se refiere el milagro de la aparición del Ángel sobre la mole Adriana, que desde entónces se llamó *Castel Sant'Angelo*: los frescos son de Guido, de Lanfranc, de Civoli y de otros pintores del siglo xvii: dos sepulcros, el de Paulo V (*Borghese*) y el de Clemente VIII (*Aldobrandini*), con esculturas

de discípulos de Bernini, completan el ornato de esta capilla, debajo de la cual hay una cripta, que sirve de panteon de familia.

La capilla de Borghese, fundada por Paulo V (Pavina), es, en concepto de algunas capillas por antonomasia entre todas las de Ro-

No es posible recorrer uno por uno los altares, y uno por uno los depósitos y monumentos, ya religiosos, ya artísticos, que llenan la Basilica; pero tampoco es posible olvidar obras como los mosaicos del arco de la tribuna, cuya importancia para la historia del arte y para la historia de la Iglesia excede á toda ponderacion; pertenecen al siglo v, pontificado de San Sixto III, y representan sucesos del Antiguo y del Nuevo Testamento; pero de tal manera escogidos, que á la vez misma que son como páginas eternas de las declaraciones solemnes, hechas en el Concilio de Efeso (año 431), contra la herejía de Nestorio, son testimonio elocuente que se aducirá en el segundo de Nicea (siglo viii), para confutar los errores de los iconoclastas. Place al ánimo contemplar aquellas pinturas de piedra, de que hablaba más de mil años hace el Papa Adriano I en una larga carta al emperador Carlomagno; place ver aquella muestra del arte cristiano en el siglo v; es decir, á poco de su salida de las Catacumbas,

y considerar, cómo á beneficio de la unidad de creencia, el arte ha conservado la unidad de los tipos y de las formas, viniendo á servir providencial y maravillosamente á la corroboracion de las verdades religiosas.

Otros mosaicos notables guarda la Basílica; los dos del ábside del presbiterio, obra del siglo XIII, ejecutada por Turríta, franciscano del orden de menores, el primero sin duda de los mosaicistas de aquella época, muy superior á los griegos que trabajaron en San Márcos de Venecia, representan la *Coronacion de la Virgen* y otros varios pasajes de la vida de Nuestra Señora: difícilmente podrán las artes del dibujo exhibir en aquella época otra produccion que más las honre, ni la escuela florentina ostentar más alta gloria artística, aún en los dias de Cimabue y de Giotto.

En la nave menor, cerca de la puerta, está el sepulcro de mármol del Cardenal español Gonzalo Rodriguez, obispo que fué de Albano, muerto en 1299; monumento singular, de estilo que pudiera llamarse gótico, con delicadas esculturas y mosaicos, obra todo de uno de aquellos Cosmes (Juan), que por mucho tiempo tuvieron luégo en Roma el imperio de la escultura y del mosaico: en la misma nave menor, á la izquierda, se ve otro sepulcro, tambien magnífico, tambien de Cardenal español,

del ilustre cordobés Francisco de Toledo, que, como se lee en el epitafio latino, fué el primero de la Compañía de Jesus que vistió la púrpura cardenalicia; sabio, teólogo y predicador eminente del siglo xvi: murió el día 14 de Setiembre de 1596.

Son por demas notables la capilla del Crucifijo, donde se adora la cabeza de San Lúcas el Evangelista, historiador de María, y la del Bautisterio, con su gran taza de pórfido y sus pinturas al fresco; y, por último, el sepulcro de cierto embajador del Congo, cerca de Urbano VIII, sobre cuya urna Bernini esculpió el busto del difunto, valiéndose de mármol negro para guardar todos los respetos y matices de la verosimilitud.

XI.

Por el lado de la tribuna hay otra salida de la Basílica, que conduce á una pequeña plaza, y que supone, por tanto, otra fachada, construida en los pontificados de Clemente IX y X. Delante de esta fachada menor, como delante de la otra principal, hay* un monumento de piedra; aquí es un obelisco, allí es una columna. El obelisco perteneció, juntamente con el del Quirinal, al Mausoleo de Augusto: es de

granito rojo, sin jeroglíficos, y tiene, contado el pedestal, 63 piés de altura. Donde quiera que se vea en Roma erigido un obelisco, puede asegurarse que por allí ha pasado la mano poderosa de Sixto V, que alzó del suelo esas moles de piedra para colocar sobre ellas la cruz del Salvador, en lo más alto de las colinas, y en todos los que fueron centros de la vida y de la actividad paganas.

La columna canelada, de mármol blanco, que hay delante de la fachada principal de Santa María, perteneció á la Basílica de Constantino, que el vulgo ha llamado templo de la Paz: tiene más de 19 piés de circunferencia, y más de 58 de altura. Paulo V la erigió allí para que sirviera de pedestal á la estatua de bronce de la Virgen.

XII.

Todas las calles que parten de la Plaza de Santa María la Mayor, conducen, puede decirse, á templos monumentales, á basílicas cristianas, levantadas en remotos siglos sobre las ruinas de grandes edificios paganos; tomemos desde luégo la que mira hácia el ángulo más oriental de los muros de la Ciudad, y pasando por el antiguo *Vivarium*, ó gran depósito de los

animales destinados á los juegos públicos, atravesemos aquel espacio, hoy desierto, donde estuvieron los Jardines y el Circo de Elio-gábalo, y ántes los bosques sagrados, y más tarde el Anfiteatro Castrense, y dejando á un lado el castillo del agua Claudia, con sus dobles arcos, donde un tiempo se ostentaban los trofeos de Mario, y la Puerta Mayor, con sus dos antiguas calles *Labicana* y *Prenestina*, acerquémonos á *Santa Cruz en Jerusalem*.

Es una de las siete Basílicas principales de Roma, no por su magnificencia arquitectónica, sino por su antiguo venerando origen y por las reliquias que encierra: excédenle en primores y en riqueza muchas iglesias de Roma; pero ninguna otra le precedió en poseer oratorio, construido sobre tierra del Calvario.

La Basílica de Santa Cruz, que se llamó *Sesoriana*, porque Sesoriano (*à sedendo*) decian el palacio, y Sesorianos los jardines imperiales, que hubo en aquella extremidad del Esquilino, fué edificada hácia el año 330 por el emperador Constantino, para colocar dignamente reliquias, que en Oriente habia recogido su piadosa madre Santa Elena. El Emperador cristiano mostró en esta fundacion la misma, ó quizá más ámplia generosidad, que desplegara en las otras basílicas ó en el Bautisterio, que llevan su nombre. Los analistas

é historiadores dan noticia de las ofrendas de oro y plata, sobre todo del altar de oro macizo de 250 libras, con que el César, bautizado por San Silvestre, enriqueció la nueva iglesia, levantada para guardar el mayor fragmento de la Cruz en que murió el Salvador, las espinas que coronaron su frente, uno de los clavos que taladraron sus manos y sus piés, la esponja amarga que tocaron sus labios, y la cuerda que había sujetado su cuerpo á la columna.

En los siglos medios la Basílica de Santa Cruz sufrió deterioros y fué objeto de reparaciones, que, si bien modificaron y alteraron en algo su planta antigua y su ornamentacion, mantuvieron siempre las capillas subterráneas y todo lo que formaba, puede decirse, la construcción primitiva y sus venerandos monumentos, entre los cuales debe contarse la piedra sepulcral del Papa Benedicto VII, que murió el año 984.

XIII.

A la Basílica de Santa Cruz en Jerusalem va unido el nombre del Papa español Alejandro VI, que la favoreció sobremanera, y el de una serie de cardenales españoles, á quienes en mucha parte se deben las obras de restau-

ración y ornato, ejecutadas en ella durante los últimos siglos.

A fines del xv, rigiendo la nave de San Pedro el Papa Borgia, Alejandro VI, el gran Cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza, titular de la Basílica, emprendió una casi reedificación de su fábrica, con cuyo motivo los trabajadores hubieron de dar con un hueco en la parte más alta del arco de la tribuna y encontraron una caja de plomo de más de dos palmos de longitud, que en otra de mármol, que la cubria, llevaba este rótulo: *Hic est titulus veræ crucis*; este es, ó aquí está, el título de la verdadera Cruz. Era, en efecto, la tabla de madera, con la triple inscripción, puesta por los judíos, sobre la cruz del Salvador, el INRI original, una de las santas reliquias de la Pasion, que se adoran en la capital del orbe cristiano: tendrá como palmo y medio de longitud, por nueve ó diez pulgadas de anchura; en su madera, casi negra, se ven los vestigios de los renglones hebreo, griego y latino, que la acción de diez y nueve siglos ha desgastado; pero no totalmente destruido.

Poco despues el Cardenal titular, tambien español, D. Bernardino Carvajal, patriarca de Jerusalem, hizo pintar la bóveda de la tribuna por el Pinturichio y reparó la devota capilla

de Santa Elena; una lápida puesta en la bajada al subterráneo recuerda estos beneficios del purpurado español y casi la historia de la Basílica. Parécenos por extremo interesante, sobre todo para los españoles, el contenido de esta larga inscripcion latina, que traducida dice así:

«Esta es la sagrada capilla, llamada Jerusalem, porque Santa Elena, madre del gran emperador Constantino, tornando de Jerusalem trescientos y veinticinco años despues de la venida del Señor, la fabricó; y habiendo hallado las insignias del trofeo de Cristo, y conducido á Roma, por mar, una porcion de la tierra santa del Monte Calvario, sobre la cual derramó su preciosísima sangre por la redencion de los hombres, la llenó toda de dicha tierra, y así esta capilla y la iglesia, como Roma entera, mereció ser llamada segunda Jerusalem, donde por corroborar la fe de aquella, quiso ser Jesucristo en persona de Pedro segunda vez crucificado, y donde está la adoracion de un solo Dios verdadero. Y así la emperatriz Elena la adornó con muchas reliquias de Cristo nuestro bien y de sus Santos, alcanzando de San Silvestre, que fuese consagrada á los veinte de Marzo, con muchas indulgencias y remision de pecados, concedidas á cualquiera persona que la visitare. Y pasa-

dos despues cien años, el emperador Valentiniano II, hijo de Constancio César y de Placidia, hija de Teodosio el Grande, español, y hermana de los emperadores Honorio y Arcadio, la guarneció y esculpió de hermosas flores (*vermiculato opere*) de relieves, por cumplir el voto que hizo, en union de su madre Placidia y de Honoria su hermana. Más de mil y cien años despues, el título de la verdadera cruz de Cristo, que habia traído á Roma Santa Elena, fué hallado en una caja cerrada, de plomo, que se descubrió en la pared, sobre el arco mayor de esta iglesia, donde estuvo muchos años oculto, pues aunque habia unas letras por la parte de afuera, que parece lo demostraban, no se podian leer por su antigüedad, hasta que en tiempo de Inocencio VIII (el año 1492), octavo de su pontificado, haciendo el Cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza renovar el cielo de esta iglesia, y como procediesen los trabajadores á echar por tierra parte de la pared, se abrió acaso el hueco de la ventana, y en él milagrosamente apareció á los ojos de los hombres el glorioso título de la verdadera cruz de Cristo nuestro bien, en el mismo dia que llegó á Roma la nueva de cómo el católico rey D. Fernando habia recuperado el reino de Granada de poder de los mahometanos: y el Papa, en procesion solemne, asistido del Sacro

colegio, vino á dar gracias á Nuestro Señor á esta sacrosanta Basílica, así por el milagro de la aparicion del título, como por la gran victoria de nuestro catolicísimo Fernando, concediendo indulgencia grande, cada año, á los que la visitaren en la solemnidad de aquel dia.»

Un poco larga es la inscripcion; ¡pero es tan española!.... ¡Son tan gratos y tan interesantes los nombres que contiene y los recuerdos que despierta!.... Gala Placidia, D. Fernando el Católico, el Cardenal Mendoza, la conquista de Granada, representan glorias inmarcesibles de nuestra patria, que es siempre grato encontrar escritas allí donde no las turba el triste pelear de los partidos, ni la gritería feroz de las pasiones.

Otras memorias de insignes personajes españoles guarda la Basílica de Santa Cruz *in Gerusalemé*.

No muy posterior al Cardenal Carvajal, vástago ilustre de una de las más nobles familias de la nacion, fué el Cardenal Quiñones, *natione hispanus, patria legionensis*, como se lee en una lápida de la tribuna, quien en 1536 erigió el precioso tabernáculo del Sacramento. En 1540 fueron enterrados en la Basílica los restos mortales del Cardenal Quiñones, prelado de vasta ciencia y prudencia, á quien cupo gran

parte en la paz, felizmente acordada entre la Santa Sede y el emperador Cárlos V.

Con la interrupcion de uno solo, sucedióle en el título de Santa Cruz en Jerusalem otro cardenal español, D. Bartolomé de la Cueva, hijo del Duque de Alburquerque, quien hizo la escalinata del altar mayor y restauró á toda costa el gran balcon de mármol, ó *loggia*, desde donde el día 3 de Mayo (Invencion de la Cruz) muestra el Cardenal titular las santas reliquias, bendiciendo con ellas al pueblo, que constantemente llena la iglesia. La capilla que hay detras de esta tribuna, y en la cual se custodian las reliquias, debióse al cardenal español Pacheco. Otro Cardenal titular de esta Basílica, que tambien dejó en ella su nombre de ilustre protector, y perteneció, puede decirse, á la córte de España, fué el archiduque Alberto, deudo muy cercano de D. Felipe II.

De las tres naves de que consta la Basílica de Santa Cruz, la de enmedio está sostenida por ocho columnas antiguas, de las doce que en otro tiempo tuvo. Debajo del altar mayor, en una bella urna de basalto, están los cuerpos de San Anastasio y San Cesáreo. En la capilla subterránea de Santa Elena hubo tres cuadros de Rubens, que en alguna de las expansiones revolucionarias, que han afligido á Roma, emigraron á Inglaterra: de los mosáicos

antiguos no puede formarse idea exacta: los actuales son evidentemente restauracion de la época de los cardenales españoles.

XIV.

En los antiguos tiempos celebrábase en la Basílica de Santa Cruz en Jerusalem una ceremonia pontificia, de que es justo hacer mencion: en la dominica cuarta de Cuaresma canta la Iglesia aquellas palabras de Isaías: *Lætare Hierusalem et conventum facite omnes qui diligitis eam*, como si quisiera suavizar á la mitad de la cuaresma, dicen los teólogos, las asperezas del ayuno y de la mortificacion: y en la solemnidad de la misa el Papa bendecia y bendice la Rosa de Oro que, como don especial de su cariño, envia luégo á alguna reina ó príncipe, en gran manera benemérito de la Santa Sede.

La bendicion de la Rosa, propia de la dominica *Lætare Hierusalem*, se hacia, pues, en la Basílica de Santa Cruz, á la cual en dicho dia se trasladaba el Pontífice con gran pompa, y áun era frecuente que dirigiese al pueblo su voz apostólica, mostrándole la Rosa y las excelencias de su mística significacion. Aunque esta ceremonia es anterior sin duda alguna al

siglo XI, pues en él hay testimonios que la declaran ya costumbre antigua, el dato más importante para conocer los sentidos espirituales de la Rosa, es cabalmente el sermón predicado á este propósito por el Papa Inocencio III (año 1198) en la Basílica de Santa Cruz en Jerusalem, escogida de inmemorial para esta solemnidad: *quo circa flos iste*, dice el Pontífice, *non in quolibet loco sed in hac recte Basilica videndus ostenditur, quæ Sanctæ Crucis in Hierusalem appellatur, supernæ Hierusalem typum obtinens et speciem representans.*

Los Pontífices de todos los siglos han honrado á los monarcas de España, constantes protectores de la Iglesia, ya con el sombrero y el estoque, también antiquísimos signos de munificencia pontificia, que se bendicen en el día de Navidad, ya con la Rosa de Oro, que sucesivamente han obtenido doña Isabel la Católica, las reinas consortes de D. Felipe II, III, IV y V, y en 1868 la reina doña Isabel II, que recibió tan alta dádiva acompañada de un Breve pontificio, que puede y debe ser el más vivo consuelo en su infortunio.

De los pocos, rarísimos personajes, no soberanos reinantes, que hayan recibido la Rosa de Oro, España ofrece un ejemplo en su gran capitán Gonzalo de Córdoba: los historiadores italianos recuerdan el suceso: uno de ellos

dice: «Tomada Ostia, Gonzalo entró como en triunfo en Roma, con cien hombres de armas, doscientos caballos ligeros y mil quinientos infantes, todos soldados españoles, llevando delante al castellano preso, á quien poco despues dió libertad. Salieron á su encuentro muchos prelados, la familia del Pontífice, los cardenales todos, el pueblo y la córte, ansiosísimos de ver á un capitán, cuyo nombre con extraordinario lustre resonaba por toda Italia. Conducido á la presencia del Papa, que estaba en el Consistorio, recibiólo con muy grande honor, y le dió la Rosa, que los Pontífices suelen dar cada año, en testimonio de su valor.»

Con una misma fecha, 26 de Enero de 1555, enviaba el Papa Julio III, por medio de Antonio Agustin, nuncio nombrado al efecto, el sombrero y el estoque al rey de España Don Felipe II, y la Rosa de Oro á su esposa doña María, reina de Inglaterra.

Otra ilustre dama, no reina, única acaso que haya recibido la Rosa de Oro, fué tambien una española: la duquesa de Alba, mujer del virey de España en Nápoles, obtuvo tan señalada honra del Papa Paulo IV, despues de la paz ajustada con el poderoso D. Felipe.

La noticia histórica de Santa Cruz en Jerusalem, donde antiguamente se bendecia la

Rosa de Oro, nos ha dado motivo para una digresion, un tanto ajena ya á la visita del Esquilino: sirva de excusa nuestro vivo deseo de restaurar en lo posible las hoy tan oscurecidas y maltratadas glorias de nuestra patria.

XV.

Hay todavía en el Esquilino, hácia aquella vertiente donde fueron *las Carinas*, el barrio elegante de Roma en los tiempos de Augusto y de Mecénas, un monumento insigne para el cristiano y para el artista: es una Basílica, erigida muchos siglos hace para guardar unas cadenas que simbolizan, con ser cadenas de hierro, la verdadera libertad del mundo.

San Pedro *in Vinculis* tiene por advocacion la Basílica, y *Eudoxiana* se le dijo tambien en lo antiguo, del nombre de dos Eudoxias, mujer una é hija la otra del emperador Teodosio II, de las cuales emperatrices, Eudoxia, la primera, la madre, retirada en Jerusalem por intrigas de la córte, tuvo la fortuna de adquirir allí, ofrenda piadosa que los cristianos le hicieron, las dos cadenas de hierro con que San Pedro fué aherrojado en aquella ciudad por órden de Herodes. La historia añade que la emperatriz peregrina envió á Roma una

parte de aquellas cadenas, á su hija Eudoxia, casada con Valentiniano III, y luégo, en segundas nupcias y contra su voluntad, con Máximo, que sólo contaba algunos meses de imperio, cuando sobrevinieron la invasion de los godos y el triunfo de Gensérico: Eudoxia, recibida la reliquia de Jerusalem, se apresuró á entregarla al Pontífice Leon I, que luégo mereció ser venerado en los altares con el nombre de San Leon el Grande.

La tradicion constante añade que, habiendo el Papa aproximado la cadena de Jerusalem á otra, que el Santo Apóstol habia llevado en la Cárcel Mamertina en tiempos de Neron, y que ya los fieles de Roma veneraban, ambas se unieron milagrosamente como si en una sola hubieran sido fundidas. Eudoxia entónces (año 442) resolvió edificar una iglesia suntuosa, destinada á perpetuar la memoria del prodigio, y á ofrecer constantemente á la veneracion de los fieles las cadenas del Príncipe de los Apóstoles: tal fué el origen de la Basílica de San Pedro *in Vinculis*, título cardenalicio, que hoy lleva dignamente un arzobispo español. Los Pontífices en todos tiempos han mirado este santuario como uno de los más insignes de la Ciudad Eterna.

En el pontificado de Adriano I (fines del siglo VIII) fué reedificado: entónces y algunos

siglos despues, véiase en su pavimento la humilde losa sepulcral del Papa Juan II, que murió el año 535. En esta Basílica se verificaron no pocas elecciones de Pontífices, y valga por todas la del gran Hildebrando (en 1073), que se llamó Gregorio VII. En el siglo xv y á principios del xvi fué todavía la fábrica restaurada y embellecida, especialmente por los Papas Sixto IV y Julio II (*della Rovere*), cuyas armas se ven sobre el alto pórtico de cinco arcos, que forma el ingreso de la Basílica.

Las tres grandes naves de que consta, hállanse divididas por dos órdenes de veintidos magníficas columnas istriadas, con capiteles dóricos: dos de granito, las demas de mármol blanco, procedentes acaso de monumentos antiguos de los mejores tiempos del arte.

Entre sus pinturas merecen notarse el retrato del Cardenal Margotti, sobre su sepulcro, el gran cuadro de la *Liberacion de San Pedro*, que está en la sacristía, obras del Dominiquino, y la *Santa Margarita*, de Guercino. El San Sebastian en mosaico, trabajo bizantino del siglo vii, es una de las más estimables muestras del arte antiguo que en Roma se conservan: al lado se ve el sarcófago del Cardenal Cintio Aldobrandini, el amigo de Torcuato Tasso, el que bendijo su lecho de muerte y recogió sus últimos suspiros en la celda de San Onofre.

Las cadenas del Apóstol se guardan en la sacristía, en una especie de gran relicario con puertas de bronce esculpidas, de cuya triple cerradura tienen las llaves el Sumo Pontífice, el Cardenal titular, si se halla en Roma, y la comunidad de canónigos regulares de San Agustín, cuyo magnífico monasterio es anejo: el hábito de esta comunidad viste con general edificacion el jóven Mortara, escogido no há muchos años para tema de una gran gritería y ocasion de una cruzada contra el catolicismo.

Las puertas del relicario, donde están las cadenas, ofrecen muy curiosa labor escultural del siglo xv, una de las más bellas obras de Pollajuolo, el autor de los monumentos de Sixto IV y de Inocencio VIII en la Basílica Vaticana. Antonio Pollajuolo y su hermano Pedro, pintor tambien distinguido, reposan en un sepulcro de mármol en la misma Basílica Eudoxiana.

La devocion de Roma y de toda la cristiandad á las cadenas de San Pedro no se ha interrumpido ni se ha entibiado jamas: su mejor historia es la historia misma de la Basílica, que las posee. Alguna vez, en remotos tiempos, accedieron los Papas á súplicas de soberanos, grandemente beneméritos á la Santa Sede; les remitieron limaduras ó pequeñísimos fragmentos del hierro venerando. Ejemplo

muy notable, y no en verdad muy repetido, es el de San Gregorio Magno, que envió á Recaredo, el fundador augusto de la unidad católica en España, una llave que contenia tan preciosa reliquia: podemos citar sus propias palabras: *Clavem parvulam à Sacratissimo B. Petri Apostoli corpore vobis pro ejus benedictione transmissimus in qua inest ferrum de catenis ejus inclusum.*

No hemos terminado la enumeracion de los grandes monumentos religiosos y artísticos de San Pedro *in Vinculis*. Bajo el altar mayor están los huesos del Pontífice mártir San Saturnino, y los cuerpos de los Macabeos y de su madre valerosa, última gloria de Judá, cristianos, puede decirse, anteriores á Jesucristo, mártires, que preceden á los de las Catacumbas. En aquellos ámbitos, y ante aquellas reliquias, ha resonado la voz de San Leon el Grande, el vencedor de Atila. Los tiempos modernos á su vez se han complacido en depositar allí la obra maestra de la escultura cristiana, el *Moisés* de Miguel Angel.

XVI.

El gran artista florentino debia hacer el sarcófago del Papa Julio II, con destino á la par-

te más conspícua y principal de la Basílica Vaticana; debajo de la cúpula habia de ostentarse el gigantesco sepulcro, adornado con más de cuarenta estatuas de mármol de Carrara. Miguel Angel dió principio á la obra, pero la obra no fué ni podia ser terminada con arreglo al primitivo plan. Muerto Julio II, su sucesor empleó á Buonarroti en otras empresas artísticas, y despues de litigios y contrariedades, el sarcófago del Papa La Rovere quedó reducido á las proporciones que hoy vemos en la Iglesia de San Pedro *in Vincoli*.

La estatua de Moisés correspondia al plan grandioso impuesto á Miguel Angel: este dato es indispensable para formar juicio recto y cabal del mérito de esta obra. No se hizo para estar colocada y ser vista á flor de tierra, como hoy está y la vemos, sino para formar parte en su debida altura de una gran mole escultural, que sólo con la imaginacion podemos recomponer. Hoy el monumento se achica y desaparece ante la estatua.

Las modestas observaciones que en otro lugar hemos hecho acerca de la escultura y á propósito de Miguel Angel, se corroboran mediante el exámen sereno y detenido del *Moisés*. Para los que llevan el fanatismo del Renacimiento á los confines del delirio, la obra es superior á todo lo que produjo el arte antiguo;

para los que se empeñan en *paganizar* el genio de Buonarroti y suponerlo esclavo de la idea, no siempre feliz, de lo grandioso y de lo terrible, el *Moisés*, con su cabeza de César y su barba de Neptuno, es un libro marmóreo de anatomía, es la realización de la belleza del Olimpo. Ni los unos ni los otros están en lo justo; estos últimos ménos aún que los primeros.

En la estatua sentada del legislador de Israel hay algo (¿no ha de haber?) de la manera grandiosa y colosal que formaba el fondo del pensamiento de Miguel Angel; pero cuando un hombre medianamente versado en la historia del pueblo hebreo, cerrando los libros y los ojos, evoca la memoria de aquellos tiempos de la cautividad en Egipto, de aquellos prodigios en la morada de Faraon, de aquella mision conferida por Dios al *sacado de las aguas*, las escenas del desierto, las rebeliones del pueblo, la ley del Sinai, la prevaricacion, el castigo, la serie, en fin, de acontecimientos, que preceden á la entrada de los israelitas en la tierra prometida; cuando se recorre la historia de Moisés desde aquellos dias en que guardaba los ganados de *Yetroh*, y oia desde la zarza la voz del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, hasta aquel otro dia en que, llamado por la misma voz á lo alto de la montaña, vió las re-

giones suspiradas, que su pié no habia de hollar, se concibe perfectamente que Miguel Angel, espíritu fecundo, soberana imaginacion, apoderándose á la vez misma del jóven, que venga en el egipcio la muerte dada al hebreo, del hombre escogido por Dios para libertador y caudillo de su pueblo, del legislador profundo, del profeta, del amigo de aquel *Yowoak*, que fulmina en Sinai, produjese un retrato de Moisés, que parece exagerado á los que medimos la condicion humana por los flacos ejemplares y con la pobre medida de las tiempos presentes.

Miguel Angel meditó mucho, sin duda, despues de leer repetidas veces las páginas inspiradas del *Pentateuco*, del *Exodo* sobre todo: quizá conocia los originales hebreos: la *Creacion* y el *Juicio final* de la Capilla Sixtina nos indujeron á esta conjetura; el *Moisés* nos hace insistir en ella: la fuerza particular que algunas frases y palabras tienen en la lengua en que Moisés, divinamente inspirado, escribió su propia historia y trazó su propio retrato, parece que se descubre en los rasgos de aquella figura, que de cierto no hubieran imaginado ni Praxitéles ni Fidias al reproducir á su Licurgo ó su Solon. Miguel Angel no ha cogido con preferencia el carácter de legislador, ni el de caudillo, ni el de profeta, se ha propuesto con-

densarlos todos, y presentar la figura de un hombre superior, en quien resplandecen la fe, la majestad y la sabiduría, sobre un fondo visible de tristeza por la ingratitude de la generacion que le acompaña, y el destino infeliz de las generaciones futuras; podemos, pues, afirmar, traduciendo libremente á un poeta italiano:

Este es Mosé cuando del monte baja.
Y la luz del Señor brilla en su frente.

El *Moisés* de Miguel Angel está, y es de presumir que esté por mucho tiempo en posesion del primer puesto en la escultura moderna. Los que tachan al autor de haber obedecido acaso á reminiscencias olímpicas y paganas, deberian demostrar que hay alguna estatua griega ó romana que penetre mejor y con más fortuna en el mundo de los sentimientos y de las ideas, y que con más propiedad corresponda al carácter real, histórico, filosófico y religioso del personaje representado. Los que motejan de excesivas sus proporciones y de exagerada su *grandiosidad*, no debieran olvidar que esta singular estatua fué hecha para estar colocada á la altura de algunos metros, en una masa gigantesca de mármoles, entre muchas otras estatuas de patriarcas y profetas. El *Moisés* habia de ser una de

las cuatro figuras angulares del colosal mausoleo de Julio II, proyectado por Miguel Angel: hoy es única de su magnitud y mérito en aquel modesto sepulcro, que solo contiene la memoria, no los huesos, del Pontífice que lo imaginó: otras tres estatuas habia casi terminado Buonarrotta para el mismo sepulcro; una de las Victorias, que se conserva en el Palacio Viejo de Florencia, y los dos admirables cautivos que posee el Museo del Louvre.

XVII.

A tres regiones de la Roma de Augusto alcanzaban las alturas y los valles del Esquilino: la tercera (*Isis et Serapis*) comprendia casi todo el Esquilino Opio; la cuarta (*templum Pacis*) abarcaba una punta del Esquilino Opio y la llanura que se extendia hasta el Palatino; de la quinta region (*Esquilina*) eran todo el Esquilino Cispio, una gran parte del Viminal, y las vertientes de estas dos colinas por el lado de Levante. Así se concibe que fueran tan numerosos los monumentos, que cubrieron el Esquilino, el más alto y el más extenso en superficie de los siete montes de Roma.

¡Cuán poco ha quedado de tantas y tan magníficas construcciones! El Septizonio Esquilino y el Pórtico de Claudio, tan sólo viven

ya en la carta marmórea del Capitolio y en los versos de Marcial. Los alojamientos de los marineros de Misena, cuyo destino era correr y descorrer el gran toldo del Anfiteatro, las Termas de Filipo y el Pórtico de Livia, que otros dicen de Livio, no son ya más que estéril argumento de disquisiciones arqueológicas. Del Templo de Diana, cerca del cual estuvieron las casas de Virgilio y de Propercio, y de la fuente de Orfeo, junto á la casa de Plinio, adonde Marcial encaminaba su libro, ni un arco roto, ni una inscripcion medio borrada han perdonado los siglos. El Templo de Minerva Médica sobrevive oscuramente en unas ruinas, que son más bien un problema que no acaba de resolver el álgebra de los anticuarios.

Tratándose de obras antiguas, tan sólo es rica de acueductos la elevada region del Esquilino: el tiempo no ha podido destruir totalmente las magníficas obras construidas muchos siglos hace para traer á Roma, encauzadas en rios caudalosos, las aguas Marcia y Tépula y Julia y Claudia; region extensa y abundante de agua, no es mucho que ostentara jardines tan deliciosos como los de Mecenas y los Licinianos y los de Cneo Virgilio Epafrodito y los de Pallante y los del Circo Variano ó de Eliogábalo. ¿Qué ha sido de tan

regaladas mansiones del lujo y de la riqueza? Hoy sólo ofrecen campos desiertos y escombros calcinados.

Del Vico patricio y de las Termas de Novato, muchos siglos há que tomó posesion, ya lo hemos dicho, la Iglesia de Santa Pudenciana; de las Termas de Olimpias, la de San Lorenzo, donde estuvieron el bosque y el Templo de Diana, en que al decir de Plutarco, no era lícito á los hombres entrar, y donde se alzaba el Templo de Juno Lucina, hoy se ve alguna que otra modesta iglesia, algun que otro convento silencioso de pobres monjas: en el antiguo Macelo de Livio se asienta sobre la cumbre más elevada del Esquilino Santa María la Mayor. Al Palacio Liciniano, en la calle que partiendo de los llamados trofeos de Mario, sigue hasta la Puerta de San Lorenzo, ha reemplazado la Iglesia de Santa Bibiana, que guarda una singular urna de alabastro oriental, en que reposan los cuerpos de la Santa titular, de Santa Demetria, su hermana, y de Santa Dafrosa, su madre; y ostenta aún las columnas de granito rojo y de mármol griego, que sostuvieron la fábrica primitiva construida en el siglo vi: la estatua de la Santa es una de las mejores obras de Bernini.

Junto á la misma calle de los Trofeos está la Iglesia de San Eusebio, erigida en el si-

glo v, sobre la casa misma en que el Santo habitó y fué martirizado, y restaurada por el Cardenal Enriquez en 1750: tiene de notable la gran pintura al fresco de la bóveda, una de las más insignes obras de Mengs que en Roma se conservan. Enfrente, cerca de la actual modesta Iglesia de San Julian, fijan los anticuarios el sitio de la Puerta Esquilina, una de las seis de la parte oriental del recinto de Servio Tulio.

En la punta septentrional del Esquilino tiene su antigua Iglesia San Antonio Abad, que tal vez ha heredado de la Basílica Liciniana el antiquísimo mosaico que representa un tigre que hace presa en un toro. En frente de esta iglesia, un monumento de piedra ha recordado á las generaciones de tres siglos la absolucion concedida por Clemente VIII á Enrique IV, rey de Francia y de Navarra, en el año 1595.

Junto al Arco de Galieno, la obra del imperio mejor conservada del Esquilino, en la llanura que une las cumbres *Opia* y *Cispia*, hay una iglesia de San Vito y Modesto, que hasta el siglo ix se llamó de San Vito *in Macello*, por haber sido aquel lugar teatro de innumerables martirios, campo predilecto de la caridad de las santas hermanas Práxedes y Pudenciana, que en esta region han dejado más

plácida memoria que los Licinios y los Pallantes y los Elio gábalos, la superior, formada por las antiguas y ricas de mármol y de pinturas (son muy de notar, y acaso de Fossis), guarda las reliquias de ambos santos; la infe-

XVIII.

Al despedirnos de esta colina para visitar la inmediata, pasamos por otra iglesia, que á pocas cede en Roma en importancia histórica: su titular es San Martin, y su origen alcanza á la época de Constantino; sus cimientos son una parte de las Termas de Tito, que tambien se llaman, sabe Dios si con razon, *Domicianas* y *Trajanas*: aquel predio correspondia en el siglo iv á un presbítero, de nombre Equicio, y quien lo cedió á San Silvestre para edificar un oratorio subterráneo en honor de la Virgen, ántes de la conversion de Constantino. Verificado este gran suceso, trasladado el Pontífice desde el Monte Soractes á la Ciudad, el oratorio fué ya iglesia abierta al culto público, y en ella se celebraron, bajo el Pontificado de San Silvestre, dos concilios, al primero de los cuales concurrieron doscientos ochenta y cuatro obispos, y al segundo doscientos treinta, con asistencia tambien de Constantino: este venerable recinto, sepultado por espacio de siglos en el fondo de la tierra, fué descubierto á mediados del xvii: hoy son dos las iglesias, que se comprenden en la

denominacion de San Martin y San Silvestre: la superior, formada por tres naves de columnas antiguas y rica de mármoles y de pinturas (son muy de notar los frescos de Poussin), guarda las reliquias de ambos santos; la inferior ó subterránea ofrece un curioso mosaico de los primeros siglos, y el respaldo, en piedra de la silla pontifical de San Silvestre.

El Santo Pontífice recibe culto en el lugar mismo en que hace mil seiscientos años invocaba á la Virgen con el título escrito en el mosaico de *gaudium christianorum*.

La impresion que produce este oratorio subterráneo, donde se arrodillaron los fieles del siglo iv y tuvieron asiento Constantino y Santa Elena, en medio de una asamblea de obispos, no se parece en nada á la que producen las otras cámaras de las mismas termas, donde la vista busca afanosa los últimos vestigios de los arabescos, que allí trazó la mano del artista: en el oratorio, los ojos corporales tienen poco en que deleitarse; la arqueología halla algo que describir; la razon tiene mucho que aprender; la fe descubre espacios infinitos por donde volar.

FIN DEL TOMO SEGUNDO DE ROMA

TERCERO DE LAS OBRAS.

INDICE ANALÍTICO

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

EL VATICANO.

LA ESCULTURA EN ROMA.

Páginas	
7	I Breve reseña histórica de la escultura en el Museo Vaticano
12	II Obras del arte griego descubiertas en las ruinas romanas
13	III Como fueron a Roma
14	IV Influencia que ejercieron en el arte romano
15	V La teogonía romana en las esculturas
20	VI Elemento igual á la griega y por consiguiente también el arte. Aspecto que toma la escultura romana
22	VII La escultura en el Museo Vaticano, y descubrimientos que por ella se han hecho
23	VIII Cómo se ha formado este Museo. Obras escultóricas que adornan el Museo en la primera época del Imperio
24	IX Obras escultóricas sacadas de las ruinas del templo y de las bombas

INDICE ANALÍTICO

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

EL VATICANO.

LA ESCULTURA EN ROMA.

	<u>Páginas.</u>
I..... Breve reseña histórica de la es- cultura.....	7
II..... Obras del arte griego atesoradas en los museos romanos.....	12
III..... Cómo fueron á Roma.....	15
IV..... Influencia que ejercieron en el arte romano.....	19
V..... La teogonía romana no fué exac- tamente igual á la griega, y por consiguiente tampoco el arte..	20
VI..... Aspecto que tomó la escultura ro- mana.....	22
VII..... La escultura en el Museo Vatica- no, y descubrimientos que por ella se han hecho.....	24
VIII..... Cómo se ha formado este Museo.	25
IX..... Obras esculturales que atesoraba Roma en la primera época del imperio.....	27
X..... Obras maestras salvadas de los estragos del tiempo y de los hombres.....	29

	Páginas.
XI.....	El <i>Torso del Belvedere</i> 30
XII.....	El <i>Meleagro</i> 33
XIII.....	El <i>Antinoo</i> 33
XIV.....	El <i>Laocoonte</i> 35
XV.....	El <i>Apolo</i> 43
XVI.....	El <i>Perseo</i> y los <i>Pugiladores</i> de Ca- nova..... 47
XVII.....	Digresion sobre la decadencia de la escultura y su renacimiento..... 49
XVIII.....	El salon de los animales en el Mu- seo Vaticano..... 56
XIX.....	Sala de los bustos y galería de las estatuas..... 60
XX.....	Sala de las Musas..... 61
XXI.....	La sala redonda..... 62
XXII.....	Sala de la Cruz griega..... 64
XXIII.....	Sala de la <i>Biga</i> 65
XXIV.....	Museos etrusco y egipcio..... 67
XXV.....	<i>Braccio nuovo</i> 74
XXVI.....	Galería de inscripciones..... 73
XXVII.....	Biblioteca Vaticana..... 75
XXVIII.....	Historia de su formacion..... 76
XXIX.....	Ornamentacion de sus salas..... 82
XXX.....	Códices orientales que atesora... 86
XXXI.....	Riquezas de toda especie de la Biblioteca Vaticana..... 89

EL PALATINO.

SU HISTORIA.—SUS MONUMENTOS.—SUS RUINAS.

I.....	Orígenes del Palatino..... 93
II.....	Etimología de este nombre..... 94
III.....	Primeros monumentos del Pala- tino..... 95
IV.....	Primeros pobladores de Roma... 98

	Páginas.
V.....	Origen de la Ciudad segun los escritores latinos..... 98
VI.....	Traduccion de la leyenda romana á narracion histórica..... 402
VII.....	La historia del Palatino es la historia de Roma..... 404
VIII.....	Institucion de los Arbales y de los sacerdotes Salios..... 405
IX.....	Edad de Roma..... 406
X.....	Influencia de la doctrina oriental monoteista en las tradiciones romanas..... 407
XI.....	Primeros monumentos elevados por Rómulo, y sus contiendas con los sabinos..... 408
XII.....	El Palatino en tiempo de los reyes..... 442
XIII.....	En el de la república..... 445
XIV.....	Bajo el imperio de Augusto..... 449
XV.....	El templo de Apolo..... 422
XVI.....	El de Vesta..... 428
XVII.....	La casa de Augusto..... 429
XVIII.....	El Palatino durante los emperadores Tiberio, Caligula y Neron..... 431
XIX.....	La Casa de Oro..... 436
XX.....	Aspecto del Palatino despues de estos emperadores..... 439
XXI.....	Vicisitudes porque ha pasado el palacio de los Césares en los tiempos modernos..... 446
XXII.....	Ruinas de la casa imperial..... 454
XXIII.....	Reflexiones sobre el Palatino..... 454
XXIV.....	El Coliseo..... 459
XXV.....	Los espectáculos del anfiteatro son puramente romanos..... 463
XXVI.....	Los gladiadores..... 464
XXVII.....	Digresion histórica..... 469
XXVIII..	Descripcion del Coliseo..... 474

	<u>Páginas.</u>
XXIX.... Consideraciones sobre su construcción.....	475
XXX.... Carácter de las grandes obras de los pueblos.....	477
XXXI.... Edificios dependientes del Coliseo.....	479
XXXII.... Descripción de las fiestas del Coliseo, según los escritores latinos.....	482
XXXIII.... Los cristianos en el Anfiteatro....	499
XXXIV.... Historia del Coliseo durante el Imperio, durante la Edad Media y en los tiempos modernos....	204
XXXV.... El Coliseo y San Pedro.....	242
XXXVI.... El Coliseo convertido en <i>Via-Crucis</i>	245
XXXVII.. Los Arcos.....	248
XXXVIII. El de Constantino.....	249
XXXIX.. El de Tito.....	224
XL..... El Templo de Venus y la Iglesia de Santa Francisca Romana.....	223
XLI..... La Basilica de Constantino.....	224

EL CAPITOLIO.

SU PASADO Y SU PRESENTE.

(EL FORO ROMANO.)	
I..... Origen de la palabra Capitolio, y descripción de la colina que lleva este nombre.....	229
II..... Monumentos antiguos del Capitolio.....	234

	Páginas.
III.....	El Templo de Júpiter..... 234
IV.....	La Via Sacra..... 240
V.....	La Roca Tarpeya..... 242
VI.....	El Foro romano..... 243
VII.....	Lo que era en la época de Augusto..... 246
VIII.....	Lo que es ahora..... 254
IX.....	Arco de Septimio Severo..... 257
X.....	Academia de San Lucas..... 258
XI.....	Columna de Focas..... 260
XII.....	Consideraciones históricas sobre el Foro romano..... 264
XIII.....	La escalinata del Capitolio..... 264
XIV.....	La estatua de Marco Aurelio..... 266
XV.....	El palacio Senatorial y su historia en la Edad Media..... 268
XVI.....	El Museo capitolino..... 274
XVII.....	Esculturas de la Sala del piso bajo..... 275
XVIII...	Monumentos artísticos de la escalera..... 278
XIX.....	Las salas del piso principal..... 279
XX.....	La <i>Vénus</i> del capitolio..... 283
XXI.....	El <i>guerrero herido</i> 284
XXII.....	Sala de los Filósofos..... 286
XXIII...	Sala de los emperadores, y estudio histórico-artístico de cada uno de los bustos que hay en ella..... 289
XXIV ...	Monumentos artísticos del vestíbulo, del patio y de la escalera del palacio de los Conservadores..... 324
XXV....	Frescos, estatuas y cuadros de las cámaras..... 324
XXVI...	Colección de bustos y retratos... 327
XXVII...	Santa María de Araceli..... 330
XXVIII..	El Capitolio en nuestros días... 332

DEL CAPITOLIO AL QUIRINAL.

	Páginas.
I.....	Foro y columna de Trajano..... 335
II.....	La Basilica Ulpia..... 339
III.....	Triunfo del cristianismo..... 341
IV.....	El primitivo Quirinal ó <i>Mons Agonalis</i> 343
V.....	El Templo de Quirino, el de la Salud y el de Sango..... 349
VI.....	Familias que habitaban en el Quirinal y Templo de la gente Flavia..... 350
VII.....	Templo del Sol..... 352
VIII.....	Termas de Constantino..... 353
IX.....	La Plaza del Quirinal..... 354
X.....	El Palacio..... 356
XI.....	Los cuadros, los tapices y los jardines..... 357
XII.....	Iglesias de San Silvestre, San Andrés y San Vital..... 359
XIII.....	Alteraciones topográficas en la descripción de esta región.... 360
XIV.....	El palacio Rospigliosi y la Aurora de Guido Reni..... 362
XV.....	Otros cuadros notables..... 363
XVI.....	Iglesias de Santa Catalina de Sena y Santa Maria de Loreto..... 363
XVII.....	Otras iglesias notables..... 364
XVIII.....	Palacio Barberini, su galería de cuadros y su biblioteca..... 366
XIX.....	El convento de Capuchinos y la Iglesia de la Concepcion..... 368
XX.....	Otras iglesias dignas de mencion. 369
XXI.....	La Fontana de Trevi..... 370
XXII.....	San Silvestre <i>in capite</i> 373

EL VIMINAL DEL CAPITULO

MONUMENTOS CRISTIANOS.—RUINAS PAGANAS.

		Páginas.
I.....	Antiguo Viminal.....	375
II.....	Plaza y Fontana de Termini....	375
III.....	Santa María de la Victoria.....	378
IV.....	Santa Susana y San Lorenzo in <i>Panis perna</i>	380
V.....	Iglesias de Santa Pudenciana y Santa Práxedes.....	382
VI.....	Lo que han sido el Viminal y el Esquilino.....	384
VII.....	Las Termas de Diocleciano.....	385
VIII.....	Iglesia de Santa María de los An- geles.....	389
IX.....	Reflexiones sobre el pasado y el presente de las Termas de Dio- cleciano.....	395
X.....	Basílica de Santa Inés.....	398
XI.....	El Monte Sacro.....	400
XII.....	San Lorenzo fuera de Muros....	401

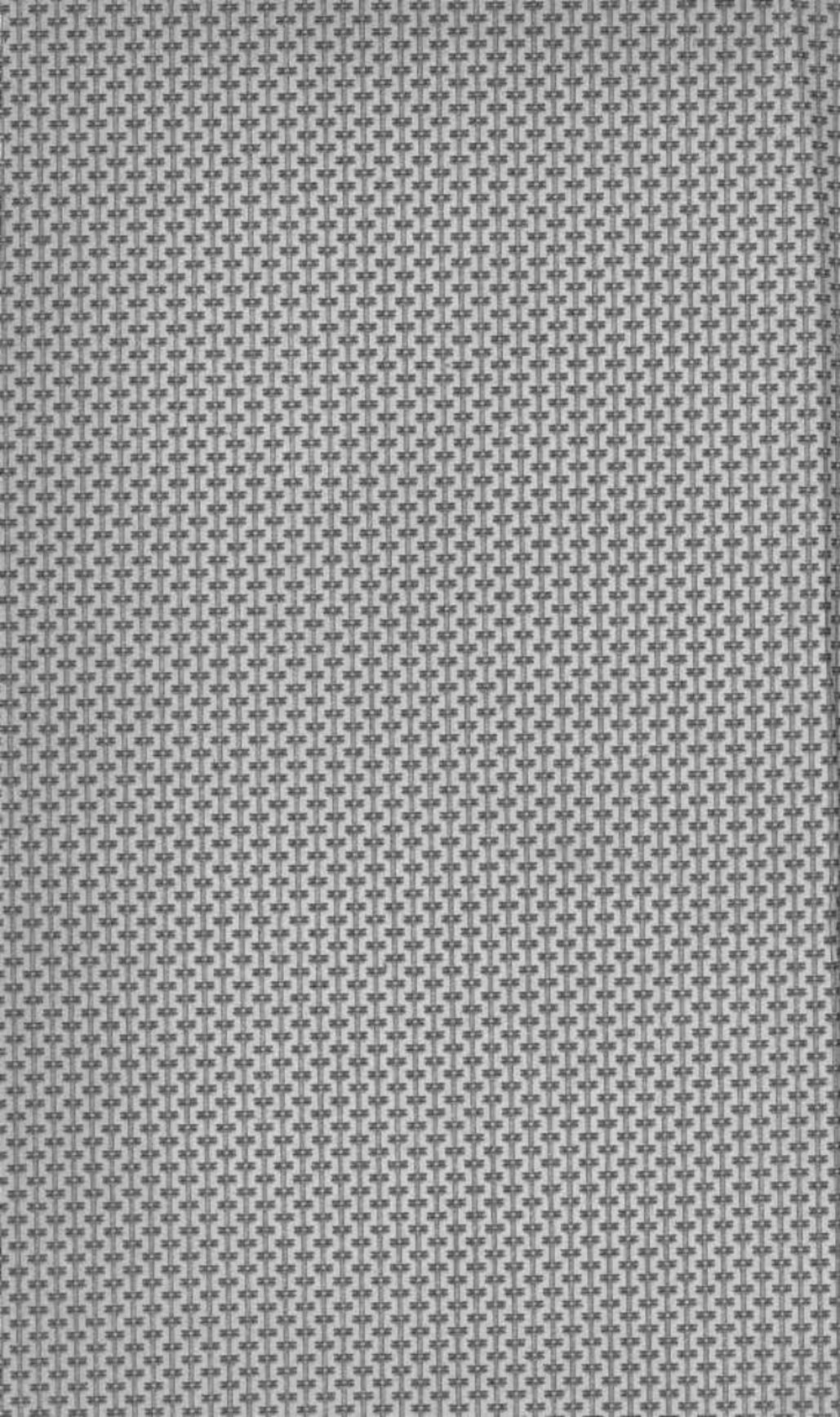
EL ESQUILINO.

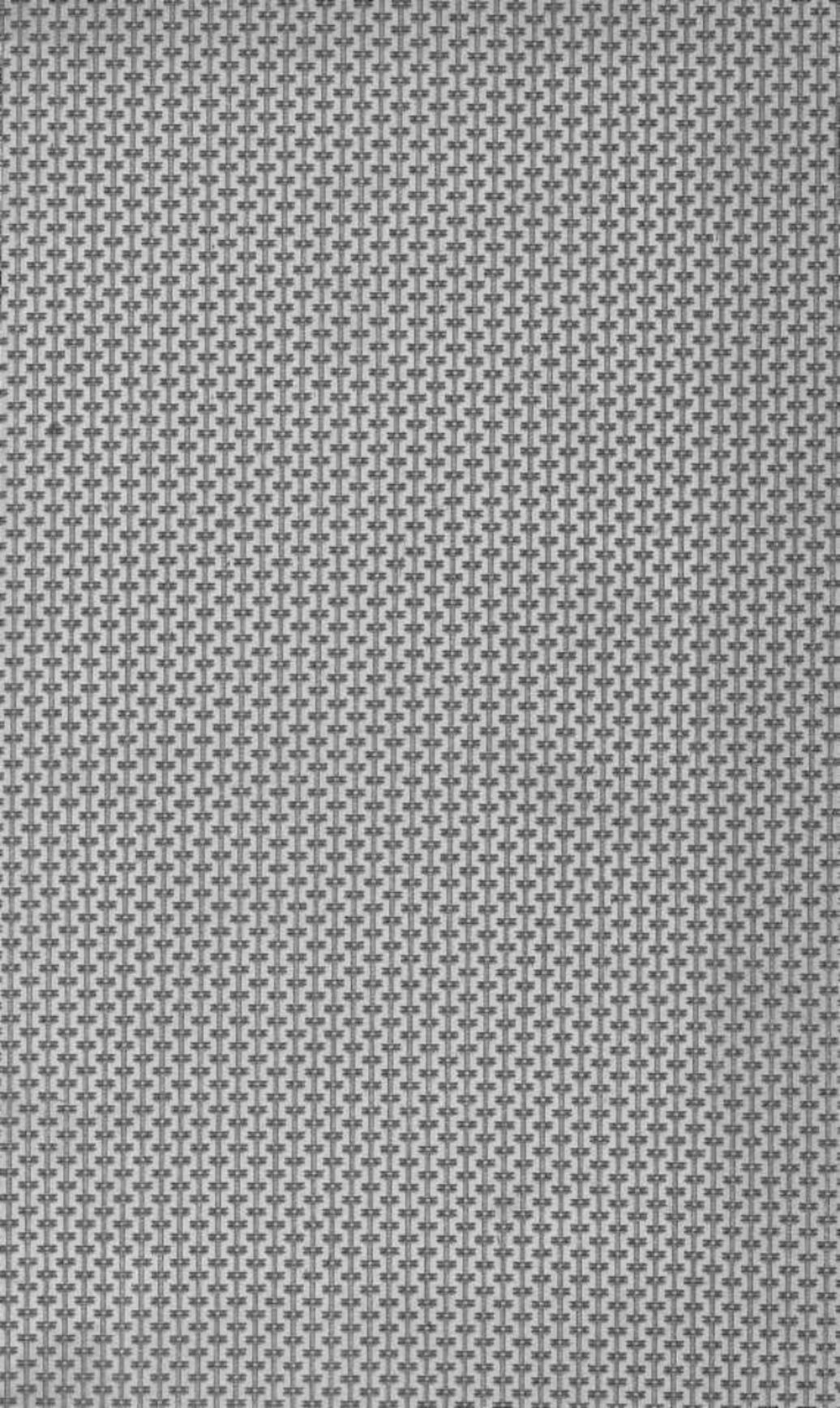
TRADICIONES Y RUINAS DE LA ROMA PAGANA.—

MONUMENTOS DE LA ROMA CRISTIANA.

I.....	Historia del Esquilino.....	407
II.....	Las Termas de Tito.....	413
III.....	Restos de antiguos monumentos.	417

	Páginas.
IV.....	Tradicion del Milagro de las Nieves..... 420
V.....	Santa María la Mayor..... 424
VI.....	La fachada..... 422
VII.....	El interior de la Basílica..... 423
VIII.....	La capilla Sixtina..... 425
IX.....	La capilla Borguese..... 426
X.....	Mosaicos y sepulcros de Santa Maria la Mayor..... 427
XI.....	Obelisco y columna que adornan las dos plazas..... 429
XII.....	Basílica de Santa Cruz en Jerusalem..... 430
XIII.....	Cardenales españoles titulares de esta Basílica y obras que en ella se hicieron..... 432
XIV.....	La bendicion de la Rosa de oro.. 438
XV.....	Basílica de San Pedro <i>in Vinculis</i> . 444
XVI.....	El Moisés de Miguel Angel..... 445
XVII.....	Monumentos antiguos que existieron antes en el Esquilino y los que ahora existen..... 450
XVIII....	El oratorio de San Martin y San Silvestre..... 454







OBRAS
DE
S. CATALINA

3

5873